

*Selecta*

EL *Arte* DE  
QUERERTE

*Mina Vera*



El arte de quererte

*Mina Vera*

*Selecta*

*Somos tan similares que sin mirarte  
puedo sentir cada parte  
de la obra de arte  
que es tu vestido mordiendo el aire*

*Respirar, saborearte en cada suspiro  
Regalarte  
la llave que abre la puerta de nuestro destino  
Efecto Pasillo, Similares*

## Capítulo 1

Después de tener que retroceder en dos calles cortadas, hacerse a un lado en la cuneta para dejar paso a un rebaño de cabras y pisar a fondo el acelerador con la primera marcha metida a lo largo de una tortuosa cuesta, Aitana y su recién estrenado coche de quinta o sexta mano llegaron a la dirección que le indicaba el GPS de su móvil. Al parecer, las calles y carreteras de Caral in Chianti no habían sido actualizadas en los últimos tiempos en el servicio de mapas online.

La joven había creído que su nivel de italiano era aceptable hasta que había pedido ayuda a un lugareño de sonrisa desdentada que de forma muy amable —pero poco exitosa— le había dado unas ininteligibles indicaciones que la habían llevado a la otra punta del pueblo hacía casi media hora.

No obstante, lo importante era que estaba allí. Por fin. Aquel era el último punto de su lista de experiencias vitales por disfrutar, disciplinas por aprender, sueños por cumplir.

Realmente le quedaban tres semanas para empezar el curso de escultura, durante las cuales pensaba hacer turismo por la zona y visitar museos y monumentos en Roma y Florencia. Estaba allí porque había querido acudir a formalizar la matrícula en persona, conocer al maestro artesano y, por supuesto, ver el pueblo y la casa de alquiler en la que se iba a alojar durante tres meses completos, de junio a agosto.

Optó por aparcar a la sombra en un lateral del edificio de piedra de dos plantas, entre un vehículo y... un caballo. Por la suciedad de los cristales y las ruedas algo deshinchadas de la camioneta, esta parecía no haberse movido en años. Por el contrario, el caballo parecía en perfecto estado, así que no podía llevar allí mucho tiempo.

Con sumo cuidado, Aitana rodó con lentitud en el espacio libre entre ambos y puso el freno de mano en cuanto consideró que su maniobra había sido correcta. Aunque hacía diez meses que había sacado el carnet de conducir, apenas había tenido ocasión de practicar al volante. Aún le temblaban un poco las manos después de la empinada cuesta en la que había creído que el coche se le calaba y se le iba hacia abajo sin remedio, con el consiguiente peligro de atropellar a una cabra o a cualquier otro ser vivo.

Suspiró con alivio antes de apearse del Seiscientos amarillo limón que, a pesar de superar con

mucho los treinta y un años de Aitana, por el momento había cumplido muy bien con su función de llevarla desde una tienda de vehículos de ocasión hasta aquel apartado pueblo en el interior de la Toscana.

En cuanto puso un pie en el suelo, supo que debería haber pasado primero por el hotel de Florencia para cambiarse de ropa en lugar de buscar un medio de transporte y dirigirse con su equipaje en el minúsculo maletero hasta allí. Aquellas sandalias le habían costado un buen pico en Nueva York, y aunque había librado los excrementos de caballo por muy poco, el terreno era abrupto alrededor del inmueble. Aquellos tacones —aunque de escasos seis centímetros— podrían hacerla tropezar con facilidad. Por no hablar del barro que quedara impregnado en la blanca piel de las sandalias más caras que se había comprado en su vida. Un capricho y un recuerdo de su paso por la Gran Manzana.

—Tranquilo, bonito, soy de fiar. —Trató de apaciguar al equino con su voz y unas suaves caricias entre los ojos, dibujando la cruz, cuando este acercó su hocico a ella para olisquearla desde la cadera hasta el cuello, dejando un rastro húmedo en su vestido celeste.

El animal de lustroso pelaje castaño soltó un suave relincho y le dio un par de toques en la cabeza con la suya antes de permitirle el paso. La joven se sintió como si hubiera superado alguna especie de prueba de acceso.

Su intención solo era realizar un pequeño trámite, así que ignoró los riesgos para sus pies, se atusó la melena rubia y lisa, que traía algo alborotada por el aire que se había colado por las ventanillas y las atenciones de su nuevo amigo, y anduvo de puntillas por el fangoso terreno hasta la puerta principal, donde un cartel de madera tallada rezaba: «Scuola Salvatore Conte».

No había ningún timbre, sin embargo, la puerta estaba entreabierta. Aitana no lo dudó dos veces y entró con paso firme.

Tras un pequeño recibidor salpicado aquí y allá con pequeñas figuras de piedra, barro y madera, se abrió otra puerta acristalada. Al otro lado, le pareció oír un sonido.

Se quedó escuchando unos instantes antes de atreverse a entrar. Era una voz masculina. Muy masculina. Y entonaba alguna canción en italiano que a Aitana le erizó el vello de los brazos. Como si tirase de ella con una fuerza sobrenatural, caminó siguiendo aquella sobrecogedora melodía.

El hombre de pelo negro azabache al que vio sentado, cantando y acariciando un pedazo de piedra rojiza con ambas manos, como si la moldeara, no podía tener muchos más años que ella. El movimiento de sus dedos la hipnotizó casi tanto como su voz, hasta que él pareció percibir su presencia al otro lado de la estancia y se levantó de un salto con sorpresa. No tardó mucho en poner cara de pocos amigos.

En cuanto Aitana fue capaz de reponerse del impacto que le provocó verlo cambiar de una expresión relajada, incluso risueña, a un gesto casi asustado y finalmente a uno de lo más hosco para atravesarla con unos ojos color caramelo de un brillo peculiar, se apresuró a justificar su presencia allí, que parecía ser poco grata para ese hombre.

—*¿Signore Conte? ¿Salvatore Conte?* —comenzó, y según lo dijo se percató de su error—. *Scusi*. ¿Cómo va a ser usted el maestro, si me dijo que llevaba cuarenta años de oficio? —razonó en español, pues para pensar en italiano necesitaba más concentración y calma. Y la forma de mirarla de arriba abajo de aquel hombre no le permitía ni una ni otra.

—Española, ¿cómo no! —farfulló Fabrizio con desdén. Por un momento había llegado a pensar que era su musa personificada, que había acudido a su llamada gracias a su canto y concentración. Sin embargo, se trataba de una posible reencarnación de la peor de sus pesadillas.

—¿Disculpe? —El tonito no le gustó un pelo. Pero que la entendiera era un alivio—. ¿Habla mi idioma?

—Si no hay más remedio —rezongó él, y apartó los ojos de Aitana de forma brusca para volver a su piedra.

—Estupendo, porque yo...

El inconfundible sonido de una cámara fotográfica la hizo girarse hacia su derecha. Un chavalín de unos siete años la enfocaba ya para una segunda toma.

—Espera, espera. Al menos déjame posar.

Y vaya si lo hizo. Por algo llevaba más de ocho años como modelo publicitaria a sus espaldas, por mucho que aquellos días hubieran concluido por completo.

Cuando decidió que ya era suficiente, se acercó al muchacho e inspeccionó la cámara.

—Vaya. Una Polaroid de las antiguas. Menuda reliquia. Pero veo que funciona muy bien. Y tu encuadre es muy bueno.

—*You are una bella donna*.

—*Grazie mille*.

—No habla ni español ni inglés, solo mezcla algunas palabras sueltas. Y las utiliza junto a su sonrisa de pillo para engatusar a los pocos turistas que asoman por aquí. Le sacará cinco euros por cada una de esas fotos. Y le ha hecho muchas gracias a su vanidad.

—¿Mi vanidad? ¡Pero cómo se atreve! —Aitana se enderezó y se vio a sí misma poniendo las manos en jarra sobre sus caderas. Tuvo una visión de su propia madre con ese mismo gesto y se sintió muy mayor de pronto. Carraspeó y trató de calmarse—. Mire, no tengo por qué darle explicaciones, ni a usted ni a nadie. Solo he querido ser amable con el muchacho. He posado porque llevo muchos años haciéndolo, no por vanidad. Y por supuesto que le pagaré a este fotógrafo en potencia por su trabajo. Toma. —Sacó la cartera y le dio un billete de cincuenta euros—. La fotografía es una afición muy cara. Y si de verdad es esto lo que te gusta, nunca lo dejes.

—*Grazie, bella*.

El niño le entregó el puñado de fotos, le besó la mano y salió corriendo.

Ella las guardó en el bolso mientras lo veía huir con su botín.

—No le ha entendido nada, pero comprende que le han gustado las fotos, ya que le ha pagado el doble por ellas.

—A lo mejor están compinchados y se reparten las ganancias. Si no, ¿qué hace ese crío aquí?

—No necesito limosnas, ni nadie de este pueblo, así que puede ahorrárselas. Angelo es solo un oportunista. La habrá visto llegar en un coche desconocido y la habrá seguido. —Volvió a mirarla de arriba abajo—. Dudo que haya venido andando desde muy lejos con ese calzado.

¿Le había mirado los pies? Prefirió no detenerse a pensar en ello.

—Yo dudo que mi coche le haya hecho pensar a Angelo que podía sacarme cincuenta euros —murmuró más para sí—. Bueno, puesto que usted no es Salvatore, pero ya que habla mi idioma, tal vez podría decirme dónde encontrarlo. Así podré dejar de molestarlo con mi presencia.

—¿Para qué quiere una mujer que se dedica a posar ver al maestro? No creo que haya solicitado una modelo. Hace tiempo que dejó ese tipo de trabajos.

—Yo también hace tiempo que dejé ese tipo de trabajos. Y no es a eso a lo que he venido. Soy una de sus alumnas de este verano.

—No.

—Sí —contradijo ella.

—La única alumna de su género que tendrá este verano se quedará en el pueblo tres meses. En casa de Giorgina...

—Giorgina Galvani, eso es. Me ha alquilado su casa a muy buen precio a cambio de cuidarla y ocuparme del huerto y sus gallinas.

Aitana tuvo la satisfacción de dejarlo mudo unos instantes. Aunque le duró poco.

—No durará aquí ni una semana.

—¿Disculpe?

—¿Tiene nociones de escultura?

—No. Pero es un curso para principiantes. —Y del que ella era la única alumna femenina, al parecer.

—¿Tiene nociones en algún tipo de arte?

—¿Es esto un examen? —Aitana comenzaba a perder los nervios, cosa muy poco habitual en ella. Pero ese hombre arrogante y prejuicioso empezaba a enervarla—. Adoro el arte, clásico y moderno. He leído libros, visitado exposiciones, visto documentales. Y pretendo pasar estas semanas previas al curso aprendiendo lo máximo posible en galerías y museos de Florencia y Roma. He venido a formalizar mi matrícula en la escuela y a conocer a la señora Galvani. Me dará un juego de llaves y me explicará todo lo que necesite para mi llegada, ya que ella se marchará antes de que yo venga.

—Ya veo.

No añadió más. Se dedicó a jugar con uno de los puños de su camisa blanca remangada hasta los codos. Aitana se perdió en aquel gesto un segundo de más antes de reaccionar.

—¿Puede decirme dónde encontrar a Salvatore Conte?

—No volverá hasta el primero de junio.

—Genial. —Se frotó las sienes—. ¿Y no puedo contar con que usted, en un alarde de amabilidad, le comunique al maestro el recado de que he venido a formalizar mi matrícula?

—Eso sí puedo hacerlo. Pero también puedo advertirle que la escultura no es un arte sencillo. Y este no es un curso de dos semanas para matar el gusanillo de la curiosidad o el aburrimiento. Requiere disciplina y auténtico interés. El maestro no tiene edad para estar perdiendo el tiempo.

A ella le salió un bufido muy poco femenino que no se molestó en disimular.

—¿Le dice eso a todos los alumnos que pisan la escuela o le he entrado yo por mal ojo por algún motivo en especial?

—¿Por qué está aquí?

¡Y encima el agraviado parecía él!

—Ya se lo he dicho.

—No. ¿Por qué quiere hacer el curso?

—No es asunto suyo —espetó, cada vez más enfadada.

—Tal vez no. Pero si me lo dice, le daré el recado a mi tío y le indicaré dónde puede encontrar a Giorgina. Nunca está en la casa a estas horas.

—¿Su tío?

—Hermano de mi padre.

—Debí imaginarlo. —Lo había tomado por un alumno después de confundirlo con el maestro. Y resultaba ser familia. Vaya mala pata—. ¿Estará usted aquí durante las clases?

—No.

—Bien. —Suspiró con alivio. Se dijo que no le costaba nada volver a contar su historia, resumida, pues llevaba haciéndolo meses en cada lugar al que había acudido en busca de ese algo que la hiciera encontrarse a sí misma. Tragó saliva y lo miró a los ojos—. Hace casi dos años sufrí un accidente y me golpeé la cabeza. —Se señaló en el nacimiento del pelo por encima de la frente, mostrando su cicatriz—. Estuve en coma cuarenta días.

—¿Cuarenta días?

—Con sus cuarenta noches —confirmó ella—. Cuando desperté, tuve que pasar por rehabilitación durante meses para recuperar la movilidad de mi cuerpo. Por suerte, mi mente no se vio muy afectada, ni siquiera el habla. Pero podría decirse que, ante la posibilidad tan tangible de haber muerto, mi espíritu sufrió cierta transformación, o que abrí los ojos a la realidad. Y me propuse no desaprovechar un solo día de mi vida. Hacer todo aquello que siempre soñé, visitar lugares que quería conocer. Este es el final de mi lista, por el momento. Lo que me hubiera gustado aprender desde niña, pero que siempre dejé para más adelante.

—¿Por qué esta escuela? —preguntó él al cabo de casi un minuto escrutándola.

Aitana había sabido que las preguntas no habían terminado aún. Su gesto severo así lo mostraba. No pudo evitar preguntarse a sí misma cómo un hombre tan serio podía resultarle atractivo, cuando lo que a ella le había cautivado siempre de un hombre había sido su forma de reír. Y ese en particular no parecía ir a hacerlo nunca.

—Conocí a una escultora en Nueva York. Tiene su propia galería allí y otra en Los Ángeles. Su estilo me pareció excepcional y le pregunté dónde había aprendido.

—Andrea Rinaldi.

—¿La conoce?

—Fue alumna de mi tío, ¿no? Y tiene galerías propias en Nueva York y Los Ángeles. No puede ser otra.

—Claro. —Lo miró a la espera de que preguntara algo más, pero no lo hizo. Se limitó a observarla con aire crítico—. ¿He pasado la criba?

—Eso no lo sabremos hasta que lleve aquí algunas semanas.

Aquello fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—Mire. Estoy muy cansada, he hecho un largo viaje y no estoy para discusiones sin fundamento. Tome. —Sacó un sobre de su bolso—. Es la hoja de la matrícula firmada y el importe del primer mes, ya que a su tío no se le puede hacer una transferencia ni enviar documentación por email.

—Es un hombre tradicional.

—Me ha quedado claro. Ahora, si me dice dónde encontrar a Giorgina Galvani, estaremos en paz y podrá perderme de vista.

Se puso en pie.

—La acompañaré.

—No es necesario.

—Podría perderse.

—Me las apañaré.

—Como quiera.

Lo vio buscar papel y lápiz y tardar en escribir más de lo que hubiera esperado por una simple dirección. Comprendió que no era solo eso cuando vio un plano muy detallado. Lo estudió unos segundos, por si tenía alguna duda, no tener que volver allí para preguntarle.

—¿Es una asociación de jubilados?

—No, por Dios. Y que no la oiga decir eso en voz alta.

—¿Es el ayuntamiento? —dedujo del elegante edificio del dibujo. ¿Cómo lo había plasmado tan claro en apenas unos trazos?

—El ayuntamiento ha sido transformado en centro cívico.

—Pero habrá alcalde.

—Desde luego.

—Vale. Gracias por su... ayuda. —Amabilidad no era la palabra, precisamente.

Vio que la seguía hasta la puerta.

—Cuidado con el caballo —dijo a su espalda.

Ella se giró y lo encaró de nuevo, más cerca esta vez. Tanto como para oler un perfume fresco en él. Bloqueó sus fosas nasales para dejar de percibirlo.

—Tranquilo, no lo he atropellado cuando he aparcado. No lo haré cuando desaparque.

—Me refería a que procure no acercarse mucho para que no la muerda. No le gustan los desconocidos.

—Ya nos hemos conocido. Solo me ha olisqueado. Y empujado un poco. Ha sido bastante más amable que usted. —El reproche le salió sin poder evitarlo.

—Le pediré que me enseñe modales.

—¿Cómo se llama?

Vio sorpresa en su rostro.

—Fabrizio Conte.

—Me refería a su caballo.

Aquel corte forzó un carraspeo en su garganta.

—Tintoretto.

—Como el pintor.

—Exactamente, como él.

—Bien, así me despediré de él por su nombre. *Ciao*, Fabrizio —concluyó, y trató de no acelerar el paso más de lo debido para salir de una vez de allí.

—*Ciao*, Aitana.

—¿Cómo...? —La sorprendida ahora fue ella. Girarse de nuevo fue inevitable.

—Fui yo quien respondió a su carta en nombre de mi tío. Él no habla muy bien español. Se entenderán mejor en inglés, si su italiano no es muy bueno.

—Lo mejoraré —aseguró, recibiendo de nuevo el guante que él le lanzaba—. Aunque siempre podremos recurrir al inglés. O a usted, en caso de emergencia —contraatacó.

Tuvo que contener la risa al verlo poner cara de horror, aunque no pudo evitar sonreírle de forma abierta, contenta de haberlo dejado sin palabras.

Él la vio desaparecer por la puerta y se dio una bofetada mental por quedarse contemplando el contoneo de sus caderas mientras se alejaba.

—Esperemos que no haya ni una sola emergencia —masculló.

Había pensado que aquella alumna, que iba de parte de otra antigua de su tío, sería más mayor. Ni siquiera había mencionado que iba de parte de Andrea Rinaldi, solo que se lo habían recomendado como un excelente maestro, sin especificar quién. La había imaginado con casi el doble de la edad que aparentaba, escasos treinta, pues en su carta decía que había dejado su trabajo para dedicarse a disfrutar de la vida y de nuevas experiencias. Una prejubilación, había creído él. Por eso no había visto el menor peligro en que otra española apareciera por aquel pueblo y se instalara durante tres meses.

Menudo iluso.

Abrió el sobre que le había entregado dispuesto a archivar el documento firmado y comprobar el pago, el cual no tenía duda alguna que sería correcto. Parecía que el dinero no era un problema para ella.

Entre los billetes le sorprendió dar con el puñado de fotografías que Angelo le había tomado. Se apresuró a salir a entregárselas, pero ella ya se alejaba en un ridículo cochecito amarillo que contrastaba demasiado con la elegancia de sus ropas y movimientos. ¿Por qué habría elegido

semejante chatarra?

Se planteó ir a buscarla al centro del pueblo para devolvérselas, pero se negaba a ir tras ella a caballo. Se las dejaría a su tío y que se las diera él.

Porque lo mejor era no volver a verla, ni ahora ni en esos meses que iba a poder topársela en cualquier parte y, más en concreto, cada mañana en el lugar de trabajo de la única persona en el mundo por cuyas venas corría su misma sangre.

Entró de nuevo en la escuela y, en contra de su férrea voluntad, miró una foto, después otra, y otra... Las cinco eran obras de arte en sí mismas. Y no solo por la buena mano de Angelo, que era muy posible que acabara siendo un estupendo fotógrafo. Ella era una pieza única. Sus rasgos, su expresividad, sus luminosos ojos de un azul celeste clarísimo y su sonrisa pura.

Cerró los ojos. No debía hacerlo. Pero sus manos clamaban por ello. Miró la pieza de mármol *rosso verona* que había estado estudiando, buscando la curvilínea figura que habitaba oculta en su rígida forma. El artista que llevaba dentro era más poderoso que el hombre testarudo y precavido en el que se había convertido.

Acarició la fría superficie. Comenzó a cantar de nuevo por puro instinto. Y las manos empezaron a trabajar la piedra por sí solas, llevando a cabo lo que el mármol y el alma sabían que debía ser.

## Capítulo 2

Aitana dedicó dos días completos a instalarse en su nuevo hogar temporal y a hacerse con el entorno. La señora Galvani le había enseñado toda la casa hacía ya dos semanas y le había explicado lo básico sobre el funcionamiento de la caldera, la ubicación de los fusibles —pues era una casa vieja y la luz andaba regular— y los cuidados de su huerto y sus gallinas.

Tenía a su disposición todo lo que necesitara, incluidos los frutos del huerto y los huevos de las ocho gallinas. Lo que no consumiera, podía intercambiarlo con los vecinos. El trueque era algo habitual allí. Así pues, sabía que las vacas de Francesca le proporcionarían leche a cambio de fruta o que Marcello, el panadero, no le cobraría nada durante su estancia si le llevaba huevos un par de veces por semana, para los dulces. Guido y Marco, los recién casados que habían abierto hacía un año el restaurante del pueblo —el único al que podía llamársele por ese nombre y no *trattoria* o *tavola calda*— le harían un buen descuento si les llevaba verduras frescas. Y el párroco —que no vivía en Caral in Chianti, pero que oficiaba misa todos los domingos a las doce y media— la mencionaría en sus oraciones como agradecimiento a tan atentos obsequios. Nunca estaba de más que rezaran por una, le había sugerido la anciana antes de despedirse.

La mujer pasaría el verano con sus sobrinas en Sorrento, como llevaba haciendo ya tres años. Soltera y sin descendencia, las dos hijas de su difunta hermana eran su única familia. Y ya estaba bastante sola el resto del año. Aunque en aquel pueblo todos eran como una gran familia, su casa estaba algo apartada y era demasiado grande para ella sola. Antaño, en vida de su bisabuela, había sido una posada.

Alquilarla había sido idea de sus sobrinas. Y a través del anuncio que había puesto en un portal de Internet una de ellas había sido cómo Aitana había obtenido alojamiento por tanto tiempo. El hostel y la pensión, únicos hospedajes por habitaciones del pueblo, ya tenían algunas reservas y no podían ofrecerle albergue durante todo el período de su curso de escultura.

Así había acabado alquilando aquella enorme casa que le iba a llevar más trabajo del que había pensado, pero al que ya se estaba habituando. Después de dos días, incluso el olor del gallinero se le hacía llevadero. Más o menos.

Pero merecía la pena. Aunque antigua, la casona era preciosa. Con sus características paredes

de piedra gris y tejado de teja rojiza, sus enredaderas trepando por la fachada desde el suelo hasta los ocho balcones, cuatro a cada lado del edificio en la primera planta, donde se ubicaban los ocho dormitorios. El suyo, con baño propio, era gemelo al de la dueña, pero en el lado opuesto del largo pasillo. Los otros seis carecían de aseo, si bien en esa misma planta había otros dos de uso común. Todos instalados hacía más de un siglo, cuando la casona fue una posada, aunque renovados a lo largo de los años.

También había otro en la planta baja —entre el salón y la cocina— de reciente construcción, dada la avanzada edad de la dueña y los problemas circulatorios que le hinchaban las piernas. Aitana solo hacía uso de este último y el de su dormitorio, aunque con uno se habría apañado perfectamente.

La cocina también estaba renovada y era una maravilla, a caballo entre lo rústico y lo moderno. Y tenía todo tipo de utensilios propios de quien disfrutaba cocinando, lo cual le vendría de perlas, dado su propio gusto por el arte culinario.

El salón comedor ocupaba media planta baja. A su lado se ubicaba una salita más pequeña donde la señora Galvani tejía y leía, tal como mostraba el cesto de labores y la estantería de pared a pared al lado contrario de la ventana, repleta de libros de múltiples géneros. Aitana había pensado en leer allí un poquito cada noche antes de irse a dormir y así perfeccionar su italiano.

No le extrañaba que aquel fuera uno de los rincones favoritos de la dueña, sobre todo en invierno, pues además de una pequeña chimenea —opuesta a la grande que daba al salón— disponía de un amplio ventanal hasta el suelo que daba al jardín delantero, donde los árboles frutales florecían junto con frondosos parterres de diversos tipos de flores, tan encantadores como la mesita de forja que estaba estratégicamente colocada bajo la sombra de los árboles, ideal para un relajado desayuno las mañanas de verano.

El huerto se hallaba en el jardín trasero, junto al pequeño gallinero, y se fundía con un frondoso bosque que se adentraba en la colina hasta donde se perdía la vista. Más allá, solo algunas viejas casas en ruinas. Un murete de piedra de apenas un metro rodeaba toda la propiedad, excepto por la verja en tonos bronce que rompía su continuidad y permitía el paso al jardín principal.

El silencio reinaba en todo el lugar salvo por el cloqueo de las gallinas, el canto de los pájaros que anidaban en los árboles y las ramas de estos meciéndose al compás de la brisa. Sin duda iba a ser un buen entorno para meditar sobre qué iba a hacer con su vida una vez concluido su viaje, valoró Aitana. Pero tendría que ser más adelante. Ese día tocaba avituallamiento de alimentos frescos. La despensa con productos menos perecederos la había llenado con una gran compra que se había traído de Florencia, pues por lo poco que había visto del pueblo, y lo que le había contado su anfitriona, no había allí nada similar a un supermercado.

A media mañana, la cesta delantera de la algo maltrecha bici que la señora Galvani había incluido en el lote de alquiler ya estaba llena de la carne y el pescado que había ido a buscar al mercado de calle del pueblo —al que acudían comerciantes locales y de los alrededores—, por lo que decidió emprender la vuelta antes de que el sol de mediodía le hiciera aún más dura la cuesta

arriba hasta la casona.

Oyó una moto que se aproximaba, pero consideró que ella rodaba tan pegada a la derecha como el camino le permitía. No obstante, el piloto pasó demasiado cerca y demasiado deprisa para el estrecho espacio y desestabilizó a Aitana hasta casi hacerla caer. Sus reflejos fueron rápidos y echó el pie a tiempo de sostenerse sin irse al suelo.

Oyó que la moto se detenía a su espalda. Cuando se giró, un joven de veintipocos años se quitaba el casco, dejando ver un pelo rubio oscuro algo alborotado y unos ojos verdes llenos de preocupación.

—¿Estás bien? —Su voz suave y su acento italiano destilaban dulzura.

—Por poco, pero sí.

—Lo lamento. Iba demasiado rápido. Por aquí no pasan muchas bicis que desequilibrar. Soy Alessandro. El menor de los Caruso, la familia de las bodegas. ¿De dónde sales tú?

—Soy Aitana. Vengo de Santander, de España. Estaré aquí todo el verano para aprender escultura con Salvatore Conte.

—¿Serás la nueva Andrea Rinaldi?

—Lo dudo. Es solo por diversión.

—Bueno, pues si te apetece divertirme algún día de cualquier otra forma, pregúntales por mí a mis hermanos. Ellos sabrán localizarme. No vivo aquí, pero estoy colaborando con ellos y vendré a menudo.

—¿Colaborando en qué?

—En hacer del vino de mi familia, además de un auténtico *Gallo Nero*, un *chianti superiore*. — Vio que ella no comprendía—. Lo mejor de lo mejor en vinos.

—Ah, disculpa. Me gusta el vino, pero no entiendo mucho más allá del rioja, el navarro... o el *txakolí*. Son vinos reconocidos de mi país.

Vio que él alzaba una ceja y comprendió que el último matiz sobraba. Se dedicaba, al menos parte de su tiempo, al mundo del vino. Entendería de vinos de todo el mundo mucho mejor que ella de los que más conocía.

—Cuando quieras te doy unas clases —propuso, entre seductor y orgulloso—. Pásate y haremos una cata.

—Quizá algún día.

—Vengo cada dos semanas, o cuando a mis hermanos les urge algo. Tengo otros negocios y no puedo dedicarme solo a sus proyectos.

—Claro —respondió, nada impresionada ante el altivo comentario.

—Pero puedo venir a buscarte y llevarte a Florencia. Allí sí que hay vida y no en este rincón de las colinas al que no vienen casi ni turistas.

—A mí me parece un pueblo precioso. Y ya he estado en Florencia recientemente.

—Pero no con un florentino que te la enseñe como merece.

—Quizá algún día —repitió—. Aunque andaré muy liada con las clases.

—No te preocupes, encontraremos el momento ideal. Encantado, *amore*.

—Igualmente.

Le besó el dorso de la mano, y ella tiró para recuperarla en cuanto le pareció suficiente sin ser grosera. Era atractivo y él lo sabía, pero a ella nunca le habían gustado los guaperas que se las dan de don Juan y que te entran a la primera de cambio sin tan siquiera conocerte. Apenas sabía nada de ella y ya la quería llevar a Florencia con él. No parecía en absoluto peligroso, aunque tal vez algo empalagoso, pero su madre le había enseñado de muy pequeñita que una no debía irse con extraños. Por mucho que en aquel pueblo todos se conocieran.

Sin embargo, sentía curiosidad por el tema de la bodega. Tal vez se pasara en algún momento. A ser posible, uno en el que él no estuviera por allí.

Continuó su camino bajo el inclemente sol y, a los pocos metros, se topó con una escena que la hizo volver a perder el equilibrio.

El sobrino del que iba a ser su maestro en escasos días gritaba a pleno pulmón delante de varios vecinos, y parecía ir a comerse a dos hombres trajeados que se esforzaban por no mostrarse intimidados. No alzaban la voz en respuesta, pero le replicaban constantemente.

A pesar de ser dos, parecían encontrarse en minoría ante la imponente presencia de Fabrizio Conte, alto y corpulento. Sus gestos y aspavientos típicamente italianos, que ella sabía que tenían un significado en sí mismos sin necesidad de palabras, dejaban constancia de su enfado y de que los estaba instando a largarse de inmediato si no querían tener problemas.

Tras unos cuantos gritos más, los hombres se dieron por vencidos y se montaron en un vehículo de alta gama que salió pitando. Si ella no hubiera estado parada, la habría tirado al pasar por su lado.

Cuando volvió la vista hacia la plaza, Fabrizio seguía allí de pie con la respiración agitada, con el sube y baja de su pecho tan evidente como si hubiera estado corriendo un sprint, bajo una sucia camiseta gris que lo hacía parecer aún más salvaje y peligroso.

La miró fijo unos segundos antes de girarse y coger las riendas de un viejo burro que había permanecido impasible ante la escena. Tiró de él y se lo llevó por un camino sin decir ni una palabra a los más de diez vecinos que se habían congregado allí. Ellos, tras una breve conversación en tono demasiado bajo para que ella captara nada desde tan lejos, se dispersaron.

A Aitana le habría gustado acercarse a ellos y preguntarles qué había sucedido allí, pero no los conocía aún y no le parecía que presentarse así a sus nuevos vecinos fuera buena idea. Ya investigaría qué era lo que sucedía con aquellos ricachones y por qué Fabrizio se había puesto de semejante manera. Era evidente que había estado conteniéndose para no soltarles dos puñetazos a los hombres trajeados. La idea la entristeció, pues a pesar de que su primera impresión de él no había sido la mejor, era el sobrino del que iba a ser su maestro y había pensado que podrían entablar cierta amistad. A parte de Alessandro, a quien acababa de conocer y no vivía en el pueblo, era la única persona de más o menos su edad que había visto por los alrededores. Y tres meses era mucho tiempo para pasarlos sin amigos, al menos para alguien tan acostumbrado como

Aitana a rodearse de un gran número de ellos.

Sin embargo, no descartaría de buenas a primeras ofrecerle su amistad. No hasta conocerlo mejor y comprender qué lo había llevado a enfurecerse tanto. Del mismo modo, visitaría las bodegas y conocería el negocio y al resto de los hermanos Caruso. Quizá también había interpretado mal a Alessandro y este solo quería ser amable, no llevársela al huerto como había creído percibir de forma tan abierta. Todos merecíamos una segunda oportunidad y no ser juzgados de antemano.

## Capítulo 3

Como casi cada mañana desde hacía cosa de año y medio, Aitana se dispuso a realizar uno de los hábitos más saludables que había adquirido en su vida. Colocó sobre la hierba del jardín su colchoneta plegable de yoga y, con el radiante sol de la mañana bañándole el rostro, realizó una hora completa de aquellos ejercicios que había descubierto que no solo fortalecían su cuerpo, sino también su espíritu.

La idea había sido de Lily, la novia de Guille, uno de los tres hijos de Matías, el reciente marido de su madre. Como monitora de yoga —y desde incluso antes de que Águeda y Matías formalizaran su relación con la boda, también amiga— Lily había querido aportar sus conocimientos en esa disciplina para colaborar en la recuperación de Aitana. Le había asegurado que iba a acelerar el proceso y que, además, una vez al cien por cien no querría abandonar el hábito, pues era tanta la energía que una obtenía de este deporte que dejarlo era como renunciar a una parte esencial de alimento.

Por aquel entonces, Aitana estaba abierta a cualquier idea que mejorara su estado físico y anímico, así que había aceptado y agradecido sus clases personales. Los frutos no habían tardado en llegar ni el hábito en enraizar. El día que le resultaba imposible sacar un hueco para el yoga, su ser entero lo notaba. Por lo que no había pasado más de tres días seguidos sin ponerse sobre una colchoneta, toalla o manto de hierba, lo que se terciara.

Hacerlo al aire libre en un jardín como en el que se encontraba era todo un lujo. La calidez del aire, los aromas de las flores y las frutas, el sonido de la brisa y el trinar de los pájaros... Aquello era el paraíso.

Una vez concluida la sesión, se aseó, se puso uno de sus vestidos de verano más nuevos y se dispuso a seguir con su agenda de ese día. Tras haber visitado el día anterior la biblioteca municipal y haber curioseado varios libros sobre Caral in Chianti, había estado recorriendo las calles y rincones para hacerse una idea de cómo había ido evolucionando el pueblo. La bibliotecaria había completado esa información con datos de los más interesantes, tanto antiguos como recientes. Y además le había recomendado varios negocios locales que visitar. Tenía una larga lista para ese mismo día. Y pretendía empezar con un desayuno bien consistente en el hostel

de Renato, quien los ofrecía tanto para sus huéspedes como para visitantes de paso o vecinos. Según le había dicho Marena, la bibliotecaria, ese jardín tenía un encanto especial y hacía que el desayuno adquiriera un sabor único.

Al despedirse de la mujer, Aitana había pensado que si algún día se planteaban abrir una oficina de turismo por allí, ella debería ser sin duda la indicada para dirigirla.

Pasó más tiempo del que había pretendido en el jardín del hostel. Había algo mágico allí que invitaba a dejar volar el tiempo mientras una llenaba el estómago con dulces caseros, macedonias y batidos de frutas recién cogidas de los mismos árboles que proporcionaban sombra, o un café aromático y revitalizante que le encendía a una toda la energía del cuerpo.

Renato, además de excelente cocinero de desayunos al igual que mediocre en el resto de comidas del día —tal como le había explicado entre risas al responder a su pregunta de por qué no ofrecía comidas o cenas allí— era un gran conversador. Soltero y sin familia, a sus sesenta y un años dirigía el hostel heredado de sus padres con diligencia y disfrutaba de las visitas conversando con ellas todo lo que podía, recorriendo el mundo a través de sus huéspedes. Los había tenido de los cinco continentes y de más de cincuenta países. Los españoles estaban entre sus favoritos y chapurreaba el idioma. Tal vez por eso la sobremesa se alargó tanto y eran casi las once cuando Aitana se encaminó hacia la siguiente visita de su lista.

Seguía las indicaciones de Renato para llegar a las bodegas por un atajo que le ahorraría más de diez minutos caminando cuando avistó un coche parado en el final de una carretera que se convertía en un estrecho camino. Tenía las cuatro puertas abiertas y nadie en su interior. Las voces bajo la sombra de un gran árbol a escasos metros la avisaron de dónde se encontraban sus ocupantes.

La escena era, cuanto menos, extraña. Un hombre de unos cincuenta años se apoyaba en el grueso tronco del árbol rodeándolo con los brazos, mientras una mujer de su misma edad masajeaba con fuerza su muslo y glúteo izquierdos. Sentados en el suelo, dos chavales en plena adolescencia miraban el espectáculo con gesto entre aburrido y asqueado.

—¡Tan fuerte no, Maricarmen! ¡Que me vas partir el nervio, por Dios!

—¡Hago lo que puedo, Antonio! No soy fisioterapeuta. Si hubieras pasado por uno en Florencia, no te habría dado la ciática a mitad de camino.

—Buenos días. ¿Necesitáis ayuda?

Los cuatro pares de ojos se volvieron hacia Aitana al unísono.

—¡Oh! ¿Eres española?

—Sí. De Santander.

—¡Gracias al cielo! —La mujer corrió hasta ella y le sacudió la mano con un fortísimo apretón. A Aitana no le extrañó que su marido se quejara del masaje—. Qué casualidad. Nosotros somos de Torrelavega. ¿Puedes decirnos dónde estamos? Aquí no hay cobertura, y el GPS se ha perdido como nosotros.

—Los caminos por aquí son un verdadero laberinto. A mí me pasó igual la primera vez que

vine. Estáis en Caral in Chianti.

—¿Caral dices? Eso no aparecía en nuestra guía. ¿Verdad, Elena?

—No me suena —comentó la chica de unos quince años mientras arrancaba las margaritas que tenía a tiro.

—No es demasiado conocido, no. Y cada vez entiendo menos por qué. Este pueblo es maravilloso. ¿Adónde queríais ir?

—Estamos de vacaciones por la Toscana. Hemos salido de Florencia esta mañana. Nos dirigíamos a Radda in Chianti, tenemos una reserva para dos noches en un hotel.

—Pues os habéis desviado un poco. Unos... cuarenta kilómetros —calculó a ojo.

—¡Cuarenta! —Antonio gritó desde el árbol, del cual no se soltaba—. No puedo conducir ni cinco más. ¡No puedo ni andar!

—Papá, qué exagerado eres —protestó su hija—. Qué vergüenza —murmuró para sí, mirando a Aitana de reojo.

Esta advirtió que el niño de unos diez no había dejado de jugar con una maquina de videojuegos en ningún momento. Ni siquiera separaba los ojos de la pantalla más de un par de segundos.

—Bueno... Se me ocurre una cosa. ¿Sabes conducir, Maricarmen?

—Hace años que se me caducó el carnet. Pero podría intentarlo si no hay más remedio —asumió con gesto de terror.

—Bueno, no hace falta. Yo puedo llevar vuestro coche hasta el centro del pueblo. Si Antonio no puede sentarse podría ir tumbado detrás y dos de vosotros caminando. Son diez minutos y no tiene pérdida, es por donde he venido yo.

—Si echamos el asiento del copiloto hacia atrás del todo, creo que podría sentarme ladeado y con la pierna estirada —advirtió el aludido, que intentaba caminar cojeando.

—¿Y luego qué? —Quiso saber Elena, que se había levantado de mala gana tras chasquear la lengua y acercado a su padre para servirle de apoyo.

—Tenéis un hostel allí mismo. El dueño es encantador. Seguro que puede alojaros hoy. Incluso solo unas horas si mejoras rápido. No muy lejos de allí está el consultorio médico. Puedes pasarte a que te echen un vistazo y te den algún remedio.

—Reposo y un médico. Eso es lo que necesito —aseveró él—. Gracias.

Maricarmen tuvo que llamar tres veces a pleno pulmón a su hijo por su nombre: Óscar. La tercera, con amenaza de lanzar al río la endemoniada maquina.

Una vez dispuesto el asiento como Antonio necesitaba, y con todos a bordo, Aitana condujo de vuelta al lugar que acababa de dejar atrás. Tal vez sus ansiados planes de ese día fueran a verse trastocados, pero la idea no la entristeció. Poder ayudar a quien la necesitara era mucho más gratificante que satisfacer su curiosidad por su entorno.

No obstante, al final pudo realizar ambas cosas de forma simultánea. Tras una inyección que hizo suspirar de alivio a Antonio y casi besar a la enfermera, Renato lo acogió en una de sus

habitaciones de la planta baja, pues el antiguo edificio carecía de ascensor. Y como el hombre iba a necesitar de unas cuantas horas de relax, Aitana propuso al resto de su familia que lo dejaran descansar a solas y la acompañaran en su día de turismo por el pueblo.

¿No era eso lo que iban a haber hecho en Radda in Chianti, por el mero placer de descubrir un precioso pueblo toscano? Pues lo harían en Caral, más pequeño y menos emblemático. Pero no menos interesante, estaba segura.

Para sorpresa de Aitana, fue Elena la primera en acceder. El niño se había encogido de hombros cuando su hermana le había dado una colleja para recriminarle no preferir salir a quedarse allí encerrado. Y Maricarmen había dicho que sí por sus hijos. En el fondo, no quería dejar solo a su marido. Aunque este agradecía el silencio y la soledad para recuperarse.

—Tengo hambre. —Fueron las primeras palabras que oyó decir a Óscar. Incluso apagó su videojuego.

—Hay algunas opciones por aquí. Tres, en concreto.

—¿Solo tres? —Elena la miró algo asustada.

—Es un pueblo pequeño.

—¿No hay un Burger King?

—Calla, idiota. ¿Cómo va a haber un Burger King en el culo del mundo?

—Elena, esa boca. —Maricarmen suspiró—. Perdona —se disculpó, mirando a Aitana con vergüenza.

—Aquí hay una *tavola calda*, que es un tipo de restaurante que tiene la comida ya preparada y la mantienen caliente en unas bandejas a la vista del cliente. Luego está la *trattoria*, como una pequeña taberna familiar, y luego está el verdadero restaurante: Dormiveglia. Tenía una reserva para mí, no creo que haya problema en que seamos cuatro. Aunque es un poquito más caro. No sé la idea que teníais.

—¿Dormiveglia? ¿Como el de Milán?

—Sí... creo que fue allí donde abrieron los dueños antes de mudarse aquí. La bibliotecaria me ha puesto al día sobre tantas cosas que ese detalle no me ha quedado muy claro.

—Hay que ir a ese, mamá. Es una pasada —susurró Elena, tirando del codo de su madre.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Venía en la guía. Y ya te dije que quería ir de compras a Milán antes de volver a casa, aunque os parezca que está demasiado lejos.

—Lo está. Y está descartado.

—Pues si no vamos a poder ir allí, por lo menos vamos a ese restaurante aquí. Porque sí que ponía que había otro en algún pueblo, pero no decía que fuera por esta zona.

—Bueno, pues si no es carísimo, por mí, bien —acabó accediendo Maricarmen.

—No es exagerado, pero no es el precio de un Burger King.

—Con el día que llevamos, nos merecemos un capricho —accedió la mujer—. ¿Podrán ponernos algo para llevar para mi marido?

—Se lo preguntaremos. Seguro que sí

No hubo ningún problema en preparar una versión para llevar de los platos que Maricarmen escogió para su marido. Acordaron que se los acercarían entrada la tarde, pues el hombre necesitaba descanso, y así no los comería fríos ni lo despertarían. El propio Guido, dueño del negocio junto con su marido Marco, se ofreció a llevar el menú en cuanto estuviera listo. No era un servicio habitual del restaurante, pero la causa lo merecía.

Como no había muchos clientes ese día de finales del mes de mayo y Aitana se había presentado como la huésped de la casa de la señora Galvani, en el momento de los postres, ambos anfitriones cogieron un par de sillas y se unieron a la mesa de los españoles.

—Hablemos de negocios —comenzó Guido, haciendo que Marco pusiera los ojos en blanco.

No podían ser más diferentes en su aspecto. Guido era un hombre alto y fuerte, con un cuerpo trabajado con duro ejercicio, una mata de pelo rizado negro que llevaba recogido en una coleta alta y la piel bronceada y brillante. En contraste, tenía unos ojos verdes de lo más llamativos, que se iluminaban al mirar a su pareja. Marco era delgado y más menudo, con el pelo rubio ceniza muy corto y peinado con raya a un lado, ojos castaños y sonrisa dulce. Parecía algo cansado y mucho más tímido que el otro.

—¿Qué tipo de negocios? —Aitana ya lo imaginaba, pero quiso dejar que fuera él quien lo planteara.

—Supongo que Giorgina ya te ha comentado el trato que tenemos con ella. Si lo mantienes todo el verano, hoy coméis los cuatro... bueno, los cinco, a mitad de precio. Y a ti te mantengo el cincuenta por ciento de descuento cada vez que vengas.

—¿Cada vez que venga? —protestó Marco—. ¿Y si viene todos los días?

—Una cena cada quince días. Y las verduras os las traeré dos veces por semana —sentenció ella.

—¿De qué estáis hablando? —Maricarmen estaba desconcertada, pues no entendía apenas el idioma.

—Aitana les traerá verduras este verano y ellos le harán un descuento cada vez que venga. —Óscar terminó su tiramisú y relamió la cuchara antes de mirar a Aitana—. ¿Eres agricultora? No lo pareces.

Madre y hermana miraron al chaval con la boca abierta.

—¿Los entiendes?

—He jugado a videojuegos en línea con colegas italianos. Es muy parecido al español.

Ambas mujeres rieron por la sorpresa, y Aitana explicó a ambas partes lo que comentaban los otros. También le dejó claro a Óscar que su labor como agricultora era algo temporal y ni mucho menos el motivo principal de su presencia en el pueblo.

Guido no se cortó, ya que ese era su carácter, y le preguntó de forma abierta qué la había

llevado allí. Aitana contó su historia, algo menos resumida de cómo se la había contado a Fabrizio el primer día que pisó el pueblo, y procuró ir traducéndola al español según avanzaba para que todos comprendieran. Cuando terminó, un silencio se apoderó del ambiente. Fue Marco el que lo rompió después de estirar una mano por encima de la mesa y apretar la de Aitana con gesto reconfortante.

—También yo vine aquí buscando renacer. Y no podría haber elegido un lugar mejor. Te irá bien, Aitana, estoy seguro.

Y según terminó, se levantó, hizo un gesto de despedida con la cabeza y se marchó.

—¿Qué ha pasado? —Ni Elena ni su madre comprendían nada.

Guido carraspeó y se dispuso a disculpar a su marido.

—Marco y yo fuimos compañeros de pucheros en Milán antes de ser pareja. Y una vez que empezamos nuestra relación, decidimos montar un restaurante propio. Conseguimos dos estrellas Michelin y mucho éxito. Pero el estrés le pasó factura a su salud y los médicos le advirtieron que o bajaba el ritmo o su corazón no aguantaría muchos años más. —Suspiró y sonrió de forma forzada—. Mi abuelo falleció poco después, y mis padres me dijeron que pretendían vender esta casa. Viven en San Marino, y solo venían de vez en cuando a visitarlo. En cambio, yo guardaba muy buenos recuerdos de los veranos de mi infancia aquí. Y pensé que era exactamente lo que Marco necesitaba. Así que buscamos un gerente competente para dirigir Dormiveglia Milán y abrimos Dormiveglia in Chianti. La mejor decisión de nuestras vidas.

Aitana tradujo una versión resumida de la historia al resto de la mesa. Ninguno supo qué añadir. Fue Elena quien decidió resolver una duda que le picaba la curiosidad.

—¿Por qué se llama Dormiveglia? ¿Qué significa?

Guido comprendió la pregunta sin necesidad de traducción. Y respondió en un español bastante precario que había ido aprendiendo durante años de trabajo con clientes del todo el mundo.

Les explicó que creía que no existía una palabra exacta en español para ese término, pero que se refería al tiempo que uno pasa en la cama entre que se despierta por la mañana y se levanta. Para Marco y él, era el momento más perfecto del día si ambos estaban juntos. Aunque solo estuvieran abrazados —matizó, echando una mirada de disculpa a la madre de los chavales, pues no solo se refería a lo que la mujer había imaginado—. Con aquel nombre, querían trasladar a su negocio esa sensación de bienestar, placer y perfección.

Más que satisfecha con la respuesta, pues a Elena le había parecido muy romántica, le pidió hacerse un *selfie* con él y Marco para enseñar a sus amigas. Además, lo publicaría en sus redes sociales y pediría a todos sus contactos que lo compartieran, añadiendo que habían comido de maravilla, que los habían tratado de diez y que además iban a hacerles el gran favor de llevarle comida su padre encamado. Una publicidad impagable.

—Un poco de promoción nunca está de más —comentó Marco cuando fueron a buscarlo, y posó junto al resto. Aunque enseguida volvió a la cocina, que era donde se sentía realmente cómodo.

Ya en la puerta, donde Guido besó a las mujeres y dio un fuerte apretón a Óscar en la mano,

Aitana quiso hacerle una pregunta.

—¿No se os ha ocurrido nunca ofrecer como un servicio habitual lo que hoy vais a hacer por Antonio como algo excepcional?

—¿Servicio a domicilio? —planteó Guido con una sonrisa.

—No a domicilio en general, sino una opción de servicio de habitaciones para el hostel de Renato. Comida y cenas, justo lo que él no ofrece. Estáis a escasos minutos en coche. Ambos ampliaríais los clientes de forma simultánea.

—Pues... es una idea cojonuda. No sé si Renato aceptaría. Y de funcionar, quizá deberíamos contratar a alguien para ese servicio. Uno solo no puede cocinar y atender las mesas a la vez.

—Si suben los clientes, no tendréis problema en pagar el sueldo de un repartidor. Piénsalo. Por lo que he podido hablar con Renato, creo que estaría encantado con algo así. —Hizo un gesto mientras observaba su alrededor, y Guido creyó reconocer la mirada de quien está teniendo una visión—. Es una de las muchas posibilidades que tenéis aquí, en mi humilde opinión —añadió.

Mientras la veía marchar tras darle las gracias y asegurarle que les llevaría la primera barquilla de zanahorias, tomates, lechugas y cebollas al día siguiente sin falta, Guido también tuvo una visión. Casi tan clara como la que había tenido al saber lo que sus padres tenían pensado para la casa de su abuelo.

La vio a ella, haciendo y deshaciendo por allí, con esa sonrisa radiante que lo hacía sonreír a uno en respuesta. Supo que serían amigos, muy buenos amigos. Y que la vería mucho más que solo los tres meses que había declarado ir a quedarse. Solo que, quizá, ella aún no lo sabía.

El siguiente punto a visitar fue la colina más alta del pueblo, el mirador desde donde se avistaba todo el valle y los viñedos que colindaban con el pueblo vecino, Lagar in Chianti. Allí se alzaba, ya muy derruida, la ermita de San Giuseppe. En sus muros exteriores fue donde los cuatro españoles se dispusieron a descansar e incluso, en el caso de Maricarmen, a echar una corta cabezadita con el estómago bien lleno.

—Me encanta tu vestido —aprovechó para decirle Elena a Aitana, ahora que su madre estaba medio roque, apoyada en el tronco de un árbol—. ¿Es de algún diseñador? Porque lo parece.

—Lo compré en Nueva York. Pero la diseñadora no es nada conocida. Aún. —Sonrió y le guiñó un ojo. Era una chica algo flaca y con una cara muy común, si bien sus ojos tenían un brillo peculiar que delataban que en su interior bullía algo a punto de hacer erupción. Una mujer en plena cocción, advirtió Aitana—. ¿Te gusta la moda?

—Me apasiona. Quiero dedicarme a ello. Pero primero tendré que estudiar ADE. Hasta que no tenga el título, mis padres no me pagarán el curso de diseño.

—Míralo por el lado positivo. Sabrás ser una empresaria de éxito de antemano, así podrás dirigir tu propia marca sin pagar a nadie que te la gestione. O teniendo empleados que se encarguen de ello, pero siendo tú quien tome las decisiones adecuadas.

—Visto así...

La dejó con el runrún dándole vueltas en la cabeza y se dirigió a Óscar, quien ignoraba las sobrecogedoras vistas sumido en la pantalla de su maquinita.

—¿Y tú, Óscar? ¿Qué quieres ser de mayor?

—Jugador de videojuegos profesional —respondió su hermana por él, pues no parecía haberla oído.

—¿Y no prefieres diseñarlos tú mismo?

—A lo mejor —dijo el muchacho.

—Para eso no basta con jugar bien, hay que estudiar. Informática y Diseño gráfico, supongo. No sé si eso te haría tanta gracia —le advirtió su hermana.

—Podrías inventar tus propios juegos, los personajes, la trama... —contraatacó Aitana, viendo que su hermana apartaba de un plumazo la posibilidad sin darle ni tiempo a valorarla—. Sería más divertido que recibir los juegos dados por otros. ¿No crees?

—No lo sé.

—Piénsalo —propuso ella, y recibió por un instante el privilegio de su mirada. Decidió no desaprovecharlo—. ¿Qué tipo de juegos te gustan?

—De asesinos sangrientos —volvió a responder su hermana—. Cuanto más masacren, mejor.

—No solo esos —protestó el chaval—. Aunque soy muy bueno disparando. Y con la espada. Y las flechas.

—Sangrientos —repitió Elena.

Aitana tuvo una idea para seguir reteniendo su atención. Sabía que lo que estaba haciendo era proyectar en esos chicos que acababa de conocer la corrección de sus propios errores. Pero no lo podía evitar. Ella ya tenía treinta y un años, y aún estaba tratando de descubrir qué quería hacer con su vida. Esos jovencitos tenían todo su futuro por delante. Y si decidían bien desde el principio, tendrían muchas más oportunidades de ser felices con la profesión que eligieran.

—Podrías buscar inspiración para tus historias en la Historia con mayúscula. Si hay algo sangriento de verdad son las batallas históricas. Como la que tuvo lugar en esta misma colina.

—¿Aquí?

—Sí, aquí mismo. Sobre el año... 400 —recordó de lo que había leído en la biblioteca el día anterior—. Cuando los romanos dominaban estas tierras y los galos quisieron conquistarlas. Hubo centenares de muertos y el valle entero se tiñó de rojo. La llamaron *La batalla del vino tinto*. Por la sangre que se derramó sobre las vides.

Aitana vio cómo los ojos de Óscar se abrían de par en par y dejaba la maquina a un lado para acercarse y escuchar más detalles. Y muy a gusto, se los dio. A ella le habían parecido demasiado truculentos, pero si era lo que al chaval le llamaba la atención... Quizá con su narración lograra encauzar su interés por las batallas hacia la lectura de hechos históricos. Aunque solo fuera por variar un poco sus *hobbies*. Sus ojos y sus pulgares se lo agradecerían.

Maricarmen despertó de su siesta cuando la historia ya había concluido y Óscar repetía para sí

el título del libro de la biblioteca para pedirlo antes de ir al hostel y leerlo esa misma noche.

—Siguiente parada, las bodegas —anunció Aitana, y recibió una gran sonrisa de la mujer.

—Me encanta el vino —susurró como un secreto.

—*¡Rosso, bianco...?*

—Soy más de tinto. Pero en verano, un rosado o blanco fresquitos también entran muy bien.

—Pues según me han dicho, el *rosso* Caruso Bello es de lo mejor que hay.

—Vamos a comprobarlo.

## Capítulo 4

Aitana miraba a los chavales chincharse mientras caminaban, colleja aquí, patada allá... Maricarmen, detrás con ella, no intervenía en el amago de pelea, por lo que dedujo que aquel era un comportamiento habitual entre ellos.

Las lágrimas estuvieron a punto de saltar de sus ojos.

Cierto que de niña, con sus hermanas nunca había llegado a las manos. Daniela y Laura le llevaban diez y nueve años respectivamente, pero las riñas habían sido frecuentes. Sobre todo con la mayor. Daniela la había culpado de cosas de las que nadie era culpable. Ella era fruto del segundo matrimonio de su madre, tras enviudar de Beltrán, el padre de sus hermanas. Luego, Manuel, su padre, había fallecido también, cuando ella entraba en la adolescencia. En aquel momento fue cuando Daniela viró un poco en su comportamiento hacia ella, como si por haber perdido igualmente a su padre le perdonara haberle robado el tiempo que su madre debería haberles dedicado a Laura y a Daniela en lugar de cuidar de un bebé.

Tras muchos años sola con sus hijas y sobrinas, Águeda se había enamorado por tercera vez. Matías no sería un padre para ninguna de las tres hermanas, a esas alturas de sus vidas eso no era posible ni necesario, pero sí era un hombre muy querido para ellas. No solo era una gran persona, sino que amaba a Águeda de corazón, y Aitana sabía que la cuidaría por lo que les restara de vida. Y, además, traía consigo otros tantos hijos, dos de los cuales habían enamorado a sus primas Cam y María. ¡Cosas de la vida!

Ella siempre había sido muy sociable, por lo que no le había costado nada entablar amistad con ellos. Pero sentir que también formaban parte de su familia la había llenado de júbilo.

A pesar de todo ello, o tal vez precisamente con aquella enormidad como guinda del pastel del giro que había dado su vida en tan poco tiempo, Aitana había dejado todo atrás y se había marchado un año entero a buscar su sitio en un mundo que de pronto sentía del revés.

Los echaba de menos a todos, pero se había prometido no volver hasta concluir su viaje. Llamadas, mensajes, videoconferencias... Como mínimo, un contacto diario para que supieran que estaba bien y viceversa. Pero no pisaría Santander hasta el mes de septiembre. Y esperaba volver con las respuestas que había salido a buscar.

La voz de Maricarmen era como un soniquete constante a su lado. No es que no la escuchara, pero su cháchara sobre las recaídas de la ciática de su marido no le impedía pensar en sus propios asuntos mientras tanto.

—¿Por dónde?

Elena y Óscar se giraron hacia Aitana al llegar a una bifurcación en el camino que Guido no le había mencionado en ningún momento.

—Pues... la verdad es que no lo sé.

Según reconocía estar tan perdida como ellos, avistó a un joven que caminaba apresurado por entre los árboles que bordeaban el sendero de la derecha. Parecía pretender pasar de largo por su lado sin tan siquiera mirarlos. Aitana le salió a la zaga para solicitar ayuda.

El muchacho bajito y regordete de veintipocos años amagó con esquivarla. Fue entonces cuando Aitana se percató del estado de nerviosismo en el que se encontraba y... lo sucias que llevaba las manos. Como si hubiera estado arreglando el motor de un coche. Quizá se había quedado tirado con un vehículo averiado y el que necesitara ayuda fuera él.

—Disculpe, por favor. Solo queremos saber cuál es el camino que lleva a las bodegas.

—¿A las bodegas? Yo... yo no soy de aquí. No sé nada.

—Pero viene de allí —dijo Elena, quien a pesar de no comprender del todo sus palabras, sí vio que se negaba a dar ninguna respuesta.

El hombre aprovechó que desviaban la vista hacia la chica y continuó su camino, en línea casi recta entre los árboles y paralelo al sendero, sin mirar atrás.

Aitana lo siguió con la mirada hasta que se perdió en el horizonte. Se preguntó quién sería y por qué parecía nervioso, asustado y... ¿culpable? No sabía de qué, pero aquellos redondos ojos negros, como su pelo algo sudado y alborotado, reflejaban sentimiento de culpa y miedo.

—Yo voto por el de la derecha —adujo Elena—. Es por donde venía ese tío tan raro. Si no lleva a las bodegas, al menos llevará a algún sitio y no acabará en medio de la nada.

—Que sea el de la derecha —aceptó Aitana.

Y no se equivocaron.

El viñedo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Una vasta superficie de terreno con interminables hileras de vides que ya comenzaban a dar sus primeros frutos. Descendieron la colina hacia el valle, con Elena y Óscar improvisando una carrera que hizo reír a su madre.

—¡Como cuando eran pequeños! —exclamó la mujer, llena de nostalgia.

Aunque la alegría le duró poco, pues la discusión sobre quién había ganado comenzó en cuanto ambos tocaron de forma prácticamente simultánea la pared del edificio de piedra que lindaba con el campo.

Las voces debieron de alertar a la mujer embarazada que salió por la puerta segundos antes de que Aitana y Maricarmen alcanzaran el lugar.

—¿Puedo ayudaros en algo? —inquirió con gesto sorprendido la mujer, de ojos verdes y dorada melena rizada.

—Hola. —Aitana se acercó acelerando el paso—. Soy Aitana Ruiz. Voy pasar el verano en la casa de la señora Galvani y realizaré un curso de escultura con Salvatore Conte.

Ante la precisa presentación y tras apretar la mano que le ofrecía, la mujer sonrió y se presentó de vuelta.

—Encantada. Yo soy Mariella Caruso. Soy la mayor de los cuatro hermanos que regentamos estas bodegas.

—Entonces eres la hermana de Alessandro.

—Sí... ¿Lo conoces?

—Me crucé con él el otro día.

—Espero que no hiciera o te dijera ninguna tontería—. Mariella cerró los ojos con fuerza y se llevó una mano a la espalda para enderezarse. Su prominente barriga parecía causarle algunas molestias. Aitana no supo calcular de cuántos meses estaría, pues al ser una mujer muy delgada, su tripa parecía enorme en comparación con las largas y finas piernas que asomaban bajo su vestido de premamá.

—No, fue muy amable —exageró un poco Aitana—. Me comentó que estáis en un proyecto muy importante y que él os ayuda cuando puede. Yo me propuse venir a haceros una visita y satisfacer mi curiosidad. Como ves, me he traído compañía. —Señaló a los otros tres—. Ellos son Elena, Óscar y Maricarmen. Están de paso solo por hoy, esperemos, porque significará que Antonio, marido de ella y padre de ellos, está recuperado de su ciática y toda la familia puede reemprender su viaje. Pero en este momento, estamos de turismo por el pueblo.

—Vaya. Espero que se mejore —alentó a Maricarmen, quien miró desconcertada a Aitana al ver que le hablaba directamente.

—Me temo que tendré que hacer de traductora —comentó ella.

Y desde ese momento, así lo hizo.

Porque la hospitalidad era algo innato a los habitantes de aquel lugar —y porque siempre le había encantado hablar de la historia de la bodega Caruso—, Mariella los invitó a pasear entre las viñas mientras se explayaba en su narración y les propuso visitar el interior del antiguo edificio de piedra para que vieran cómo se trabajaba en una bodega.

Les explicó que el apellido Caruso se remontaba a la propia fundación del pueblo. Que su familia fue importante precursora de su separación de Lagar in Chianti allá por el año mil quinientos, dejando de ser un sector aislado del pueblo contiguo para ser una localidad independiente. Los límites entre los terrenos nunca llegaron a fijarse con precisión, y aún era hoy el día en el que existían disputas por la lindes entre viñedos.

De hecho, desde que ella y sus hermanos habían vuelto al pueblo donde habían nacido para hacerse cargo del negocio familiar, los problemas legales habían resurgido. Pero pensaban solventarlo antes de fin de año.

Había sido su abuelo, Luciano Caruso, quien había mantenido el antiquísimo viñedo a flote. Con una plantilla formada por vecinos del pueblo y algunos temporeros de lugares más remotos,

había seguido produciendo un excelente vino con denominación de origen pero a pequeña escala, dados los humildes medios con los que había contado en cuanto a maquinaria y mano de obra.

Sin embargo, el viñedo era extenso y producía mucha más uva de la que eran capaces de gestionar, por lo que más de la mitad de la cosecha había sido vendida a bodegas del entorno tanto para sacar rentabilidad como para no desperdiciar la producción, casi un noventa por ciento de uva sangiovese y el resto de variedades como la cabernet sauvignon, syrah o merlot.

O así había sido hasta que los cuatro hermanos habían tomado las riendas del negocio al que sus padres habían dado la espalda, prefiriendo trasladarse a Florencia a llevar otro tipo de vida antes de fallecer en un accidente de coche hacía ya tres años.

Mariella había perdido su empleo en una multinacional de Roma por quedarse embarazada de su primera hija justo en el año en que deberían haberla ascendido. Su marido, Piero, no había dudado en dejar su trabajo como administrativo para dar a su hija una vida más tranquila en el campo y a su mujer la satisfacción de llevar a lo más alto la bodega Caruso, pues Luciano estaba demasiado mayor para seguir adelante sin ayuda.

Otro de sus hermanos, Valentino, perdió su empleo en una entidad bancaria un año después que ella y se sumó al proyecto. Geronimo decidió dejar de forma voluntaria el laboratorio genético donde trabajaba como técnico para unirse al resto de la familia. Solo Alessandro mantenía un pie en Florencia y otro en Caral in Chianti, colaborando de forma puntual y a regañadientes. Era el único al que no le gustaba demasiado ni el pueblo ni el mundo vinícola.

Aun así, en escasos cinco años habían logrado mucho. No solo habían dejado de vender de forma progresiva parte de la cosecha según iban incrementando la plantilla y la maquinaria, sino que habían destinado la mejor uva para elaborar un vino de forma muy específica, según unas normas que le dieran una categoría única.

—Nuestro vino, ya solo por ser de esta región, desde hace trescientos años recibe la denominación *chianti classico Gallo Nero*, y lleva el sello del gallo negro que lo hace inconfundible —explicó Mariella cuando comenzaron la visita en el interior de las instalaciones.

Les mostró el sello con la imagen de la oscura ave sobre una de las botellas, pegado entre el cuello y la etiqueta de letras doradas sobre fondo azul celeste que rezaba «Caruso Bello».

*Bello* era el apodo con el que todo el pueblo había referido a un ancestro suyo, por su gallardo aspecto, y quien mayor impulso le había dado al negocio vinícola en la región. El vino que se bebía en Caral in Chianti por aquel entonces era todo de su cosecha. Y para los vecinos, beber vino era sinónimo de beber *Bello*. El nombre había enraizado y había acabado siendo el que se había imprimido en las primeras etiquetas varios siglos atrás.

—Llevamos tres años produciéndolo en cantidad suficiente como para comenzar a comercializarlo a escala internacional. Además, hemos seleccionado la mejor uva para elaborar un vino muy especial bajo las normas que se exige para el *chianti superiore*, por lo que hemos solicitado la denominación para una selección que vamos a embotellar este año.

—¡Eso es fantástico!

Aitana estaba maravillada. La historia familiar la había cautivado; el esfuerzo, la dedicación y la perseverancia frente a años de dificultades no habían podido con un negocio con solera y, estaba segura, mucho amor por la tierra. Además, la valentía de dejar la ciudad y volver al pueblo con una idea emprendedora era ejemplar y motivadora para otros en una situación laboral complicada, que no eran pocos según había leído en los periódicos locales. El empleo por la región iba en declive.

Según avanzaban por las instalaciones y veían aperos antiguos que ya no se usaban pero que guardaban como recuerdo, como si de un museo se tratara, el germen de una idea surgió en su cabeza. Había muchas posibilidades derivadas de aquel negocio, no solo para la propia familia Caruso, sino para todo el pueblo.

—Hay muchos controles, pero vamos a pasarlos, estoy segura —continuó la anfitriona en referencia al vino que estaba a punto de ser galardonado con la categoría *Superiore*—. Ya tenemos el diseño de la nueva botella, y Alessandro nos ha conseguido una nueva etiquetadora. Para el tema de los cultivos no se puede contar con él, pero este otro tipo de tareas se le dan bien.

—Cada uno vale para lo que vale —razonó Aitana.

—Estoy de acuerdo. ¿Queréis conocer el proceso de producción?

—Desde luego —accedió entusiasmada.

—Y catar el vino, si es posible —sugirió Maricarmen.

Aquella idea no necesitó traducción, supo Aitana en cuanto oyó a Mariella carcajearse.

Cuando se reía, parecía mucho más joven de los cuarenta años que había comentado tener.

Les aseguró que al final de la ruta harían una cata y comenzó la visita por el laboratorio, donde se encontraban sus dos hermanos: Valentino, de treinta y ocho años; y Geronimo, de treinta y cinco.

Ambos dejaron su tarea unos minutos para conocer a los visitantes y se alegraron de tener una nueva vecina ese verano por allí.

—Valentino, dime que no has sido tú el que ha estado fumando en los viñedos —oyó Aitana que le susurraba Mariella a uno de sus hermanos.

—No se me ocurriría —aseguró él.

—¿Ha estado Alessandro hoy por aquí?

—No, que yo sepa.

—Entonces esas colillas que he visto deben de ser del otro día. Cuando lo pille se va a enterar.

—¿No estaban aplastadas?

—No. Consumidas.

—Ya le vale.

Aitana atendió a las explicaciones de Geronimo sobre su trabajo en el laboratorio sin poder evitar escuchar la conversación paralela. Mariella parecía muy disgustada con su hermano menor. Sin embargo, su expresión cambió por completo cuando un terremoto con forma de niña abrió la puerta de un empujón y aterrizó en el lugar como lo haría un meteorito al impactar contra la

Tierra.

La hija de Mariella, Giana, era una preciosidad de cabellos dorados y grandes ojos verdes como su madre. Sonrió a las visitas cuando se las presentaron, pero enseguida los ignoró para, con voz aguda y persuasiva, solicitar poder ir a jugar con su amigo Angelo.

Aitana imaginó que sería el avisado muchacho que la había fotografiado el primer día que estuvo en el pueblo, y cuyas fotos había perdido sin saber cómo ni dónde. Podría pedirle que le hiciera otras un día de esos.

—Vale, puedes ir —concedió su madre—. Pero vuelve antes de la hora de cenar.

Giana le dio un abrazo y un beso y se fue corriendo tal como había llegado. Antes de salir chocó con unas cajas apiladas que cayeron con un estruendo. Sin embargo, ella se puso en pie de inmediato y desapareció por la puerta.

—¡Y ve con cuidado, por favor! Cualquier día se me mata —farfulló Mariella mientras se disponía a recoger el estropicio.

Elena y Óscar fueron más rápidos que ella y recolocaron las cajas. Maricarmen sonrió a sus hijos, y estos hicieron como si la cosa no fuera con ellos.

—Solo tiene seis años y ya lleva tres brechas en la cabeza, un diente roto y un esguince de muñeca. Menos mal que estamos en el campo y hay pocos coches que puedan atropellarla —meditó la madre con gesto preocupado.

—Bueno, cuando nazca su hermanito estará pendiente de él y correrá menos peligro —trató de consolarla Aitana—. ¿Para cuándo lo esperas?

—Mi pequeño nacerá para la cosecha de este año, a mediados de septiembre. Y será el primer niño que lo haga en este pueblo en siete años.

Había una mezcla de orgullo y tristeza en aquella declaración. Sin embargo, se recompuso con una sonrisa y los instó a seguirla para recorrer el resto de las instalaciones.

Les explicó y mostró todo el proceso de elaboración del vino desde la propia vendimia, paso a paso: el despallado y el estrujado, pasando por la fermentación y la maceración alcohólica; después, el prensado, la maceración maloláctica, el envejecimiento y el trasiego, la clarificación y, finalmente, el embotellado.

Lo que más sobrecogió a Aitana fueron los largos túneles oscuros y frescos donde el vino descansaba en barriles de roble francés y americano a la vez que llevaba a cabo su mágico proceso de crianza, creando una bebida tan antigua y a la vez tan actual.

—Este es nuestro *Gallo Nero* —les presentó Mariella, señalando los barriles—. Vamos a probarlo.

Horas más tarde, Aitana dejó a la familia de Torrelavega en el hostel de Renato y descubrió que Antonio estaba mucho mejor, por lo que a la mañana siguiente retomarían sus planes. Le dieron un millón de gracias por su inestimable ayuda y amabilidad. Ella se despidió de todos con un abrazo

y, antes de marcharse, Elena le propuso seguirse en Instagram para mantener el contacto. Aitana lo hizo encantada, y en ese mismo momento se hicieron una foto grupal que poder subir a la red social.

A pesar de estar bastante cansada del largo día lleno de acontecimientos, antes de volver a su casa, Aitana habló con Renato alrededor de una media hora sobre un tema que consideró que podría ser de su interés. Después, caminó hasta el Dormiveglia con la esperanza de poder tener otra pequeña charla con sus dueños, tal como había hecho también con Mariella entre copa y copa del mejor vino que había bebido nunca.

Había tenido una especie de revelación tras sus visitas de ese día a algunos de los negocios más importantes del pueblo y quería compartirla con todos ellos. Tal vez la ignoraran o la tomaran por metiche. Pero era incapaz de guardarse para sí lo que consideraba una oportunidad de oro.

Cuando se metió en la cama, se sintió satisfecha con lo acontecido ese día. Le gustaba ayudar, siempre había sido una persona sociable y desprendida. También era una mujer muy creativa, siempre llena de ideas y planes que llevar a cabo. Y lo que había vivido ese día la hacía sentirse realizada, incluso más que cuando disfrutaba de una sesión de fotografía especialmente productiva.

Quizá debería replantearse si realmente era ser fotógrafa lo que quería o si su búsqueda no había concluido y su destino estaba aún por llegar. Tal vez, pero no sabía si le quedaban fuerzas para seguir buscando lo que parecía no ir a hallar nunca, que no era otra cosa que a sí misma.

## Capítulo 5

—¿Se puede?

—Adelante.

Fabrizio desvió la mirada de los documentos que estaba estudiando en la mesa del despacho que —junto con el contiguo y que nunca ocupaba su tío, la sala de reuniones y el archivo— eran los únicos lugares que habían quedado destinados al ayuntamiento en sí mismo. El resto de instalaciones de uno de los edificios más antiguos del pueblo se había reformado y habilitado para usos más esenciales que salones de plenos y despachos vacíos.

El centro cívico ocupaba toda la planta baja, con unos aseos amplios y adaptados para personas de edad avanzada. Había hecho instalar un ascensor en la parte exterior y había trasladado el consultorio médico desde su ubicación anterior al otro lado de la plaza Mayor. De esta forma era más fácil convencer a ciertos vecinos de que subieran a hacerse un chequeo, pues solo debían dejar unos minutos de ver el fútbol en el proyector de televisión, la partida de cartas o el dominó, montarse en este y subir de la planta baja al primer piso. Allí también se encontraba el gimnasio, que servía tanto como centro de rehabilitación como instalación deportiva de libre uso. El éxito había sido nulo en un principio, pero poco a poco había ido convenciendo a unos más que a otros de que solo caminar no era suficiente para mantenerse en forma, por mucho que la longevidad en Caral in Chianti estuviera en lo más alto de los rankings de toda Italia.

Era la segunda planta la que podía definirse como ayuntamiento propiamente dicho, con el archivo en la última, abuhardillada y más pequeña.

La puerta de su despacho se abrió y vio aparecer a Guido con su tradicional vestimenta colorida y su sonrisa serena. Aquel día también se había recogido los rebeldes rizos negros en su habitual coleta alta, por lo que su rostro despejado y recién afeitado lo hacía parecer más joven de los cuarenta años que tenía.

—Buenos días, Fabrizio. ¿Qué tal?

—Hola, Guido. Bien, aquí, revisando circulares y facturas. Siéntate, por favor. ¿En qué puedo ayudarte?

El hombre depositó el cuaderno que llevaba consigo sobre la mesa, lo señaló, pero no lo abrió

de momento.

—Venía a hablarte de un asunto... de un proyecto. Marco y yo nos hemos quedado anoche hasta tarde trabajando en él. Aunque la idea inicial no ha sido nuestra, la verdad.

—Ajá. —Le picó la curiosidad con aquella breve explicación—. ¿Y qué es?

—Ha sido todo muy rápido, de un día para otro. Pero hemos hablado con Mariella y con Renato y están de acuerdo. Vamos a crear una sociedad entre la bodega, el hostel y el restaurante.

—¿Una sociedad?

—Bueno, un proyecto en el que seremos socios. Aunque cada negocio seguirá siendo de cada cual, vamos a crear un producto común, un bono o un *pack*... aún no tiene nombre, la verdad, para atraer más turismo. Incluirá noches de alojamiento, visita guiada a las bodegas y comida o cena en el restaurante. Marco y yo vamos a plantearle también a Mariella una serie de pequeñas raciones para ofrecer con la cata de vinos. Podríamos incluso montar allí un bar, una sucursal chiquitina de Dormiveglia, para quienes solo quieran probar los vinos sin hacer la cata ni la visita. Eso implicaría otro empleado más, pero lo valoraríamos. Y también un servicio de habitaciones en el hostel. Renato solo ofrece desayuno en el jardín. Su cocina no da para mucho más y no se ve montando instalaciones ni ampliando las mesitas que tiene ahora. La verdad es que tal como está tiene su encanto. Así que la idea de que un repartidor llevara a cada habitación el pedido del cliente no le parece mal. Estamos dándole unas vueltas a cómo adaptar los platos, en qué tipo de recipientes transportarlos... Aún queda mucho trabajo.

—Imagino, son muchas cosas. ¿Y dices que solo lleváis un día con esta idea?

—A ver, no es que no hayamos pensado antes en impulsar el negocio. Tal como está la cosa a día de hoy, sabíamos que era necesario. Pero la idea de la asociación sí es nueva. Y genial. Me pregunto cómo no se nos había ocurrido antes.

—La verdad es que me parece elocuente y factible, si todas las partes estáis de acuerdo y definís qué aportáis y qué recibís de ese *pack* o bono que pretendéis vender. La inversión de cada parte y el reparto de los beneficios deben quedar bien claros desde el principio. —Lo miró ceñudo, pues lo último que quería era disputas entre vecinos por un negocio común mal gestionado—. ¿Has venido a pedirme asesoramiento legal?

—Pues... ahora que lo planteas, no nos vendría mal. Como todo ha sido tan rápido y la idea les ha entusiasmado a todos, no hemos ido más allá del espíritu colaborativo y la buena voluntad.

—Pero lo hacéis para ganar dinero —recalcó. Por mucho que no le gustara ser la mente fría en aquel asunto, era su deber—. Así que los términos económicos deben cerrarse antes de empezar.

—Sí, sí. Tienes toda la razón. Lo hablaré con ellos y te plantearemos nuestras dudas. Tal vez te contratemos como asesor legal. Aunque yo había venido a hablar con el alcalde más que con el abogado.

—Ambos te escuchan —aseguró.

Fue entonces cuando Guido abrió su cuaderno y le mostró unos bocetos.

—No te rías de mis dibujos, imagino que a un artista como tú le parecerán de niño pequeño.

Aquello le robó una sonrisa mientras inspeccionaba las ilustraciones con atención.

—Si lo que querías dibujar era la plaza Mayor y las calles colindantes, has hecho un buen trabajo. Pero... está algo cambiado.

—Esa es la idea. Si este proyecto funciona, vendrán más turistas. Eso implica más paseantes y tráfico rodado. Lo que conlleva, por un lado, más plazas de aparcamiento. Por dónde nos ubicamos los principales negocios del centro, podrían ir aquí, en esta campa que nadie usa y que, según tengo entendido, pertenece al pueblo.

—Eran terrenos de Benedicta —recordó tras hacer memoria—. Al fallecer hace seis años dejó todas sus posesiones a disposición del ayuntamiento.

—Benedicta... Bendita sea por ello. —La recordaba de cuando era niño. Una de las muchas mujeres mayores sin nietos que hacían de abuelas de todos los críos que corretearan por la plaza, bien dándoles alguna golosina para merendar o riñéndolos si los pillaban haciendo alguna diablura—. Si concentramos los coches aparcados ahí, despejaremos la plaza Mayor. Personalmente, dejaría la zona actual de aparcamiento para uso exclusivo de vecinos, aunque se podría habilitar una pequeña parte para paradas de no más de quince minutos. Por otro lado —continuó, para que escuchara toda su idea antes de plantear pegas—, se podría redirigir el tráfico para que todos los vehículos siguieran el mismo sentido. Nos ahorraríamos accidentes. Si marcamos una ruta, los llevamos por donde deben ir sin toparse de frente en una calle estrecha con otro vehículo que desconoce la zona. También evitaríamos atropellos si marcamos una ruta peatonal. ¿Ves?

Fabrizio estudió los dibujos. A nivel artístico dejaban mucho que desear, pero la redistribución de las direcciones prohibidas y la definición de una rotonda en mitad de la plaza estaban muy bien pensadas. Aunque...

—Me estás sugiriendo un cambio urbanístico del centro del pueblo para fomentar tres negocios privados —resolvió.

—No. —Que Guido se había sentido ofendido por su deducción fue palpable por su gesto y su cambio de tono de voz—. Te estoy proponiendo adelantarnos a los acontecimientos. Solucionar ahora un futuro problema de movilidad, cuando este proyecto funcione tan bien que llene este pueblo de turistas dispuestos a gastar dinero, no solo en tres negocios, sino en todos.

La réplica mantuvo callado a Fabrizio un largo minuto.

—¿Y dices que la idea inicial no ha sido vuestra?

—¿El tema de evitar el caos de tráfico? Totalmente mía. Pero quien nos ha metido el gusanillo del proyecto común ha sido la mujer que alquilado la casa de la Giorgina y que va a ser alumna de tu tío. Aitana Ruiz. No sé si ya la has conocido, solo lleva aquí unos días.

—¿Qué?

—Además insiste en que debemos promocionarlo vía Internet. Invertir un poco al principio, que se amortizará pronto, pues se traducirá en un mayor número de visitas. Ella ha trabajado en publicidad muchos años y sabe de lo que habla.

—Era modelo, no empresaria —advirtió él, pues eso era lo que había entendido de su conversación.

—Eso da igual. Si vieras cómo se cameló a unos turistas perdidos para que se quedaran una noche en el hotel, visitaran la bodega, comieran en el restaurante y compraran dos docenas de pasteles de Marcello para el camino... verías que puede conseguir lo que se proponga. Si aún no ha montado su propio negocio de lo que sea, será porque no quiere.

—Creo que lo suyo es la fotografía —comentó sin saber si se trataría de una afición o de algo más, pues la había visto por el pueblo varias veces, ya con una cámara profesional a cuestas.

—Pues seguro que le va genial. Se le da muy bien la gente. Si sus fotos son buenas, lo tiene hecho.

—Ya. Y... ¿puedes explicarme eso de los turistas perdidos?

Guido le contó su propia versión de la historia, sacada de lo que había podido ver él mismo y de lo que ella le había referido. Le resultó graciosa la cara de desconcierto de su alcalde. Y no pudo resistirse a sorprenderlo aún más.

—Y eso no es todo. Dice que todos los negocios del pueblo deberían promocionarse más, hacerse más visibles. Y que iba a hablar personalmente con todos ellos.

—¿Eso dice?

—Habló hasta de una web propia de Caral in Chianti. Le dije que para eso tendría que hablar con el alcalde, claro.

—Por aquí no ha venido.

—Vendrá. Bueno, ¿estudiarás mi propuesta?

—Lo haré. Pero vosotros definid los términos de vuestra sociedad. Y hablad conmigo antes de dar cualquier paso, por favor.

—Descuida. Gracias, Fabrizioo.

Se dieron la mano con afecto.

—De nada. Saludos a Marco.

—De tu parte.

Cuando se quedó solo, con la vista bailando entre los dibujos de señales de tráfico aún inexistentes en el pueblo y carteles indicativos de los principales puntos de interés, como en las grandes ciudades, Fabrizioo trató de controlar el bullir de sentimientos de su interior. No sabía si estaba más enfadado o maravillado. Cuanto menos, estaba sorprendido. ¿Qué narices hacía una mujer que apenas llevaba unos días en el pueblo oficiando de guía turística y promotora de proyectos empresariales? A ella deberían darle igual todas aquellas cuestiones. Ni siquiera era una vecina de verdad. Tres meses allí, de los cuales no habían transcurrido ni una semana, no le daban derecho a ponerlo todo patas arriba. Por muy buena que fuera la idea. Por mucho que el pueblo necesitara dar pasos así cuanto antes. Turismo, ingresos, más puestos de trabajo... Vida. Aquello era lo que hacía falta allí, crear vida. Familias que se instalaran en las casas que se estaban quedando vacías, niños que ocuparan la escuela cerrada, jóvenes que quisieran aumentar

el número de negocios y activar la economía del pueblo.

Como alcalde, sabía que todo aquello era necesario, pero sus primeros años los había dedicado a ocuparse del bienestar de las personas que ya habitaban el lugar. Más de la mitad, mayores de sesenta años. Una cuarta parte, mayores de ochenta. Había ofrecido casa con un alquiler simbólico a una médica y un enfermero que se trasladaran a vivir allí y así tener su propio consultorio de forma permanente, y no un par de veces por semana, cuando pasaba el que podía.

Había acondicionado caminos, visitado a cada uno de los casi doscientos vecinos para presentarse oficialmente como alcalde y conocer qué podían necesitar. Y había ido haciendo lo que más urgente le había parecido. Arreglar tejados, tuberías e instalaciones eléctricas. Darle cobijo y cuidados a los animales que no estaban siendo bien atendidos. Invitar y ayudar a llegar al nuevo centro cívico a aquellas personas que se habían ido quedando algo aisladas del resto de los vecinos por vivir más apartados, ser muy mayores y no tener modo de desplazarse hasta el centro del pueblo.

Dos asistentes sociales se habían sumado también a la plantilla, y una animadora sociocultural se encargaba de organizar actividades junto con varios voluntarios.

Pero sabía que la parte económica era importante. Había reducido al mínimo posible los impuestos a los negocios existentes y había dado facilidades a los de nueva creación. Solo el restaurante Dormiveglia se había acogido a esas ayudas hasta el momento.

Si ese nuevo proyecto que le había explicado Guido funcionaba y Caral in Chianti empezaba a recibir turistas interesados en una escapada rural con alojamiento en un hostel con encanto, una visita a una bodega que estaba a punto de ser galardonada y una cena en un restaurante que ya salía en más de una guía gastronómica dada su excelente carta y sus innovadores cocineros..., si todo eso tenía el suficiente tirón, los negocios ya existentes repuntarían y otros nuevos querrían emerger. Él mantendría esas ayudas a nuevas iniciativas unos años más y retomaría una idea que había estado barajando hacía tiempo, pero que había dejado aparcada, aún no sabía muy bien por qué.

Había estado estudiando las condiciones legales para entregar en usufructo las viviendas vacías que habían ido quedando en propiedad del ayuntamiento. Serían para familias con hijos que se mudaran al pueblo, trabajaran allí e inscribieran a los niños en el colegio local, para el cual debería contratar profesores y personal de mantenimiento. Aunque lo primero, sería reformarlo y acondicionarlo, pues llevaba cerrado más de cuarenta años. La propia reforma podría ser un trabajo inicial para esas familias.

Las noticias no paraban de hablar de cómo el paro en el país estaba en ascenso. La migración a las ciudades estaba empezando a ser sustituida por la vuelta a las zonas rurales, en busca de nuevas oportunidades laborales. Quizá fuera el momento de dar el paso.

Volvió a mirar los bocetos. Cogió un lápiz y, de manera inconsciente, retocó los contornos poco definidos del edificio en el que se encontraba en ese momento. Después, corrigió una de las rutas que Guido había marcado para salir del posible aparcamiento. Mejor dos vías de salida que solo

una, hacia el norte del pueblo y otra hacia el sur, señalizando bien qué se encontraba en cada dirección.

Aquello requería de un desembolso importante, y las arcas no estaban demasiado llenas. Señales, asfalto, mano de obra...

Pero era cierto que de la inversión inicial sacarían un beneficio a medio plazo. Más turistas significaban más ingresos. Y estos implicaban más negocios y, a su vez, más vecinos. Era una fórmula matemática sencilla, pero supeditada a una condición. Que el proyecto funcionara.

Más valía que lo hiciera.

## Capítulo 6

Era domingo. Y ya era el quinto día que Fabrizio veía a Aitana recorrer el pueblo con la vieja bicicleta de la señora Galvani. ¿No había dicho que pretendía estudiar arte en Roma y Florencia antes de empezar el curso con su tío? Entonces, ¿por qué había vuelto al pueblo cinco días antes de la fecha de inicio?

Por qué le molestaba tanto aquel detalle era algo que lo desconcertaba bastante. Se negó a pensar que uno de los motivos fuera su modo de inmiscuirse en los negocios del pueblo como si tuviera algo que ver con ellos. O que hubiera podido presenciar su violento desencuentro días atrás con los recalcitrantes inversores. Su forma de mirarlo, entre asustada e indignada, lo había hecho sentirse como un matón de barrio. Aunque tampoco pretendía molestarse en borrarle aquella idea con explicaciones. Estaba en su pueblo y solo hacía su trabajo, no tenía que rendirle cuentas más que a los vecinos, quienes lo apoyaban por completo. Así que si no le gustaba cómo hacían las cosas por allí, ya podía coger su ridículo coche y largarse por donde había venido.

Continuó cepillando a Selenia, la yegua del viejo Leandro —el hombre más anciano del pueblo, con ciento tres años— quien no podía cuidarla como necesitaba, pero no se sentía capaz de deshacerse de ella. Fabrizio, o alguno de los voluntarios que colaboraban en los establos, se la llevaba cada mañana hasta su casa y la recogía a la tarde para que pasara la noche en su cubículo. La amistad entre ambos era lo que les mantenía vivas las ganas de amanecer un nuevo día, al menos eso era lo que Fabrizio sentía cada vez que se la entregaba y ambos parecían revivir. Temía que cuando a uno de los dos lo abandonaran las fuerzas, el otro no tardara en abrazar el sueño eterno.

—Pero tú tienes un trabajo que hacer, Selenia. No lo olvides. Si a Leandro le sucede algo, te lanzas al galope como cuando eras una potrilla y vienes aquí a buscarnos. ¿Entendido?

No pudo saber si sus orejas se movían en respuesta porque su atención fue captada por un derrape que se oyó en el camino, seguido de un quejido.

Fabrizio divisó a Aitana tirada en el suelo y llegó hasta ella cuando ya se estaba levantando. Sin embargo, la sangre que apreció en su frente lo impulsó a arrancarle el manillar de las manos y lanzar la bici a un lado del camino antes de cogerla en brazos para llevarla hasta el muro de media

altura que rodeaba los establos. A pesar de sus protestas, la sentó en este y se dispuso a examinar sus heridas.

—Estoy bien, no hace falta que...

—Te sangra la cabeza.

—¿Qué?

—Aquí. —Le señaló el nacimiento del pelo y comprobó que no era profundo—. Un pequeño rasguño. Pero será mejor que te lo limpie. También el codo y la rodilla. No te muevas.

Salió corriendo hacia el interior del edificio situado junto a las cuadras y volvió casi al instante con un botiquín. Comenzó a limpiarle la herida de la frente sin decir ni una palabra.

Aitana se mantuvo impertérrita a pesar del escozor en su piel.

—¿Necesitaré puntos?

—No. —Le dedicó un amago de sonrisa que la desconcertó por completo—. Ya casi ha dejado de sangrar.

—Bien, porque si no, mi cuñado me matará.

—¿Tu cuñado? ¿Por qué?

La miró con curiosidad, y a ella le pareció que sentía auténtico interés por conocer la respuesta. O quizá solo lo fingiera para que ella estuviera distraída con la conversación mientras él la curaba, pensó con cierta decepción que no supo entender. Le respondió de todos modos.

—Además de marido de mi hermana, es también mi neurocirujano. Ya te comenté, el primer día que nos vimos, que estuve en coma cuarenta días. Fue por una caída, aunque bastante peor que esta. Me advirtió que tuviera mucho cuidado en no volver a darme un golpe en la cabeza. ¿Parezco desorientada? Hazme alguna pregunta para comprobar mi lucidez.

Fabrizio se había quedado principalmente con la primera frase, la que indicaba que la casada era su hermana y no ella. Había llegado a dudarlo un momento al oír de sus labios el término «cuñado». Pero no le cuadraba la idea de que se hubiera pasado un año viajando sola si hubiera estado casada. Apartó a un lado aquello que no debía importarle lo más mínimo y tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para atender el resto de sus palabras. Lo disimuló terminando de limpiar su codo antes de soltarle lo primero que se le ocurrió.

—¿Cuántas gallinas tiene la señora Galvani y de qué colores son?

—Ocho. Cinco marrones y tres blancas.

—Estás perfectamente —soltó con rotundidad y media sonrisa.

«Vamos avanzando», se dijo Aitana, «de amago de sonrisa a media. Ya queda menos para una completa». Por qué quería verlo sonreír le resultó otro misterio.

—Vale, entonces me ahorraré la llamada internacional —resolvió con tono de humor—. ¡Ay!

—Disculpa. Se te había metido una piedrita en la herida de la rodilla. —Sopló sobre su piel para calmarle el escozor, y el tibio aire le provocó un escalofrío—. Ya está.

Se incorporó de su posición agachada y quedó cuan alto era delante de ella. Volvió a mirarla de forma directa a los ojos, como el primer día, aunque en su expresión ya no había aquel aire severo

que destilaba la primera vez. No pudo adivinar qué estaría pensando, pero sí detectó que estaba preocupado. Y que la miraba con demasiado detalle.

—Pensarás que soy una torpe —adujo para romper aquel momento algo tenso—. Aunque la verdad es que no me caía de la bici desde niña.

—Llevas cinco días de aquí para allá con una bici que tiene más años que tú. Tarde o temprano tenía que pasar. Y no ha sido culpa tuya. Has pinchado. —Señaló la rueda delantera—. Puedo arreglarla. Mañana te la dejaré junto a la verja de la casa de la señora Galvani mientras estás en la escuela.

—Vaya, qué servicio más completo. —Pero no incluía verse de nuevo durante la entrega, apreció. Había dejado claras dos cosas. Que la casa no era suya, y que dejaría la bici allí cuando ella no estuviera—. ¿También eres mecánico además de ocuparte de los establos?

—No, solo hago chapuzas que los vecinos pueden necesitar. —Se encogió de hombros y cambió el peso de un pie a otro, de forma que también se alejó de ella unos centímetros—. Muchos tienen bici. Yo tengo recambios.

—¿A qué te dedicas, entonces?

—Era abogado. —Se apartó varios mechones de su pelo negro de la frente con la mano abierta, peinándolo entre los dedos, un gesto en el que Aitana creyó percibir nerviosismo—. Bueno, sigo siéndolo, aunque ya no es mi labor principal.

—Ya veo que tienes muchas labores muy diversas. ¿Cuál es la principal? —Los ojos de un suave marrón de él se clavaron en los suyos de forma tan repentina que Aitana dejó de respirar hasta que él los apartó y los centró en el botiquín que ya recogía—. Perdona, te estoy haciendo muchas preguntas.

—Soy el alcalde.

—¿El alcalde? —La voz le salió algo chillona—. ¿De aquí?

—¿De dónde, si no?

—¿Y por qué no me lo dijiste hace tres semanas?

—¿Por qué debería haberlo hecho?

Sus miradas se enfrentaron exigiendo respuestas.

—Bueno, recuerdo que te pregunté expresamente por el ayuntamiento y el alcalde.

—No, me preguntaste si había alcalde y te dije que sí.

—Pero olvidaste añadir que eras tú.

—No lo vi relevante.

—¿Que no...? —La incredulidad la dejó sin palabras por un instante—. Vale, pues, señor alcalde, le agradezco su amabilidad. —Se bajó del muro de un salto, obligándolo a retroceder un paso para evitar que sus cuerpos chocaran—. Y acepto el arreglo de la rueda de mi bici. Perdón, de la bici de la señora Galvani. Ya me dirá cuánto le debo.

—No cobro por arreglar pinchazos. —Lanzó a un lado el botiquín de mala gana y volvió a clavarle la mirada. Volvía a ser casi tan severa como el primer día—. Ya no nos tratábamos de

usted. ¿Por qué vuelves a hacerlo al saber que soy el alcalde?

—Porque voy a pedirle audiencia para dentro de... una semana.

—¿Ah, sí? —Se cruzó de brazos y apoyó la cadera contra el muro—. ¿Y se puede saber para qué?

—Lo sabrá dentro de una semana.

Él ya se imaginaba para lo que era, Guido le había advertido que iría a verlo con el asunto de la página web. Esa semana la necesitaría para pulir la idea, supuso. Lo cual le parecía bien, pues sugería que era concienzuda y no pretendía proponerle algo sin trabajarlo primero.

—Los martes por la mañana siempre estoy en el despacho. Segunda planta.

—¿Puede ser antes de las nueve o después de las dos? Tengo clase en ese horario.

Como si él no lo supiera de sobra.

—A las ocho en punto.

—De acuerdo.

Lo vio ir a por la bici y dejarla junto al muro. Después volvió a cepillar al caballo.

—¿Ese también es tuyo?

¿Es que no pensaba irse? Al menos había vuelto al tuteo, lo que implicaba que, o se le había pasado la pequeña pataleta, o ya no estaba hablando con él en calidad de alcalde.

—No. Y es una yegua. Se llama Selena.

—Es preciosa, aunque parece algo cansada.

—Es mayor. El equivalente a una anciana centenaria.

—Vaya. ¿Qué tendrá el aire de este pueblo que la gente vive tantos años?

La mano de Fabrizio se detuvo a mitad de cepillada.

—¿Cómo sabes eso?

—He estado en la biblioteca. Me he documentado. —Él no dijo nada—. El pueblo ha perdido mucha población en las últimas décadas, pero no por exceso de defunciones. Muchos han emigrado, buscando un trabajo o las comodidades de la ciudad, imagino.

—Imaginas bien.

—Sin embargo, la tendencia se ha detenido desde hace tres años. Se ha estancado. Y como supongo que alguno que otro sí habrá fallecido, significa que ha habido nuevos empadronamientos o nacimientos. Mariella, la mayor de los hermanos Caruso —matizó por si hubiera otra mujer con ese nombre en el pueblo—, me contó que su hijo será el primero que nazca aquí en los últimos siete años, así que por descarte, hablamos de nuevos vecinos.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Cuántos años llevas en el puesto?

Menuda listilla estaba hecha, pensó él frunciendo los labios. Ella los miró un instante, pero casi de inmediato volvió a sus ojos.

—Tres —reconoció, y la sonrisa de suficiencia de ella le escoció un poquito.

—Lo imaginaba. Estás haciendo cosas, ¿verdad?

—¿Cosas?

—Potenciando la actividad del pueblo.

—Soy el alcalde, es mi trabajo —respondió con evasivas. Podía imaginarla presionando a un testigo en un juicio y haciéndolo confesar solo con esa sonrisilla satisfecha y aquellos ojazos como dos luceros. Aunque él tenía más aguante que eso, o eso quiso pensar. Se concentró en cepillar a Selena para no ponerse a prueba.

—Pero hasta que tú has tomado el puesto, no se había hecho mucho —insistió ella—. Y aún se puede hacer más.

—Siempre se puede hacer más.

—Con algo de ayuda, todo proyecto avanza de forma más sencilla.

—¿Ayuda de qué tipo? —«¿Una página web?», pensó con retintín, pero se abstuvo de decirlo en alto. Que fuera ella la que descubriera sus cartas.

—¿Cuentas con más miembros en el ayuntamiento?

—Mi tío, aunque no le gusta mucho y participa lo justo.

—Todo queda en casa.

—Desde que se fundó el pueblo, ha sido un Conte el que ha estado al frente del consistorio. Así lo han querido siempre los vecinos con sus votos. —Como ella enmudeció y al mirarla vio que había palidecido, supo lo que había deducido de sus últimas palabras—. Mi padre hizo mucho por este pueblo durante muchos años. Los últimos de su vida no fueron los mejores. Enviudó y se replegó sobre sí mismo. Fue mi tío quien mantuvo en marcha las cosas como pudo. Y después... me correspondió a mí.

—Lo lamento. No quería insinuar que...

—Olvídalo.

Continuó cepillando a la yegua, aunque esta ya estaba más que reluciente. Esperaba que Aitana se marchara y lo dejara con sus tareas rutinarias y tranquilas. Cosa que no parecía tener ninguna intención de hacer.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Fabrizio soltó una seca carcajada.

—¿Acaso no llevas acribillándome a ellas desde que has llegado?

—Lo siento. ¿Te molesta?

—Solo si no eres clara. —La encaró, y sus ojos llamearon un instante. Ahí estaba otra vez aquella furia contenida que no sabía por qué despertaba en él—. Dime qué quieres.

—Saber por qué discutías con esos dos hombres trajeados hace unos días.

Recibió las palabras como una bofetada.

—Así que es eso. —Dio un paso hacia ella y acercó su rostro hasta que sus narices estuvieron a punto de impactar—. Dudas de mi capacidad.

Ella retrocedió un paso.

—No he dicho eso.

El aura de inocencia que la rodeaba chocaba de forma grotesca con los dardos que le lanzaba. Ahora lo miraba dolida por su acusación, cuando era ella quien lo había juzgado primero. El fresco y dulce aroma que desprendía y que llegaba hasta su nariz como una tortura, a pesar de haber estado interponiendo todo lo posible entre ellos a Selena para mantener las distancias, no ayudaba a mantener la mente clara, cosa que se había prometido mientras tocaba su piel para limpiar los rasguños. La había tocado lo justo, y aun así había podido comprobar lo sumamente suave que era. Se maldijo a sí mismo por dejarse llevar por esos pensamientos en pleno intercambio de insinuaciones.

—Dices que se puede hacer más de lo que hago, y te parece que no debí gritar y echar de aquí a dos tipos que ni conoces. Y aunque así fuera, ¿por qué debería importarte a ti?

«No lo sé, pero me importa», pensó ella para sí.

—Solo he sugerido que una persona sola puede hacer menos que dos, tres o más; algo obvio, por otro lado. Y si quiero saber lo que ocurrió no es porque piense que no lo merecían. Simplemente, me gustaría saberlo.

Porque en el fondo no quería que pensara mal de él, cedió y le contó la verdad.

—Son inversores que pretenden comprar, a precio de saldo, terrenos en esta zona. Ni siquiera van con la verdad por delante y confiesan si van a construir en ellos lo que sea o revenderlos. Acosan a los vecinos con ofertas y a mí con comisiones si intercedo. Los he despachado por las buenas muchas veces. El otro día no fui tan educado, para ver si se daban por enterados de una vez por todas.

—Entiendo. —Aitana pudo sentir las vibraciones de indignación que emitía mientras confesaba la verdad. Que fuera íntegro y no se dejara sobornar decía mucho de él como persona y como alcalde. Ganó muchos puntos solo por eso—. Así que no sabes qué buscan exactamente.

—Lo que sea no encaja con este pueblo. Estuvieron a punto de lograr firmar la compra del terreno que linda con los viñedos. Una construcción allí podría poner en peligro el negocio más importante que hemos tenido en años.

—Las bodegas. Van a ser galardonadas. Eso dará mucha visibilidad al pueblo.

—El entorno actual es lo que le da esas características a la uva. Si se modifica el terreno colindante, pueden incluso perder la categoría actual.

—Y tú convenciste al propietario de que no firmara —dedujo.

Le sorprendió verlo sonreír de forma leve, casi como un niño travieso. El gesto le provocó un escalofrío.

—Convencí a Mariella de que igualara la oferta.

Aitana no pudo evitar sonreír. La solución le parecía brillante.

—Las nuevas instalaciones están en ese terreno —comprendió—. Pero esos inversores no se rinden. Siguen buscando tierras.

—Por lo que sea, desean esta zona. —Se notaba que aquello lo enfurecía. Su ceño fruncido y su mandíbula apretada acompañaban a la fuerza y velocidad con la que volvía a cepillar a la yegua

que, a su nada entendido criterio, no necesitaba más pasadas del cepillo—. Y lo cierto es que el suelo, en los pueblos cercanos, les saldrá más caro.

—¡Fabrizio!

Ambos se giraron al oír la voz que provenía del camino. Aitana pudo ver el cambio drástico en el semblante de Fabrizio al reconocer al hombre que se acercaba. Una sonrisa amorosa se dibujó en sus labios y los ojos caramelo relampaguearon un instante. Dejó caer el cepillo al suelo y salió al encuentro de un no menos sonriente visitante.

—¡Zio! —exclamó antes de fundirse con él en un rotundo abrazo.

Aitana dedujo varias cosas de inmediato. La primera y más evidente, que aquel debía de ser Salvatore. La segunda, que hacía mucho tiempo que no se veían. Pero fue la tercera la que le encogió el corazón de tal modo que le robó un suspiro. El amor entre tío y sobrino era semejante al que se tienen un padre y un hijo. Aquello le recordó tanto a la relación de su propia madre con su primas Cam y María, las cuales eran como dos hijas más para Águeda y dos hermanas para Aitana, que de pronto se sintió muy cercana a aquellos dos hombres que apenas conocía.

Tanto se abstraigo en sus pensamientos que la conversación entre ellos le pasó parcialmente desapercibida, algo sobre que su tía estaba ya en casa descansando del viaje desde Nápoles. No se centró en las palabras hasta que sintió la mirada de Salvatore fija en ella.

—¿Quién es tu amiga?

—Tu alumna española.

La sorpresa del hombre iluminó aún más su dulce rostro. Irradiaba confianza y calma con su mera presencia. Se sintió cómoda de inmediato, ante él y ante los dos afectuosos besos que le dio en ambas mejillas. Después tomó sus manos y la observó como si ella también fuera su sobrina, una que hacía años que no veía. Casi esperó oírlo decir: «¡Pero cuánto has crecido!».

La idea le hizo gracia y se le escapó una risilla. Él sonrió aún más. Qué curioso que fuera un hombre de tan fácil sonrisa cuando a su sobrino solo había llegado a verle media, al menos hasta que él había llegado. Sí que compartían la corpulencia y el tono bronceado de la piel, incluso el color de pelo, aunque con casi sesenta años, el de Salvatore había comenzado a volverse algo gris. La miró con sus ojos verdosos llenos de ternura.

—Aitana Ruiz Rosas. Bienvenida a Caral in Chianti. —La sincera sonrisa se borró de pronto. Fijó la vista en su frente—. ¿Es eso sangre?

—Oh, es apenas un rasguño. Y ya está curado. Tu sobrino se ha encargado de ello. También va a arreglarme el pinchazo de la bici. Ha sido muy amable.

—Esa es solo una de sus muchas cualidades. Y no la mejor de todas. —El hombre hizo caso omiso de la mirada de advertencia que le lanzó su sobrino—. ¿Te ha contado ya que reacondicionó los establos en los que mi hermano criaba caballos para su venta? Ahora un grupo de voluntarios que Fabrizio coordina cuida aquellos animales del pueblo que sus dueños no pueden atender en condiciones.

—No se lo he contado. No hemos tenido tiempo de hablar tanto todavía —apuntó el aludido.

«Tendréis tres meses para hablar de muchas cosas», pensó Salvatore para sí, mirando a uno y a otro.

—De momento, solo he conocido a Tintoretto y a Selena.

—También has visto a Giacomo. El burro que me acompañaba el otro día.

—Cierto. Pero solo de lejos.

—Ahora no están aquí más que los que ya conoces. Los voluntarios ya los han llevado con sus dueños. A la tarde volverán para que pasen aquí la noche.

—Pues otro día me pasaré a conocerlos a todos —propuso ilusionada.

—Como quieras. —Él no parecía tan entusiasmado con la idea.

—¿Cuánto tiempo llevas en el pueblo? —se interesó Salvatore.

—Casi una semana.

—¿Tanto? ¿Y qué te parece?

—Ideal. Esa es la palabra que mejor lo define.

—Es una palabra muy buena.

—Si fuera ideal no necesitaría mejoras —intervino Fabrizio sin poder contenerse.

—Quizá la cuestión sea que más gente pueda apreciar lo ideal que es —repuso Aitana, ignorando que Fabrizio ya sabía de antemano lo que pretendía contarle de ese día en dos martes a las ocho en punto.

—¿Qué cuestión? —Salvatore estaba perdido. Sin embargo, no se le escapó el cruce de miradas de los jóvenes, que parecían retarse a algo.

—Tengo que dar de comer a Selena. —Fabrizio no se molestó en explicar nada. Se alejó y recogió el cepillo que había tirado al suelo—. Luego me paso a cenar y así veo a la tía.

—Estupendo. Hemos traído varios de los platos que prepara su madre. Mi suegra es tan buena cocinera como mi esposa —le explicó a Aitana, quien asintió con una sonrisa algo forzada. El cortante intercambio de opiniones con Fabrizio la había dejado algo desanimada.

—Tu bici estará arreglada mañana. —Oyó que decía él antes de desaparecer en uno de los cubículos con la yegua.

—Gracias —le gritó, pero no obtuvo respuesta alguna.

—¿Quieres que te acompañe a casa o ya sabes el camino desde aquí?

Aitana tuvo que parpadear varias veces para centrar la vista en Salvatore. Se había quedado mirando hacia los establos, preguntándose por qué Fabrizio mostraba una actitud tan cambiante de un minuto al siguiente.

—No, gracias. Yo... estaba dando un paseo. Continuaré a pie un rato más.

—Como quieras. Nos vemos mañana en la escuela, entonces. A las nueve en punto.

—Seré puntual.

—Me gusta la puntualidad. Bienvenida de nuevo.

Le apretó el hombro, y su mero contacto le transmitió calma.

—Gracias. Estoy muy ilusionada con estar aquí.

—Me alegra oír eso. La motivación es una parte muy importante en este trabajo. Sin ella, el esfuerzo que requieren las técnicas escultóricas se hace demasiado duro.

—Motivación no me falta, te lo aseguro.

—Estupendo. Hasta mañana, Aitana.

—Hasta mañana, maestro.

—Puedes llamarme Salvatore, sobre todo fuera de la escuela.

—Pero me gusta cómo suena.

—Como quieras—. De pronto, cambió al español. Con un acento marcado, pero expresándose de forma muy correcta—. Y podemos hablar en tu idioma si te resulta más fácil. Eso como tú prefieras.

—Fabrizio me dijo que no hablabas bien mi idioma y por eso fue él quien respondió a mi carta en tu nombre —expuso, bastante confusa.

Salvatore apretó los labios y pareció pensarse mucho lo que decía.

—Él pasó casi toda su infancia en España con su madre. Así que cuando venía aquí, le hablábamos siempre en italiano para que lo aprendiera bien. Seguí haciéndolo a pesar de que con mi cuñada, a solas, sí hablaba en su idioma, para practicarle yo también. Me viene bien con alumnos extranjeros, al igual que el inglés.

—Entiendo. —Aunque no del todo—. ¿Así que Fabrizio no sabe que su madre y tú hablabais en español?

—Nunca se lo he mencionado. —De pronto lo notó triste—. Tampoco le gusta mucho hablar de su madre, ni de mi hermano. Ambos murieron.

—Lo lamento.

—Gracias. Y bueno... yo odio la tecnología. Llámame anticuado. Mi mujer trabaja con el ordenador todos los días, y yo no sé ni encenderlo. No me gusta molestarla con mis asuntos de trabajo, por eso solo se me puede contactar por teléfono o carta. Y es Fabrizio quien me echa un cable. Aunque no lo necesite siempre. —Se rio y le guiñó un ojo—. Él se ofreció a responder tu carta, y yo no le dije que no.

—Tranquilo, no diré nada. Pero no me importa dar las clases en italiano. Me ayudará a mejorar.

—Entonces que así sea. El martes te presentaré a tus compañeros. Ellos sí que no saben ni una palabra de español. —Volvió a reírse, esta vez a carcajadas—. Y son de los que enmudecen ante una chica guapa. Tal vez no les oigas decir ni una palabra en semanas.

—Espero oírlos mucho antes.

A Salvatore le hizo reír su gesto compungido.

—Es lo que tiene vivir en un pueblo más pequeño que este, sin apenas mujeres por los alrededores, y en una familia de seis hermanos varones. Pero te van a caer genial.

Aitana ansiaba que así fuera. Y, ¡por Dios!, no intimidarlos con su mera presencia.

## Capítulo 7

Aitana fue puntual en su primer día de clases. Y eso que no había dormido demasiado. Haber fijado una fecha en poco más de una semana para presentarle a Fabrizio Conte —que había resultado ser el alcalde— sus ideas para una página web propia de Caral in Chianti la había motivado a ponerse a trabajar de forma concienzuda en el proyecto.

No pensaba proponerle la idea en bruto y listo, ni mucho menos. Con toda la bibliografía que había hojeado en la biblioteca, los conocimientos de Marena sobre la historia del pueblo y lo que pensaba ir averiguando en esa semana, iba a presentarle un dossier en toda regla. Seguro que así no podría negarse a dar el paso de abrir al mundo entero a través de Internet la posibilidad de conocer aquel pueblo repleto de rincones maravillosos y gentes encantadoras.

Esa nueva inquietud dándole vueltas en la cabeza le había dejado poco espacio a los nervios del primer día como alumna en la escuela de escultura, y eso que iba a ser uno de sus sueños hecho realidad. Se negó a pensar que aquel interés tuviera nada que ver con el hombre que debía dar el visto bueno al proyecto. Aunque era cierto que los recuerdos de sus atenciones tras su caída de la bici se habían cruzado por su mente a lo largo de la tarde anterior y parte de la noche.

Fabrizio Conte tenía unos ojos que, cuando decidían fijarse en ella y no esquivar su mirada, parecían acariciar su rostro como suaves plumas doradas. ¡Y qué manos! Fuertes y algo duras del trabajo manual, pero cálidas, gentiles y... algo más que a Aitana le hacía vibrar el estómago solo de recordarlo. Aún podía sentir el calor de su cuerpo alrededor del suyo cuando la había cogido en brazos para sentarla en el muro. Su orgullo la había hecho revolverse para resistirse, si bien su traidor cuerpo había anhelado que el corto viaje hubiese durado un poquito más.

A pesar de las distracciones inesperadas de ese día, Aitana había ido a la escuela mentalizada para empezar a tallar su primera pieza escultórica ya desde la primera jornada. Nada más lejos de la realidad. Para su decepción, Salvatore no le permitió ni siquiera tocar una obra ya acabada o un pedazo de piedra o madera aún virgen.

«La teoría es esencial antes de pasar a la práctica. Una buena base hará de ti una escultora más concienzuda y cuidadosa», habían sido sus palabras cuando le expresó su pequeño chasco.

Además, como al día siguiente la acompañarían los otros tres alumnos y uno de ellos era tan

novel como ella, la parte teórica de la talla de madera quedaría para el martes, lo que supondría ya dos días como mera oyente.

Una vez asimilado lo irremediable, tuvo que reconocer que disfrutó de la sesión más de lo que había esperado. Salvatore era un maestro excelente que sabía captar la atención de sus alumnos y despertar su interés. Las dos de la tarde llegaron mucho más rápido de lo que había esperado.

—Aitana, ¿te gustaría cenar conmigo y mi esposa esta noche? —le propuso Salvatore cuando ella comenzó a recoger su cuaderno de apuntes y su estuche repleto de rotuladores y bolis de colores.

—¿Con vosotros? ¿En vuestra casa?

—Podríamos invitarte al Dormiveglia, pero cierra los lunes, incluso en verano.

—Faltaría más. Os acompañaría encantada, aunque en ningún momento os dejaría invitarme.

—¿Y por qué no?

—Pues... porque no tenéis por qué hacer algo así.

—La cuestión no es tener que, sino querer. A Fiorella le gustaría conocerte.

Aitana se sintió profundamente halagada y algo nerviosa.

—En ese caso, dime dónde y a qué hora.

—A las nueve y media. En la casita frente a la iglesia. La de la verja forjada y un jardín de...

—Millones de flores de todos los colores. —Rio al ver la sorpresa en su rostro—. La he visto. No tiene pérdida.

—A mi esposa le gustan las flores. Por su aroma. Es invidente.

—Oh. —Aitana se quedó muda un momento—. ¿De nacimiento o...?

—No. —Una sonrisa triste asomó en los labios de Salvatore—. A causa de un accidente que tuvo de adolescente.

—Caramba. Lo lamento.

Y supuso que habiéndole ocurrido de adolescente, él ya se habría casado con ella cuando no podía ver. Sin poder evitarlo —y a pesar de la tristeza que le provocaba el hecho de que hubiera perdido la vista de tan joven—, sintió una gran felicidad por aquella mujer que aún no conocía. En un solo día, había adquirido una maravillosa impresión sobre Salvatore. La mujer que estuviera casada con él era sin duda afortunada.

—Ha aprendido a vivir con ello. De hecho, ahora es ella la que ayuda a otros que han sufrido traumas similares a asimilar su nueva situación y reconducir sus vidas. Forma parte de una fundación que da asistencia telefónica y a través de Internet. Colabora en la recuperación emocional de personas que han perdido la facultad de ver u oír, la capacidad de andar o incluso algún miembro de su cuerpo.

—Vaya, eso es... admirable. Y no debe de ser nada fácil.

—No podría estar más de acuerdo. Pero ella es fuerte. Y muy empática.

—Me encantará conocerla. Llevaré el postre.

—No es necesario.

—No lo es, pero quiero.

Él se carcajeó. Buen contraataque, el cual implicaba que prestaba atención y sacaba provecho de lo aprendido, detalle de agradecer en una alumna.

—De acuerdo, entonces.

\*\*\*

Salvatore y su esposa vivían en una encantadora casita en el centro del pueblo, por pura comodidad para ella. De esa forma tenía autonomía suficiente para seguir una ruta memorizada y hacer los recados básicos como comprar el pan, fruta, carne, o tomarse un café con vecinos sin necesidad de la ayuda de su esposo o de cualquier otra persona.

La que había sido la casa de Salvatore antes de casarse con ella —ubicada sobre la escuela— había quedado relegada a lugar de descanso para el maestro entre clases, y hospedaje para la familia de Fiorella —que vivía en Nápoles— o de amigos y antiguos alumnos, cuando se animaban a visitarlos.

Aitana llegó hasta allí en su pequeño vehículo. Aunque estaba relativamente cerca de su casa, dada la oscuridad del camino y su reciente percance, le pareció peligroso volver en bici en plena noche cerrada, a pesar de que estaba como nueva gracias a Fabrizio, quien la había dejado esa mañana junto a la casa, tal como había asegurado.

Aparcó en una zona habilitada para ello en la propia plaza. Cogió del asiento del copiloto su bolso y la tarta que había preparado esa misma tarde para agradecer la invitación y caminó hacia el florido jardín de Fiorella. Como aún no había anochecido, pudo avistar al hombre que salía justo en ese momento de su casa, al otro lado de la plaza, con una botella en la mano de lo que le pareció vino. Lo reconoció al instante, pues semejante espécimen de hombre era inconfundible. Para su desasosiego, pudo comprobar que se dirigía sin lugar a dudas a la misma dirección que ella.

—Buenas noches —lo saludó Aitana cuando sus caminos se cruzaron a pocos pasos de la verja.

—Hola. —La observó con el ceño fruncido—. ¿A dónde vas tan tarde?

—Me temo que al mismo sitio que tú.

Fabrizio se detuvo en seco.

—¿Vas a casa de mis tíos?

—Me han invitado a cenar. ¿A ti también?

—Yo no necesito invitación. Soy de la familia.

—Claro. —De pronto se sintió incómoda—. ¿No te han dicho que venía?

—Yo no les he dicho que venía —reconoció con cierto gesto de fastidio—. No suelo hacerlo. Simplemente aparezco.

—¿Y si no han preparado suficiente comida para tres?

Fabrizio rio con gesto contenido.

—Mi tía nunca cocina solo para dos.

—¿Cocina ella?

—Sí. Y muy bien, por cierto. Tiene sus métodos. —Detuvo los pasos que acababa de reanudar

—. ¿Mi tío ya te ha informado?

—¿Sobre su ceguera? Sí.

—¿Y te ha dicho cómo ocurrió?

—No. Solo que perdió la vista en un accidente de adolescente.

Fabrizio valoró el asunto. Y decidió que era mejor que supiera todo para que no metiera la pata con un comentario desafortunado.

—Un conductor borracho se metió en el carril contrario y chocó de frente contra el coche que conducía el que fue el primer novio de mi tía. Tenía diecinueve años y murió en el acto. Ella diecisiete, y quedó ciega.

—Dios mío —pronunció en un susurro Aitana tras tragar saliva con dificultad.

—Mejor que lo sepas ya. Así no sacarás el tema en la cena. Y no beberás de este vino más que un sorbo. Veo que has venido en coche.

—No pensaba beber, de todas formas.

—Bien.

—Porque venir en bici de noche no me ha parecido prudente. Y eso que está como nueva. Gracias por el arreglo y el servicio a domicilio.

—De nada. —Aceptó casi pisando sus palabras, como si le incomodara oír las. La miró unos segundos y después olisqueó el aire—. ¿Eso es tarta casera?

—De los melocotones del jardín de la casa de la señora Galvani. Ya avisé de que traería el postre como agradecimiento a su invitación.

Aitana se adentró en el jardín. Se maravilló de los colores y aromas de aquel despliegue de flores digno de ser fotografiado. Pediría permiso para hacerlo.

Fabrizio la observó acariciar un pétalo de una de las rosas, una especialmente radiante, con la base blanca y el extremo rosado. Como sus mejillas. Y seguro que igual de suaves. Aquel desconcertante pensamiento lo invadió de forma involuntaria. Lo hizo a un lado de inmediato.

—Tampoco pasaba nada por juntarnos con dos postres —comentó para evitar que su mente siguiera divagando.

Aitana dejó de admirar las flores para mirarlo a él, divertida por su comentario.

—¿Goloso? —Se mordió el labio inferior para evitar reírse con ganas. Aquello era algo que no le encajaba en absoluto con ese hombre algo rudo y visiblemente en muy buena forma física.

Fabrizio carraspeó y se obligó a apartar la vista de su boca.

—Un poco. —Su voz sonó ronca.

—Creo haber hecho suficiente para que no te quedes con ganas de más. Y si sobra, podrás llevarte parte.

—Dudo que mi tío me deje. Es más goloso que yo.

—Entonces haré otra el próximo día.

—¿Es que va a haber más?

—No sé. —Se encogió de hombros y caminó de nuevo. Él se había acercado mucho y la miraba con una extraña fijeza. Ambas cosas la alteraban sin poder evitarlo—. Espero que sí. Me quedan tres meses aquí.

—Tres meses —repitió él.

—Lo que dura el curso.

—Claro. Adelante.

La invitó a pasar primero. Y resopló a su espalda.

## Capítulo 8

—¿Se puede? —Fabrizio anunció su presencia de viva voz, ya que no habían llamado al timbre—. Me he encontrado una tarta por el camino. La acompañaba una mujer. Así que he traído a las dos —bromeó, echándole una mirada fugaz a Aitana—. Y esta botella de *bianco* Caruso Bello, que me ha regalado Mariella por arreglarle la etiquetadora nueva. ¡Vito! —Un perro grande de pelaje blanco salió a su encuentro y subió las patas a sus rodillas. Fabrizio dejó la botella sobre un aparador y rascó al animal tras sus largas orejas—. ¿Os podéis creer que le faltaba una pieza? A saber dónde la ha comprado el perspicaz de Alessandro —añadió más para el perro que para el resto, como un comentario irónico y cómplice entre amigos.

—No seas grosero, Fabrizio. —Fiorella estaba en la puerta de la cocina y se quitaba un delantal, dejando a la vista un bonito vestido largo estampado en flores tan coloridas como su jardín. Llevaba su larga melena castaña recogida en una coleta baja de la que se escapaban apenas unas pocas canas. Dio un par de pasos con las manos extendidas hasta alcanzar a su sobrino, y el perro se colocó a su lado de inmediato para servirle de referencia y apoyo. Estaba claro que era su perro guía.

Ella lo acarició mientras estiraba el cuello para recibir un beso en la mejilla. Y para sorpresa de Aitana, giró la cabeza hasta apuntar con sus ojos negros justo hacia donde ella estaba.

—No le hagas caso. Su forma de bromear es un poco peculiar.

—No hay problema—. Pero lo miró de reojo arrugando el morro en respuesta a su chistecito. Le tendió la tarta para que la cogiera y después se acercó a la anfitriona—. Encantada, Fiorella. Soy Aitana.

Tomó sus manos de igual modo que había hecho Fabrizio. Y le dio dos afectuosos besos que hicieron sonreír a la mujer.

—¿Eso que huelo es tarta de melocotón?

Salvatore se acercó olisqueando el aire.

—Receta familiar —adujo Aitana, y besó a su maestro con la misma confianza que había hecho con su esposa.

—Esas son las mejores.

Fabrizio esquivó la mano que trataba de levantar el papel que envolvía la tarta. En su lugar, le tendió a su tío la botella de vino.

—¿Por qué no vas abriéndola para que se oxigene?

—Aguafiestas —protestó Salvatore, provocando una carcajada de su esposa a la que se unió Aitana.

—Ven, cariño. Vamos a sentarnos. ¿Tienes hambre? —Tomaron asiento una junto a la otra en una mesa redonda dispuesta para cuatro comensales. Parecía que contaban con la presencia de su sobrino de antemano o que siempre añadían un servicio de más por si él aparecía—. La cena ya está lista. Espero que te guste el pescado.

—Me encanta. Aunque la verdad es que siempre he sido de muy buen comer. Hay pocas cosas que me disgusten.

—¿Por ejemplo?

—El dulce de membrillo.

La risa de Fiorella fue cantarina y de nuevo contagiosa.

—Curioso. Al igual que el hecho de que hayas sido modelo y te guste comer casi todo.

Aitana comprendió que Salvatore había puesto al día a su esposa sobre la conversación que habían tenido esa mañana sobre su currículum. Él había querido saber con qué conocimientos contaba ella para encauzar la formación, de una manera u otra, según su base.

—Estereotipos. Aunque cuento con un metabolismo que me lo permite, no puedo negarlo. Herencia de mi madre.

—¿Como tu receta de tarta de melocotón?

—Sí. Es una gran cocinera. Me enseñó desde niña. No sé si me gusta comer porque me gusta cocinar o a la inversa.

Salvatore las escuchó reír cuando volvió con el vino traspasado a un decantador y una jarra de agua helada. Fabrizio lo seguía con un par de bandejas con embutido y una completísima ensalada.

—Es uno de los placeres de la vida —convino Salvatore y sirvió vino en las copas.

—No, gracias —rehusó Aitana—. Yo solo beberé agua.

—¿No te gusta el vino?

—Sí, pero...

—Este tienes que probarlo —insistió Fiorella—. Es una de las joyas del pueblo.

—Pero solo un sorbo. —Accedió, ya que Salvatore había llenado su copa hasta la mitad—. He venido en coche.

—Una sola copa con una buena cena en el estómago no te perjudicará. Y si te apetece más, Fabrizio te acompañará a casa a pie, ¿verdad, cariño?

—No será necesario. —Miró de reojo al aludido, quien no pareció inmutarse—. Pero lo probaré, ya que tan bueno aseguráis que es.

—¿Aún no has conocido las bodegas?

—Sí que lo he hecho. Incluso una cata por cortesía de Mariella. Aunque llevo aquí pocos días,

visitar las bodegas era una de los puntos principales de mi lista de lugares del pueblo por descubrir.

—¿Como esa lista de experiencias vitales?

—Tía...

A Aitana le sorprendió que Fabrizio terciara por ella.

—Que no me lo cuente si no quiere. —Fiorella frunció el ceño—. Pronto verás, Aitana, que una de mis virtudes o defectos, no lo tengo claro, es ser muy franca y directa. —Pareció pensarse dos veces lo que iba a decir, pero al final lo dijo—. Por eso nunca me llevé muy bien con tu madre, Fabrizio. No le gustaba oír las verdades.

—Fiorella, no es el momento. —Esta vez fue su esposo quien la reprendió.

—Disculpad. Tenéis razón. Voy a probar ese vino.

Aitana vio que había un problema familiar de fondo que los hombres no querían tocar delante de ella. Trató de restarle importancia.

—Seguro que acompaña muy bien a este jamón y este pan tan sabroso. De la panadería de Marcello, ¿verdad? —Quiso corroborar, aunque era innecesario—. Es un artista con la masa. Voy casi a hogaza diaria desde que llegué —se lamentó con una risilla, tocándose la tripa.

—Una de mis perdiciones, también —secundó Fiorella—. Y sus pastelitos de crema.

—Dios, no los menciones —protestó Salvatore, pero esta vez con humor.

Las risas disolvieron el momento tenso. Tras un corto silencio, Aitana decidió dejar claro que la curiosidad de Fiorella no la incomodaba.

—Tengo una larga lista de lugares que curiosear y fotografiar en el pueblo. Tu jardín entre ellos, si me lo permites.

—Cuando quieras.

—Gracias. Y mi lista de experiencias vitales incluía un poco de todo. Antes de venir aquí, estuve en Nueva York estudiando baile en una academia que prepara a artistas para musicales de Broadway. También me fui de compras varias tardes —comentó con una risita—. Y justo antes que eso, viajé a Tailandia a aprender lo máximo posible sobre su cocina. Llegué a trabajar en un restaurante un mes. De pinche, suficiente para ver lo que quería. También he estado en Japón mes y medio. Aunque habría necesitado un año al menos. Los templos, los paisajes... Hice miles de fotos. Es un país impresionante. Como lo son los fiordos y las auroras boreales. El Gran Cañón y el desierto australiano.

—Y con el curso de escultura culminas tu viaje.

—Me di un año. En septiembre termina el plazo.

—¿Y has encontrado lo que buscabas?

Mientras observaba a Aitana revolver la ensalada que Salvatore le había servido, Fabrizio —cuya mente muchas veces funcionaba a través de la música de una forma tan innata en él como en su padre— sintió en su interior las notas y los versos de un conocido tema de U2, en el que declaraban *no haber encontrado aún lo que estaban buscando*, a pesar de haber hecho todo tipo

de cosas en la vida.

—He vivido cosas que no podía morir sin haber experimentado. —Fue la respuesta de ella—. Al menos ese objetivo lo he cumplido.

Se centró en su ensalada y felicitó a la cocinera por lo sabrosa que estaba.

—Voy a sacar el pescado del horno.

Salvatore se levantó de la mesa y le dedicó una mirada a Fabrizio con la que pedía que procurara que la conversación dejara de ser tan intensa. Él alzó las cejas queriendo saber qué podía hacer para evitar que su tía sometiera a la invitada a un interrogatorio, el cual prosiguió en cuanto se quedaron los tres solos.

—Mi marido me contó lo de tu accidente y tus cuarenta días en coma. Es curioso cómo estar a un paso de la muerte cambia a las personas. —Le sonrió—. Imagino que sabes cómo me quedé ciega. Alguno de estos dos te habrá puesto sobre aviso.

—Así es.

—Me rompí muchos huesos, perdí a mi primer amor. No obstante, quedarme ciega fue lo que arruinó mi vida. Al menos la vida que había conocido hasta ese momento. Iba a ser decoradora. Y me encantaba pintar cuadros —explicó con gesto resignado—. Mis huesos se soldaron, mi corazón asumió la pérdida de un muchacho bueno. Pero tardé muchos años en aprender a vivir con mi ceguera. Tenía ya treinta cuando Salvatore me ayudó a canalizar mi espíritu artístico con sus clases de escultura adaptadas y personalizadas. Me ayudó a descubrir, con su infinita paciencia, que ser feliz con lo que aún era capaz de hacer era posible, y me enamoró con su noble corazón.

Salvatore apareció en ese momento con la bandeja del pescado y sirvió los cuatro platos alabando la receta de su esposa y lo poco que él tenía que colaborar, pues ella se manejaba a las mil maravillas.

Aitana sintió que Fiorella esperaba una confesión en respuesta a la suya y decidió que la merecía.

—Yo tardé un año en recuperarme de las secuelas del coma. En sí, el accidente no me causó ningún... trauma emocional —denominó a falta de una definición mejor—. Aunque me abrió los ojos a comprender que la vida que llevaba no era la que yo quería. Y lo cierto es que todo lo que ocurrió fue culpa mía.

Comieron en un extraño silencio. Salvatore miró a su sobrino pidiendo explicaciones, y este se limitó a sacudir la cabeza y comer sin decir ni pío.

—¿Quieres contarnos qué te ocurrió? —Fiorella rompió el silencio provocando que los hombres casi se atragantaran.

—¿De verdad queréis que os lo cuente?

—Solo si tú quieres. —Fiorella buscó su mano y se la aferró con fuerza—. Estamos en confianza. No te juzgaremos y, por supuesto, nada saldrá de aquí.

La experiencia de Fiorella en su trabajo hacía de ella una máquina de hacer soltar confesiones casi a bocajarro. Con Aitana no fue menos eficaz.

La joven asintió y terminó la deliciosa y generosa ración de lubina que le habían servido. Dio un segundo sorbo a la copa de vino, el último de esa noche. Se limpió con la servilleta.

—Bueno, por dónde empezar... Estudié Publicidad y Relaciones Públicas, con la idea de dedicarme a la fotografía publicitaria de forma profesional. No desde el lado del objetivo, sino como fotógrafa —especificó—. El último año lo cursé en Roma con una beca Erasmus. Así aprendí el idioma, aunque he tenido que reciclarme un poco. Han pasado casi diez años de aquello.

—Lo hablas bastante bien —aseguró Fiorella.

—Debo mejorar, pero tengo todo el verano para hacerlo —comentó más sonriente y continuó con su alegato—. Cuando me dispuse a especializarme con un curso de Fotografía, un compañero me propuso posar; y después de aquello, empezaron a salirme trabajos como modelo publicitaria. Ni sé cómo acabé olvidándome de mi idea inicial de ser yo quien tomara las fotos. Al principio era divertido, pero al final me sentía estancada y luego... ocurrió el incidente que puso fin a todo.

—Las cosas a veces caen por su propio peso —adujo Fabrizio con la mirada clavada en los ojos de ella.

—Cierto. Esto fue... un peso pesado. —Rio de nuevo y se centró en contar qué la había llevado a quedar en coma, aunque esquivó la mirada de él y la bailó de uno a otro, bajándola hasta su plato más veces de lo que había pretendido—. Lo que empezó con un acto cargado de buenas intenciones, acabó siendo un desastre porque actué de forma imprudente y... poco inteligente —comenzó a explicar—. Así que no me ofenderé si decís que fui tonta y temeraria. Porque es cierto.

Les contó cómo por tratar de evitar que alguna de sus compañeras modelos se metiera en un lío, sustrajo un paquete que mantuvo oculto hasta que se atrevió a ir a la policía a confesar todo lo que sabía. Aitana había pensado que era droga, aunque el alijo resultó ser... otra cosa. Cuando se dirigía al escondite donde lo había guardado, detectó que unos hombres la seguían. Trató de zafarse de ellos y, al ocultarse entre unos arbustos, tropezó con unas piedras y se golpeó en la cabeza.

Lo siguiente que recordaba era despertarse en el hospital cuarenta días después, con el cuerpo entumecido y la cabeza algo embotada. Aunque pronto recordó todo y confesó a su familia lo sucedido. No obstante, el asunto estaba a punto de solucionarse. Su hermana mayor, Daniela, quien no había considerado lo ocurrido como un accidente, había ido siguiendo ciertas pistas y lo había resuelto todo por su cuenta. Bueno, con la ayuda del neurocirujano que la atendía a ella y quien había acabado siendo su cuñado.

—Así que dentro de lo malo, se sacó algo bueno de todo aquello. Los delincuentes fueron detenidos. Tu hermana encontró el amor. Y tú descubriste que la vida que llevabas no era la que te gustaría tener —resumió Fiorella de forma bastante simplificada, aunque optimista.

—En esencia, así fue —certificó Aitana, contenta de ver que ni la compadecían ni la criticaban—. Bueno, ¿alguien quiere postre? —propuso para zanjar el tema.

—Yo.

—Desde luego.

A las respuestas de sus anfitriones, se sumó la mano alzada de Fabrizio, que en ese momento no podía hablar, pues lo había pillado bebiendo de su copa de vino. De hecho, la tercera que se llenaba desde que ella había comenzado con su truculenta historia.

—Tarta para todos —resolvió con una sonrisa a la vez que se levantaba y comenzaba a recoger los platos.

—Espera, yo me encargo de eso.

—Voy a la cocina de todas formas. No me cuesta nada —alegó ella.

—Te ayudo entonces —exigió Salvatore, y juntos llevaron los platos sucios a la cocina.

Fabrizio los siguió con la mirada, demasiado afectado para sumarse a las labores de recoger los platos. Él la había tomado por una diva superficial y vanidosa la primera vez que la había visto. No había podido estar más equivocado.

Se sobresaltó al sentir la mano de su tía sobre la que sostenía su copa con excesiva fuerza.

—Dime cómo es —solicitó en un susurro.

—¿Qué?

—Aitana. Físicamente. Que es una mujer encantadora aunque demasiado inocente, aún algo perdida pero muy voluntariosa, ya me ha quedado claro. Quiero que me describas su aspecto. Salvatore se he limitado a decirme que es joven y bonita, rubia y alta. ¿Qué te parece?

—Que es todo cierto —alegó tras un resoplido—. Y poco preciso.

—Venga, seguro que tú puedes hacerlo mejor. Ya le he sonsacado más de lo que quería contarnos. No voy a ponerme a palparle el rostro y provocar que no quiera volver a visitarme.

Fabrizio soltó una seca carajada y se frotó los ojos mientras decidía por dónde comenzar. Decidió que por algo fácil y objetivo.

—Es bastante alta, hoy casi tanto como yo, con esos tacones que se ha puesto.

—¿En serio?

—Sin ellos, rondará el metro ochenta. Y es esbelta pero... —la cosa se había puesto peliaguda demasiado rápido— no flaca. Proporcionada.

—Tiene curvas donde hay que tenerlas —resolvió su tía.

—Buenas curvas.

Ella rio, pero no añadió nada.

—Su pelo es rubio y liso, largo hasta los omóplatos. Suele llevarlo suelto, como hoy. Parece su tono natural, aunque a lo mejor tiene algunas mechas. No sabría decirte si los tonos más claros en algunos mechones son por efecto del tinte o del sol.

—¿Cejas y ojos claros?

—Sí, cejas estrechas y bastante arqueadas, ligeramente más oscuras que el cabello. Pestañas largas y ojos de un color azul muy claro, casi transparente, como el cielo al amanecer. La nariz estrecha se alarga un poquito en la punta. Su piel es pálida, aunque las mejillas se le sonrosan con facilidad. Los pómulos marcados hacen que destaque su rubor. El óvalo de su cara tiene forma de

corazón, su barbilla es muy fina. Tiene un hoyuelo en la mejilla izquierda que asoma cuando sonrío. Casi siempre lo hace. Sonreír, como si fuera su gesto natural —matizó—. Y luego, cuando ríe como la has podido oír, casi lo hace de oreja a oreja, mostrando un buen número de dientes. Bien alineados. Quizá los colmillos superiores destacan un poco más, pero nada exagerado. Tiene una sonrisa bonita y... contagiosa.

—Sus manos son cálidas, suaves y de dedos largos. Lo sé por cuando nos hemos saludado —explicó Fiorella cuando él se quedó callado de repente, después de haber cogido carrerilla en una descripción mucho más detallada y subjetiva de lo que ella había esperado—. Su manicura es cuidada sin llevar uñas muy largas. Mejor así para sus clases de escultura.

—Salvatore se cuidará de que no se quite los guantes ni un minuto —predijo él.

—Sin duda. ¿Por qué no me has descrito sus labios?

Fabrizio sintió un nudo en la garganta.

—Se me ha pasado.

—Has sido muy concienzudo. ¿Cómo se te ha podido pasar un detalle tan importante?

—No lo sé.

—Descríbemelos. Rápido, antes de que vuelvan.

La imagen de Aitana mordiendo el labio inferior en el jardín lo obligó a tragar saliva antes de hablar.

—Labio inferior ligeramente más grueso que el superior, sin llegar a ser demasiado carnoso. No como esos que se ponen algunas mujeres ahora, que parece que les ha picado una abeja.

—Y yo me pierdo esas excentricidades por no poder ver —se lamentó Fiorella entre risas—. Así que Aitana no se los ha operado.

—No creo que lleve nada que no sea suyo. Vamos, a simple vista no lo parece.

—¿Si tuviera las tetas como dos piedras se lo notarías a simple vista? ¿Es que va enseñando cacho?

—No, tía, ¡qué cosas dices! —A Fabrizio comenzaron a entrarle sudores—. Lleva un vestido ligero, pero sin enseñar más de lo normal. Si sus pechos son operados, el cirujano hizo muy buen trabajo. —A Fiorella se le salió por la nariz el agua que bebía—. Negaré haber dicho eso como me delates —gruñó él.

—Tranquilo, mis labios están sellados. Sin colágeno ni silicona, solo una cremallera. —Bebió de nuevo para calmar la tos provocada por el atragantamiento y suspiró—. Así que es un bombón.

—Era modelo, ¿no?

—No todas son bombones.

—Tiene belleza natural. Y algo más. No sabría decirte qué es.

—Ya lo descubrirás. Y cuando lo hagas, me lo cuentas —susurró al oír que su marido y Aitana ya volvían—. ¡Tarta! Ya quiero ración doble solo con olerla.

—Tu marido ha exigido probarla antes de traerla, alegando ser tu catador personal. Debía asegurarse de que no estaba envenenada.

—Es que en otra vida fui reina y los enemigos estaban en cualquier esquina. Gracias, vasallo. ¿Cuál es tu veredicto?

—Está de muerte. Mejor no la pruebes.

—Glotón —lo acusó. Aceptó el plato que Aitana le acercaba y clavó el tenedor con prisas nada disimuladas. Saboreó el bocado con mayor lentitud—. Madre mía. Vaya manjar. Quiero esa receta casera o no te dejaré fotografiar mi jardín.

Aitana rio con ganas y le acercó otro plato a Fabrizio, quien la miraba con gesto extraño.

—Es muy sencilla. Lo más difícil es el enrejado. Pero de que este quede bien depende que se mantenga así de jugosa. —Miró a Fabrizio cuando pinchaba otro pedazo—. ¿Y tú qué dices?

—Doce sobre diez —apuntó, y la sonrisa que le dedicó la ilusionó mucho más que su imposible valoración.

Menos mal que no lo hacía a menudo, pensó, porque tenía una sonrisa matadora. Apartó la mirada de aquella boca que demandaba su atención y prosiguió con detalles sobre la receta.

—Que los melocotones sean tiernos también es importante para que esté en su punto.

—Desde luego. Si están como piedras, no hay quien se los coma —señaló Fiorella, y de pronto estalló a reír a carcajadas. Tanto que se atragantó y tuvo que beber agua.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Quiso saber su marido cuando ella recuperó la respiración.

—Nada. Me he acordado de un chiste y me ha dado la risa floja. No me hagáis caso.

A diferencia de Aitana y Salvatore, que se sonreían al comprobar que la mujer seguía riendo por lo bajo, Fabrizio estaba muy serio, podría decirse que indignado. Y masticaba con excesiva fuerza.

—¿Otro pedazo? —le preguntó Aitana, inquieta por su actitud.

—Me encantaría.

No volvió a sonreírle como hacía unos minutos, pero al menos pareció relajar el gesto.

Hubo una alegre sobremesa, la cual pasaron narrándole curiosidades sobre el pueblo que ella escuchó con sumo interés. A su vez, ella les contó lo más destacado que se le ocurrió sobre Santander y alguna que otra anécdota de sus últimos viajes.

—Dios mío, qué tarde es —exclamó al mirar la hora cuando los ojos comenzaron a picarle por el sueño—. Debería marcharme ya.

—Mañana tienes clases —advirtió Salvatore con fingido tono formal.

—Ha sido un verdadero placer. Vendré una tarde de esta semana a hacer esas fotos si te parece bien. Y te pasaré la receta. —Dudó unos instantes—. Podría enviarte un mensaje de voz a tu móvil. ¿Tienes?

—Sí que tengo. Y es una idea estupenda. Ven cuando quieras.

Besó en ambas mejillas a los anfitriones, y habría besado a Fabrizio de igual manera si él no hubiera estado esperándola ya en la puerta.

La acompañó hasta el coche como sabía que sus tíos esperaban.

—Conduce con cuidado —solicitó, aunque sonó como una orden.

—Siempre lo hago. Y solo me quedan un par de meses para dejar de ser novata. —Señaló la «L» que llevaba en la luna trasera.

—¿Otra de las cosas de tu lista de asuntos pendientes?

—Experiencias vitales. Pero sí.

—Y como te has fundido hasta el último euro viajando por el mundo, no te daba para alquilar un coche de este siglo.

Aquello la hizo reír, tal como él pretendía. Quería ver otra de esas sonrisas radiantes que había tratado de describirle a su tía, pero que él no tenía palabras para expresar como merecía. Tal vez solo un poeta pudiera.

—No lo he alquilado, lo he comprado. —La mirada horrorizada de él la hizo reír aún más—. Un coche de alquiler por tres meses me iba a salir muy caro. Y tampoco me iba a comprar uno más nuevo que tendría que malvender en septiembre al precio que me dieran por él en la propia tienda. Si este me dura hasta entonces, habrá sido una buena inversión.

—Si te da problemas, tráemelo. No se me dan mal los motores.

—Espero que no haga falta, pero gracias. Buenas noches.

—Buenas noches.

No esperó a que abandonara la plaza. En cuanto arrancó, se dirigió a su casa sin mirar atrás.

Tres meses y se iría. Si ya lo sabía, ¿por qué escucharla decirlo le había provocado semejante dolor de estómago? Dudaba que fuera a causa de la cena, ni el vino, ni siquiera por los dos enormes pedazos de tarta que prácticamente había devorado. Porque el hojaldre estaba bien crujiente, la crema muy ligera y suave, y los melocotones eran... tiernísimos.

¡Mierda! Al diablo con su tía y sus tontas metáforas. Le había costado un triunfo no mirar los senos de Aitana después de aquello. El vestido la tapaba hasta el comienzo de la curva de estos, no de manera recatada pero tampoco provocativa. Sin embargo, la tela fina los marcaba en toda su forma redondeada y firme... Sí. Sí que los había mirado, por qué mentirse a sí mismo. Solo esperaba haber sido disimulado. Menos mal que ninguno de los otros dos había sabido de qué iba el tema. Pero a él le iba a costar dormir esa noche.

En la cama, Fiorella se acurrucó junto a su marido. Él la abrazó y besó su frente.

—Ha sido una velada agradable.

—Lo habría sido más si no hubieras presionado a nuestra invitada.

—Creo que le ha hecho bien contarnos su historia. Ha sido liberador para ella.

—Apenas nos conoce. Supongo que ha podido resultarle un poco violento.

—Si hubiera sido así, no nos lo habría contado y punto. Es una chica que coge confianza con facilidad, sociable y bienintencionada.

—Yo también lo creo —murmuró, ya más dormido que despierto.

—Me gusta. Me gusta mucho. —Fiorella bostezó y cogió mejor postura. Salvatore ya roncaba

cuando añadió—: Y creo que a él aún más.

## Capítulo 9

Ninguno de los hermanos Giordano había cumplido aún los veinte años. Pero solo para Luca, el menor, de dieciséis, era el primer verano de clases en la Scuola Salvatore Conte.

Paolo y Enrico, de diecinueve y dieciocho, llevaban tres y dos veranos de cursos a sus espaldas. Aunque, tal como explicó Salvatore, los muchachos solo darían clase los martes y los jueves. Él era un maestro que adaptaba los cursos a las necesidades de los alumnos. Y últimamente estos no abundaban.

El padre de los muchachos era ebanista y quería que sus hijos aprendieran el oficio, pero que también perfeccionaran la técnica con el arte de la talla de madera y así ofrecer un servicio añadido a sus clientes. Salvatore había accedido a que ese fuera el único material que trabajaran y a que los chicos tuvieran también su tiempo libre durante el verano, después de un largo año compaginando los estudios con el trabajo en el taller de su padre. Merecían un descanso y poder divertirse.

A Aitana le parecieron entrañables, los tres igual de rubios con ojos ambarinos y sonrisa tímida. Y los tres sonrojándose cada vez que ella los miraba mientras Salvatore impartía una clase magistral inicial sobre los materiales usados en escultura y las diferentes herramientas para trabajarlos. No porque no fueran a pasar de la madera iban a saltarse la teoría, les había avisado a los chicos. Tampoco porque los dos mayores ya hubieran escuchado esa lección otros años.

La mañana se le pasó volando a pesar de no hacer más que escuchar al maestro y tocar y curiosear los materiales que les mostraba y las diferentes herramientas. Tantas y con tantos nombres raros que Aitana había optado por coger su móvil y fotografiarlas una por una, añadiendo el nombre y el material para el que era apropiada al pie de foto.

—Hoy los hermanos tienen que irse una hora antes. Es el cumpleaños de su madre, y van a prepararle entre todos una comida sorpresa para cuando llegue de trabajar del centro de salud. Es enfermera —le informó Salvatore mientras ella seguía con su catálogo personal—. No quiero avanzar con nada más hasta mañana, pero no vas a perder esta hora. Ven conmigo.

Aitana se despidió de los chicos, quienes apenas le hicieron un gesto con la barbilla a pesar de que ella les pidió que felicitaran a su madre de su parte. Siguió a Salvatore hasta el fondo del

taller y traspasó la puerta que abrió para ella.

Cientos, tal vez miles de figuras de todos los tamaños, formas y materiales se diseminaban en el amplio almacén, como una galería de arte desordenada.

—Este es mi museo particular. Aquí encontrarás obras mías, pero también de cada uno de los alumnos que he tenido en los treinta y tres años que llevo como maestro en esta escuela.

—Es... impresionante.

—Te dejaré casi toda esta hora para que observes, toques y descubras de cuántas formas es posible expresar lo que uno lleva dentro. Quiero que te fijes bien y te plantees preguntas sobre cómo o por qué. Todo lo que se te ocurra. Busca lo que más te guste y, una vez que aprendas unas nociones básicas, nos centraremos en ello en este curso. Tres meses da para menos de lo que imaginas.

—¿Puedo tocarlas?

—Debes hacerlo. Vuelvo en... cuarenta minutos.

Una vez sola, Aitana se adentró en aquel maremágnum de creatividad y se dejó absorber por lo que tantas almas habían plasmado en piedra, bronce, barro y madera a través del trabajo de sus manos.

—¿Ya tienes al menos diez preguntas para hacerme?

Aitana se dio la vuelta de golpe al escuchar la voz de Salvatore. Tenía entre sus manos una escultura que a él no le resultó en nada familiar.

—Sí que las tengo. La primera de todas, ¿cuándo has hecho esta maravilla? Apenas hace un par de días que me conoces.

—No es mía.

Se acercó y le pidió con un gesto que se la cediera. Aitana se la pasó como se hace con un bebé recién nacido.

—Pero... soy yo. Es imposible que exista alguien tan parecido a mí y que además alguno de tus alumnos lo haya plasmado en piedra en esta misma escuela. Sería demasiada coincidencia.

—No en cualquier piedra. En mármol *rosso verona*. —«Su material favorito», pensó Salvatore con el corazón henchido y la mente invadida por una gloriosa idea—. Es de mi sobrino.

—¿De...? —La voz no le salió para pronunciar su nombre—. Pero si él tampoco me ha visto tantas veces. Y para hacer algo con tanto detalle, debería haber posado para él. Es... —«abrumadora», pensó ahora que sabía quién era su autor— perfecta.

—Fabrizio no necesita modelos presenciales. Tiene memoria fotográfica. Y una sensibilidad innata para sacar de los materiales auténticas obras de arte. —Acarició el rostro de piedra de Aitana y lo depositó en el hueco que encontró en una de las baldas. Por qué su sobrino la habría dejado allí sin más le resultó todo un misterio—. Es uno de esos casos en los que el alumno supera al maestro. Como tu amiga Andrea, o algunos otros de los que me siento especialmente

orgullosa.

Aitana contuvo las ganas de volver a cogerla. Se conformó con admirarla, con observar cada detalle de su propio rostro, incluso el gesto de su sonrisa, con su hoyuelo asomando y su expresión soñadora.

—¿Cuánto se tarda en hacer una escultura así?

—Depende de las horas diarias que se le dedique. Por ejemplo, una de cuerpo entero a tamaño real en mármol blanco de Carrara podría llevar... unos cuatro meses. —La cara de Aitana se congeló—. Si se lleva a cabo todo el proceso de moldeado en arcilla de un primer boceto, luego, ir a buscar a las minas el mármol para sacar una pieza de piedra apropiada, pasar a yeso la figura y, de esta, las medidas a la piedra, desbastar el sobrante y ya luego ponerse a cincelar, y hablo de un cincelador neumático... Sí, fácilmente hasta cuatro meses. —Sonrió a Aitana y se volvió hacia la escultura de su sobrino—. ¿Fabrizio? ¿Un busto pequeño en su material favorito? Alrededor de una semana. Él trabaja la talla directa, sin bocetos en otros materiales, incluso puede hacerlo sin dibujos previos. Cuando comienza una obra, no para hasta terminarla. Aunque su propio trabajo lo reclame. Es capaz de no dormir si hace falta. Porque para él, el arte es una necesidad vital. Si se decide a ponerse manos a la obra, es porque su espíritu así se lo pide.

—Llevo aquí menos de una semana —aseveró Aitana, con el pecho encogido, y sin poder dejar de mirar la escultura.

—Viniste a formalizar la matrícula y fue él quien te atendió, ¿cierto?

—Sí, pero...

—De eso hace varias semanas. Y Angelo te sacó cincuenta euros por un puñado de fotos que olvidaste dentro del sobre con el dinero del primer mes de clases. Fabrizio me las dejó en tu carpeta con una nota para que te las diera, pero no lo había recordado hasta ahora.

—Claro, las fotos... pensaba que las había perdido.

—Vamos, te las daré. Son muy buenas.

Lo acompañó hasta la recepción, tratando de hacer memoria sobre lo sucedido ese día. Un recuerdo saltó en su mente como una chispa.

—Lo vi, nada más entrar. Cantaba y acariciaba una piedra de ese color rojizo. Una piedra aún sin forma alguna.

—Típico de él. —Rio y le dio el mismo sobre que ella había entregado con el dinero y, al parecer, con las fotos dentro—. Cantar al alma de la piedra para hacerle sacar lo que lleva dentro. Vaya si lo hizo ese día.

Aitana se sentía honrada e indignada a la vez. ¿Por qué no se lo había dicho en alguna de las ocasiones en las que habían hablado? «Muy rica la tarta de melocotón. Por cierto, un trozo de mármol al que estuve cantando me dijo que era tu rostro el que debía tallar en él. Puedes verlo si quieres, lo he dejado entre unas mil esculturas para que pase desapercibida y que nadie la vea...».

De pronto, aquella certeza la invadió como un jarro de agua fría. Para él no significaba más que otra pieza de una inmensa colección. Por eso ni se había molestado en mencionarla. En cambio

ella... Ella la deseaba. Tenía que ser suya.

—¿Crees que me la vendería?

—¿Qué?

—¿Cuánto pediría tu sobrino por esa pieza?

Aitana no entendía por qué Salvatore parecía en shock por su pregunta.

—Pues... puedes preguntárselo, pero dudo que esté dispuesto a vendértela.

—¿Por qué?

—Porque él esculpe por placer. Sí que es cierto que hace determinados trabajos en madera para los vecinos, pero más como algo útil que artístico. Aunque la belleza siempre vaya unida a sus obras. —Vio la tristeza en sus ojos, cuando momentos antes habían mostrado una gran determinación, al igual que habían reflejado un profundo sobrecogimiento al mirar la pieza. Sin duda, sus ojos eran el espejo de su alma—. Pregúntale de todas formas. A lo mejor cede, ya que ha usado tu rostro sin tu consentimiento—. Soltó una carcajada—. Tú tienes los derechos de imagen.

—Le haré una buena oferta —aseguró—. Pero antes le tomaré unas fotos con el móvil. Como tú dices, los derechos de imagen son míos.

—Adelante, tienes mi total consentimiento. Esa escultura está en mi escuela.

—Gracias.

Salvatore la dejó hacerlo y después escuchó lo que había sacado en claro de su visita al almacén-museo. Ella enumeró los materiales que le habían despertado mayor interés, y él indagó sobre qué figuras le gustaría poder esculpir. De aquellas inquietudes dependía el tipo y tamaño de los materiales de los que tendría que proveerse. No le extrañó que le solicitara poder trabajar el mármol *rosso verona* para —al menos intentar— esculpir el rostro de su difunto padre. Lo que sí le sorprendió fue percibir en ella un aire distraído, como si estuviera pensando en otra cosa a pesar de querer prestarle a él su atención. En otra cosa... o en otra persona.

Cuando Salvatore llegó a casa a la hora de comer, una idea que había estado revoloteando sobre su cabeza terminó de posarse.

—Fiorella, ¿cuándo tenías la próxima revisión con tu médico?

La mujer se despidió del último de sus alumnos —como los llamaba cariñosamente en equiparación a los de su marido, aunque no lo fueran—, apagó el ordenador y se levantó de su escritorio, bastante sobresaltada por la pregunta. Lo había oído entrar, eso por descontado, pero que le soltara de sopetón aquello sin dar las buenas tardes ni acercarse a darle un beso era bastante extraño.

—En septiembre. ¿Por qué?

—Pues le diremos a Fabrizio que te la han adelantado a mañana porque... el doctor ha hecho un cambio en sus vacaciones. —Ideó sobre la marcha.

—¿Y eso?

—En teoría iremos a Florencia a una revisión médica. En la práctica, pasaremos un romántico día en el que pasaremos como dos novios y te llevaré al restaurante que tú elijas.

Fiorella rio y abrazó a su marido antes de besarlo.

—¿Y qué hay de tu alumna? Es miércoles.

—Fabrizio dará la clase de mañana por mí.

—No se negará si se lo pides. No es la primera vez que te cubre ante un contratiempo. ¿Pero por qué no me llevas a pasear y a comer de lujo el sábado o el domingo?

—Porque sé que nuestro sobrino no tiene ningún compromiso laboral hasta el jueves, él mismo me lo comentó el otro día. Y estoy cumpliendo la palabra que le di a mi hermano de ser un padre para su hijo cuando él faltara.

Fiorella lo besó de nuevo, primero de forma tierna, después más profunda.

—¿Y lo que haces es ser un padre o un alcahuete?

La sorpresa de Salvatore se le reflejó en la cara, si bien ella supo que era así por el breve silencio que él guardó.

—Solo facilito un poco las cosas. Aitana estará aquí tres meses exactos. No hay tiempo para andarse con remilgos.

Ella no podía estar más de acuerdo. Pero quiso pinchar un poco más a su esposo para que dijera de forma bien clara lo que pasaba por su cabeza.

—¿Qué te ha hecho pensar que de que estén una mañana juntos pueda depender que ella se quede más tiempo?

—La esculpió en mármol *rosso verona* el mismo día que la conoció.

—Su favorito —murmuró ella, pues también conocía ese detalle—. Él mismo me dijo que es muy bella —razonó al instante, aunque solo la belleza no habría motivado al artista que era a elegirla, pues sabía que él era capaz de plasmar mucho más que el aspecto exterior en sus obras—. Más que bella. Eso me quedó claro por cómo la describió. Ya no solo en las palabras, sino en lo que había detrás de ellas. Desde luego, que se sienta atraído por su físico es un gran paso.

—Suele ser el primero.

—Sin embargo, no el más importante para algo duradero. Además, tú no le mentirías a tu sobrino vilmente solo para que disfrutara de un romance de verano.

—Tampoco le vendría mal. —Rio con algo de amargura. Después suspiró con fuerza—. Fiorella, algo me dice que entre esos dos puede llegar a haber mucho más. Lo siento aquí.

Lo sintió golpearse el centro del pecho.

—Su tono de voz cambia cuando habla de ella —confirmó su esposa—. Se vuelve... más profundo.

—No me he dado cuenta. Pero tú eres la que puede percibir esas cosas.

—Anoche también pude percibir la tensión en él cuando Aitana contó lo que le sucedió para acabar en coma. Más allá de la preocupación legal de un abogado entorno a unos miserables

delincuentes y unas pobres víctimas inocentes, estaba el instinto protector de un hombre. Tú también destilas esa aura muchas veces conmigo. Debe de ser un rasgo de los Conte.

—Como lo es la forma en la que amamos a nuestras mujeres. Sincera, apasionada y eterna.

La besó de aquella forma que le hacía recordar el primer beso que le dio pocos días antes de que sus clases concluyeran, casi treinta años atrás.

No le cabía ninguna duda de que, el hombre que ella consideraba como un hijo, amaría a la mujer que eligiera como compañera de aquella misma forma arrolladora y dulce a la vez, profunda y fiel. Que Aitana fuera la afortunada la hacía inmensamente feliz, pues con lo poco que la conocía aún, ya valoraba que era del tipo de mujer que cuando entrega el corazón, lo hace para siempre y de forma incondicional.

## Capítulo 10

«No podía haber sido otro día, no», pensó ofuscado Fabrizio. De haber sido martes o jueves, habría tenido otros tres alumnos a los que prestar atención. Los dos más mayores, ya experimentados, por lo que podría haberse escaqueado como un cobarde dejándola seguir los pasos de la tarea con uno de ellos parte de la mañana.

Sin embargo, era miércoles. Como los lunes y los viernes, era la única alumna de su tío. Así de mal iba el negocio de enseñar escultura en un pueblo como el suyo. Las cosas iban a tener que cambiar aún más rápido de lo que había calculado o pronto no habría apenas actividad económica en Caral in Chianti.

Terminó de tomarse el café y atacó con un gran mordisco al pastel de crema que había comprado el día anterior en el obrador de Marcello. Los días que pasaba más horas de las habituales en el gimnasio que había montado en su casa al instalarse definitivamente en Caral in Chianti, se permitía caprichos como aquel en la dieta por lo general bastante equilibrada que mantenía desde que había comenzado la universidad. Deporte y alimentación sana habían ido de la mano de sus estudios y su trabajo durante sus años en Florencia. Había descubierto, quizá demasiado tarde, que la disciplina lo ayudaba a mantener la mente y el corazón serenos. Por eso llevaba toda esa semana con sesiones más largas de lo normal. No sentía la paz a la que se había acostumbrado. Y no quería pensar mucho en por qué, solo volver a alcanzarla. Sudando y forzando sus músculos solía olvidarse de los problemas. Aunque no siempre funcionaba.

Tal vez debería haberles aconsejado seguir aquella rutina también a sus padres. Quizá así les habría ido mejor como pareja y, en consecuencia, a él como hijo suyo. Sin embargo, ya era tarde para eso, se dijo, y engulló el último bocado del exquisito pastelillo.

Lo cierto era que cualquier producto elaborado por Marcello bien merecía unas cuantas de sesiones extra en el banco de abdominales o media hora más de golpes en el saco de boxeo. Toda su producción era una auténtica delicia. Pero, tuvo que reconocerse a sí mismo, nada comparable a la tarta que Aitana había preparado para la noche del lunes. Se le hacía la boca agua al recordarlo. Y no solo por el sabor del exquisito postre.

La sonrisa de placer que le había dedicado cuando había valorado con una merecida nota su

buena mano en repostería le había hecho pensar en cuáles serían sus gestos cuando disfrutara de otro tipo de placeres. En si se le sonrosarían las pálidas mejillas de aquella misma encantadora manera. Si sus apetecibles labios se curvarían lentamente hasta hacer que su hoyuelo asomara, y después sus blancos dientes, volviendo su rostro luminoso y resplandeciente. Como un ángel. Uno que incitaba a cometer más de un pecado carnal y no sentir el menor remordimiento por ello.

Hizo el pensamiento a un lado de un manotazo mental y recogió la cocina a toda prisa. Con sus tontas cavilaciones se le había hecho tarde. Y no pensaba llegar con retraso. Antes muerto que decepcionar a su tío, aunque solo fueran cinco minutos los causantes del agravio. Salvatore, que tanto había hecho por él, al igual que su tía Fiorella, solo merecía todo lo mejor de sí mismo. Y aunque habían sido pocas las veces que había tenido que ejercer de maestro escultor, no se le había dado mal. Esperaba no manchar su impecable currículum metiendo la pata ese día porque la alumna en cuestión fuera... especial, de una manera que aún no alcanzaba a comprender.

Era algo que iba mucho más allá del deseo físico. Desde que su cuerpo dejó de ser el de un niño y comenzó a convertirse en el de un hombre, había deseado a muchas mujeres. Incluso había tenido la suerte de conseguir llevarse a la cama a algunas de ellas. En alguna ocasión, ellas a él. Ser seducido tenía también su punto. Pero nunca había sido solo el aspecto exterior lo que lo había motivado a implicarse sexual o sentimentalmente con ellas. Ciertamente que en el plano sentimental nunca se había entregado demasiado, salvo si había cierta amistad previa con la susodicha. Y pasar al plano sexual lo había estropeado todo en esos casos. Porque nunca había sabido compaginar amistad y sexo más allá de un par de meses. No como sus amigas esperaban.

Tras tres intentos fallidos, había acabado dándose por vencido. Incluso había llegado a pensar que el amor no estaba hecho para él. Hasta que su tío había tirado por tierra esa afirmación cierta noche en la que se pasaron un poquito con el vino en una cena. Su tía había optado por irse a la cama para dejar de escuchar a un par de borrachos diciendo tonterías y, una vez solos, él se había sincerado como nunca antes con Salvatore. Para su desgracia, lo recordaba todo. No era de esos capaces de olvidar lo que el alcohol les había hecho decir o hacer, quizá porque era propenso a quedarse dormido en cuanto se pasaba un poco con las copas.

Aunque aquel día el sueño tardó demasiado en bendecirlo con su abrazo y, además, recordaba con bastante dolor la forma en la que se había echado a llorar como un niño por la muerte de su padre, quien había fallecido un mes antes, y por quien apenas había derramado un par de lágrimas hasta esa noche. Estaba claro que las había tenido enquistadas y que antes o después iban a salir.

Se había comparado con él, incluso con su madre, hasta con el propio Salvatore. Había maldecido a sus padres por cómo se habían tratado el uno al otro, cómo se habían comportado en aquella tormentosa relación que tanto daño les había hecho, sobre todo a su padre, salpicando de forma inevitable al hijo que tenían en común, enseñándole una lección que tenía grabada a fuego: el amor duele. Y puede hacerte sufrir hasta el mismo día de tu muerte.

Salvatore solo logró recuperarlo del pozo en el que se había sumergido a base de demasiadas copas del chianti local —por aquel entonces, aún de producción más reducida, pero no por ello

menos exquisito— recordándole todo lo que lo hacía único como hombre, un hombre extraordinario y amado. Y por otro lado, tan parecido a sí mismo, quien sí mantenía una relación amorosa serena y pacífica.

Fabrizio compartía con su tío el carácter noble, su pasión por la escultura y el amor al pueblo —no por obligación, como su padre, Filippo, sino por devoción, pues se sentía parte natural de él—. Era un hombre conciliador, en absoluto conflictivo, rasgo que su padre había perdido a lo largo de los años. Y si bien llevaba en las venas el fuego de su madre, sabía mantenerlo bajo control con la serenidad de la que Salvatore era abanderado.

«No existe una mujer para mí, tío. Si la hubiera, no estaría aquí, en este pueblo del que todos los jóvenes quieren marcharse. Y yo he de quedarme, es una responsabilidad de la que nunca voy a renegar, pues me siento orgulloso de ella. Los vecinos respetan nuestro apellido, confían en él. Y mi padre no supo estar a la altura de las circunstancias sus últimos años de vida, desde que murió mi madre. No permitiré que eso me ocurra a mí».

«Si ha de ocurrirte, no podrás evitarlo», habían sido las algo ebrias palabras de su tío, no por ello menos sinceras y sabias. «Cuando llegue la mujer de tu vida, harás lo que debas hacer. Como hice yo. Como hizo mi hermano. No se puede renegar de lo que siente el corazón. Solo espero que el tuyo sea más afortunado que el de tu padre. O que tú seas más inteligente y sepas manejar la situación de forma menos trágica y dolorosa».

Aquel vaticinio de su tío volvía a su mente muy de vez en cuando. Pero nunca antes lo había hecho cuando en su cabeza se dibujaba el rostro de una mujer en concreto. La que iba a ver en escasos minutos, se lamentó ya a lomos de Tintoretto, a quien puso al galope por pura frustración y quien, conociéndolo, respondió sin la menor queja o pereza, pues sabía que su amo así lo necesitaba. Él sí le profesaba un amor eterno e incondicional. Y el sentimiento era mutuo.

La vio ya de lejos, sentada en los escalones de la puerta de la escuela, con los ojos cerrados y la cabeza alzada hacia el sol que pugnaba por asomar entre las nubes. Cuando los primeros rayos lo lograron y cayeron sobre su rostro, aquella sonrisa celestial se dibujó de esa forma que él ya había memorizado. Sintió como si los cascotes de Tintoretto repiquetearan en su pecho.

El primer día que la vio, pensó que jamás encajaría en su pueblo. Sofisticada, urbanita, ambiciosa y vanidosa. Nada más lejos de la realidad. Cada vez estaba más convencido de que era una mujer capaz de ser feliz con pequeñas cosas, como que el sol calentara su rostro.

Si aquellos sencillos placeres la hacían sonreír así, ¿que no harían otros más... intensos?

El sonido de los cascotes acercándose sacó a Aitana de su momento de relax. Giró la cabeza hacia allí y miró directamente al jinete. Sentir sus ojos clavados en los de él no despertó a Fabrizio de la absurda ensoñación en la que se había sumido solo con verla. Menos aún cuando su sonrisa, lejos de desaparecer, lo que hizo fue cambiar ligeramente. Un cambio de lo más inesperado e inquietante. Como de relajado a... ¿exultante?

«¡Dios! No me hagas esto. Lo mío me está costando ya».

—*Buongiorno* —saludó ella y se puso en pie.

—Buenos días —repuso Fabrizio. Si ella lo prefería, hablarían en su idioma. Aunque era cierto que su fluidez en italiano ya era mayor a la que le había parecido detectar en su primer encuentro.

Desmontó y caminó hasta el lateral en sombra de la escuela —con Aitana siguiéndolo—, donde Tintoretto permanecería durante toda la mañana, ya que allí también tenía hierba que rumiar y un bidón de agua siempre listo para él. Aunque tal vez lo utilizara como excusa para desaparecer por un rato si las cosas se ponían peliagudas. Y no porque temiera algo que ella pudiera hacer, Dios lo librara. De quien tenía miedo era de sí mismo.

Cinco horas seguidas solos. Haría lo posible por ni siquiera rozar su mano.

—¿Has venido a ver a tu tío? Porque hoy se retrasa.

—Aún no son las nueve.

Miró su reloj. Faltaban tres minutos.

—Estos dos días ha venido a menos cuarto. No sé qué le habrá ocurrido hoy.

Fabrizio se dio una colleja mental a sí mismo y otra a su tío. Estaba antes de la hora y aún así llegaba tarde. Y además, Salvatore no se había dignado a informar de su ausencia a la alumna.

Para más inri, Aitana acarició en la cruz a Tintoretto y, lejos de mostrarse arisco, como solía ocurrir con aquellos que no conocía, la olisqueó y buscó más caricias. Sin embargo, sus modos no fueron los más delicados. Casi la tumbó de un empujón en el escote.

—Calma, chico. —Se apresuró a cogerlo por las riendas para alejarlo de ella cuando volvió a la carga por sus rodillas, subiéndole la falda hasta medio muslo—. Al menos invítala a cenar primero.

La carcajada de Aitana lo llenó de alivio. No le habría extrañado que se asustara. Pero ella lo acarició de nuevo, esta vez en el lateral del cuello contrario a donde lo sostenía él.

—No pasa nada. Ya sé que es un poco bruto con sus muestras de afecto.

—Le gusta cómo hueles. Y te estaba reconociendo. Ya formas parte de su círculo de amistades.

—Me siento honrada. Tú también me gustas mucho, Tintoretto. —De pronto sintió los ojos de ella sobre él. Tuvo que mirarla, cosa que había estado evitando con el caballo entre ellos—. ¿Por qué elegiste ese nombre en particular?

—No lo hice yo. Fue mi padre. Criaba caballos y le gustaba el arte en todas sus vertientes. Aunque su fuerte era la música, también pintaba. Tiziano era su referente, al igual que sus alumnos, Tintoretto en especial. Llamó por el nombre del maestro al mejor de sus sementales. Tintoretto es el único de sus descendientes que no había vendido antes de morir. Decidí quedármelo.

—Es un bonito recuerdo.

—Es un buen caballo —repuso, como si ese fuera el único y verdadero motivo, y no el que ella había insinuado. Hablar de su padre le apetecía bien poco, así que cambió de tema—. Salvatore no vendrá hoy. Por eso estoy yo aquí.

—Ah, ¿no? Pues... gracias por avisar. —Se quedó algo contrariada—. ¿Se encuentra indispuerto?

—No. Es mi tía la que tiene que ir al médico.

—¿Qué le ha ocurrido? —inquirió alarmada, sin darle tiempo a terminar las explicaciones.

—Nada. Es una revisión rutinaria. Solo que le han cambiado la fecha ayer mismo. Al parecer, su doctor ha decidido irse antes de vacaciones.

—Ah, bueno, me había asustado. No pasa nada. Mañana retomaré...

—No vas a perder tu clase de hoy —le advirtió, pues ya le había quedado claro que era eso lo que había dado por hecho—. Yo seré tu maestro por un día.

—¿De verdad?

—Si no tienes ningún inconveniente, por supuesto.

—Ninguno. Claro que no. Gracias.

—Bien. No perdamos más tiempo entonces.

Sacó sus llaves del bolsillo y se dirigió a la entrada con ella a la zaga. La dejó pasar primero en cuanto abrió la puerta y se obligó a no seguir su contoneo al caminar. «Maestro, alumna», se dijo muy serio a sí mismo. «Nada más».

Aitana estaba pletórica. Y algo nerviosa, pues ese hombre le resultaba un poquito intimidante, no solo por su desbordante atractivo, sino por su carácter serio y reservado. Aunque no siempre. Si acertaba con el tema de conversación, parecía salir de su burbuja, incluso mostrarse amable y encantador. Tendría que aprovechar uno de esos momentos para hacerle su oferta. Quería la escultura que había hecho de ella en mármol *rosso verona* y esa iba a ser su oportunidad perfecta.

Se propuso ser la más aplicada de las alumnas.

—¿Qué has aprendido estos dos días?

—Pues... historia de la escultura, materiales y herramientas.

—¿Qué material has empezado a trabajar?

—Ninguno aún.

—¿En serio?

—Salvatore dice que es mejor asentar bien las bases teóricas antes de pasar a la práctica.

—Así que eso dice. —Resopló sin poder evitarlo. Luego se dio cuenta de que no debía desautorizar a su tío ante su alumna, y decidió guardarse para sí lo que opinaba de las clases teóricas a secas—. Él es tu maestro, por supuesto. Aunque como hoy me toca a mí serlo, iremos directamente a la práctica. ¿Te parece?

—Me encanta la idea.

—Estupendo.

Se acercó a una de las mesas del taller completamente despejada. Ella lo siguió y lo observó

rebuscar en cajones y sacar varias de las herramientas cuyos nombres aún estaba memorizando. Tomó los guantes que él le ofrecía antes de que colocara sobre la mesa de trabajo dos pedazos de madera idénticos en forma de prisma cuadrangular de unos veinte centímetros de largo.

—Haremos algo pequeño en madera.

—Genial —aceptó ella—. ¿Algo en particular para una novata?

—Por ejemplo... un gato. Es bastante sencillo.

—¿Qué clase de gato?

—Pues... el típico gato negro —decidió él a bote pronto—. Con eso no habrá dudas ni interpretaciones.

—¿Como Gabino?

—¿Quién?

—Gabino. Bueno, así es como llamo yo al gato de la señora Galvani. Ella olvidó mencionarme que tenía uno, así que no sé su nombre.

La sonrisa de Fabrizio la desconcertó.

—Ella no tiene ningún gato.

—Claro que sí. La primera mañana que amanecí aquí apareció en la cocina mientras preparaba el desayuno. Se puso a maullar, imaginé que pidiendo su comida. Como no encontré nada, supuse que ella no le da alimentos adaptados, sino lo que tenga cada día para sí misma. Le di una loncha de jamón y se fue tan contento.

—¿Encontraste su cajón de arena? ¿Una cestita con un ovillo de lana o un ratón de trapo?

—Pues... no. Pero se pasa el día en el jardín. O merodeando en el gallinero. Menos cuando quiere comer. Entonces entra en la casa y viene a lamerme la mano, el muy zalamero.

Fabrizio tuvo que hacer un gran esfuerzo por no romper a reír.

—Déjame decirte que ese gato es tuyo.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No creo que a la señora Galvani le guste que me lo quede.

—Al contrario, te lo va a agradecer, porque no es suyo. Aunque, cuando te vayas, será su inquilino sorpresa.

—Tiene que ser suyo.

—Créeme, no lo es. La conozco lo suficiente y he estado un número de veces considerable en su casa arreglando desperfectos como para saber que no tiene ni tendrá nunca un gato que pueda romper, en uno de sus saltos, alguno de los jarrones de su colección.

La cara de Aitana fue de auténtico horror.

—¿Estás diciendo que es un gato salvaje?

Esta vez la carcajada salió de la garganta de Fabrizio sin ninguna contemplación.

—Quizá mi español esté empezando a oxidarse. Hace más de cinco años que no he vuelto por allí. Pero para mí, salvaje es un jabalí o un león. Mi adjetivo para tu gato sería silvestre, porque estamos en el campo. Callejero, en la ciudad. Aunque al parecer, tú lo estás domesticando.

La risa que lo había atacado sin miramientos desapareció al ver su gesto algo desolado. ¿Por qué demonios era tan insensible? ¿O acaso era ella la que había resultado ser demasiado inocente?

—Pero es que es tan bonito, con el pelo tan brillante. Parece estar muy limpio y sano.

—Los gatos se asean a sí mismos constantemente. Y no todos los gatos no domésticos son sarnosos.

—Ya. Aun así...

—No le des más vueltas. Estás en el campo. Ahora, además de las gallinas tienes un gato. Y has hecho amistad con un caballo.

—Eso es verdad. —La idea volvió a hacerla sonreír.

—Si te gustan los animales, ya sabes que puedes pasarte por los establos cuando quieras.

—Gracias. Un día de estos. —Lo vio reunir herramientas y varios lápices en silencio. La pregunta le salió sola—. Así que tuviste que vender los caballos de tu padre porque no tenías tiempo para seguir con su negocio, pero al final acabaste ocupándote de un total de cinco ejemplares. —Vio que él la miraba con seriedad—. Me lo contó Marcello un día al ir a por el pan. Te vimos pasar con Tintoretto.

Fabrizio se preguntó cuántas cosas más le habrían contado sobre él y su familia los vecinos con los que ella se paraba a hablar tan alegremente. Como si los conociera de toda la vida. Solo porque ella era así, sociable, natural y cercana. Tanto como para que un gato silvestre la rondara o que Tintoretto no la rechazara como a cualquier otro extraño. Prefirió no darle demasiadas vueltas al asunto.

—Mantenerlos limpios, en forma y bien alimentados no es lo mismo que tener un negocio de cría y venta. Además, tengo ayuda. Algunos vecinos colaboran cuando pueden. Aquí todo es así. Hoy por ti, mañana por mí.

—Eso está muy bien.

—Así es. —Tras un suspiro, decidió que ya valía por ese día de charla—. ¿Nos ponemos manos a la obra con ese gato?

—Claro.

—Tú harás el tuyo, y yo, el mío. Sigue mis pasos, y a la menor duda, para y me preguntas. Esto no es una foto. No se puede hacer otra sin más si cometes un error importante. Ni un cuadro. No se puede borrar o pintar encima para corregir el fallo. Si quitas material de más, no hay vuelta atrás. ¿Entendido?

—Entendido.

Él señaló el lápiz de dos puntas de diferente color y ella lo cogió de inmediato.

—Bien. Empecemos por dibujar el frente, los perfiles y la parte trasera de Gabino. —Vio por el rabillo del ojo que llamarlo por el nombre que ella había elegido la hizo sonreír—. Con la parte azul vamos a dibujarlo sentado, así podremos hacerle la cola hacia arriba a lo largo del lomo, que es más fácil de tallar que algo tan largo y estrecho suelto, pues correría el riesgo de

descolgarse. Y le pondremos una base, un pedestal en forma de cubo, para mantenerlo en pie sin problemas. Luego marcaremos en rojo la parte sobrante, que será lo primero que quitaremos con el desbastador.

Aitana hizo su dibujo y se lo mostró a su maestro por un día. Este lo cogió y lo giró un par de veces, observándolo con ojo crítico.

—Los perfiles no están equidistantes. Iguálalos. —Se lo devolvió y ella lo hizo. Corrigió con el lado azul del lápiz el perfil derecho, que había quedado más alto que el izquierdo—. Ignora los bigotes y los ojos por ahora. No vamos a hacer nada muy detallado para empezar. Solo los contornos más básicos. Piensa solo en la silueta.

Así lo hizo. Él esperó a que terminara y fue entonces cuando dibujó el suyo en un abrir y cerrar de ojos. Luego marcó en rojo toda la parte de madera que sobraría ya de primeras. Ella imitó cada línea que él trazaba en su propia pieza. Entonces Fabrizio le señaló los guantes.

—Úsalos siempre. Nunca cojas una gubia ni un cincel sin llevarlos puestos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Entonces empezó lo difícil. Y eso que solo estaban eliminando la parte basta que nada tenía que ver con tallar al detalle.

Aunque la madera de pino no era especialmente dura, arrancarla era una tarea que requería tanto destreza como fuerza. Fabrizio tuvo que ayudarla en más de una ocasión, pero fue paciente y siempre la instó a que volviera a intentarlo.

Usar las gubias pequeñas para tallarlo en detalle fue más satisfactorio, aunque mucho más complicado de lo que había esperado. Ella necesitaba pasar al menos cinco veces por la misma superficie para lograr el resultado que Fabrizio alcanzaba de una sola pasada. Las manos empezaron a dolerle antes incluso del descanso a media mañana, en el que tomaron café y pastas en el saloncito que Salvatore había habilitado a tal efecto en el piso de arriba.

—El domingo al atardecer fotografiar el jardín de tu tía —comentó ella al ver que Fabrizio no decía ni una palabra mientras preparaba los cafés. Durante la clase lo había notado bastante relajado y hablador. Parecía que durante el receso se encontraba más incómodo—. Ya hemos acordado la hora.

—Le encantará lucirlo. Dedicar muchas horas a cuidarlo.

—¿No tienen hijos?

—No—. Aitana se arrepintió de su pregunta al ver el casi imperceptible cambio en el gesto de Fabrizio. Como cuando alguien siente un dolor agudo y trata de disimularlo—. Ella perdió la capacidad de engendrar con el accidente. Es la consecuencia que más le costó sobrellevar, después de la muerte de su novio y su ceguera.

—Pero Salvatore y ella te tienen a ti.

—Y yo a ellos.

Lo vio beberse el café que le quedaba casi de trago y disponerse a bajar sin más. Ella aún no había bebido apenas nada.

—¿Te habría gustado tener hermanos?

—Mucho. Pero no pudo ser. —Al ver que ella mudaba el gesto, creyó entender que imaginaba un impedimento físico en alguno de sus padres como en el caso de Fiorella—. Mis padres se separaron. Yo pasé parte de mi infancia en España, solo con mi madre, venía aquí por vacaciones. Pero decidí quedarme de forma definitiva al empezar el instituto.

—¿Y tu madre estuvo de acuerdo?

—No le quedó más remedio, porque yo no pensaba volver. Mi lugar está aquí.

—Es una suerte saber dónde está el lugar de uno —señaló con voz más pesadosa de lo que había pretendido.

Él la observó en silencio hasta que, de pronto, se acercó y la miró con gesto indescifrable.

—Encontrarás lo que buscas, Aitana. No me cabe duda.

A ella se le secó la garganta.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no te quedas quieta esperando que ese algo llegue. Vas a por ello, sea lo que sea —señaló con vehemencia, casi con orgullo, pensó Aitana—. Solo por eso, mereces encontrarlo.

Ella sintió cómo las lágrimas subían por su garganta y se negó a dejarlas salir. Le sonrió, asintió con la barbilla y se bebió el café en lentos tragos.

—¿Seguimos con Gabino? Si nos damos prisa, podremos acabar hoy mismo.

—¿Tú crees?

—Creo que vamos muy bien.

Verlo sonreír y de pronto más animado la tranquilizó un poco e incluso le levantó el ánimo. Lo siguió a la planta baja y, cuando acababan de sentarse, el móvil de Fabrizio sonó. Él se disculpó, pues debía cogerlo.

—Es del despacho de abogados donde aún trabajo. Vuelvo enseguida —le indicó y salió al exterior para mantener una conversación más privada.

Volvió casi un cuarto de hora después. Comenzó a disculparse por la tardanza, pero la voz se le quebró al ver el gesto compungido de Aitana.

—¿Qué pasa?

—He tratado de avanzar un poco sola, ya que me llevabas algo de ventaja. Pero...

—¿Te has hecho daño? —Se percató de que no llevaba los guantes puestos—. Te advertí que no trabajarías nunca sin guantes.

—No es eso. Me los acabo de quitar.

—¿Entonces?

Cabizbaja, Aitana estiró la mano y le mostró su figura a medio tallar. Supo que había comprendido lo ocurrido cuando lo vio abrir como platos sus preciosos ojos caramelo.

—Lo siento —adujo con auténtico arrepentimiento cuando Fabrizio tomó al pobre gato al que

ahora le faltaba un trozo de lomo, como si un tiburón le hubiera dado una dentellada—. No tiene arreglo, ¿verdad? Tendré que empezar de cero.

—De los errores se aprende —aseguró él mientras observaba la figura en diferentes posiciones—. Y tal vez no sea para tanto. —Pero se frotaba la frente buscando una solución viable—. Podemos... reinterpretar la postura. Eso es. Será más delgado, y aprovecharemos la parte trasera del pedestal para sacar de ahí la cola. Será más corta y la tendrá como apoyada en el suelo, rodeando la figura en vez de hacia arriba. —Aitana lo miró tan ilusionada por poder arreglar el estropicio que él pudo comprender hasta qué punto era importante para ella aquel curso—. Ponte los guantes. Y sigue mis pasos.

Tardaron hasta las dos y media, pero Fabrizio no dio por terminada la clase hasta que cada uno finalizó su obra.

Desde luego, no quedaron iguales en absoluto, pero él la felicitó por haber logrado en una sola mañana una figura proporcionada y con auténtica forma de gato, por mucho que fuera poco definido y con algún que otro punto demasiado hundido por haber apretado demasiado la gubia.

Aun así, ella se sentía orgullosa.

—Toma. Puedes quedarte también el mío —ofreció Fabrizio.

—Prefiero no hacerlo. —Aitana rio algo ruborizada—. Veo el mío y no está tan mal. Pero en comparación con el tuyo... es otra cosa. Así que mejor me llevo solo uno.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras.

—Haz lo que quieras con él. —Aitana habría entendido que lo dejara en cualquier rincón, pues para él podría no tener la menor importancia.

—Lo guardaré —le aseguró—. Toda obra tiene su valor.

—Estoy de acuerdo. —De pronto, Aitana vio la oportunidad que había estado esperando—. Por eso mismo estoy dispuesta a ofrecerte un buen precio por otra de tus obras.

—¿Cómo dices?

Notó que se ponía a la defensiva, pero no pensaba echarse atrás.

—Quiero la escultura con mi imagen que hiciste en mármol rojo verona. ¿Cuánto pides por ella?

La mandíbula de Fabrizio se contrajo. No tenía caso negar la evidencia, así que no lo hizo.

—Es *rosso verona*. Y no está en venta.

—Pero si la abandonaste entre otras mil —reclamó ella, señalando en dirección al almacén—. No puede importarte que yo la tenga. Me encanta. Te pagaría un buen precio.

—No vendo mis obras —recalcó muy serio.

—Pero me hiciste a mí. —Alzó la barbilla y lo miró sin pestañear—. Reclamo mis derechos de imagen.

—¿Quién dice que seas tú?

Ella soltó una risotada seca, como era de esperar. Si se había resignado a no negarlo, ¿por qué

lo hacía después de reconocerlo?

—Cualquiera que la vea y me vea a mí.

Fabrizio buscó otro argumento con el que rebatir. A pesar de ser un abogado con recursos, en esta ocasión no lo encontró. Temía que le preguntara los motivos que lo habían llevado a esculpirla. En el momento de hacerlo, no había tenido la respuesta. Pero empezaba a comprenderla y se negaba a aceptarla. Así que se ciñó al «no porque no».

—Lo siento. Pero se queda donde está.

—Podrías ser un poco más razonable.

—Con esto, no.

Y sin añadir nada más, se levantó y comenzó a recoger los materiales.

—Fabrizio...

—Es tarde. Será mejor que te vayas a comer y descanses las manos. Mañana te dolerán del esfuerzo de hoy. Y aún te quedan muchos más días forzándolas.

Como vio que él se había cerrado a cal y canto a hablar del tema, decidió dejarlo por el momento. Pero se propuso no marcharse a España si no era con esa escultura en su equipaje, costara lo que costara. Se puso en pie con total dignidad, a pesar de que él prácticamente la había echado.

—Gracias por tu tiempo, tu paciencia y por compartir conmigo tus conocimientos—. Alzó el gato que llevaba en la mano—. Si no nos vemos antes, hasta el martes a las ocho en punto.

No esperó a que él respondiera. Se dio la vuelta y se marchó.

Mientras barría los restos de madera, Fabrizio trató de no pensar en su mirada desilusionada, su tono de voz serio con un trasfondo entre triste y enfadado o su mandíbula tensa por todo lo que estaba claro que quería decirle pero se abstenía, quizá, por pura educación.

—Cuando te vayas, será lo único que me quedará de ti —susurró tan bajito que ni habiendo dejado la puerta abierta en lugar de dar un portazo podría haberlo oído ella.

## Capítulo 11

El martes, Aitana madrugó un poco más de lo habitual a pesar de haberse acostado bien entrada la madrugada. Se había quedado repasando la presentación que pretendía hacerle a Fabrizio sobre la página web para el pueblo, hasta que se le cerraron los ojos de puro agotamiento.

Si la mayor de sus hermanas la viera en esos momentos, no se lo creería.

Su hermana Laura —la mediana— estaba acostumbrada a trasnochar, pues era escritora y le daban las tantas a menudo cuando se enfrascaba en alguna de sus novelas. En cambio, Daniela le habría preguntado si estaba enferma.

Era cierto que el accidente que la había dejado en coma había limado sus diferencias, y ahora se llevaban mucho mejor que hasta hacía dos años. Sin embargo, Daniela —piloto de profesión— siempre había opinado que Aitana era muy voluble, que no se centraba lo suficiente en nada y que dejaba a medias prácticamente todo lo que empezaba.

«Haces de todo y a la vez, nada», solía reprocharle.

Aitana se había escudado en la falta de motivación para continuar con los cursos o talleres a los que se apuntaba y después dejaba de acudir. O en que sentía que no era allí donde debía estar cuando comenzaba un nuevo empleo de oficina y le invadía la sensación de estar marchitándose como una flor sin luz ni agua, hasta que decidía dejarlo y era tal la liberación que no le cabía duda de haber tomado la decisión correcta.

Pues bien, aquel proyecto despertaba su interés de una manera desconocida para ella hasta el momento. Era mucho más que hacer algo que le gustaba, como redactar de forma creativa y atractiva las beldades de aquel lugar que a ella ya la había cautivado. Sentía que lo que estaba haciendo era útil de verdad, productivo y beneficioso para muchas personas.

Tal vez eso era lo que siempre le había hecho falta sin saberlo.

Aquella revelación rondaba por su mente mientras se acercaba al edificio del ayuntamiento. De pronto, el pitido de un coche la sobresaltó y la hizo detenerse en seco, pues había pensado que estaban a punto de atropellarla por ir distraída.

—*Buongiorno, amore* —la saludó Alessandro desde el interior del coche.

Aitana lo vio a través de la ventanilla bajada, bien repeinado hacia atrás y con el rostro

perfectamente afeitado, mostrando su belleza infantil a pesar de ser ya un hombre de veintiséis años.

Se iba a limitar a saludarlo en respuesta y seguir su camino, pero él se apeó y la interceptó.

—¿Adónde vas tan temprano?

—Tengo que hacer unos trámites en el ayuntamiento.

—¿A estas horas?

—A las nueve tengo clase con Salvatore. Fabrizio va a recibirme a las ocho para que pueda llegar a tiempo —explicó y señaló el reloj. Faltaban escasos diez minutos y no le gustaba llegar tarde.

—Fabrizio puede ser muy amable y servicial —comentó él con tono sarcástico.

—La verdad es que sí —alegó ella en su defensa.

—Aunque solo cuando quiere.

Aitana advirtió algún tipo de desencuentro entre ellos. No quiso ahondar en el tema, pues no era de su incumbencia y, además, no tenía tiempo que perder.

—¿Y qué haces tú por el pueblo tan temprano? —preguntó por cortesía y por cambiar de tema—. ¿Vas a ver a tu familia?

—¡Qué remedio! Hace unos días mi hermana me llamó como loca por un par de problemillas. He venido tan pronto mis negocios me lo han permitido. —Se quedó esperando a que ella le preguntara por el asunto. No lo hizo, pero él se explayó igualmente—. Primero, puso el grito en el cielo porque encontró unas colillas entre las vides. Es cierto que es posible que fueran mías, no lo voy a negar, porque mantuve una conversación telefónica bien larga por allí en la fecha que ella comenta y... sí, me fumé un par de cigarrillos. Pero suelo pisarlos a conciencia. Y ella asegura que estaban consumidos, no aplastados... El caso es que he tenido que disculparme y jurarle por la memoria de nuestros padres que no volverá a ocurrir. ¡Como para repetirlo! Solo por no escucharla...

—Es antihigiénico, además de peligroso.

—Lo sé, lo sé... Pero eso no es lo peor. La máquina etiquetadora que yo me ocupé de conseguir a muy buen precio no debía funcionar bien, o ellos no sabían manejarla, vete tú a saber. Me acusó de gastar el dinero de la familia en maquinaria de baja calidad, en empresas poco fiables. ¡Cuando es todo lo contrario! Les traje lo mejor del mercado de un proveedor de renombre.

—¿Entonces qué ocurrió?

—He hablado con el director de la fábrica. Dos veces. Insiste en que prueban cada máquina antes de embalarla. Que es totalmente imposible que falte una pieza, que al parecer era lo que ocurría. Pero mi hermana no entra en razón. Y cuando se han ofrecido a restituirla, ella coge y dice que ya no hace falta, que Fabrizio la ha arreglado. No hay quien la entienda.

Aitana recordaba vagamente un comentario de Fabrizio al llegar a casa de sus tíos para cenar. Mariella lo había obsequiado con una botella de vino por solucionarle el problema de la pieza desaparecida.

—Si ya está solucionado...

—Eso sí. Pero tenemos mucho trabajo por delante, y mis hermanos me han exigido que esté presente para una reunión. En la era de las telecomunicaciones, para ellos es vital no verme a través de una pantalla. ¿Qué te parece?

—La tecnología es muy útil, pero nunca podrá sustituir al contacto humano.

—¡Dios! —Se llevó una mano a la frente de forma dramática—. Ya has sido abducida por este pueblo. ¿No eras una chica de ciudad?

—Me amoldo fácilmente. Sobre todo si estoy a gusto —justificó.

El reloj de la iglesia marcó las ocho en punto. Aitana dio un brinco por el sobresalto y se apresuró a llegar a su cita lo antes posible.

—Siento no poder quedarme a hablar contigo un poco más, pero llego tarde. Nos vemos.

—Claro. Estaré reunido con mis hermanos todo el día, pero podríamos cenar juntos en el Dormiveglia antes de que vuelva a Florencia. Es lo mejorcito que hay por aquí.

—Pues... hoy me viene fatal. En otra ocasión.

—En una semana o dos volveré.

—Ya hablaremos. Que te vaya bien con tus hermanos.

—Y a ti con su excelencia el alcalde. —Su voz mostró algo parecido al desprecio, cosa que a Aitana no le gustó nada.

Salió corriendo antes de que la curiosidad amenazara con hacerla preguntarle qué problema tenía con él y terminara retrasándose más de unos pocos minutos.

Fabrizio estaba al teléfono cuando ella llamó a la puerta de su despacho, la cual estaba entreabierta. Por eso pudo verlo y saber que no había nadie más que él a pesar de la conversación que mantenía.

Se atrevió a empujar un poquito la puerta para anunciar su presencia.

Iba a esperar en una de las sillas que había dispuestas en el pasillo a tal efecto, pero él le hizo una seña con la mano y le indicó que entrara y tomara asiento.

Aitana se adentró en el despacho hecha un manojo de nervios, como quien acude a un examen oral. Se quedó muy quieta en la silla a la espera de que él terminara lo que parecía un asunto legal, por los términos técnicos en italiano que se le escapaban. Para que no pareciera que estaba escuchando, se dedicó a observar la estancia y su decoración.

A pesar de ser austera y funcional: mesa amplia con tres sillas, varios armarios sencillos pero de calidad, el ordenador, el teléfono y las cuatro banderas propias de todo ayuntamiento italiano —europea, nacional, regional y local—, había varias plantas y flores naturales, tres cuadros y, contó al menos, cinco esculturas de diferentes tamaños y formas, humanas y animales. Aun así, estaba todo tan bien distribuido que no parecía en absoluto recargado.

Uno de los cuadros llamó su atención de forma especial. Puesto que estaba en el lado opuesto a

la ventana, donde Fabrizio se encontraba en ese momento, de espaldas a ella, se atrevió a levantarse y echarle un vistazo.

Era un dibujo a carboncillo de la fachada del mismo edificio en el que se encontraban. Con un nivel de detalle que asombró a Aitana. Se acercó más para observarlo mejor. Era fascinante.

—¿Te gusta?

El cambio de idioma y la cercanía de aquella voz la sobresaltaron. Se giró hacia Fabrizio, que de pronto estaba a su espalda. No lo había sentido acercarse. Sin embargo, a esa corta distancia podía percibir un aroma fresco y masculino que la embriagó. Se descubrió a sí misma analizando su rostro, ese día recién afeitado, de mandíbula ancha y barbilla cuadrada. Hasta entonces siempre lo había visto con barba y bigote bien recortados. Así parecía más joven, pero no un crío como Alessandro. Fabrizio era un hombre atractivo, imponente y... algo más. Algo que le provocaba un desasosiego inexplicable.

—Es magnífico —pronunció, y en el fondo no se refería solo al dibujo.

Lo vio sonreír con algo que intuyó como agradecimiento, por lo que dedujo que era suyo. Aunque en ese momento era su sonrisa lo que ocupaba su cerebro por completo.

Por un instante, Aitana llegó a olvidar qué hacía allí, incluso el ligero mal rollo con el que se habían despedido la última vez al negarse él a venderle su escultura. Aquella repentina desorientación la incomodó. Ella había trabajado varios años con hombres guapos, los modelos solían serlo, por lo que se creía inmune a sentirse deslumbrada por la belleza masculina. Sin embargo, nunca, jamás, ninguno le había provocado aquel desequilibrio con solo mirarlo.

—Mi padre lo colgó aquí el mismo día que se lo regalé por su cumpleaños —le explicó Fabrizio con aquella voz profunda y clara—. Y aquí se ha quedado.

—Lo hiciste tú.

—Uno de mis primeros dibujos a carboncillo de edificios del pueblo.

—¿De los primeros? —Aitana se giró para volver a analizarlo. De paso, así apartaba la vista de aquel rostro demasiado atrayente y daba un paso para alejarse de ese cuerpo alto y fuerte envuelto en una camisa blanca que parecía hecha a medida y unos pantalones azules que, como poco antes había podido comprobar, se ajustaban demasiado bien a un trasero perfecto—. ¿Cuántos años tenías?

—Creo que... siete u ocho.

—¡Vaya! Eras muy joven. Me encantaría ver el resto. Si el primero es así, los demás deben de ser de exposición.

—Este es especial. Y el único realmente expuesto. —Se encogió de hombros con humildad—. ¿Comenzamos? Ya hemos perdido casi quince minutos.

Ella no los consideraba perdidos, pero era cierto que habría necesitado esos minutos para su propuesta. Ahora tendría que abreviar un poco.

Tomaron asiento.

—Siento haber llegado un poco tarde. Me he cruzado con Alessandro Caruso y me he

entretenido un momento.

—¿Sois amigos?

—¿Amigos? —La sorpresa en su tono y el ceño algo fruncido la desconcertaron—. Yo no diría tanto. Hemos hablado dos veces unos escasos minutos. Iba a reunirse con sus hermanos.

Como él no añadió nada y se limitó a mirarla fijamente, sacó un *pendrive* de su bolso —uno con forma de llave y que había llevado anillado a su llavero para no perderlo— y se lo entregó.

—Te lo habría imprimido todo, pero no tengo impresora. Y la de la biblioteca no funciona.

—Es uno de los asuntos a resolver esta semana sin falta en mi lista de tareas de alcalde.

—¿No puede comprar otra la bibliotecaria?

—No si yo puedo arreglarla.

—Oh, claro. —Aitana le dedicó una sonrisilla cómplice—. Que eres un manitas.

—Es una forma de llamarlo. —Carraspeó y se giró hacia el ordenador—. ¿Qué carpeta tengo que abrir primero?

—La que pone «Presentación». Aunque igual... esa no. Mejor la ves a solas, cuando te estés planteando si aceptar mi idea o no. Es más o menos lo que voy a decirte de viva voz.

—Muy bien. —Apartó el teclado, se recostó sobre el alto respaldo de su cómodo asiento y cruzó las manos sobre su abdomen—. Te escucho.

Con su directa mirada sobre ella, Aitana no se sentía tan segura de ser capaz de contarle su idea como había planeado. No obstante, se dijo que era ahora o nunca. Quizá no volviera a conseguir tenerlo tan receptivo como parecía en ese momento, a pesar de estar claramente retándola a convencerlo de lo que fuera.

—Después de que Andrea Rinaldi me hablara de la escuela de tu tío, lo primero que hice fue buscar información en Internet sobre Salvatore, la escuela y el pueblo. —Esperó a ver algún gesto en su rostro, pero él permanecía impassible—. Supongo que eres consciente de la escasa información que hay al respecto en la red.

—Lo soy.

—Hace unos días, una familia de turistas españoles se perdió de camino a Radda in Chianti. Acabaron aquí, y yo los vi de casualidad. Se quedaron un día entero porque el padre se encontraba indispuerto y, realmente, porque no tuvieron otro remedio. Hice turismo por el pueblo con la madre y los hijos. Y se fueron encantados, prometiendo recomendar a sus conocidos que nos visitaran.

—¿Nos? —Una ceja de Fabrizio se arqueó de forma notable.

Aitana hizo un gesto con la mano, restándole importancia. No quería perder el hilo.

—Caral in Chianti ni siquiera aparecía destacado en la guía que traían, pero disfrutaron de su visita tanto como para recomendar a otros que vengan. La gente suele hacer caso de las recomendaciones y, hoy en día, sobre todo de lo que ve en Internet. Por eso creo que es indispensable que este pueblo disponga de una página web propia que sea una ventana al mundo, de forma que el turismo crezca lo suficiente como para que los negocios actuales prosperen y

otros nuevos puedan establecerse.

—Gracias por el análisis. —Fabrizio se incorporó sobre la mesa y la miró con gesto condescendiente—. Lo tendré en cuenta.

—No he terminado.

—¿No?

—Esa solo era la presentación, un preámbulo. Quiero que veas los contenidos. Ve abriendo los archivos según la numeración.

Fabrizio se fijó entonces en que había veinticinco. El primero, «Historia de Caral in Chianti».

—No sé si los apartados se podrían subdividir en grupos, los típicos: qué ver, dónde comer, dónde dormir, eventos o noticias. Es lo más común entre las webs turísticas, pero quizá lo impactante sería hacerlo de forma distinta. Eso podrías decidirlo tú o se lo dejaríamos al diseñador web que lo lleve a cabo, que al final es quien sabe lo que hace. Yo he redactado los contenidos y me gustaría que, cuando tengas tiempo, los leas y los modifiques a tu criterio. En definitiva, eres quien conoce el pueblo.

—Eso sin duda. Tú no llevas aquí ni un mes.

—Oh, pero me he movido, te lo aseguro. —Sonrió de aquella manera suya tan radiante a pesar de la pequeña pulla que él no había podido evitar soltar—. He visitado a gran parte de los vecinos para documentarme. He entrevistado a todo aquel que tiene un negocio del tipo que sea. ¡Hay más de diez artesanos que apenas sacan beneficio de su trabajo! Paolo es alfarero, Nicoletta hace quesos, Isabella borda como los ángeles, ¡Alonzo es soplador de vidrio!

»Si colaboraran entre ellos, si se unieran de alguna forma, o si otros negocios más visibles expusieran sus productos, los turistas o vecinos de localidades cercanas podrían conocerlos y adquirirlos. No solo en el puesto que se instala en el mercado de calle dos veces por semana. Hablo de un lugar fijo, tal vez en la propia plaza Mayor. Eso atraería el interés. Sin duda este es un pueblo repleto de arte y ese podría ser el principal reclamo. Además... tal vez jóvenes se interesaran por aprender esas artes, así no se perderían en unos años. Todos son ya tan mayores que, si los hijos o nietos —de los que los tienen— no quieren perpetuar el negocio familiar, desaparecerá.

—Aitana —la cortó, pues iba a seguir hablando—. Me estás hablando de mucho más que una página web.

—Bueno... quizá. La web es lo primero. Paso a paso. Y si te gusta la idea y quieres llevarla adelante, tengo un amigo que dirige una agencia de publicidad que podría ponerla en marcha en poco tiempo. Es quien me propuso diseñar mi web como fotógrafa si al final decido establecerme por libre. Él sabrá, además, cómo posicionarla para que reciba visitas desde el primer día. Es muy bueno en su trabajo.

—¿Una agencia española?

—Sí, en el mismo Santander. Es un amigo de toda la vida, de confianza, y nos hará buen precio.

Ahí estaba ese «nos» de nuevo. Fabrizio parpadeó repetidas veces y, con la curiosidad

entrelazándose con la estupefacción, decidió ir abriendo archivos para ver qué se encontraba.

Aquello pareció, por fin, mantenerla un rato callada. Lo había aturcido un poco con la cantidad de ideas inesperadas que le había planteado.

Descubrió una redacción limpia y cuidada, con estilo propio, adornado aquí y allá con adjetivos plagados de elogios de quien siente auténtico aprecio por lo que está describiendo. Y sonaba muy sincera.

Leyó un resumen bastante aceptable de la historia del pueblo, maravillas sobre los vecinos y paisajes, y se quedó casi con la boca abierta al comprobar que había detallado en el apartado de cada negocio las características de cada uno: ubicación, tarifas y productos. Había hasta fotos del exterior e interior de los locales, retratos de los dueños y de ejemplos de productos.

Desconocía de dónde había sacado tiempo para todo aquello y por qué nadie, salvo Guido, le había mencionado nada al respecto.

—El apartado sobre el camping, o como vayan a llamarlo ahora, podemos incluirlo cuando tengan terminada la reforma —explicó—. Cuando los visité, no me quedó muy claro cómo pretenden posicionarse... ¿agroturismo ecológico, quizá?

—Tampoco creas que yo lo sé. —Se frotó la cara, estaba un poco apabullado—. Son un grupo de amantes de la naturaleza que pretenden darle al antiguo camping un aire más bohemio y combinarlo con el cultivo y la ganadería sostenible. También realizan actividades culturales y artesanales. No escultura ni pintura, más bien teatro, elaboración de productos cosméticos naturales... Son un poco místicos —añadió.

—Y muy buena gente, amables y hospitalarios.

—También.

—Algo muy extendido en este pueblo. —Fabrizio achicó los ojos—. ¿O acaso no tendrán a día de hoy arreglado el motor de la bomba con la que sacan agua del río para las duchas y que el día que yo fui no funcionaba?

—Lo tienen —confirmó él y achicó aún más los ojos por la alusión directa a las chapuzas que él realizaba.

—Y no les habrás cobrado nada. Como por la rueda de mi bici.

Fabrizio no podía achicar más los ojos.

—¿Adónde quieres llegar?

—Como alcalde, quieres lo mejor para este pueblo y sus vecinos. Ya estás haciendo cosas importantes, como adaptar este edificio para que sea más útil y práctico. Traer personal sanitario y social. Reducir impuestos a los negocios. O conceder a muy buen precio unos terrenos en desuso para que un grupo de jóvenes emprendedores cree algo potencialmente fabuloso.

Fabrizio se preguntó de dónde habría sacado ella toda esa información. Pero claro, llevaba días entrevistándose con medio pueblo. Y le constaba que ya había visitado un par de veces a su tía. A saber de lo que hablaban.

—Tengo más ideas —reconoció tras el recuento realizado por ella.

—Cuéntame alguna.

Aunque aún no lo había comentado con nadie, le expuso su plan de atraer a familias con hijos para que se alojaran en viviendas vacías y así reabrir la escuela y fomentar otros negocios. De lo contrario, a la larga el pueblo envejecería hasta desaparecer.

—Es una idea brillante. Recuerdo que en España, algunos municipios la han llevado a cabo con éxito.

—En Italia también. En cuanto resuelva las cláusulas legales lo someteré a votación con los vecinos y, si se aprueba, lo pondré en marcha.

—Una razón más para crear la web. Sería otro canal para hacer ese llamamiento a futuros vecinos, ¿no crees?

—Es posible.

Lo vio volver a fijar la vista en el ordenador. Leía con interés, percibió Aitana. Pero no estaba convencido y se notaba.

—Si el coste te parece un impedimento, ya te he comentado que Emilio, mi amigo, nos hará buen precio. Y también se podría financiar a través de los propios negocios del pueblo. Entre todos, no es tanto. Los que quieran aparecer con toda la información de tarifas, fotografías y ubicación, y no solo mencionados, podrían ser los que pagaran un porcentaje.

Él ni la miró. Siguió abriendo y cerrando carpetas durante varios minutos en silencio.

—¿Las fotos son todas tuyas?

—Sí. Excepto las antiguas de las bodegas. Esas las he escaneado en la biblioteca de entre un montón que me ha cedido Mariella. Igual hacen que el apartado de la bodega cobre más peso que el resto, pero al ser el negocio más importante y antiguo del pueblo, creo que lo merece.

—Eso es cierto. Y tus fotos son muy buenas. ¿Cuánto vas a pedir por ellas?

—¿Pedir?

—Este trabajo tendrá un precio.

Aitana envaró la espalda y se puso seria.

—No lo he hecho por dinero. No quiero nada salvo que la web se convierta en realidad y sea útil al pueblo.

Sintió todo el peso de su mirada en su rostro. Y fue como si la tocara físicamente.

—¿Por qué? —Ella se quedó muda—. ¿Por qué haces esto? —insistió él.

—La idea surgió sin más y no pude resistirme a llevarla a cabo —explicó con sinceridad—. Creo que puede ayudar, lo creo de verdad. Y eso... me hace feliz. —Volvió a sonreírle de esa forma que lo desarmaba—. ¿O vas a decirme que no te hace feliz ayudar cuando alguien lo necesita? Ni lo intentes, porque no te creo. Lo he visto.

—Yo soy el alcalde.

—Pero eso no es todo. Va con tu forma de ser. Y seguro que eres de los que, como yo, cree que quien hace el bien recibe cosas buenas en respuesta.

—También soy abogado —le recordó con gesto apenado—. Lo que me ha hecho ver que eso no

siempre se cumple.

—Pero trabajas porque así sea —repuso ella más que convencida.

Él negó con la cabeza.

—La teoría del karma no te sirvió de mucho cuando trataste de ayudar a tus compañeras modelos y acabaste en coma.

Le salió sin pensarlo y se dio de bofetadas a sí mismo por haberle dicho aquello. Estaba a punto de disculparse cuando ella, tras abrir mucho los ojos, sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—Bueno, me recuperé. Los malos fueron detenidos. Mi hermana mayor y yo mejoramos nuestra relación tras el incidente y, además, encontró al hombre de su vida en el hospital en el que estuve ingresada. Yo he viajado para cumplir algunos de mis sueños a raíz de lo sucedido. Y hoy estoy haciendo algo que me llena de satisfacción con un buen fin. ¿No crees que el karma me ha dado muchas cosas buenas a cambio de un año un poco duro y una cicatriz?

Fabrizio aún estaba asimilando su optimista teoría cuando sonó el teléfono. Parpadeó al escucharlo, como si saliera de un trance. Ella lo tenía hipnotizado con su dulce mirada y sus sentidas palabras.

—Disculpa, tengo que cogerlo.

—Adelante.

—Fabrizio Conte —dijo al descolgar el auricular del teléfono fijo. El mero hecho de pronunciar su propio nombre con aquellos labios carnosos y su voz varonil la hizo olvidar de nuevo todo salvo la presencia de aquel hombre exigente y algo duro, pero con un corazón de oro tras toda aquella fachada, estaba cada vez más convencida—. Llámame a partir de las nueve. Ahora estoy reunido. Gracias.

—Si no tienes más preguntas, yo ya he terminado —anunció, pues así era. Y además de no tener más argumentos para convencerlo, se sentía un poco extraña por el cambio en su forma de mirarla—. Ya me dirás lo que decides. Cuando puedas o quieras o tengas tiempo...

—Gracias, Aitana. Es mucho trabajo y presumo que te ha llevado mucho tiempo.

—Lo he hecho encantada.

Se levantó y él la siguió. Cuando pasaron por delante del cuadro con el dibujo a carboncillo, ella lo señaló.

—Me has dicho que tenías más dibujos así, del pueblo.

—Unos cuantos. Los buscaré para que los veas un día.

—Podrían incluirse en la web. Para darle ese enfoque artístico del que hablábamos... ¡Espera!

—Fabrizio se quedó paralizado cuando ella lo agarró del antebrazo con sus delicados dedos—. Yo podría hacer una foto con ese mismo encuadre para así hacer una transición del dibujo a la foto, como fundido, como si el dibujo se convirtiera en la foto. ¿Me explico?

Él asintió con un hormigueo en la piel. Por suerte, ella lo soltó y se dirigió al dibujo para verlo más de cerca.

—Sería... como el pasado y el presente. Historia. Arte. Quedaría precioso. No sé si se puede hacer algo así, pero se lo comentaría a Emilio, hoy día hay programas de ordenador que logran eso y más. Tendré que ser muy cuidadosa con la distancia, la perspectiva y la luz. Creo que tendré que hacerlo desde la ventana del... segundo piso, sí, del edificio que esté enfrente. Con el objetivo nuevo que me compré en Roma.

Fabrizio no podía creer la ilusión que le hacía su repentina idea. Era como si hubiera captado toda la luz de su alrededor y la iluminara solo a ella.

Las campanas anunciaron las nueve en punto. Ella se giró de golpe y el vuelo de la falda de su vestido rozó sus rodillas. Incluso a través de la tela de su pantalón, Fabrizio sintió un hormigueo que le hizo tragar saliva.

—Llego tarde a la escuela. Búscame esos dibujos, ¿vale? Accedas o no a hacer la web, me gustaría hacer esas fotos sobre tus dibujos.

—Claro.

—Gracias. Hasta luego.

—A ti, Aitana —pronunció muy despacio cuando ella ya salía del despacho—. Gracias a ti.

Cuando llegó a la escuela, más eufórica de lo que había esperado, Salvatore la recibió con una sonrisa.

—Te veo muy contenta. ¿Ha ido bien la propuesta?

Había informado a Salvatore de sus planes, no solo para tomar fotos de la escuela y de algunos de sus trabajos y así incluirlo como uno de los negocios más importantes, sino para que le diera algún consejo. Su sobrino no era fácil de abordar y toda ayuda era bienvenida. Él solo le había dicho que fuera sincera y ella misma. Le había parecido poco como consejo, pero al final era exactamente lo que había hecho.

—No lo sé. Quizá.

A pesar de que no estaba segura de que Fabrizio fuera a aceptar, así de hermético era, se sentía orgullosa de su presentación y animada por la idea de un nuevo proyecto. Hacer las fotos sobre sus dibujos iba a ser todo un reto.

—Me alegra oír eso. ¿Significa que vienes preparada para pasar ya de la madera a la piedra?

—No. Aún me gustaría hacer algo más, ahora que he practicado un poco y se me da mejor.

Aunque el cambio de opinión lo sorprendió un poco, le parecía una buena elección.

—Perfecto. ¿Alguna cosa en mente?

—Pues... Sí. —Recordó otro de los dibujos que había en el despacho de Fabrizio. La cabeza ladeada de un caballo marrón oscuro brillante muy expresivo. No se lo había preguntado, pero sin ser Tintoretto, se le parecía mucho. La estrella blanca de su cruz era un poco diferente y su mirada, también. Así que había interpretado que se trataba de Tiziano, su padre—. Un caballo.

—¿De cuerpo entero?

—Sí.

—Eso... es complicado. Más de un pieza que encajar. Y tardaremos. Atrasaremos tus lecciones de talla en piedra.

—Trabajaré fuera de las horas de las clases para avanzar —decidió sobre la marcha—. Me lo llevaré a casa.

Salvatore soltó una carcajada.

—No hace falta que te lleves nada, puedes venir aquí siempre que quieras.

—¿De verdad? —Aitana no se lo había esperado, pero le facilitaría mucho las cosas—. Gracias.

—Vale, pues... busquemos imágenes de caballos.

—No hace falta. Ya tengo uno en mente.

—No me digas.

—Tintoretto. Tengo algunas fotos. —Del día que había visitado los establos para incluirlos en la web y no había nadie más que uno de los voluntarios. Le dio permiso para hacer fotografías—. Y podría hacerle más.

Salvatore sintió un vuelco en el corazón. Imaginaba que aquella idea traía algo más consigo que el mero interés artístico.

—Estupendo. Pues... ¡manos a la obra!

## Capítulo 12

Fabrizio llegó a las nueve de la noche a su casa, tras un largo día en Florencia, en su antiguo trabajo. El fiscal de la acusación del caso en el que estaba colaborando había sacado unas pruebas nuevas de la manga y tocaba dar un giro a la defensa a pocas semanas del juicio. Su representado aseguraba que eran falsas, pero el juez las había admitido en el proceso.

Demostrar la inocencia de un empresario que no había hecho otra cosa que confiar en sus socios y sus empleados con fe ciega no iba a ser fácil, pero harían lo imposible por lograrlo. Las causas justas merecían un feliz desenlace. Y tanto él como sus compañeros de bufete se venían arriba cuando creían de verdad en su cliente. No habían encontrado aún la fórmula mágica para desmontar la farsa de la acusación, pero lo harían, estaba convencido.

Tanta comedura de cabeza lo había dejado demasiado agotado para ponerse a preparar la cena, aunque también se encontraba demasiado hambriento para irse a la cama sin cenar. No quería pagar su mal humor con sus tíos, así que decidió que, tras una ducha larga y relajante, iría al Dormiveglia. Seguro que el menú ligero pero variado que servían a la hora de la cena lo saciaba sin hacersele pesado para acostarse pronto y descansar todo lo que su cuerpo y su mente reclamaban.

A Aitana le dolían las manos hasta en lugares que desconocía que pudieran dolerle. Puntos concretos entre falange y falange de casi todos los dedos y un montón más distribuidos por toda la palma. Incluso las articulaciones de muñeca, codo y hombro le estaban causando molestias por el arduo trabajo de desbastar y tallar.

Salvatore le había dado un juego de llaves de la escuela para que se pasara por el taller las tardes que quisiera y así avanzar por su cuenta en la talla de Tintoretto, la cual había comenzado de cero ya dos veces por errores diversos.

Si dedicaba parte de las clases a esa labor, se retrasaría en el aprendizaje del cincelado en piedra, y quizá no le diera tiempo a realizar el busto de su padre en mármol *rosso verona*. Ya habían acordado que sería pequeño para tratar de que estuviera terminado antes del mes de septiembre, y aun con eso, Salvatore no le aseguraba una obra finalizada en fecha. A pesar de los

pesares, ella quería avanzar lo máximo posible y, de ser necesario, terminarlo en España por su cuenta.

Así que llevaba varios días trabajando el doble de horas de lo habitual en el taller, y sus manos no podían más. Ni siquiera se sentía capaz de prepararse algo para cenar. Y hambre no le faltaba.

Miró el calendario de la cocina y comprobó que llevaba ya un mes en Caral in Chianti y solo había ido en una ocasión a cenar al Dormiveglia. El acuerdo era una cena cada dos semanas a mitad de precio a cambio de las verduras que les llevaba de forma puntual. Iba siendo hora de recibir su recompensa. Si una noche la necesitaba, era esa.

Fabrizio llegó diez minutos antes que Aitana. Sin embargo, tras saludar a los comensales de la sala y a Guido, entró hasta la cocina para hablar un rato con Marco. Este no solía salir mucho de entre los fogones, y no le parecía bien cenar e irse sin haber pasado a verlo previamente.

Cuando salió de la cocina, reconoció la cabellera rubia recogida en una trenza ladeada en cuanto la divisó. Encontrarla allí le resultó tan inesperado que sus pasos se detuvieron de golpe, como si hubiera chocado contra un muro invisible. Por suerte, ella no pudo percatarse, pues estaba de espaldas, sentada en una de las mesas junto a la ventana del lado opuesto a la que era la mesa habitual de Fabrizio. Además, parecía concentrada mirando la carta.

Se sintió un poco hipócrita —además de cobarde— por decidir dirigirse a su acostumbrada silla sin tan siquiera desearle buen provecho, cuando hacía escasos segundos había acudido a la cocina a saludar a Marco porque así se lo dictaban su conciencia y su educación.

Acababa de tomar asiento cuando Guido se plantó delante de él y lo miró con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

Fabrizio levantó una ceja a la espera de una explicación a su aparente enfado. El chef se pasó ambas manos por la cara y después despotricó por lo bajini mientras alzaba las manos con los dedos juntos y las agitaba.

—¿Vas a explicarme qué pasa? —acabó por solicitar Fabrizio, de lo más desconcertado.

—Será qué no pasa. —Al ver que el otro no lo captaba, se sentó a su lado y le habló como en una confidencia—. Amigo, un poco de hospitalidad. Eres el alcalde.

—No sé de qué hablas.

—Tenemos una bella dama a punto de cenar sola ahí mismo —decidió revelarle por fin—. No una cualquiera. La alumna de tu tío. Y también tuya, por lo que me han contado.

—Las noticias vuelan —gruñó él.

—Por aquí todo se acaba sabiendo. Al igual que me consta que ya te ha presentado de manera formal su idea sobre la página web para el pueblo. ¿De verdad vas a hacer como si no la hubieras visto y cenar tan tranquilo?

—A lo mejor la que quiere cenar tranquila y sola es ella —adujo con la mandíbula en tensión. Se sentía como si estuviera sentado en el banquillo de los acusados sin saber cómo había acabado

ahí—. ¿Te lo has planteado?

Guido puso los ojos en blanco y volvió a susurrarle muy bajito.

—He tenido la oportunidad de conversar con ella en diversas ocasiones. Nos surte de verduras frescas dos veces por semana. Y creo no equivocarme al afirmar que Aitana no es del tipo de persona que disfruta de la soledad pudiendo tener buena compañía.

—Esa es tu opinión personal. No puedes saber qué es lo que le apetece ahora mismo.

—Pero puedo preguntárselo.

—No... ¡Guido! —lo llamó cuando se levantó y se dirigió al otro lado del comedor.

—Tranquilo. Yo me encargo.

Fabrizio se llevó las manos a la frente y resopló con impotencia. Había ido allí en busca de alimento y relax para así poder acostarse temprano y sin sobresaltos. El giro de los acontecimientos no podría haber ido en una dirección más opuesta a sus planes.

—*Signorina* —comenzó Guido con voz forzosamente formal, haciendo sonreír a Aitana en cuanto lo tuvo delante—. Al caballero sentado junto a aquella otra ventana le gustaría saber si le concedería el honor de compartir su mesa esta noche.

A pesar de la sonrisilla del chef, a Aitana se le ensombreció el semblante. ¿Podría haber tenido tan mala fortuna de ir a elegir cenar allí el mismo día que Alessandro?

En otras circunstancias, charlar con un hombre como él mientras cenaban no le habría importado demasiado, aunque solo fuera por cortesía. Y no es que le cayera mal, era que no quería alentarle a que pensara que entre ellos podría ocurrir algo. No podía ofrecerle nada más que una amistad y se temía —por sus comentarios y por cómo la miraba— que sus intereses estaban más allá de su ropa.

—¿Quién, Guido? —Quiso cerciorarse, pensando en cómo poder rechazar la proposición sin resultar maleducada. No se le ocurría modo alguno.

—El joven alto, moreno y arrebatadoramente guapo de la mesa seis. Allí. —Aitana pensó que solo existía un hombre en aquel pueblo que encajara con aquella descripción. El estómago le dio un vuelco incluso antes de mirar de reojo y confirmar su deducción casi a escondidas. Él la miraba con su habitual gesto serio—. Eso último negaré haberlo dicho si me delatas ante Marco. Es muy celoso.

—Tranquilo, tu opinión sobre el aspecto de otros hombres está a salvo conmigo.

—No es que no sepa que lo pienso —reconoció él—. Estoy seguro de que él opina lo mismo. Habría que estar ciego para no apreciarlo. Solo que no le gusta oírmelo decir de nadie en general.

Aitana simuló cerrarse la boca con una cremallera. Guido le guiñó un ojo.

—¿De verdad te ha dicho eso Fabrizio? —Quiso asegurarse antes de decidirse a ir.

—Bueno, no con esas palabras. Yo lo he adornado un poco. Pero la invitación es suya —mintió sin miramientos—. Los dos ibais a cenar solos. ¿No es más agradable hacerlo en buena compañía?

—Desde luego.

Aitana cogió su bolso en una mano, su chaqueta de punto en la otra y mucho aire en los pulmones antes de levantarse de su silla. Recompuso el gesto, pues se notaba tensa, y se giró hacia Fabrizio con media sonrisa. Él la miraba expectante y... ¿sorprendido? ¿Acaso había esperado que rechazara su propuesta?

Guido la acompañó hasta la mesa seis y le habría apartado una silla para que se sentara si Fabrizio no se hubiera puesto en pie cuan alto era y no hubiera ofrecido a Aitana el asiento frente al suyo.

—Gracias.

—A ti por acompañarme —repuso él, sin mencionar que la idea no había sido suya en absoluto.

—Os dejo la carta, aunque Fabrizio no la necesita y puede recomendarte casi mejor que yo mismo lo que más se ajuste a tus gustos. Voy trayendo un aperitivo y un buen vino.

—No pensaba beber... —comenzó Fabrizio, pero el chef ya había desaparecido.

—Yo tampoco pensaba hacerlo. Pero creo que eso a Guido le da igual —apuntó Aitana con una risita.

Notarla de buen humor relajó un poco los nervios de Fabrizio. Estaba demasiado cansado para guardar la distancia que se había prometido mantener con ella por su propia salud mental. Así que decidió dejar que las cosas ocurrieran sin más y disfrutar de la cena y de la conversación. Aunque para ello tuviera que evitar inhalar en profundidad para no detectar el aroma frutal que desprendía, o mirar demasiado fijamente sus labios cuando hablaba, tan tentadores, maquillados en un jugoso tono rosado. Un intenso calor comenzó a encenderse en su interior y deseó que el vino llegara cuanto antes para atenuarlo. Porque sería un fresco *rosato*, sin duda. Conocía ya lo bastante al chef para adivinarlo.

—Echa un vistazo, y si no te decides, puedo aconsejarte si quieres. —Le entregó la carta que Guido les había dejado sobre la mesa—. ¿Hoy no tenías ánimo para cocinar? —se interesó, por romper el hielo.

—Más bien fuerzas. Tengo las manos agarrotadas. —Las extendió con las palmas hacia arriba y se las mostró. Tenía la zona de las almohadillas inflamada y enrojecida—. Te aseguro que sigo tu consejo, y el de tu tío, de no quitarme nunca los guantes mientras tallo.

—Entonces será que tus manos son muy delicadas.

Porque las seguía teniendo expuestas hacia él y porque, sencillamente, estaban ahí, él cogió ambas manos y con el pulgar comenzó a masajearle la zona lesionada, trazando suaves círculos.

Aitana frunció un poco el ceño por la presión, pero no se quejó. En el fondo era agradable y comenzaba a aliviarle.

—También porque he empezado a ir al taller por las tardes para avanzar en mis trabajos fuera de las horas de clase. Salvatore me ha dejado unas llaves.

Las oscuras cejas de Fabrizio se alzaron por la sorpresa. Ella se abstuvo de darle más datos y esperó que él no le preguntara en qué estaba trabajando, porque tendría que mentirle. Si no, no sería una sorpresa. Una que esperaba llegar a lograr.

La forma en que la miró viró a otra cosa distinta que ella no supo interpretar. Solo sabía que su mirada se había dulcificado y que seguía sosteniéndole las manos, masajeándole la base de los dedos con una delicadeza que comenzó a provocarle un hormigueo ascendente desde los dedos de los pies. La sensación estaba a punto de alcanzar el interior de sus muslos cuando Guido reapareció con el aperitivo. Fabrizio soltó sus manos de golpe.

—Para abrir boca, cortesía de la casa —anunció al dejar una bandejita con diferentes elaboraciones que entremezclaban verduras en tempura con frutos secos y varias salsas. También les mostró el vino que había seleccionado para ellos, por supuesto, un chianti Caruso Bello. En esa ocasión, *rosato frizzante*. Sirvió una copa para cada uno junto con otra de agua fría—. ¿Ya os habéis decidido?

—No, pero creo que me dejaré aconsejar.

—¿Segura? —Fabrizio la miraba de nuevo bastante serio. El rostro y el carácter de ese hombre eran como una veleta.

—Desde luego.

—Entonces, el menú ligero de cena para los dos. —Cerró la carta y se la entregó a Guido—. Es una degustación de diferentes platos en pequeñas cantidades. Sin arroces ni pasta, ni carnes muy calóricas. Nada pesado para estas horas.

—Yo no lo habría explicado mejor —comentó jovial el chef.

—Seguro que me encanta. Gracias.

—Marchando la comanda —canturreó Guido y los dejó solos de nuevo.

Los dos comieron un par de bocados y le dieron un sorbo al vino. Era dulce, chispeante y muy refrescante. Aun así, ambos se propusieron no abusar de él, no fueran a acabar algo achispados y diciendo o comiendo alguna locura.

—Está muy rico.

—Sí, aunque soy más de tinto.

—Yo también. Pero en verano apetece más algo fresquito.

—Cierto.

Comieron de nuevo. En escasos minutos, los aperitivos se acabaron y la conversación en torno al vino no dio más de sí. Aitana decidió cortar por lo sano con aquella situación tan incómoda o la noche sería un desastre.

—Te propongo un juego.

Aquello le resultó tan inesperado a Fabrizio que a punto estuvo de atragantarse con la segunda copa de vino que, en contra de sus buenas intenciones, había acabado por servirse.

—¿Un juego? ¿De qué tipo?

La sonrisa traviesa que ella mostró le provocó un escalofrío y un hormigueo en un lugar de lo más inapropiado.

—Vamos a imaginar que no estamos aquí ahora mismo, sino en el Dormiveglia de Milán hace... cuatro años.

—¿Por qué?

—Porque tú no eras el alcalde de este pueblo, ni siquiera vivías aquí. Eras abogado en Florencia, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Yo, por aquel entonces, vivía el día a día, sin preocupaciones ni retos, sin un objetivo definido. Y creo recordar que hace más o menos cuatro años estuve precisamente rodando un anuncio en Milán. Podría haber coincidido contigo en un restaurante por casualidad.

—Es posible que yo viajara a Milán por trabajo hace unos... cinco años. Quizá seis —recordó él.

—Bueno, pues como es un juego vamos a imaginar que coincidimos, aunque los años difieran.

—Está bien.

Animada por verlo acceder a su improvisado juego, se propuso sentar bien las bases.

—Haz memoria. ¿Cómo eras entonces? ¿Qué te preocupaba, qué te gustaba, cómo habrías acabado cenando solo en un restaurante como hoy?

—Fácil. La comida del hotel era una basura. Y me gusta comer bien.

—Algo que tenemos en común.

Aitana cogió su copa y la levantó, como si propusiera un brindis. Así lo entendió Fabrizio, por lo que tomó la suya y la hizo chocar con la de ella. Ambos bebieron un pequeño sorbo.

—¿Para qué vamos a imaginarnos todo esto?

—Para conocernos sin estar condicionados por lo que ha ocurrido hasta ahora.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Pues, así, resumiendo, tú me prejuicaste de forma muy injusta la primera vez que me viste, aún no sé muy bien por qué, y de ese encuentro y algunos otros comportamientos tuyos yo saqué una conclusión errónea, que me hizo pensar en ti como en un... —Aitana pareció pensarse el término, pero lo soltó según le vino a la mente— ogro.

—Au. —Fabrizio se llevó una mano al pecho—. Eso ha dolido.

—Bueno, conténtate con que ya no lo pienso.

—Vaya, gracias. —Aunque en su gesto se veía aún algo de desagrado.

Las verdades solían doler, pero era mejor poner las cartas sobre la mesa para continuar con buen pie.

—Espero que tú tampoco pienses en mí como en una cabeza hueca, inconstante y frívola.

—No lo hago —alegó, rotundo.

—Pero lo hiciste.

—Un tiempo breve —aseguró con la misma convicción.

—Vale. Agradezco tu sinceridad—. Aun así, seguía algo irritada—. ¿Por qué te molestó que fuera española? Viviste en España. ¿No te gustó?

—Al contrario, me encanta. El problema era... lo que representa para mí una española joven con tu aspecto llegando a este pueblo en un momento como en el que llegaste. Un momento

vulnerable en el que buscaba inspiración y... Bueno, es complicado de explicar. Tiene que ver con mi madre y cómo acabaron las cosas entre ella y mi padre.

Y ahí lo dejó. Si hubiera querido ser más ambiguo a propósito no lo habría logrado. Como parecía no ir a añadir nada más, Aitana decidió dejarlo.

—No te apetece hablar de ello. No pasa nada.

—Gracias por entenderlo.

—Quizá algún día te decidas.

—Quizá.

—Pero al final sí encontraste esa inspiración. ¿No? —Él torció el gesto y Aitana alzó las manos—. Vale, tampoco hablaremos de la escultura que no quieres venderme, aún no sé por qué. Contigo hay muchas incógnitas.

—Es tan sencillo como que yo no esculpo para ganar dinero, lo hago por placer y por pura necesidad artística. Respeto a los que se ganan la vida de ese modo, pero no es mi caso. Para mí es una forma de canalizar algo que está en mi interior y que necesita salir. —La miró esperando una réplica que no llegaba, trató de buscar otra forma de que lo entendiera—. Escultura, pintura, música... Son formas de liberación personal. Nunca he compuesto una canción, pero sí toco varios instrumentos y disfruto haciéndolo. Sin embargo, de componer, no vendería mis obras, porque no toco para sacar nada a cambio de ello. No sé si me explico.

—Creo que sí —admitió ella por fin—. Y siento si te ofendí al ofrecerte dinero por tu obra. En realidad pretendía ser un halago a tu talento.

—Saber que te gusta es suficiente halago.

Guido llegó en ese momento con el primer plato, y la conversación se interrumpió un momento hasta que volvió a dejarlos solos.

—Bueno, olvidémonos de lo que ha pasado entre nosotros hasta ahora y sigamos con el juego. ¿Quieres?

—A ver si somos capaces —comentó algo tenso y se ocupó de servir la ensalada para los dos.

—Pongámonos en situación. Los dos llegamos a Dormiveglia Milano; tú, porque necesitas cenar bien tras un largo día de trabajo y la comida del hotel es mala.

—Una basura —corrigió él.

—Una basura incomedible. Y yo, porque las sesiones de rodaje son maratonianas, y darnos de comer no es una prioridad para la agencia —planteó.

—Y a ti te gusta comer.

—Por supuesto, no me iba a ir al hotel sin cenar. Así que ambos coincidimos en el restaurante por puro azar y resulta que... solo queda una mesa libre.

—¡Vaya por Dios!

Aitana sonrió al notarlo de nuevo relajado y participativo. Dos bocados de una exquisita ensalada templada parecían haber hecho un mágico efecto.

—Es un restaurante de moda. Y no teníamos reserva —razonó ella—. Por lo tanto, el camarero

nos ofrece que la compartamos. —Vio que él la miraba mientras masticaba con gesto pensativo—. ¿Habrías aceptado?

—¿Bromeas?

Fabrizio soltó una pequeña risotada.

«Habría tratado de seducirte y llevarte a mi cama esa misma noche», pensó de inmediato, aunque obligó a su boca a decir algo menos directo.

—Habría pensado que era mi día de suerte.

Aitana abrió mucho los ojos, impactada por la respuesta, y una carcajada acudió a su garganta sin poder evitarlo. Tomó su tenedor y revolvió su plato, cabizbaja.

—De verdad que no había esperado esa respuesta.

—¿Por qué no? Eres una mujer atractiva. Y yo tengo muy buen gusto. —Se limpió con la servilleta y se acercó un poco a ella por encima de la mesa. La curiosidad lo mataba—. ¿Habrías aceptado tú?

—Claro. —Aitana tragó saliva. No recordaba haberlo tenido frente a frente tan cerca antes. En sus ojos caramelo bailaba la luz de la vela que decoraba la mesa junto con un ramillete de flores silvestres. Pero habría jurado que esa llama no era el único fuego que había en su mirada—. No habría sido la primera vez que hubiera compartido mesa con desconocidos. Es muy habitual en muchos países.

Por cómo respondió todo aquello de carrerilla, Fabrizio dedujo que su sincero pero suavizado cumplido la había puesto algo nerviosa. Retrocedió hasta apoyar la espalda en su silla y volvió a ponerse en situación.

—Así que habríamos acabado presentándonos y hablando de qué hacíamos allí.

—Y sobre nuestras familias, y nuestros gustos. Color favorito, música...

—Yo habría tratado de eludir alusiones a la familia —alegó él con un resoplido—. Mi madre ya estaba muerta en aquellas fechas y mi padre, aunque vivía, era un alma en pena desde entonces.

Aitana lamentó que el tema volviera a ponerlo de mal humor. ¿Es que no había forma de relajar a aquel hombre?

—Creí entenderte que se habían separado —inquirió sin saber si estaba metiendo aún más la pata.

—Eso no significa que él dejara de amarla un solo día de su vida.

Aitana percibió mucho dolor en aquellas palabras. Decidió no seguir por ahí, pues su objetivo había sido hacer la cena cómoda y llevadera, y no hacía otra cosa que acabar en terreno pedregoso.

—Bien, pues... nada de familia.

—Tú podrías haber hablado de la tuya. Hazlo si quieres —la animó.

—Hace cuatro años las cosas eran muy diferentes a como son ahora. Muchísimo. Para que te hagas una idea, mi madre se ha casado por tercera vez en su vida (enviudó dos veces), y su nuevo marido también tiene hijos. Desde que Matías y ella están juntos, todos han terminado por

encontrar también pareja. Como si su unión hubiera llamado de alguna manera al amor. Así que... mejor pasemos a lo del color favorito.

—Mucho menos complicado —admitió él, aunque no pudo evitar quedarse pensando en que ese «todos» incluiría a toda la familia, por ambas partes, excepto a ella. De momento, se dijo, y los ojos se le fueron solos hasta sus labios.

Si volvía a esculpirlos alguna vez —que con toda seguridad lo haría— definiría mejor el pronunciado y tentador pico superior y la pequeña hendidura en el centro del inferior, la cual desaparecía por completo cuando sonreía de aquella manera hipnotizante y contagiosa.

—Intentaré adivinar el tuyo. —Se tocó los labios con un dedo en un gesto pensativo, sin ser consciente de lo que bullía por la mente de él—. El verde.

—¿Por qué?

—Por el campo, las hojas de los árboles... No sé, me encaja contigo.

—Pues has acertado. A ver yo. —La miró y ella alzó la barbilla con aire retador, como esperando que fallara—. Amarillo.

La boca de Aitana se abrió en forma de «O».

—¿Cómo lo has sabido?

—Por tu cochazo. —Aquello la hizo reír—. Y... por el sol. Te gusta el sol.

Y sus grandes y expresivos ojos brillaban como el mismo astro en ese momento, como si aquel simple comentario le produjera una enorme ilusión.

—Sí, me encanta. Aunque intento evitar excederme en la exposición. Soy de piel clara y me quemó con facilidad.

—Imagino.

Miró sus mejillas, que se sonrosaban desde dentro cuando algo la hacía sentir vergüenza o placer. Imágenes muy explícitas comenzaron a dibujarse en la mente de Fabrizio y agradeció que Guido llegara para traerles el siguiente plato. Comer aquel pescado a la plancha con una guarnición al vapor acompañada de una de las salsas agridulces especialidad de Marco le despejaría la mente.

—Música —indicó él y dio su primer bocado—. Diversa, dependiendo de mi estado de ánimo. Pero si tengo que decidirme por un estilo, el rock. ¿Tú?

—Musicales. —Aitana se sonrojó de nuevo y evitó añadir nada más metiéndose el tenedor en la boca.

—¿Llegaste a actuar en Broadway?

—¡No! —Esta vez se carcajeó—. Claro que no. Solo di clases junto a verdaderos artistas que bailaban, cantaban y actuaban como dioses. Yo no tengo ese talento. Nadie me habría contratado.

—¿Lo intentaste?

—No.

—Entonces no lo sabes.

La fe en su capacidad la dejó estupefacta. Ciertamente que sus profesores de baile y canto la

felicitaron y aplaudieron su potencial. Pero de ahí a llegar a ser como sus compañeros iba un mundo.

—Fui allí para aprender y disfrutar de la experiencia. —Se encogió de hombros—. Mi objetivo no era actuar con público. No sé si me habría atrevido. Haber sido modelo no elimina el miedo escénico ante espectadores.

Él la observaba muy atento. Pero su mirada iba más allá de su rostro. Buscaba en el interior de sus ojos, y Aitana temía que hallara algo que ni siquiera se había atrevido a reconocerse a sí misma. Algo en torno a las sensaciones que él le provocaba sin tan siquiera tocarla. Y si la tocaba... mejor no pensar en ello.

—Mi madre era actriz y bailarina. —La declaración sonó de algún modo a confesión.

—¿De verdad?

—Candela Salerno. Su madre era española, y su padre, italiano.

—Ay... me suena... Creo que hace años vi una película suya. He visto cientos de películas musicales. Sí, se titulaba... —Era incapaz de recordarlo—. Espera, lo tengo en la punta de la lengua.

—No hizo muchas. Se pasó al teatro.

A Aitana le daba rabia no ser capaz de recordar el dichoso título. Ya le vendría en otro momento.

—Así que tu interés por la música se debe a tu madre.

—No, ella me enseñó a bailar y a cantar. El músico era mi padre.

Aitana suspiró. Ese hombre era una caja de sorpresas.

—Bailas y cantas además de tocar.

—Sé bailar y cantar, pero no significa que lo haga de forma habitual. Tocar sí me gusta más.

—¿Qué instrumentos?

—Guitarra, eléctrica y española. Violonchelo, piano y acordeón.

—¡Joder! —El taco se le escapó y se tapó la boca a la vez que se reía—. Perdona, es que alucino.

—¿Por qué?

—¿Te das cuenta de que no paras de preguntarme «por qué» de casi cada cosa que te digo o hago? ¿Por qué quería hacer el curso de escultura, por qué te propuse hacer la web...?

—Es que necesito entenderte —declaró, dejándola muda. Suspiró al haberse delatado más de lo que pretendía—. Y ahora mismo, no comprendo por qué alucinas.

—Por lo polifacético que eres, sobre todo a nivel artístico. Y no eres amateur, ¿verdad? Seguro que eres un crack, como con la escultura.

Talentoso y atractivo hasta más no poder, se lamentó Aitana para sí, tratando de no quedarse demasiado rato mirando un punto concreto de su anatomía.

Esas manos fuertes, esa mandíbula cuadrada, esos ojos de un marrón tan claro como el caramelo líquido. Y esa boca que parecía estar provocándola con sutiles movimientos de los

labios y lengua al hablar, beber o comer...

¿Quién podría resistirse a admirarlo?

—El acordeón no se me da tan bien como los demás instrumentos. El violonchelo lo practico en contadas ocasiones también. Así que realmente solo soy pianista y guitarrista.

—Solo —repitió con ironía—. Además de pintor y escultor, abogado, alcalde, jinete y cuidador de caballos y... técnico de cualquier cacharro que se estropee.

—Tampoco cocino mal —añadió, continuando con la enumeración de ella. Para su sorpresa, le guiñó un ojo—. Pero seguro que peor que tú.

—Eso está por verse.

—Tampoco soy bueno con una cámara. Esa es tu especialidad.

—Eso intento.

Él volvió a acercarse por encima de la mesa, ya terminado su plato. Aitana tuvo que contener el impulso de acercarse también y, después, de alejarse por haber pensado en acortar distancias.

—Y desarrollas tus dotes artísticas con clases para perfeccionarlas. Cocina, escultura, baile y canto... No somos tan diferentes.

—Qué va. —Aitana rio y habló sin pensar—. Si al final vamos a ser almas gemelas.

Según pronunció esas palabras, ambos se quedaron petrificados y mudos. La llegada del plato de pavo estofado los salvó de añadir algo de lo que pudieran arrepentirse después.

Comieron en un nuevo e incómodo silencio, durante el que Fabrizio se devanó los sesos para dar con algo que decir que hiciera desaparecer las palabras que aún flotaban sobre sus cabezas. Almas gemelas. Por Dios, ¿por qué tenía que haber dicho eso?

—Tengo algo para ti. —Aitana pareció sorprendida y aliviada a parte iguales—. Lo llevo encima por casualidad. No esperaba verte hoy.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó sus llaves. Desenganchó el objeto metálico en forma de falsa llave que estaba unido a ellas por una arandela y lo dejó sobre la mesa, junto a su copa.

—¿Mi *pendrive*?

—Con toda la información que puedes pasarle a tu amigo Emilio para la página web.

—¿Qué?

—He retocado un poco tus textos, matizado algunas cosas que no eran del todo correctas, o que creo que no hace falta contar. También he añadido detalles que considero relevantes y atractivos. Tu redacción es excelente, en ese sentido apenas he modificado un coma. Y también he escaneado todos los dibujos que he hecho hasta ahora de paisajes y edificios. Confió en que a la gente le gusten tanto como a ti.

—Fabrizio. —Aitana cogió el aparato despacio, como si temiera que pudiera quitárselo—. ¿Me estás dando el visto bueno al proyecto?

—Así es.

—¡La hostia!

Aitana dio un salto y se lanzó a abrazarlo por encima de la mesa. Casi cayó sobre él al rodear su cuello, por lo que tuvo que frenarla y sostenerla. Una copa volcó bajo el cuerpo de Aitana. Por suerte, estaba vacía, y no se rompió.

—Pero hay algunos matices a concretar.

La empujó con gentileza para que volviera a su asiento. El corazón se le había subido a la garganta por su efusiva reacción, y el inesperado contacto físico había puesto todos sus sentidos alerta. Dios, qué bien olía. Y qué feos tacos soltaba cuando algo la pillaba por sorpresa.

—Tú dirás.

—La publicidad de los negocios del pueblo será gratuita, solo quien desee algo diferente y destacado tendrá que pagarlo. El ayuntamiento costeará los gastos de mantenimiento del dominio y sufragará el coste del diseño. Dile a tu amigo Emilio que me pase la factura cuando la tenga, con los datos fiscales que detallo en el documento que le he adjuntado.

—Claro. Nos hará muy buen precio, te lo aseguro. —Allí estaba de nuevo el «nos» que le llegaba a Fabrizio a lo más profundo—. Gracias, de verdad. Te aseguro que no te arrepentirás.

—No tienes que darme las gracias. Al contrario, yo y todo el pueblo tenemos que dártelas a ti. Es un gran trabajo que has hecho sin tener por qué.

—Me hacía feliz hacerlo. Eso es todo. Y esto también me hace feliz —comentó al ver llegar a Guido con los postres—. Hoy necesitaba chocolate.

—Yo también —admitió Fabrizio, y ambos rieron.

Aunque para sí, ambos pensaron que el chocolate no iba a conseguir en su ánimo y sus cuerpos lo que la compañía del otro durante esa cena había logrado.

En la puerta de la cocina, Guido miraba a la pareja de la mesa seis sin poder despegar los ojos de ellos.

—¿Qué haces? —Marco salió a su lado—. ¿Estás teniendo una de tus visiones?

—Una muy explícita. —Parpadeó y recuperó la movilidad de los ojos que se habían quedado en trance—. Esa misma mesa, esas mismas risas, pero con varios niños alrededor.

—Si lo has visto, así será.

—Sabes que no fallo.

—Lo sé. Y yo también noto algo. —Guido miró a su marido con interés. El que tenía cierta clarividencia era él, pero Marco era un hombre de notable sensibilidad. Solía percibir las emociones de la gente que estaba a su alrededor, por eso se sentía incómodo entre grupos numerosos—. Una tensión sexual que promete explotar en cualquier momento.

—Pero no esta noche —vaticinó él.

—Aguafiestas.

—No es culpa mía. Son ellos. Tienen mucho aún por resolver.

—Pues que se den prisa. Ella se marcha en un par de meses.

—No lo hará.

—Eso espero. Me gusta para él.

—Yo creo que son perfectos el uno para el otro —puntualizó Guido con un suspiro—. Almas gemelas.

## Capítulo 13

Fabrizio llevaba más de una hora tratando de arrancar el motor de la vieja camioneta de su tío cuando la vio pasar. Se preguntó si en las últimas semanas habría desarrollado un oído tan fino capaz de captar las rodadas de aquella maltrecha bicicleta, o si su repentino superpoder iba aún más allá y lo que percibía era la presencia de Aitana en cuanto la tenía a menos de cien metros. Tal vez doscientos.

Sacó la cabeza de debajo del capó, el cual lo había mantenido oculto a la vista de ella, y la siguió con la mirada. No llevaba su cámara en su mochila cruzada, como tantas otras veces que la había visto pasear y curiosear para tomar sus fotografías artísticas del pueblo y sus gentes. Sin embargo, se dirigía al estrecho camino que ascendía la loma de la ermita de San Giuseppe, en ruinas y sin mayor atractivo que las vistas que se podían apreciar desde sus alturas. Eso sí, las mejores vistas de toda la zona.

Dudaba que fuera a rezar entre las paredes derruidas que eran poco más que un refugio para aves o alimañas y —en los tiempos en los que aún había habitantes en edad de tener las hormonas revolucionadas— osado lugar de encuentro para parejas a las que los impulsos más básicos les hacían obviar que aquel lugar aún era sagrado.

Apartó los ojos con fastidio de una rubia melena al viento rozando la pálida espalda que un vaporoso vestido verde dejaba a la vista. Aunque los fijó de nuevo en el testarudo motor que se negaba a funcionar, la visión de Aitana seguía muy presente en su retina. Demasiado para poder mantener la concentración.

Trabajó en la camioneta media hora más hasta que se rindió por ese día. Estaba claro que el problema del motor era eléctrico y que le llevaría un par de tardes más como mínimo.

Como no había parado de echar un vistazo tras otro hacia la loma, supo que Aitana no había bajado todavía.

Se lavó las manos con la manguera del taller y le dio un trago a su botella de agua, ya demasiado caliente para su gusto. Refresharse no calmó la extraña inquietud que se había apoderado de él según pasaba el tiempo y ella seguía sin bajar.

Trató de disuadirse a sí mismo cien veces, con cien motivos más que válidos para no ir a su

encuentro. Mas uno solo en contra de todos ellos ganó la batalla. ¿Y si le había sucedido algo?

Estuvo tentado de llevar el botiquín consigo, aunque finalmente lo descartó. Eso sí, el paso que había comenzado lento se volvió presuroso a medida que ascendía el sendero y no había rastro alguno de ella.

Su corazón tuvo una contradictoria reacción entre el alivio y la angustia al hallarla sentada sobre unas piedras del muro exterior de la ermita. Ilesa, miraba hacia el horizonte mientras se rodeaba a sí misma con los brazos con excesiva fuerza. Podría ser a causa del fresco viento del atardecer, más intenso en aquella altura despejada. No obstante, su rostro contraído anunciaba que con su abrazo trataba de protegerse de algo más allá del frío.

El crujido de una rama bajo sus pies delató su presencia. Sintió que se ahogaba cuando ella giró el rostro de golpe hacia el origen del ruido y él pudo comprobar que sus ojos estaban hinchados y aún húmedos de haber llorado.

—Ah. Eres tú. —Su voz carecía de su habitual fuerza y vitalidad.

—¿Esperabas a alguien?

Caminó hasta ella y esperó su respuesta antes de sentarse a un par de palmos de distancia.

—No. Pensé que este sería un buen lugar para estar sola y pensar.

No lo había echado, no directamente, así que supuso que dejar de estar sola no le importaba.

—¿Y qué te tiene pensando durante más de una hora hasta el punto de hacerte llorar?

—¿Me estás vigilando?

El tono a la defensiva delató que además de dolida por algo, estaba enfadada. Él se armó de paciencia y procuró ir con cautela.

—Solo te he visto subir con tu bici. Sin tu cámara. Estaba tratando de arreglar la camioneta de mi tío. No te he visto bajar y he pensado que, como en este camino hay muchas piedras con las que tropezarse, podrías haber sufrido otro pequeño accidente.

—Has venido a rescatarme. —Exhaló el aire con fuerza y tono resignado—. Vaya fama de torpe me he ganado.

—He venido a ofrecerte mi ayuda si la necesitabas. ¿Qué te ha pasado ahí?

Le cogió la mano antes de que ella pudiera apartarla. La tenía muy fría y tuvo que reprimir el impulso de rodeársela con la suya para hacerla entrar en calor. Se limitó a inspeccionar la venda que cruzaba su palma en diagonal hasta su muñeca. Estaba algo ensangrentada. Además de las ampollas en las palmas fruto del arduo trabajo de talla que seguramente había estado realizando. Apostaba a que se había puesto los guantes menos de lo necesario. O bien había trabajado excesivas horas. Se abstuvo de comentar nada al respecto.

—Un pequeño corte. He roto uno de los jarrones de la colección de la señora Galvani. —Como su voz sonaba derrotada ante lo que a sus ojos era un accidente sin importancia, esperó a que quisiera profundizar en las explicaciones—. Un Goliat... un bicho de esos gordos y brillantes que rondan las flores del jardín a todas horas se coló en la casa.

—Un coleóptero. —No pudo evitar una corta risa—. ¿Goliat?

—Es que son tremendos. Este más que ninguno. Su horrible zumbido me asustó mientras le preparaba una tarta a tu tío y traté de echarlo con un trapo de cocina. Y golpeé uno de los jarrones. Luego intenté pegar los pedazos y me corté.

—¿Al menos Goliat se fue?

—Creo que se sintió abrumado por mis gritos culpándolo del estropicio y de que se me quemara la tarta, y decidió que era mejor largarse, no fuera a optar por espachurrarlo en lugar de echarlo sin más. —Aspiró con fuerza cuando él terminó de retirarle la venda, que se le había quedado pegada al corte—. Pero fue culpa mía y son demasiados añicos y muy pequeños para pegarlos y que quede bien.

—La señora Galvani lo comprenderá y no se enfadará contigo. Tiene más jarrones de los que puede recordar. —Inspeccionó su mano acercándosela más a los ojos—. Déjate esto al aire para que se seque bien. Ya está casi cerrado.

—Espero que mañana lo esté del todo. No quiero que tu tío piense que es una excusa para saltarme un par de clases y me vuelva a castigar.

—¿Castigar? Espera, espera. Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Mi tío es el hombre más paciente del universo. Es imposible que hayas podido hacer nada para que te castigue.

—Hoy es uno de esos días en los que todo sale mal, ¿sabes? —Suspiró y su rostro volvió a mostrar ese aspecto desolado que había visto al llegar—. Ya desde anoche está siendo todo...

—¿Una mierda?

—Sí. Esa es la palabra exacta. —Le dedicó una amarga sonrisa antes de volver la vista al horizonte—. Estuve hasta tarde pasando mis fotos al ordenador. Seleccionando las mejores de mi viaje para hacer una especie de *book*. Y aunque muchas me parecen maravillosas por el recuerdo que simbolizan para mí, llegué a la conclusión de que no eran lo suficientemente buenas como carta de presentación en una agencia, ni como muestra de mi trabajo en mi web si me estableciera por libre.

—Yo he visto parte de ese trabajo y creo que es magnífico. —Por aquella confesión se ganó una mirada desolada pero agradecida—. Aunque tal vez deberías buscar una tercera opinión, además de la mía y la tuya propia. Algún experto en la materia.

—Temo que su respuesta sea la que me espero. —La vio estremecerse y volver a rodearse con los brazos. Tenía la piel de gallina—. Empecé este viaje para hacer todo lo que soñaba, vivir esas experiencias, y cerciorarme de que la fotografía era mi futuro, sino encontraba otra cosa que la desbancara del primer puesto de la lista. Este es el final de mi viaje. Sé que la escultura no es mi fuerte, pero pienso aprender todo lo que pueda y terminar el curso, eso te lo aseguro. Sin embargo... a menos de dos meses de volver a mi casa, darme cuenta de que el plan A puede que no vaya a salir bien, me hizo desmoronarme. Anoche no pegué ojo. Y por eso estuve distraída y torpe esta mañana en las clases. Tu tío no llegó a reñirme, no levantó la voz en absoluto, pero vi en sus

ojos que estaba... decepcionado. Me dijo que me fuera y que volviera cuando estuviera dispuesta a aprender.

—Eso no es un castigo. Solo una invitación a que te tomaras tu tiempo para volver a estar receptiva para las clases.

Lo miró con alivio en el rostro. Ese ligero cambio en su expresión lo llenó de júbilo. Solo entonces comprendió hasta qué punto necesitaba que ella fuera feliz.

—¿Tú crees?

—Lo que tradujiste como decepción quizá fuera empatía. Él percibió que algo te pasaba, y supo que los dos estabais perdiendo el tiempo, porque no era el momento adecuado para que tú aprendieras nada de sus lecciones. Tenías otra cosa que aprender por tu cuenta, o que solucionar.

Ella parpadeó repetidas veces con la mirada fija en él. Un hormigueo surgió en las manos de Fabrizio, reclamándole acariciar aquellas rosadas mejillas. Apartó la vista y la posó en el paisaje que se extendía ante ellos.

—He pintado esta escena en varias ocasiones. No suelo hacerlo mucho últimamente. Tampoco cuando esculpo algo nuevo, soy más de talla directa. Pero a la mayoría le suele ayudar. Eso lo habrás aprendido ya —supuso—. Aunque a veces es lo que tus manos piden. Solía subir aquí a menudo a pensar. Es un buen lugar. Y estas vistas merecen ser immortalizadas. Lo habré hecho unas tres o cuatro veces. Siempre al óleo. El mismo paisaje, bien fuera de un atardecer despejado o un amanecer lleno de nubes, en otoño o en verano, se convertía en un cuadro muy distinto cada vez. No solo por los cambios de estación, sino porque yo tenía un estado anímico distinto en cada ocasión.

»Lo que intento decirte es que has tenido un día de mierda. Lo ves todo negro. Si pintaras este cuadro ahora mismo no reflejaría un atardecer limpio de suaves tonos naranja y rosa sobre unos viñedos que pronto serán cosechados. Destacarías las sombras de las pocas nubes que se acercan por el oeste, la hilera de terreno quemado que hay entre las lindes, o la única casa sin tejado que se ve a este lado del pueblo.

—Pero otro día vería las mariposas que revolotean sobre las amapolas, o la luna que empieza a dejarse ver.

El buscó su mirada y le sonrió.

—Si ya eres capaz de captar esos alegres detalles, es que tu ánimo está mejorando.

—Eso creo. —Lo miró con tal brillo en los ojos que a él se le secó la boca—. Creía que necesitaba estar sola y pensar. Pero parece que lo que necesitaba era algo de compañía y comprensión.

«¿Quién no?», se preguntó Fabrizio y tuvo que tragar saliva para poder hablar.

—También algo con lo que cubrirte el cuerpo. Estás temblando. —Se puso en pie y se desabrochó la camisa de cuadros azul y verde bajo la que solo llevaba una camiseta interior blanca de tirante ancho. Le cubrió los hombros con esta—. Puede parecer vieja y mugrienta, pero está recién lavada. Es la que uso cuando hago chapuzas en los coches, para no destrozarme los

brazos. Las manchas de aceite de motor no se quitan ya con nada.

—Pero es cálida. Gracias.

Aitana metió los brazos por las mangas y dio una vuelta a los puños para poder sacar las manos. El calor del cuerpo de él aún impregnaba la tela.

—Deberíamos bajar. En unos minutos no habrá más iluminación que la de la luna y el camino es pedregoso. —Señaló sus sandalias—. Dejarte mis zapatillas del cuarenta y seis no sería buena solución.

—Claro.

Se puso en pie, con una extraña sensación en la boca del estómago, muy diferente a la que lo encogía cuando había subido allí.

Fue él quien cogió la bici que reposaba contra el edificio en ruinas y comenzó a caminar sujetándola por el manillar. Ella se puso al otro lado y bajaron en silencio.

Al llegar al final del sendero, él acercó la bici hacia ella.

—Aún no se han encendido las farolas. Habrá algún problema con el cableado. Tendré que echarle un vistazo. —Miró a su alrededor—. Pero todavía se ve lo suficiente para que puedas llegar hasta casa. No vayas muy rápido e intenta evitar las piedras.

—Tranquilo. El día ha mejorado. No me caeré.

—Llévatela. —Le indicó cuando la vio bajarse la camisa por los hombros—. Ya me la darás otro día.

—Te la lavaré. Igual consigo quitarle las manchas.

—No te esfuerces, no merece la pena.

—Gracias. Por la camisa. Y por la compañía. —Se acercó a él de forma inesperada y lo besó en la mejilla—. Ahora veo que lo que necesitaba era un amigo con el que hablar. Siempre he estado rodeada de muchos amigos. Durante este viaje he hecho algunos nuevos. Pero aquí todavía no había llegado congeniar con nadie.

—Mi tía me ha dicho que la has visitado varias veces. Y te he visto con Guido y Marco otras tantas.

—Sí, son un encanto. Pero me refiero a alguien como yo, como tú, de mi edad. —Aquello la hizo pararse a pensar en algo—. ¿Tú no tienes amigos de tu edad por aquí? Habrá gente joven en los alrededores, supongo.

—Tengo buenos amigos en Florencia, a menudo voy a verlos o vienen ellos. Y ahora en verano vuelven a sus casas en los pueblos de los alrededores muchos de mis antiguos compañeros de instituto. Solemos hacer algunos encuentros en fechas señaladas. Como dentro de tres sábados.

—¿Qué ocurre dentro de tres sábados?

—Es mi cumpleaños.

—¡Vaya! ¿Y celebráis una fiesta?

—La madre de todas las fiestas. —La vio sonreír como solía hacer, de forma amplia y radiante, pero por primera vez desde que la había visto ese día. Ansiaba perpetuar aquella sonrisa en su

rostro—. Así que no te la puedes perder.

—¿Me estás invitando a tu cumpleaños?

—Eso parece.

—Quedan poco más de quince días. Y no tengo ningún regalo —comentó en tono más bajo, pues había querido que fuera solo un pensamiento. «Ningún regalo terminado», se corrigió, esta vez solo para sí.

—No hace falta que traigas nada.

—Oh, claro que sí. Algo se me ocurrirá.

—Como quieras. Pero no te compliques.

—Ya tengo algo en lo que pensar para olvidarme de mis planes frustrados.

—¿Por qué no piensas un plan B?

—¿Plan B?

—El plan A, tu futuro como fotógrafa, está en el aire. Busca un plan B. ¿Qué más te gusta hacer? ¿Cocinar, bailar...? ¿Te ves dedicándote a ello?

—No. Me gusta, pero no sé si lo suficiente como para dedicarme a ello. Y tampoco tengo el talento necesario para hacer de eso mi profesión.

—Pues si la fotografía es lo que realmente te gusta, no te rindas, lucha por ello.

Aquella determinación en él la cautivó aún más si cabe.

—¿Ser abogado era tu sueño?

—No, pero es lo que decidí estudiar y no se me da mal. Aún colaboro con mi bufete de Florencia en casos puntuales. Me da unos ingresos extra, además de las chapuzas que hago en el pueblo. Arreglos importantes, no imprevistos, por los que sí cobro —matizó—. Eso complementa mi reducido sueldo de alcalde.

—¿Y qué es lo que más te gusta hacer de todo lo que haces?

Se encogió de hombros.

—Me gusta que las cosas marchen bien. Que los vecinos vivan su vida sin contratiempos. Arreglar lo que se estropea, solucionar lo que se tuerce.

—O sea, tu puesto de alcalde.

Quizá llevara razón.

—Pero tengo mi ocio. Encargarme de los establos me aporta paz. Esculpir lo que me inspira un pedazo de roca es como... alimentar mi alma, al igual que la música. Juntarme con mis tíos a comer, o celebrar una fiesta con mis amigos, me da felicidad.

—Has encontrado tu lugar en el mundo. —Rozó su mano en un impulso. Fue un toque breve pero intenso—. Me alegro por ti.

—¿Y el tuyo?

El corazón de Fabrizio dio un brinco que trató de apaciguar.

—Tengo mi casa en Santander. Es la vivienda familiar y supongo que soy la encargada de cuidarla ahora que mi madre y mis hermanas ya no viven en ella. Pero necesito encontrar algo que

me haga sentirme realizada, ¿comprendes? Trabajar como modelo nunca me aportó eso. Vivía una vida feliz, en apariencia. Disfrutaba de mi ocio y mis amigos, de mi familia. Pero ese propósito en la vida del que tú me hablas... no lo había necesitado hasta después de despertar del coma. Por eso salí a buscarlo.

—Deseo de corazón que encuentres lo que buscas, Aitana. —No podía ser más sincero.

—Gracias. Te lo diré en cuanto lo haga.

—Buena suerte.

Sujetó la bici mientras ella se subía. Pero no se movió del sitio. Lo miraba de tal forma que el pulso se le aceleró y tuvo que decirle lo primero que le vino a la mente.

—El jarrón de Giorgina no tiene remedio. Espero que la tarta para mi tío sí lo tuviera.

—La repetí. Se la llevaré mañana. Como disculpa por no estar hoy nada centrada.

—¿Y de qué es? ¿De nuevo de melocotón?

—No. Aún no estaban maduros. Tuve que recurrir al otro árbol frutal del jardín.

Según la oyó se le secó la boca y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no bajar la mirada a sus senos. La camisa tapaba más que suficiente, pero el recuerdo de sus pezones erectos bajo la fina tela del vestido a causa del frío en lo alto de la colina estaba demasiado vivo aún en su retina. Y eso que había apartado la mirada lo más rápido que había sido capaz. Hizo la idea a un lado lo mejor que pudo.

—Tarta de limón... —dedujo del resto de su comentario—. Espero poder probarla.

—Pásate por la escuela y podrás pillar un trozo. Pero pronto. Mañana es jueves y los hermanos tienen clase.

—Entonces llegaré antes que tú.

Ella le sonrió con aquella sencillez y humildad que acompañaba su belleza natural y sin artificios. Fabrizio notó su leve rubor y tuvo que clavar los pies en el suelo para no dar el escaso paso que los separaba y hacer algo de lo que acabaría arrepintiéndose cuando ella, tal como tenía planeado desde un principio, se marchara de Caral in Chianti para nunca volver.

La observó pedalear hasta que la perdió de vista.

Cuando entró en su casa, apoyó las manos a los lados del aparador y se miró al espejo en la penumbra del vestíbulo.

—¿Qué estás haciendo, insensato? ¿Acaso no ves que es un suicidio? Olvídala.

Aitana bajó de la bici y la dejó en la entrada. No se sintió capaz de entrar en la casa. Se sentó en la silla del porche y fijó la vista en la luna que había alumbrado su regreso. El olor de él en la camisa la envolvía como un abrazo. Dios, era embriagador. Y su forma de mirarla... aún le temblaba el cuerpo a pesar de su cálida prenda sobre ella. Se sentía extraña, anhelante e inquieta. Y a la vez, estar a su lado le aportaba una paz como la que él había descrito que encontraba junto a los caballos.

Sin duda su regalo iba a ser de lo más acertado. El problema era que ahora tendría que dárselo mucho antes. Y sus progresos no habían sido demasiado halagüeños.

Pediría ayuda. Al fin y al cabo, tenía un maestro, ¿no? Quizá se viera obligada a confesarle que, desde el principio, la escultura en madera de Tintoretto iba a ser para Fabrizio. Y que pensara lo que quisiera al respecto.

Salvatore tendría que ser su salvador y confidente.

## Capítulo 14

Aquel último sábado de julio, en el cuarto de baño por el que se colaba una muy favorecedora luz natural, Aitana sacó la artillería pesada.

Ya no trabajaba como modelo y nunca más lo haría, sin embargo, había hábitos adquiridos durante aquel período que consideraba buenos, como cuidar su alimentación, hacer ejercicio regular y sus rituales de belleza minuciosamente estudiados. Implicaban un disciplinado cuidado del cutis: ni una sola noche podía olvidar los pasos de limpieza, tonificación, hidratación y nutrición; lo cual no significaba que los productos cosméticos fueran caros, simplemente, los adecuados para su piel.

La noche anterior se había aplicado además una mascarilla purificante y, esa tarde, tras la larga ducha para relajar sus músculos agarrotados del duro trabajo de las últimas semanas, había usado una loción reafirmante por todo el cuerpo que olía a frutas y había comenzado la sesión de maquillaje con una ampolla iluminadora y un sérum. Pretendía lucir natural, como siempre, pero destacando un poco más la mirada. Sabía que sus clarísimos ojos azules eran su punto fuerte.

Era un día especial. Deseaba estar radiante. Quería que él la mirara como un hombre mira a una mujer. Ya no podía negárselo más a sí misma.

Desde su encuentro a solas en lo alto de la colina, Aitana no había podido dejar de pensar en Fabrizio. La mirada que le había dedicado al despedirse, después de que ella lo besara en la mejilla en un impulso, le había provocado un intenso placer y el deseo de que la mirase así siempre. Y no solo mirarla.

No habían vuelto a hablar a solas desde entonces, aunque sí se habían visto por el pueblo e intercambiado un par de frases cordiales. La última vez, hacía solo dos días, él había acudido a la escuela para recordarle que ese sábado era la fiesta, la cual comenzaría a las seis de la tarde.

Salvatore y los otros tres alumnos estaban delante, por lo que la conversación había sido muy correcta y desenfadada. También había invitado a los tres hermanos a unirse al festejo. La puerta de su casa estaba abierta a todos los vecinos y amigos.

Cuando, ya a solas, ella le había preguntado a Salvatore cómo iba a caber tanta gente en la casa de Fabrizio —de solo tres alturas en la plaza Mayor—, él le había explicado que la herencia de

los Conte incluía diversos terrenos por todo el pueblo. Filippo, su hermano, había aprovechado parte de ellos para unir los establos con la casa en la que vivía ahora Fabrizio y crear una amplia finca. La fiesta, como otros años, se celebraría al aire libre donde hacía un lustro se entrenaba a los caballos para su posterior venta.

Por eso, además de un vestido blanco con amplio vuelo y tirante fino, Aitana había elegido una chaqueta de punto en tonos dorados, por si a la noche refrescaba. No quería abandonar la fiesta a la luz de la luna antes de tiempo por tener frío.

Con los nervios agarrados al estómago, se echó un último vistazo en el espejo, se atusó el pelo suelto y tomó mucho aire antes de coger su regalo y los dulces que había pasado toda la mañana preparando y se dirigió a su cochazo, como Fabrizio lo había llamado una vez con su peculiar humor.

Pasara lo que pasara esa tarde, pensaba disfrutar de la fiesta y hacer lo que estuviera en su mano para que el homenajeado tuviera un día inolvidable.

Aitana tocó el timbre y contuvo el aliento. Tal vez no abriera él. Era muy probable que cualquiera de los invitados que ya hubieran llegado se prestara a hacerlo. Aquella posibilidad la tranquilizó un poco. Sin embargo, fue su impresionante presencia la que ocupó todo el umbral cuando la puerta se abrió. Estaba guapísimo, con una camisa blanca de manga corta y unos pantalones azules. Su barba y su bigote habían vuelto a crecer y los llevaba tan bien recortados como acostumbraba.

Por si aquella visión fuera poco para ponerla como un flan, él le sonrió de forma desconcertantemente descarada.

—Hola. —También sonrió, porque de pronto se dio cuenta de que estaba como pasmada—. Feliz cumpleaños.

Con ambas manos ocupadas, y unas cómodas sandalias con poco tacón en vista de una noche de fiesta, tuvo que hacer uso de su propio impulso alzándose de puntillas para acercarse a él y besarlo en la mejilla. Aunque con el peso que cargaba en ambas manos, perdió un poco el equilibrio y acertó en un punto demasiado cercano a la boca, prácticamente en la comisura de sus labios. Fabrizio la sostuvo por las caderas con manos ardientes pero gentiles. Y las mantuvo ahí cuando ella volvió a su postura anterior.

Por un momento, ambos se quedaron en silencio, solo mirándose. Aitana tuvo la loca idea de que si volvía a besarlo, pero esta vez en los labios, él no se apartaría. La desechó al instante. A saber cuánta gente había detrás de aquella puerta. Y cuánta más estaba a punto de llegar.

—He traído tres postres. Dijiste que seríamos muchos. —Alzó la bolsa de su mano derecha—. Y también un regalo para ti.

Apenas había doblado su codo izquierdo cuando él se tapó los ojos con las manos que hasta entonces habían seguido tocándola y retrocedió dos pasos hacia el interior de la casa. Aitana se

quedo de piedra.

—No me lo enseñes. No puedo ver la forma ni el envoltorio.

—¿Por qué no?

—Porque debo adivinar de quién es cada regalo que desenvuelva. Y si acierto, esa persona debe cumplir un deseo de cumpleaños que yo le pida. Es la tradición.

—Nunca he oído hablar de esa tradición.

—Pues aquí es la que tenemos. Pasa. Y déjalo en la mesa del salón, sin la bolsa, cuando yo no mire. Los postres me los llevo. ¿Qué son?

Aitana caminó hasta donde él le indicó una vez que le cogió la otra bolsa de la mano derecha.

—He hecho una versión en forma de tartaletas individuales de los pasteles de melocotón y limón que ya has probado. Como dijiste que te gustaron, pensé que sería buena idea.

—Por descontado. ¿Y el tercero?

—Pastel de cerezas. Aunque imagino que ya tendrás una tarta de cumpleaños, esta es una de mis mejores recetas.

Depositó con cuidado el paquete entre los pocos que ya había en una mesa. Al parecer era de las primeras en llegar. Cuando salió al pasillo, él estaba allí con gesto de sorpresa.

—¿Dónde has encontrado cerezas en esta época?

—Giovanni me ha regalado esta mañana una barquilla llena, del cerezo de su jardín, por haberle llevado la semana pasada la compra diaria —le explicó, haciendo alusión al vecino más cercano a su casa, un hombre de noventa años algo ermitaño—. Se había torcido el tobillo y debía hacer reposo.

—Así que eras tú la que se estaba encargando. Fui a visitarlo por si necesitaba algo y me despachó enseguida, porque ya estaba muy bien atendido, según me dijo.

—Bueno. —Se encogió de hombros ante su intensa mirada—. Su casa me pilla de camino a la mía. No me costaba nada. Y así tú tienes una tarta de cerezas de cumpleaños. Todos contentos.

—Te lo diré cuando la pruebe. —Su sonrisa ladeada, esa que ya conocía, le dijo que bromeaba—. Ven, te presentaré a los colegas. A los puntuales. El resto tardará media hora más en llegar, como poco.

Lo siguió al exterior de la casa por una puerta trasera. Lo que vio la dejó plantada en el umbral.

Unos preciosos jardines divididos en varios parterres rectangulares dibujaban ordenados caminos de piedra que daban paso a los terrenos diáfanos donde una vez corrieron caballos criados por el padre de Fabrizio. Ahora allí había un montón de mesas alargadas sobre las que varios jóvenes disponían bebidas y comida como para un regimiento. Otros distribuían sillas aquí y allá, en pequeños grupos.

A pocos metros de la zona de avituallamiento, habían dispuesto una tarima sobre la que otro grupo de personas se encargaba de colocar varios instrumentos, altavoces y luces.

Aitana sintió un escalofrío al imaginarse a Fabrizio tocando cualquiera de los instrumentos que le había comentado que dominaba.

Él le hizo una seña con la mano para que avanzara, y por fin ella pudo despegar los pies del suelo. Lo siguió hasta el primer grupo de hombres y mujeres y se preparó para memorizar rostros y nombres.

—Ella es Aitana, la alumna española de mi tío. Y una buena amiga —añadió, provocándole un tremendo alivio tras un primer sentimiento de desilusión. Había pensado que se iba a limitar a presentarla como algo ajeno a él, solo relacionado con Salvatore.

Fue conociendo a compañeros de instituto, de universidad, del bufete de abogados, vecinos de pueblos cercanos y del propio Caral in Chianti, ya que hasta el momento no había coincidido con algunos de ellos.

Todos la saludaron de modo afectuoso y cercano. Algunos le preguntaron por su país, otros por cómo llevaba su curso de escultura, alguna mujer por dónde había comprado aquel precioso vestido... Se sintió cómoda desde el principio.

Cuando llegaron al escenario, Fabrizio la sorprendió al decirle que aquellos tres hombres y dos mujeres habían formado con él una banda de música en sus tiempos mozos. Se habían llamado Silentium, en una paradoja al estilo rock metal que les gustaba.

No habían llegado a grabar un disco nunca, pero sí tenían canciones propias que le aseguraron tocarían esa tarde junto con otros temas conocidos de grupos famosos que les habían servido de inspiración.

Hizo desde el primer momento muy buenas migas con Caterina, la vocalista, una morena espectacular de la edad de Fabrizio —como todo el grupo, ya que habían sido compañeros de instituto— quien acabó confesándole, mientras bebían un refresco y picaban algo, que el anfitrión había sido su primer amor.

Aitana había tratado de fingir con una sonrisa que aquello no la afectaba. Supo que no lo había conseguido en cuanto Caterina añadió, de forma algo apresurada, que llevaba diez años casada con el batería del grupo y que estaba embarazada de su tercer hijo. Tras buscar con la mirada entre los árboles que se extendían a los laterales del terreno, le señaló a dos niñas de unos cinco y tres años, que jugaban a perseguir al que reconoció como el perro guía de Fiorella.

Aquella tranquilizadora información, además de la certeza de que Fiorella —y por lo tanto seguramente Salvatore— estaban ya allí, relajaron a Aitana para seguir disfrutando de la conversación y conociendo a más invitados según iban llegando.

La merienda fue amenizada por música de fondo, suaves temas clásicos italianos que sonaban a través de un altavoz en el aún vacío escenario. Aitana no veía el momento de escuchar tocar a Fabrizio, a quien tan pronto perdía de vista entre el gentío como lo tenía al lado, comentando alguna anécdota con los amigos con los que ella estuviera charlando en ese momento. Nunca lo había visto tan cómodo y sonriente durante tanto rato seguido. Se notaba que estar rodeado de personas que le importaban lo hacía feliz.

De pronto, al grito de «*regali*», que fue coreado por gran parte de los presentes, Fabrizio fue empujado hasta una silla que alguien había dispuesto en mitad de lo que más tarde sería la pista de baile y, allí sentado, comenzó a abrir los regalos que le iban acercando.

Ropa, perfumes, libros, música... hasta herramientas. Fabrizio solo acertó de quién eran siete de los quince regalos que desenvolvió antes de que llegara a sus manos el de Aitana.

Ella supo que la había descubierto cuando la sonrisa de su rostro se fue desvaneciendo poco a poco hasta convertirse en una mueca de asombro.

—¿Qué es? —preguntaba la gente más alejada, pues Fabrizio no había levantado la escultura en alto tal como había hecho con el resto de regalos para que todos los vieran.

—Es un caballo de madera —informó alguien.

—No es un caballo cualquiera. Es Tintoretto —anunció Fabrizio y lo levantó con ambas manos.

Aquellos invitados que conocían al animal alabaron el parecido y miraron a Salvatore, dando por hecho que era suyo. Este negó con la cabeza al tiempo que los rostros se volvían hacia donde se dirigía la mirada de Fabrizio.

Aitana estaba completamente ruborizada y sintió unas terribles ganas de llorar. Las manos aún le palpitaban por el esfuerzo que le había costado tener a tiempo aquel trabajo de talla y posterior pintura con aerosol. Se sentía orgullosa y satisfecha por el resultado, y porque Fabrizio hubiera reconocido a Tintoretto en su obra, además de saber que era suya.

—Gracias, me encanta —alegó con su mirada anclada en la de ella—. Y me debes un deseo, Aitana Ruiz —le advirtió antes de recibir su siguiente regalo.

Hubo muchos aciertos y fallos más hasta que Fabrizio quiso cobrarse sus primeras peticiones haciendo que varios de los artífices de los regalos descubiertos hicieran de camareros y repartieran los platos para servir la tarta una vez soplara las treinta y cinco velas.

Aitana no fue una de las elegidas para la tarea, por lo que supuso que tenía otro deseo en mente que quería que ella hiciera realidad. La idea le provocó un escalofrío.

Tras la tarta, una par de amigos de la universidad comenzaron a distribuir combinados. A ella le llegó uno sin pedirlo, pero lo agradeció bebiendo un corto trago. Estaba buenísimo, aunque se notaba la carga alcohólica que contenía. Le sorprendió ver a Fabrizio beber el suyo sin contemplaciones y, en pocos minutos, un segundo con nuevos ingredientes.

Entre las conversaciones y las risas, los hasta tres combinados que Aitana terminó bebiendo, y el cambio de tercio a música másailable, los pies se le movieron solos. Sin darse ni cuenta, de pronto estaba en mitad de la pista invitando a Mariella a que se uniera a ella en una reinterpretación de los mejores bailes de Sophia Loren al ritmo de un *popurrí* de sus canciones más conocidas.

—¿Bailar yo, con esta barriga? —rechazó la mujer.

Sin embargo, su hermano menor decidió hacer suya la invitación y, cogiendo a Aitana de la mano, le dio un par de vueltas para hacer que el vuelo de su vestido dibujara un carrusel blanco en el aire.

Alessandro no bailaba mal, y Aitana estaba demasiado alegre como para pensar que iniciar el baile con él fuera a molestar al cumpleaños, así que se dejó llevar por el joven y por el ritmo. Por suerte, aquella danza pareció incitar a otros a unirse y pronto fueron varios los bailarines a su alrededor.

Aitana no fue consciente de la afilada mirada con la que Fabrizio los observaba.

—Haber sido más rápido en acercarte, colega.

—Calla—. Fabrizio empujó a Vittorio, el bajista de Silentium, hasta el escenario—. Y vamos a preparar las cosas. En quince minutos tocamos.

—Pídele el siguiente baile.

—Que te calles.

—Estás coladito por sus huesos. Lo he sospechado cuando nos la has presentado. Lo he confirmado cuando has abierto su regalo. Y veo los celos en tus ojos ahora mismo. —Le puso una mano en el hombro y lo hizo mirarlo a la cara. Eran de la misma altura, así que Fabrizio lo tuvo frente a frente sin poder evitarlo—. ¿No dejarás que ese pardillo te levante a la chica, no? Baila con ella. El concierto puede atrasarse unos minutos.

—Lo haré. Pero ahora no.

Con aquella rotunda respuesta, se libró de la mano de uno de sus mejores amigos y se subió al escenario.

Estaba furioso. Si se acercaba a ella estando así, o bien daría un espectáculo por la escena que se sentía capaz de montar sin justificación aparente, o bien sacaba su lado más animal y se la cargaba al hombro para reclamarla como suya de forma pública de camino a su dormitorio.

No tenía el menor derecho a ninguna de las dos cosas y, además, se negaba a convertirse en el tipo de hombre que las hacía.

Era preferible calmar los ánimos con lo que mejor solía funcionarle: tocar música.

## Capítulo 15

Aitana rechazó seguir bailando con Alessandro —pues la había acaparado tres canciones seguidas— alegando necesitar ir al baño, cosa que en el fondo era cierta.

Estaba preguntando dónde encontrar un aseo cuando observó cómo Fabrizio se subía de un salto al escenario.

Se hizo con la guitarra eléctrica preparada con antelación y, tras decir algo al grupo que los dejó con cara de sorpresa, se adelantó hasta el micrófono y lo adaptó a su altura.

—Por si se me ha pasado darle las gracias a alguno de los presentes —comenzó a decir, mirando a la multitud que había guardado silencio con expectación—, gracias por venir un año más. Y a los que estáis aquí por primera vez, espero que no sea la última —añadió con una sonrisa enigmática. Aitana estaba casi segura de que ella era la única que entraba en esa categoría—. Empieza el espectáculo.

Rasgó la guitarra, y el sonido hizo eco contra las paredes de piedra. El resto de los componentes del grupo de la adolescencia de Fabrizio se unió a su señal. Comenzaron a tocar la batería, el teclado, una segunda guitarra y un bajo. Caterina llevaba una especie de pandereta en forma de luna y se quedó a la zaga junto a la batería. Al parecer, no era ella la que iba a empezar como vocalista.

Aitana no tardó en reconocer la canción con la que abrieron el concierto. El escalofrío que la recorrió al pensar en lo que aquel tema significaba para ella a nivel personal le borró la sonrisa por un momento. Era todo un himno a nivel mundial, pero ella la sentía como un mantra particular. Prácticamente parecía que Bono la había escrito pensando en ella —cosa imposible, pues ella ni había nacido por aquel entonces—. Sin embargo, desde su adolescencia, la letra la acompañaba en sus momentos más complicados, cuando se preguntaba qué hacer con su vida, como ese último año.

Cuando Fabrizio llegó al estribillo de *I Still Haven't Found What I'm Looking For*, de los U2, con una voz profunda y rotunda, y la miró directamente a los ojos, supo que él también asociaba aquella canción con ella. Por qué parecía estar dedicándosela le resultó otro de los misterios que personificaban a aquel hombre. Le sostuvo la mirada durante versos y versos que ponían de

manifiesto cómo se sentía... o cómo se había sentido hasta hacía bien poco, se planteó Aitana de pronto. Porque quizá, y al contrario de lo que recitaba la canción, sí había encontrado lo que estaba buscando. Allí, en Caral in Chianti, un pueblo perdido en medio de la Toscana. Y lo que era más revelador de todo, junto a un hombre que encarnaba todo lo que su corazón ansiaba pero que nunca antes había sabido que necesitaba.

Enamorarse no había sido en absoluto lo que había motivado aquel viaje. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que eso llegara a ser (por decirlo de un modo algo bestia) una especie de daño colateral de su búsqueda. Sin embargo, era lo que había sucedido sin remedio. Lo que no tenía claro era si se había enamorado antes de Caral in Chianti o de Fabrizio Conte. O si pueblo y hombre estaban ligados tan profundamente que amar a uno sin amar también al otro era algo imposible de concebir para ella.

Los aplausos la hicieron despertar de sus reflexiones trascendentales. Vaya momento había elegido para plantearse el rumbo del resto de su vida.

El grupo continuó su recital con todo un repertorio de música rockera que había sido la inspiración para unirse hacía cosa de veinte años. Con Caterina al micrófono y Fabrizio a la guitarra, solo coreando como el resto de los músicos, deleitaron al público con versiones propias de éxitos como *Creep*, de Radiohead o *Wicked Game*, de HIM, que a su vez versionaban al gran Chris Isaak. La intensidad del rock fue alternándose con baladas no menos potentes, pero que invitaban a bailar agarrado, y a Aitana no le faltaron pretendientes. Alessandro pidió ser su pareja de baile de nuevo varias veces, y la última tuvo la fortuna de ser salvada por Salvatore, como en honor a su nombre.

Anocheceía cuando, tras una balada rockera de los Aerosmith que Salvatore había coreado como todo un fan, *Dream On*, la cual animaba a la audiencia a «seguir soñado y hacer sus sueños realidad», Fabrizio anunció que concluían la función y daban paso a otro grupo musical con otro estilo para amenizar la velada en función de todos los gustos, pero que cerraba la actuación como todos los años, para no perder la tradición.

Aitana estaba escuchándolo con máxima atención cuando Salvatore le indicó que se marchaba porque Fiorella estaba cansada y sus oídos algo saturados. Ella se acercó para despedirse y les deseó buenas noches. Apenas había vuelto a girarse para descubrir cómo cerraba sus actuaciones Fabrizio cada año, cuando Alessandro apareció a su lado como salido de la nada.

—Otra vez esa canción. ¿Por qué no cambiará el repertorio? Ya aburre.

—¿Cómo dices?

Aitana solo tenía oídos para la voz de Fabrizio entonando la primera estrofa de *Ordinary World*, de los Duran Duran. El vello de los brazos se le había puesto de punta, y eso que aún no había llegado al estribillo.

—Esta canción la canta siempre al terminar estos conciertillos de cumpleaños que se monta con su antigua banda. Aunque al menos hoy ha abierto el pase con una novedad. Nunca le había oído cantar ese tema de los U2. Ni nada más que lo que suena ahora, la verdad. A parte de los coros,

claro.

Aitana comprendió, entonces, la cara de extrañeza de sus compañeros justo antes de abrir el concierto. Si le quedaba alguna duda de que aquella canción la había cantado para ella, quedó disipada por completo.

Aunque en ese instante lo que la tenía cautiva era el sentimiento con el que pronunciaba cada palabra del tema que parecía envolverlo por completo. Cómo rasgaba la guitarra para hacer sonar la melodía. Cómo su rostro se contraía con el significado de cada verso.

«No lloraré por el ayer».

«Hay un mundo ordinario que de alguna manera tengo que encontrar».

«Voy a aprender a sobrevivir».

«El orgullo nos destrozará a los dos».

«Dejaste un vacío en mi corazón».

Todo aquello tenía un significado antiguo y profundo para él. Se preguntó por qué aquella canción era tan importante como para cantarla cada año al finalizar su actuación musical. Y se juró descubrirlo.

La ovación fue rotunda. Muchos de los más ancianos aprovecharon para despedirse cuando el anfitrión bajó del escenario, aunque otros muchos se quedaron, solo que se acercaron a las mesas de los tentempiés para llenar el estómago en lo que parecía solo un receso en la fiesta. Ya había otro grupo de jóvenes subiendo al escenario con otros tantos instrumentos mientras los anteriores desmontaban sus aparatos.

Alessandro le estaba diciendo algo que ella ni escuchaba cuando Fabrizio tiró de su mano al pasar por su lado y se la llevó sin darle opción a oponer resistencia.

—¿Un refresco? ¿Cerveza?

Lo vio beberse a largos tragos un botellín de agua que cogió de un balde con hielos en una de las esquinas de la hilera de mesas.

—Nada, gracias. Acabo de terminar mi bebida.

Era cierto. Aunque lo que le impedía beber nada en ese momento era el nudo que tenía en la garganta. Él tenía la frente perlada en sudor, respiraba de forma agitada entre trago y trago y estaba... radiante. Como si el sol se hubiera colado en un lugar que había permanecido oscuro demasiado tiempo.

—Quiero pedir mi deseo de cumpleaños.

—¿Cómo?

Aitana aún se estaba preguntando por qué había tirado de ella hasta alejarla del gentío... y de Alessandro.

—Acerté que la escultura de Tintoretto era tu regalo. Un regalo único y espectacular. Aun así, me debes un deseo de cumpleaños.

—Si es lo que dice vuestra tradición...

—Es lo que dice —aseguró él, y cogió otro botellín que corrió la misma suerte que el primero.

—¿Y cuál es tu deseo? —La pregunta salió como estrangulada de su garganta.

—Que te quedes aquí hasta que vuelva.

—¿Adónde vas?

—A cambiarme. —Señaló su camisa empapada.

—No pensaba marcharme aún —admitió—. Me estoy divirtiendo.

—Me alegro. Pero lo que quiero decir es que te quedes justo donde estás. Y que no bailes con nadie más hasta que vuelva de asearme.

—¿Que no baile con nadie?

—Con ningún hombre hasta que yo vuelva.

—¿Perdona?

Una de las cejas de Aitana se alzó casi hasta el nacimiento de su pelo. Aquello no pareció intimidar a Fabrizioo.

—El grupo no tocará hasta que yo vuelva, de todas formas. Aun así, te agradecería que esquivaras a Alessandro todo lo posible.

—No entiendo qué quieres decir.

—Que el próximo baile es mío. Ese es mi deseo de cumpleaños.

—Bailaré contigo si quieres, será un placer. Pero de eso a que no pueda hablar con quien me plazca porque a ti se te antoje...

—Eso no es parte del deseo. —Sacudió la cabeza y se echó el pelo húmedo hacia atrás—. Es algo que te solicito, más como un consejo que una petición. No es trigo limpio.

—¿Por algo en concreto?

—Por muchas cosas que no me apetece explicar ahora mismo. —Vio que ella recelaba—. ¿No confías en mí?

—Sí, lo hago. Pero él no me ha dado motivos para desconfiar.

—Te los dará. —Un acordeón sonó en lo que parecía una puesta a punto para lo que se avecinaba—. Me doy una ducha rápida, cojo ropa limpia y vuelvo. Diez minutos.

—Tómame tu tiempo —concedió ella.

Fabrizio le dedicó una última y abrasadora mirada antes de salir con paso raudo y subir las escaleras que daban acceso al primer piso del inmueble.

Aitana decidió que mejor bebía algo durante esos minutos para evitar imaginar lo que Fabrizioo estaría haciendo y cómo. La piel le ardió con la mera idea de su cuerpo desnudo bajo la ducha.

Alessandro no asomó durante ese corto tiempo que a Aitana se le hizo eterno, a pesar de entablar conversación con vecinos que tomaban un refrigerio por las mesas.

Verlo volver fue como un fogonazo que impactara de lleno contra ella. Con el pelo mojado y peinado hacia atrás, camisa y pantalón tan negros como su cabellera azabache... y su perfume intensificado al acabar de salir de la ducha. Comprendió entonces que el aroma que lo caracterizaba se debía a su gel de baño. Averiguaría la marca, pensó medio desquiciada, para olfatearlo a escondidas como una adicta.

—Ya estoy —anunció, como si no fuera evidente—. Vamos.

Volvió a tirar de ella por una mano, esta vez con mayor delicadeza, y la llevó junto al escenario, a lo que había sido la pista de baile a media tarde.

Lo vio hacer una seña a los músicos. Alzó un dedo al aire y después se señaló la cabeza. El músico que sostenía el acordeón sonrió y asintió con la barbilla. A una señal suya, la melodía comenzó.

Aitana se vio sorprendida por las manos de Fabrizio tomando las suyas para establecer la postura del baile.

—Dios mío. Un tango. Hace mucho que no bailo uno —alegó con cierto agobio.

—Déjate llevar —solicitó él, y comenzó a guiarla.

Si se dejaba llevar, de la forma que realmente deseaba, más les valdría desaparecer de la vista de todos aquellos invitados o darían un auténtico espectáculo, y no de baile precisamente, pensó Aitana con el corazón desbocado.

Apenas habían llevado a cabo unos pocos pasos y ya sentía que el cuerpo de Fabrizio tiraba del suyo como un imán.

—Se te da muy bien —comentó con voz temblorosa—. ¿Te enseñó tu madre?

—Cuando llegué a la pubertad. Decía que me ayudaría a seducir a las mujeres.

La declaración vino acompañada por un movimiento muy marcado con el que la hizo cambiar de dirección, después echarse un poco hacia atrás y volver a pegarse casi por completo a él. Sus ojos quemaban, y a ella le ardía el cuerpo en respuesta.

—¿Y te ha funcionado muchas veces? —se atrevió a preguntar en un susurro.

—Nunca me ha hecho falta recurrir a ello.

La sonrisa de suficiencia que le mostró la irritó un poco, sobre todo porque ella ya se había sentido seducida mucho antes de ese baile, solo que en ese momento era tan evidente que le daba hasta un poco de vergüenza.

—Yo aprendí en una academia a los dieciséis años. Este tango era uno de los que solían sonar.

—*Por una cabeza*. Era el favorito de mi padre. Como muchos otros de Gardel, hace alusión a los caballos.

Su voz era extrañamente neutra en comparación con la intensidad de sus movimientos y su mirada. Cuando la música estaba a punto de acabar, la echó hacia atrás desde la cintura y se inclinó sobre ella todo lo que su flexibilidad les permitió. Sus rostros quedaron muy cerca, y aún más cuando la alzó de nuevo.

Por cómo la miró mientras los aplausos resonaban a su alrededor, Aitana habría jurado que, de no estar delante de decenas de personas, la habría besado allí mismo.

—Siempre empiezo este segundo pase con un tema al acordeón. Es lo que esperan que haga. Pero después, querré volver a bailar contigo.

—Claro. Era tu deseo —pronunció Aitana sin fuerza en la voz.

Él asintió con una sonrisa arrebatadora y se subió de nuevo al escenario.

Aitana admiró su actuación con el corazón latiendo desbocado en su pecho.  
¿Podría ser que él también la amara?

## Capítulo 16

—¿Te ha gustado el concierto Aitana? —le preguntó Vittorio.

Él y varios compañeros de Fabrizio de la universidad eran los únicos que quedaban en la fiesta, que ya era más bien una reunión íntima de unas diez personas sentadas alrededor de una mesa redonda y unas copas bajo un árbol del jardín.

—Mucho. Sois geniales, a pesar de que supongo que ya no ensayáis apenas.

—Cumpleaños y fechas señaladas —apuntó el bajista—. Esos son nuestros ensayos.

—Es estupendo que no perdáis la tradición—. Su propia respuesta la llevó a animarse a satisfacer su curiosidad con una pregunta directa a Fabrizio, quien parecía sumido en sus propios pensamientos—. ¿Por qué cantas siempre esa canción al final?

Todas las miradas se dirigieron a él. Vittorio cogió su copa y le dio un largo trago. A Aitana le preocupó un poco el gesto.

—Es una canción que me ayudó en un momento complicado. Fue en una clase de inglés en el último curso de colegio, en Madrid. La profesora nos puso esa canción para hacer oído con el idioma, y una hoja con los versos a medias. Había que completarlos con las palabras que faltaban según las escuchábamos.

»Según fui sacando la letra, cobró un significado personal para mí. Mis padres ya estaban mal por aquel entonces, y sus problemas me afectaban de forma profunda. Pero esta canción me hizo pensar que yo debía tomar mi propio camino, que no debía depender de ellos y sus problemas. Fue cuando decidí que el instituto lo cursaría en Italia. Y desde entonces, no dejé que sus desavenencias influyeran en mi propia vida.

—Nunca nos lo habías contado. —Uno de sus compañeros de Derecho le palmeó el hombro—. Yo pensaba que simplemente te gustaba. A pesar de no ser muy del estilo de Silentium.

—Él le da su propio estilo —aportó Vittorio y se puso en pie—. Ha sido una fiesta genial, como siempre. Pero yo me retiro. Felicidades.

Fabrizio se levantó y ambos se abrazaron. Los demás decidieron secundar la idea. Eran las tres de la mañana y el día había sido largo.

—Te llevo a casa.

Aitana se giró en su silla hacia la voz a su espalda, que a duras penas había podido escuchar entre las carcajadas de unos y otros mientras se despedían, algunos bastante achispados. Menos mal que pasarían la noche en el pueblo, como acostumbraban, alargando la visita a todo el fin de semana.

Fabrizio la miraba directamente. Así que el ofrecimiento iba dirigido a ella, no cabía duda.

—Gracias, pero he venido en coche.

—Has bebido.

—Hace ya dos horas que me pasé a los refrescos —se defendió—. Y tú también has bebido.

—Poco. Aun así, tampoco conduciré.

—Estamos muy lejos para ir andando. Tengo los pies molidos de tanto bailar, y eso que descarté los tacones altos.

—No tendrás que andar.

La cogió de la mano y la hizo salir afuera. Tintoretto esperaba en el camino.

¿Cuándo había ido a buscarlo? Sospechó que había algún cómplice en aquello.

—No.

—¿Por qué no? ¿Nunca has montado a caballo?

—Solo una vez. Para una sesión de fotos. Y estaba parado. Aun así no dejé de temblar ni un segundo. Pocas fueron las fotos que no salieron movidas.

Fabrizio se carcajeó, pero ella asintió con la cabeza, asegurándole que no exageraba.

—Tenías miedo a caerte. Yo no dejaré que te caigas. Irás delante de mí.

—No sé...

—¿No confías en mí o en Tintoretto?

—No es por falta de confianza.

—Venga, es mi cumpleaños. Y quiero que lo pruebes.

—Ya has cumplido tu cupo de deseos por hoy.

—El último. —Aunque había muchos otros que anhelaba cumplir, pensó con esa inquietud que llevaba dentro de él desde que la había visto en la puerta de su casa y por poco no lo había besado en plena boca. Aún no sabía cómo había podido contenerse para no devorarla allí mismo. O después, durante el tango, o las otras tres veces que habían bailado agarrados y ella lo había mirado a los ojos con cierta invitación en ellos—. Además, Tintoretto te debe un paseo por haberlo immortalizado en madera tan guapo.

Aitana sonrió, después suspiró y acabó cediendo ante su insistencia. Se acercó y acarició a Tintoretto a lo largo del cuello.

—Irás despacito, ¿verdad?

—¿Me lo preguntas a mí o a él? —Sin ella esperárselo, Fabrizio la cogió por la cintura y la subió a la silla. Rápidamente, pasó una pierna al otro lado y se agarró con todas sus fuerzas—. Porque él irá al ritmo que yo le indique.

Lo sintió sentarse a su espalda y contuvo el aliento cuando la rodeó por la cintura con una mano

mientras cogía las riendas con la otra.

En cuanto Tintoretto comenzó a moverse al paso, ella pegó un grito y puso una de sus manos sobre el brazo que la rodeaba.

—No estaba preparada —se justificó.

—Intenta relajarte o él se pondrá también nervioso y puede que eche a galopar.

—¿Qué?

—Es broma. Tranquila. No se va a desbocar. —Su aliento junto a su oreja le provocó un escalofrío que él interpretó como miedo—. No disfrutarás del paseo si no piensas en otra cosa que en la posibilidad de caerte. Intenta mirar el paisaje, sincronizarte con el movimiento del trote.

—¿Trote?

—Ahora al trote.

Se mordió los labios para no volver a gritar. Y trató de pensar en otra cosa. Pero lo único que invadía su mente, además del trotar de Tintoretto, era el cálido pecho contra su espalda, moviéndose arriba y abajo al compás del caballo, los fuertes muslos rodeando los de ella, además de su brazo en su cintura y... Dios santo, su boca junto a su oreja susurrando una especie de melodía. Si con ella pretendía tranquilizarla, no podía haber estado más equivocado. Lo que estaba consiguiendo era encenderle la sangre.

—¿Qué cantabas? —se interesó cuando emprendieron, de nuevo al paso, el ascenso hacia la colina donde se ubicaba su casa.

—Me ha venido a la mente la canción que estaba cantando el día que apareciste aquí por primera vez —confesó.

Aitana no se atrevió a preguntar por qué. Temía y anhelaba la respuesta. Si no fuera la que ella esperaba, sabía que él notaría la decepción en sus ojos. Porque a esas alturas, era imposible que no viera lo que sentía por él. Y ya habían llegado a la puerta de su casa.

Jamás se había sentido tan vulnerable ante un hombre. No solo por los sentimientos que la invadían a ella, sino porque las señales que él emitía eran contradictorias.

Ya solo esa noche, habían sido muchas las veces que habría jurado que la devoraba con la mirada. Y en otras tantas ocasiones se había mostrado muy cercano al conversar, comprensivo y comunicativo, como en el alto de la colina el día que la invitó a su cumpleaños.

En cambio había momentos en los que se alejaba de ella, no solo físicamente. Marcaba una distancia emocional que le hacía preguntarse qué había dicho o hecho mal para apartarlo cuando lo que deseaba era retenerlo a su lado para siempre.

Fabrizio descabalgó y la ayudó a bajar inmediatamente después.

—¿A que no ha sido para tanto? —«Ha sido mucho más», pensó ella para sí. Aunque se limitó a sonreír y a encogerse de hombros—. ¡Venga ya! Si hemos ido muy despacio.

—Supongo que al ser así de repente, sin tiempo a hacerme a la idea... además de noche y no poder ver el camino... sumado a que estoy bastante cansada... —razonó a trompicones, con un temblor en el cuerpo fruto de la distancia con el cálido cuerpo de él—. Porque tenías razón. Ha

sido la madre de las fiestas.

—Sí, desde luego este año nos hemos superado. —Sonrió satisfecho—. ¿Lo has pasado bien?

—De maravilla. —Trató de sonar normal, pero la voz le tembló, sobre todo cuando él dio un paso hacia ella—. Gracias por invitarme.

—A ti por venir. Por los postres, que si no te has dado cuenta, han sido los primeros que han volado. Por romper el hielo y animar a la gente a bailar sin parar —admitió; a pesar de que lo había hecho con Alessandro y eso lo irritaba, la gente los había seguido.

—La música invitaba a ello —adujo, abrumada por tanto agradecimiento.

—Y una vez más, gracias por el regalo. Lo pondré en un lugar privilegiado de mi salón. —Aitana tuvo que agarrarse a uno de los postes del porche cuando él avanzó, posó una mano en su hombro y la besó en la mejilla con suma delicadeza. No rozó la comisura de sus labios, pero estos le hormiguearon como si aquella hubiera sido su intención. Le pareció que se demoraba de más en retirarse y estuvo a punto de mandar al diablo todos sus miedos y echarle los brazos al cuello para saborear por fin su boca. Estaba a una milésima de segundo de hacerlo cuando él separó los labios de su piel y retrocedió un paso—. Aitana. Yo...

Una sombra saltó a un lado y un maullido agudo se dejó oír en la oscuridad. Ambos dieron un pequeño bote en el sitio, aunque Fabrizio trató de disimular que se había sobresaltado. Si ella no hubiera sabido que él había estado a punto de decirle algo importante, le habría hecho hasta gracia su reacción. Sin embargo, no pudo sino maldecir al minino por aparecer en el momento menos apropiado.

—Caramba, es mejor que un perro guardián —alegó al verlo pasearse de izquierda a derecha por delante de ella, manteniéndolo a él a cierta distancia. Se agachó para mirarlo de cerca—. Así que este es Gabino. Le has puesto un collar.

El gato negro apenas se distinguía en la oscuridad salvo por sus poco amistosos ojos verdes y la cinta blanca de su cuello.

—Le compré un collar con cascabel, para oírlo acercarse. Es muy sigiloso. Pero lo perdió el primer día, o se lo arrancó. Apuesto más por lo segundo. Me parece que no le gustaba el sonido.

—Uy. Y tampoco los desconocidos —añadió él cuando fue a acariciarlo y este le bufó.

—Está enfadado por llegar tarde y no haberle dado su cena. Con todo el asunto de los postres, me olvidé por completo.

«O más bien, es que estaba nerviosa porque era tu cumpleaños y se me pasó», le confesó mentalmente.

—Hasta que tú llegaste se alimentaría de los ratones y los pájaros que cazara. No ha podido olvidarlo tan pronto.

—Más le vale, porque sin papeles de vacunación y esas cosas no me dejarán llevármelo a España. Y si nadie del pueblo lo quiere, en septiembre tendrá que volver a valerse por sí mismo —divagó mientras lo acariciaba en la cabeza y barruntaba para sí que vacunarlo y poner en regla unos papeles no le costaba más que unos euros y un viaje a algún pueblo con veterinario.

—Sí, más le vale espabilarse y no hacerse ilusiones. —Oyó que murmuraba Fabrizio con voz ronca—. Te dejo para que le des la cena y puedas descansar. Buenas noches.

Para cuando Aitana pudo reaccionar, él ya tenía un pie en el estribo. La última mirada que le echó fue tan fría, tan distinta a la que le había dedicado tras besarla en el mejilla, que parecía la de otra persona.

El corazón se le llenó de tristeza e impotencia al verlo alejarse a medio galope.

—¿Qué narices ha pasado aquí?

Un maullido fue la única respuesta que obtuvo. Y para no pensar en lo que podría haber sido y no fue, entró en la casa a alimentar al inoportuno gato.

—Iba a decirme algo y lo has interrumpido. Ya te vale, Gabino —le recriminó, sin ser en absoluto consciente de que había sido ella con sus comentarios la única que había alejado de allí a un hombre que había estado a punto de declararse.

«Aitana, estoy enamorado de ti».

«Aitana, ¿qué dirías si te pidiera que te quedaras para siempre?».

«Aitana. Yo... te quiero como nunca he querido a ninguna mujer».

Todas esas frases habían pasado por su cabeza en los escasos segundos que había durado el beso de buenas noches y el agradecimiento que se había animado a darle. Había sido la tercera de ellas la que habían comenzado a pronunciar sus labios. Hasta que se había visto interrumpido por aquel maldito gato que lo había arruinado todo. O bendito gato que lo había salvado de hacer el mayor ridículo de su vida. Porque de no ser por él, no habría visto tan claro que ella seguía teniendo la intención de marcharse de allí en solo un mes.

No podía culparla. Después de todo, era lo que había dicho desde un principio. Solo que él había querido pensar que sus sentimientos eran correspondidos y que por eso Aitana habría cambiado de idea al respecto de su vuelta a su casa en España.

Pero ¿qué podía él ofrecerle a parte de a sí mismo? Un pueblo al que le faltaba vida de forma tan evidente que en escasos días ella había detectado sus carencias y había tratado de solventarlas. Lo que había creído entrever como interés y preocupación real hacia Caral in Chianti y sus vecinos quizá solo fuera compasión y lástima.

¿Podía haber estado tan ciego?

Para sacársela de la cabeza, giró el grifo de agua fría y convirtió la ducha con la que pretendía relajarse para poder dormir en un castigo helado que lo obligara a borrar las absurdas esperanzas de su corazón.

«No te quiere. Tal vez la atraigas. Después de todo, el tango tiene sus efectos seductores, y tú también, ya lo sabes. Las mujeres te encuentran deseable para acostarse contigo. Algunas acaban queriendo una relación estable. Pero no la única que tú quieres. La única que has querido. Y si tienes la misma mala suerte que tuvo tu padre, la única que querrás».

## Capítulo 17

Tenía que verlo. Necesitaba hablar con él. Tendría que haber llevado los postres en bandejas de cristal en lugar de desechables, así habría tenido la excusa perfecta para pasarse por su casa el domingo. Ir a por el coche aparcado allí mismo avalaría su inocente intención. Y como quien no quiere la cosa, conduciría la conversación hasta el punto donde habían sido interrumpidos la noche anterior.

Pero tocar a su puerta sin más, solo aduciendo haber ido a por el coche, no tenía sentido. Tendría que alegar algo más, y no se le ocurría nada sin delatarse.

—¡Dime lo que ibas a decirme! ¡Me estoy muriendo por saberlo!

Pasó todo el domingo buscando la forma. Se juró a sí misma no ir a recoger el coche hasta tener un buen motivo para tocar a su puerta. Pero oscureció y lo único que se le ocurrió fue lanzarse a sus brazos cuando la abriera.

Demasiado directo. Además, sus amigos aún andarían por el pueblo, incluso en la casa de Fabrizio. Tener público no iba a ser de ayuda.

Se acostó y tardó más de dos horas en conciliar el sueño. Cuando lo hizo, volvió a tener los mismos sueños agitados de la noche anterior. Él estaba al final de un largo pasillo y, por más que ella corriera para alcanzarlo, la distancia crecía más y más cuanto ella más corría. Y lo peor de todo. Aun estando lejos, podía ver su rostro. Sus ojos. Sus preciosos ojos caramelo estaban anegados en lágrimas. Unas lágrimas de las que ella sentía que era la culpable.

Se despertó al alba, ojerosa y desanimada de un modo que hacía mucho que no se sentía. Ni en el peor de los días de su rehabilitación tras el coma, cuando la fuerzas no la acompañaban y lo veía todo negro, incapaz de volver a moverse como antes, se había sentido tan hundida.

Se duchó por pura rutina y se preparó un café bien cargado para tratar de espabilarse. Estaba dando de comer a las gallinas cuando oyó que le sonaba el móvil dentro de la casa. Lo ignoró de primeras. Pero al ver que insistían, corrió a cogerlo, con un presentimiento latiéndole en las entrañas.

Era de la agencia de publicidad de su amigo Emilio.

—Buenos días, preciosa. ¿Te he despertado?

—Qué va. Llevo... —Miró el reloj. Eran las ocho en punto—. Casi dos horas despierta. Estaba en el gallinero. Por eso no me ha dado tiempo a cogerte antes.

—¿El gallinero? Joder, sí que te has mimetizado con el entorno.

—Es cuestión de acostumbrarse. ¿Me llamas para decirme que la web ya está lista?

—Muy lista y despejada para haber madrugado tanto.

—No te creas. —Rio por la comparación consigo misma—. ¿Y qué tal ha quedado?

—No tengo adjetivos suficientes. Pero te diré que acabo de rescindir el contrato de prácticas de Clara.

—¿Qué?

El estómago se le revolvió de golpe. Clara era la becaria a la que Emilio le había encargado el trabajo, pues el resto de su plantilla estaba muy ocupada con otros clientes para meterse en un proyecto nuevo así de repente. A Aitana le había corrido prisa, por lo que había aceptado que le diera la oportunidad de demostrar lo que sabía hacer.

—Y lo he sustituido por uno indefinido desde mañana mismo.

—¿En serio? —Tuvo que dejarse caer en el sofá porque las piernas no la sostenían—. ¿Tan bien lo ha hecho? ¿Puedo verla ya?

—Sí, sí y sí.

—Ay, Dios mío. Espera que conecte el ordenador.

Corrió como una loca hasta su habitación. De mientras, Emilio le iba contando sus propias impresiones.

—Es visual, intuitiva y nada recargada, a pesar de que ha logrado meter más del ochenta por ciento de la información que me pasaste y buena parte de las fotos. Fantásticas, por cierto, enhorabuena.

—Gracias. Ya estoy online. ¿Qué hay de los dibujos? ¿Los pudo fusionar con las fotos?

—Eso ha quedado de película. Literalmente. Ha logrado un efecto de lo más cinematográfico. La idea era brillante, y la ejecución no lo ha sido menos.

—Lo veo, lo estoy viendo. Guau... es... brutal —zanjó.

—Te dejo para que la curiosees con calma. Cualquier cambio o añadido, no dudes en llamarnos. Pero como pronto, mañana. Hoy, Clara tiene el día libre. Se lo ha ganado.

—Mañana os llamaré por lo menos para agradecerérselo personalmente. Gracias, mil gracias, Emilio. Esto significa mucho.

—¿Para ti o para alguien más?

—Ambas cosas. —De pronto se dio cuenta de que tenía que decírselo a Fabrizio de inmediato. Y no solo como excusa para verlo. Él tenía que ver la web antes que nadie, pues era quien realmente debía darle el visto bueno—. Hablamos mañana.

—Un beso, Aitana.

—Otro enorme para ti, Emilio.

Indagó un poco más en la página, ya que no hacerlo era superior a sus fuerzas. Hizo lo mismo a través del teléfono de forma simultánea para ver cómo había quedado la versión para móvil. Aunque más pequeña, no perdía su magia.

—Dios, le va a encantar.

Salió disparada hacia la calle sin molestarse en coger ni siquiera el bolso. Solo las llaves del coche para recogerlo de vuelta.

Minutos después, con los pulmones ardiéndole, reconoció a Fabrizio en el interior de un vehículo que circulaba por la calle entre su casa y la plaza Mayor. Le hizo una señal con la mano para que se detuviera y siguió corriendo hasta ponerse en el lado del conductor.

—¿Qué ocurre? —Su preocupación era patente.

—Ya... está... la web. Y es increíble. —Tomó aire con dificultad—. Te va a encantar.

—¿Por eso vienes sin aliento? —La idea lo hizo sonreír, y Aitana sintió un millón de mariposas en su interior. Un solo día sin ver esa sonrisa y ya se había sentido morir.

—Me acaba de llamar mi amigo Emilio. Y tenía que avisarte.

—Y no tenías tu coche. Ayer no lo recogiste.

Que él se hubiera percatado de ese detalle podía significar algo o absolutamente nada.

—Estaba cansada. Y tampoco lo necesitaba.

—Podrías haberme llamado por teléfono.

«Podría. Pero entonces no te habría visto, y lo necesitaba tanto...», se abstuvo de confesar.

De pronto lo vio sacar un poco la cabeza por el hueco de la ventanilla. Una mano se posó bajo su barbilla y la hizo alzar la cara.

—¿Estás enferma?

—No. Solo he dormido mal un par de noches. —Él no dijo nada, solo se la quedó mirando de forma extraña y sin apartar su mano—. Tampoco me ha dado tiempo a arreglarme. —Comprendió que debía de tener un aspecto horrible, con las ojeras sin cubrir con un poco de corrector, ni nada de maquillaje en general, y el pelo tal como se le había secado al aire—. Pero estoy bien, de verdad.

Acarició la mano de él con la suya y la apartó de su cara. Sin embargo, las mantuvo unidas hasta que el propio Fabrizio encogió el brazo y se apoyó en el borde de la ventanilla.

—Ahora no puedo pararme a mirarla. Tengo un juicio en Florencia y no puedo llegar tarde.

—¿Algo grave?

—No, pero sí importante. Voy de apoyo a mis compañeros del bufete. Puede que tenga que quedarme varios días.

—Bueno, siendo así... Suerte.

—Gracias.

—¿Te conectarás para verla en cuanto te sea posible?

—Claro. Estoy deseando verla. ¿De verdad ha quedado bien?

—Es la mejor que he visto nunca. Te lo juro. Y no es porque las fotos sean mías ni parte del

texto. Es todo. Clara, la diseñadora, que estaba de prácticas, se ha ganado un puesto fijo desde mañana mismo.

—Eso es todo un aval. Intentaré verla esta tarde sin falta.

—Genial. Buen viaje.

Porque estaba entusiasmada, porque él la miraba con algo similar a la ternura y porque así se lo pedía el cuerpo, se acercó a la ventanilla, le cogió la cara entre ambas manos y le dio un beso en la frente con las mismas ganas que lo hubiera besado en los labios.

Cuando se retiró, él la miraba boquiabierto, con gesto de no comprender nada. Ella no pudo evitar soltar una carcajada.

—Va a triunfar. Estoy segura —vaticinó antes de marcharse corriendo hasta su coche. Lo arrancó y volvió a su casa con lágrimas en los ojos y una risa floja, sintiéndose un poco loca.

—Lo nuestro también triunfaría. Si tú quisieras —le dijo en la distancia, mirando por el retrovisor y viendo cómo se alejaba. A saber por cuántos días.

\*\*\*

La curiosidad pudo con él y en el primer descanso del juicio, mientras los demás se tomaban un café, Fabrizio tuvo que conectarse. Minutos después, hubo que ir a buscarlo, pues se le había pasado media hora sin darse ni cuenta.

Era más que increíble. Era perfecta. Y todas esas fotos hechas por Aitana... Desde luego, tenía un don. Y esa manera de fusionar sus dibujos con sus fotografías... Había logrado el encuadre exacto para que aquel mimetismo fuera posible. A saber el tiempo que habría invertido también en eso. Además del que había dedicado a la escultura de Tintoretto.

Fabrizio había pasado gran parte del domingo observando la obra con detalle, decidiendo en qué parte de su salón colocarla, sabiendo que pensaría en la artista cada vez que la mirara, imaginándola mientras tallaba.

La diseñadora de la web también le habría dedicado mucho tiempo, pero a ella le pagaban por hacerlo. Aitana lo había hecho de forma altruista. Simplemente, porque quería ayudar. ¿O había algo más? ¿De verdad le importaba el pueblo tanto como sus actos demostraban?

La felicidad que irradiaba cuando la había visto llegar corriendo esa mañana temprano no se podía fingir. Y de todas formas, ¿para qué iba a hacerlo?

Se sintió desconcertado y esperanzado de nuevo.

¿Y si ella solo estaba esperando a que él se lo pidiera para quedarse? Sin embargo, no se sentía capaz. Ella debería quedarse por propia voluntad, no quería que la historia se repitiera, no quería revivir el dolor de sus padres, no podría soportarlo.

Pero si el pueblo resurgía, si se llenaba de vida, tal vez ella se sintiera a gusto allí. Si otros eran felices en Caral in Chianti, ¿por qué no podría serlo Aitana?

Era versátil y polifacética. Podría dedicarse a mil cosas distintas, nunca estaría aburrída. Y era

muy buena fotografía. Podría tener un estudio o trabajar para revistas con fotos artísticas. Él la apoyaría en lo que eligiera, siempre. En cualquier cosa excepto en alejarse de allí. Eso era lo único que no podría darle. Y temía el día que fuera precisamente eso lo que le demandara.

Aquel tira y afloja de su propia mente lo volvía loco y en esos momentos no podía permitírselo. Tenía trabajo, un juicio en el que aportar ideas para que su cliente no tuviera que pagar una indemnización millonaria que lo arruinaría. Y además, creía en su inocencia.

Más le valía concentrarse para que un hombre cuyo único pecado había sido ser confiado no pagara con el fruto del trabajo de toda su vida por un inocente error. Porque, además, una sentencia como culpable dejaría en el paro a todos sus empleados, más de cien. Había cosas más importantes que su propio corazón a las que prestar atención.

## Capítulo 18

En el silencio de la noche, Aitana escuchó los cascos del caballo mucho antes de apreciar el contorno de la silueta de su jinete bajo la luz de las estrellas. Apenas tuvo oportunidad de incorporarse de su cómoda postura sobre una amplia manta en la hierba y unos mullidos cojines a modo de almohada.

Fabrizio la divisó como si supiera de antemano dónde la encontraría y desmontó de Tintoretto de un ágil salto.

—¿Qué tal el juicio? —se interesó Aitana en un susurro.

Era más de medianoche. ¿Qué hacía allí?

—Nuestro cliente ha sido absuelto —informó con voz suave, apenas audible a pesar del silencio de la noche—. Conseguimos desmontar las falsas pruebas de la acusación haciendo que los testigos que mentían se contradijeran unos a otros.

—¿Cómo?

—Con las preguntas adecuadas.

—Me alegra oírlo. Enhorabuena. —Al ver que no se acercaba más, le hizo una seña con la mano—. Llegas a tiempo para ver la lluvia de estrellas.

Él ató las riendas del caballo a la rama del limonero y caminó hasta el improvisado lecho donde Aitana seguía tumbada, solo que apoyada sobre un codo y ligeramente incorporada.

Se quedó de pie a un paso de ella, observándola, lo que a Aitana le parecieron horas, aunque en realidad apenas fuera un minuto.

—Cinco mil visitas en menos de cuarenta y ocho horas —dijo al fin, con el rostro oculto por las sombras. Su voz reflejaba algo parecido a la angustia.

Aitana suspiró con fuerza antes de hablar.

—Eran cuatro mil la última vez que miré.

—Chiara y Lia ya tienen diez reservas en la pensión para la próxima semana. Y Renato tiene completo todo el mes de agosto y parte de septiembre. Todas las habitaciones. Las quince —matizó, a solo un paso de ella. Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Eso no lo sabía.

—Te lo cuento yo.

Estaba enfadado. Pero no con ella. Aitana sabía que era consigo mismo, por no haber dado antes un paso como aquel, tan simple en apariencia. Ella era consciente de que había mucho trabajo previo, o paralelo, a abrirse al mundo a través de Internet. Y que él había luchado lo indecible por ese pueblo. Para ese paso final, o intermedio, había necesitado un empujoncito. Cada vez estaba más segura de que había sido el destino el que la había llevado hasta allí. Y hasta él.

—Hace una noche perfecta. ¿Por qué no vienes y ves las perseidas conmigo? Tengo una botella de vino. Un *bianco* Caruso Bello. Ideal para brindar por las buenas nuevas.

Fabrizio ladeó la cabeza. Aitana ignoraba cómo podía estar tomándose su propuesta. Sin embargo, el pecho le latía desahogado a la espera de que la aceptara, de que no se marchara aún. ¿Había acudido hasta allí pasada media noche solo para hablar con ella de algo que podrían haber comentado por la mañana?

—Solo hay una copa —observó él sin mover un solo músculo.

—Te la cedo. No sería la primera vez que bebo directamente de una botella.

Como gesto de invitación, la cogió, la rellenó un poco más y se la ofreció. Él la tomó después de unos segundos manteniéndola en vilo. Y se sentó a su lado antes de darle un largo sorbo.

Ya más cerca de ella, lo observó paladear el vino con lentitud. Cuando se giró para mirarla, los labios le brillaban de forma demasiado tentadora. No pudo evitar humedecerse los suyos de manera inconsciente.

—Aún está fresco. No debes de llevar aquí fuera mucho tiempo.

—Unos diez minutos.

—¿Alguna estrella a la vista?

—Ninguna fuera del mapa estelar, de momento.

Para asombro de Aitana, le devolvió la copa y se tumbó. Se acomodó sobre los cojines, dejando sitio suficiente para otro cuerpo.

Ella encubrió su sorpresa dándole un trago a la copa antes de depositarla junto a la botella. Trató de controlar su corazón mientras se tumbaba de nuevo y apoyaba la cabeza a un par de centímetros de la de él.

Durante un prolongado lapso de tiempo, solo se escucharon sus respiraciones, los grillos o el ulular de algún búho. Y a Tintoretto removiendo el terreno con sus cascos o soltando algún bufido mientras olisqueaba los limones.

—¡Mira! ¡Allí, allí! —Aitana señaló un punto del cielo donde las primeras estrellas comenzaban a caer—. ¡Y allí también!

—Sí, ya lo veo.

—¡Oh! Es precioso. Maravilloso.

—¿Es la primera vez que las ves?

—Sí. Con las luces de la ciudad es imposible. ¿Tú no?

—Las veo casi todos los años.

—Entonces habrás pedido miles de deseos. O el mismo a todas ellas. Uno cada año. Son muchas una misma noche. Tendrán la fuerza suficiente para hacerlos realidad.

—De nada sirve pedir deseos a las estrellas, al soplar las velas de cumpleaños, o al mismísimo genio de la lámpara. La magia no existe. Cada uno se forja su suerte con trabajo y esfuerzo.

Ella giró la cara hacia él. Fabrizio lo notó y esperó a ver qué tenía que decirle al respecto de su tajante comentario. Como no hablaba, se vio obligado a volver el rostro para mirarla. Se encontró con sus azules ojos escrutándolo bajo un ceño fruncido.

—Ese es un pensamiento muy frío y descorazonado.

—Simplemente realista.

—¿Nunca has pedido ningún deseo? No como los de tu cumpleaños a raíz de los regalos acertados, sino a un poder invisible.

—Lo he hecho. Y jamás se ha cumplido.

—Quizá sea porque no te has esforzado lo suficiente para que se realizara. —La sonrisa que le dedicó lo desarmó—. Nadie dice que tengas que sentarte a esperar que tus deseos se cumplan, pero nada pierdes por pedir ayuda mágica para que aquello que ansías y por lo que te desvives se haga realidad algún día.

—¿Y qué diferencia hay entre pedirlos y no, si tú mismo te encargas de que se cumplan? — indagó, ya que veía que su planteamiento hacía aguas.

—En que puede que, a pesar de tus esfuerzos, no consigas lo que deseas. Así que es la magia la que te da ese empujoncito para lograrlo.

—Si es eso en lo que quieres creer...

Su escepticismo la irritó.

—¿Es que tú no crees en nada?

—Creo en lo que puedo ver.

—Entonces eso no es fe. Solo certeza.

—¿Acaso no he creído en ti, en tus ideas y tus buenas intenciones, antes de ver que iban a funcionar?

—Al principio no —le reprochó con un mohín.

—Cierto —reconoció él tras un suspiro—. Porque aún no podía ver a la verdadera Aitana.

—¿Y ahora sí?

De pronto estaban muy cerca, tanto que sus alientos se rozaban.

—Hace tiempo que sí. —Su voz era más ronca de lo habitual.

—¿Y qué ves? —A Aitana apenas le salieron las palabras.

Esta vez no fue la voz de él la que le respondió, sino su mirada, profunda y desgarrada. La lucha interna que se libraba en su interior era palpable. Los motivos de aquel sufrimiento eran otro misterio para ella, pero dejó las preguntas a un lado cuando la mirada de él abandonó sus ojos y se deslizó por su rostro hasta alcanzar su boca. Solo un instante después, lo hicieron sus labios.

Los frotó con suavidad contra los de ella, con calma, sin prisas. La acariciaba con ellos como hacían sus manos, como si su piel fuera barro que moldear, dándole forma con la suave presión de sus dedos. Deseó sentirlos por todo su cuerpo, sus labios y sus dedos, y lo imaginó de una manera tan gráfica que un jadeo se escapó de su garganta.

El sabor del vino aún perduraba en sus lenguas cuando estas se rozaron. Tan dulce como su forma de seducirla, tan delicado como la mano que se colaba bajo su camiseta para dibujar su columna. El escalofrío que le provocó la hizo estremecer y separarse de sus labios para tomar aire.

—Aquí está —susurró medio aturdida. Lo hizo gemir de forma muy gratificante al morderle los labios y hundir los dedos en su frondosa cabellera. Le repartió pequeños y suaves besos por la oreja—. Esto es magia. ¿Cómo puedes no creer en ella?

Sintió su mano detenerse en mitad de su espalda y sustituir la caricia por una presión que la pegó a su pecho con fuerza. El beso que le dio fue muy diferente a los que acababa de regalarle. Fue tenso, nada delicado, como si quisiera succionarle el alma de un solo bocado.

—La magia es efímera como una escultura de hielo. Tarde o temprano se deshará y tú te esfumarás con ella.

Tenía la mandíbula tensa, los ojos cerrados y la frente pegada a la suya. Como si no fuera capaz de mirarla y decir aquello de forma simultánea. Sufría. Y ella seguía sin saber qué era lo que le hacía tanto daño. No podía ser ella ni los sentimientos que ahora sabía que despertaba en él. Estos tendrían que llenarlo de alegría y no de dolor. No cuando ella había correspondido a sus besos y de esa forma había confesado que la atracción era recíproca.

Tenía que haber algo más, algo que lo empujaba a salir casi corriendo de su jardín a lomos de su caballo sin mirar atrás, cuando había sentido que lo que deseaba era desnudarla y hacerle el amor bajo aquel cielo ya repleto de estrellas en movimiento.

Con la vista borrosa por las lágrimas, le hizo una promesa al firmamento en lugar de pedir ningún deseo. Y retó a aquellas fuerzas de la naturaleza a atreverse a interponerse en su camino para impedirle alcanzar lo que su corazón anhelaba más que nada en toda su vida.

\*\*\*

El primer rayo del amanecer se coló por su ventana, iluminando el dormitorio que, nunca antes, le había parecido tan vacío como aquella noche de insomnio.

Fabrizio se levantó de la cama. Si no había podido dormir un solo minuto de noche, menos podría hacerlo cuando ya había salido el sol. Abrió las puertas del balcón y salió a respirar el fresco aire matinal. Le resultó demasiado cálido para horas tan intempestivas, por lo que la jornada prometía ser calurosa. Tras unos minutos tratando de despejar la mente, y viendo que no iba a ser posible dejar de pensar en ella ni un solo instante tras lo ocurrido en su jardín bajo una mágica pero reveladora lluvia de estrellas, decidió hacer eso que siempre lo había ayudado a

relajarse. Tocar alguno de los instrumentos de su padre.

Eligió la guitarra española. Sin embargo, cuando se dispuso a sentarse y tocar los primeros acordes de la primera melodía que le viniera a la mente, algo inesperado lo impulsó a salir de su casa y acudir a un lugar que llevaba mucho tiempo esperando verlo aparecer.

Gabino saltó sobre la cama de Aitana, despertándola por el impacto. Maulló hasta que sintió la mirada de ella sobre él, y después, volvió a maullar con mayor insistencia, meneando la cola.

—Qué inoportuno que eres, Gabino. Otra vez —lo acusó, pues aún recordaba su intervención estelar la noche del cumpleaños de Fabrizio, cuando interrumpió un momento que había prometido ser tan revelador como el de la noche anterior. Miró el reloj—. Apenas son las siete y media. Acababa de quedarme dormida, ¿sabes? No he pegado ojo en toda la noche.

A Gabino pareció importarle bien poco su necesidad de descanso. Al parecer, la suya de alimento era mucho más importante. La siguió hasta la cocina y rodeó sus pies sin cesar hasta que el desayuno fue servido en su cuenco.

—De nada, majete. Anda que ya te vale. Se supone que te las apañabas muy bien solo hasta que me conociste. ¿Qué vas a hacer cuando me vaya? No puedo llevarte conmigo.

La misma angustia que había encogido su corazón toda la noche volvió a instalarse en su pecho. Los ojos de Fabrizio mirándola con algo parecido a la devoción volvieron a dibujarse en su mente, al igual que la gloriosa sensación que le provocaron sus labios al besarla con infinita y perturbadora ternura.

—También podría quedarme —meditó en voz alta.

La posibilidad había estado dando vueltas por sus pensamientos horas y horas, haciéndola girar en la cama una y otra vez. Había visualizado su vida cuando tuviera que devolverle a la señora Galvani las llaves de aquella casa por la que ya sentía un apego que no se podía explicar. Cuando tuviera que abandonar Caral in Chianti, a sus vecinos, sus calles y sus paisajes. Cuando tuviera que enfrentarse a la realidad de retomar su vida en España y elegir a qué se iba a dedicar de una vez por todas. El dinero no sería un problema, nunca lo había sido, pero ella no podía vivir sin hacer algo de provecho. Aunque era algo muy distinto a un trabajo lo que le hacía sentir que no podría vivir en cuanto se alejara de allí. O más bien alguien. Y no, no era un gato quien inclinaba la balanza hacia la decisión de que el último destino de su viaje se convirtiera en su hogar de forma definitiva.

¿Qué opinaría Fabrizio de eso? Por las últimas palabras que le había dedicado la noche anterior, no la veía capaz de tomar esa decisión. «Desaparecerás como una figura de hielo...». Aunque también de esas palabras —y de sus caricias— creía entender que eso era exactamente lo que deseaba. Que se quedara. Entonces, ¿por qué no se lo pedía?

Aitana tuvo que reconocerse a sí misma que unas palabras de sus labios inclinarían la balanza hacia permanecer en Caral in Chianti y empezar allí esa nueva vida que había estado buscando

durante el último año.

De lo que no era consciente era que esa vida había comenzado hacía ya dos meses, desde la primera vez que puso un pie —enfundado en una carísima sandalia blanca comprada en Nueva York— en el fangoso suelo de la entrada de la Scuola Salvatore Conte, minutos antes de cruzar sus ojos con los de su destino.

Fabrizio había perdido la noción del tiempo. No era consciente de llevar más de una hora sentado en el cementerio, frente a las tumbas de Candela Salerno y Filippo Conte, tocando la guitarra y recordando momentos felices como cuando él tenía ocho años y sus padres bailaban canciones como esa que él tocaba en ese momento, riendo y disfrutando a la vez que Candela trataba de mostrar a su hijo cómo debían ser los pasos de baile y Filippo lo corregía cuando se confundía en algún acorde.

Pero una hora daba para mucho, y no solo habían sido recuerdos alegres los que habían acudido a su mente. El dolor que se habían infligido marido y mujer y, por consiguiente, habían provocado en su hijo aún lo perturbaba como si el tiempo no hubiera pasado. Si bien, una diferencia importante marcaba el corazón del hombre que por fin se había decidido a visitar las tumbas de sus padres, por primera vez salvo en el propio funeral de ambos, con casi diez años de diferencia.

Fabrizio por fin podía sentir perdón hacia ellos en su corazón, pues creía comprenderlos, al menos un poco. Porque por otro lado, no los comprendía en absoluto y creía que nunca podría hacerlo. Si se habían amado tanto, no deberían haberse hecho sufrir hasta lo indecible.

Él, por primera vez en su vida, estaba enamorado de verdad. Enamorado de la forma que él concebía que debiera ser el amor. Generosa, no egoísta. Apasionada pero respetuosa. Sincera y... para toda la vida.

—Podré vivir sin ella. —Dejó la guitarra a un lado y recolocó las flores silvestres que había cogido de camino al cementerio. Entre ellas, amapolas, del intenso rojo que había sido el color favorito de su madre—. La añoraré cada día del resto de mi existencia. Pero saber que lo que he hecho por ella es un acto de amor, me ayudará a lidiar con ello.

Suspiró. Ahí estaba la parte que él asumía como intrínseca a amar a alguien. No ser egoísta. No pensar en uno mismo, sino en el otro, en lo mejor para él o ella.

—Con lo que no podría vivir sería con su marcha dentro de un año, dos o diez. No podría verla marchitarse hasta desear irse. No podría con la culpabilidad cuando ella sintiera que se ahoga en este pequeño pueblo que no tiene para ofrecerle ni una milésima parte de lo que puede encontrar en el mundo entero, ese que ha estado recorriendo y que la llamará a gritos cuando yo le explique que no puedo acompañarla, que estoy demasiado ligado a esta tierra. A mi apellido, a estos vecinos, a los tíos. A la promesa que te hice, papá.

Porque necesitaba hacerlo, depositó un beso en sus dedos y los acercó hasta el nombre de su padre inscrito en la piedra de la lápida. Hizo lo mismo con el de su madre. Acto seguido, se puso

en pie.

—Prefiero lamentar siempre lo que pudo ser y no fue y que ella sea feliz y libre de hacer todo lo que desea. Aunque se lleve mi corazón con ella allá adonde vaya y yo muera un poco cada día que pase sin volver a ver su dulce rostro. Me consolará la idea de que guarde este verano con cariño en su corazón, que piense en mí como un hombre que la amó hasta tal punto de renunciar a ella para mantener libre su mágico espíritu. Es lo correcto y es lo que haré.

Y tras convencerse a sí mismo de aquello, cogió su guitarra y salió del cementerio al que no sabía si tendría fuerzas para volver antes del propio día de su muerte.

## Capítulo 19

—Aitana. Aitana.

—¿Eh? ¿Qué?

—Otra vez distraída.

—No, no. Perdona. Ha sido solo un momento... No me mandes otra vez a casa, por favor.

Salvatore suspiró. Aquella súplica le rompió un poquito el corazón, pues lo hizo sentir cruel, cosa que jamás había sido. Estaba cargada de un sentimiento cercano a la desolación que no podía deberse solo al hecho en sí de perder un día de clases.

Se sentó a su lado, le quitó el cincel de la mano y lo depositó junto al trozo de piedra que apenas había empezado a tallar. La cara de la joven perdió parte de su color.

—Aquel día te propuse posponer las clases porque percibí que así lo necesitabas. No era aquí donde tu espíritu reclamaba estar. Así que quise ayudar a que lo dejaras volar libre y pudieras volver a encontrar tu centro de apoyo, tu equilibrio. Lo hiciste, ¿cierto?

Aitana recordó los incidentes de aquella tarde con Goliat, el jarrón roto, el corte de su mano y la tarta quemada que tuvo que repetir. La larga hora que había pasado mirando al infinito, pensando en su futuro en lo alto de la colina. Y la conversación con Fabrizio. No sabía si los minutos que habían compartido eran los que la habían llevado a hallar esa nueva esperanza con la que había vuelto a casa o solamente habían sido la guinda de un día de reflexión.

—Lo hice. Tenías razón. Pero hoy...

—Hoy es otra cosa la que te tiene intranquila. Y estar sola con tus pensamientos creo que no es lo que te va a ayudar.

—Lo dudo.

—Bueno. Entonces aquí me tienes para lo que necesites. ¿Puedo ayudarte en algo?

Lo miró. Centró su atención de verdad en él por primera vez ese día. Había estado escuchándolo, por supuesto, sobre todo esos últimos momentos. Pero no había fijado sus ojos en los de él hasta que pronunció esas últimas palabras.

Compartía algunos rasgos con su sobrino, la forma cuadrada del mentón, el puente algo pronunciado de la nariz. Quizá de joven habría guardado más parecido con Fabrizio, cuando su

pelo aún no era cano y las arrugas no surcaban un rostro con signos de haber adelgazado varios kilos. Sus ojos, sin embargo, eran muy distintos en forma y color. Aunque había podido percibir en los de Fabrizio, en sus momentos más íntimos, parte de esa dulzura que tan a menudo destilaba Salvatore. Como si fueran capaces de mostrar su corazón Conte a través de una sola mirada. La de su maestro ahora decía «confía en mí».

—Creo que quizá sí. Tal vez puedas ayudarme—. Aitana se quitó los guantes a toda prisa y buscó una de sus manos con las suyas—. Si alguien puede comprenderlo ese eres tú, Salvatore. Me temo que nadie lo conoce mejor.

—Hablamos de mi sobrino, ¿cierto? —Ella asintió en silencio, algo desconcertada por el hecho de que fuera tan obvio—. ¿Qué ha hecho, o dejado de hacer, para que estés así de desanimada?

Aitana dudó sobre cómo plantearle sus inquietudes. Sobre todo, porque había cosas que, además de íntimas, no sabía cómo expresar con palabras. Después de pensarlo unos instantes, decidió que aquel hombre merecía su confianza, por lo que trató de ser lo más sincera posible sin entrar en detalles innecesarios.

—Él y yo no empezamos con muy buen pie, pero nos hemos ido conociendo y nos hemos hecho amigos. En algún momento, esa amistad ha dado un paso más allá, al menos por mi parte ha sido así. Creí que por la suya también, había señales muy sospechosas. —Por un momento enrojeció, y él le dedicó una sonrisa—. Una mujer sabe cuando un hombre la mira con interés.

—De lo contrario la humanidad se habría extinguido.

Esta vez la que sonrió fue ella.

—Hemos compartido momentos muy cercanos, y el otro día... bueno, era de noche, cuando volvió de su corto viaje, después de unas palabras maravillosas que me dieron a entender que por fin veía cómo soy de verdad, me besó. Bueno, nos besamos.

Aitana calló unos segundos, esperando a que él dijera algo. No lo hizo, solo la observó con sonrisa tranquila y mirada expectante.

—No fue un beso sin más. No soy una cabra loca, pero he tenido los suficientes rollitos como para saber diferenciar los besos por diversión de los que significan otra cosa.

—¿Rollitos? —Salvatore frunció el ceño, confundido.

Aitana se relajó un poco ante su desconcierto.

—Idilios pasajeros en los que ambas partes saben que la cosa va a durar muy poco, y a ninguno le importa. Lo que se busca es disfrutar, sin más.

—Ah, ya. Un amor de verano.

—Bueno, o en cualquier otra época del año.

Ambos rieron, y Aitana suspiró, cogiendo aliento para proseguir.

—Él no me besó de esa manera, Salvatore. Él... me dijo tantas cosas con ese beso, con sus caricias. Habíamos estado mirando las perseidas, hablamos de pedir un deseo a las estrellas. Él me dijo que no creía en eso, ni en la magia. Pero yo le repliqué, pues ese beso fue mágico. El más maravilloso que he compartido en toda mi vida. Pero en cuanto le dije eso, la magia se rompió.

—¿Cómo así?

—Se puso tenso, me besó de otra forma, como dolido, casi enfadado. Y me dijo antes de marcharse de repente, que la magia era como una figura de hielo que acababa por desaparecer. Como haría yo. —Se encogió de hombros y se tragó las lágrimas que pugnaban por brotar desde lo más hondo de su garganta—. Y desde entonces me evita. No hemos vuelto a hablar.

Salvatore se puso serio.

—Entiendo.

—¿Sí? Porque yo no entiendo nada. Él tuvo que percibir lo que yo siento, al igual que yo pude saber que para él el hecho de besarme no era el preámbulo de una noche divertida y punto. Sé que lo notó, sé que me entregué a ese beso con todo mi corazón. Y aun así, él parece creer que no merece la pena ni siquiera intentarlo, porque en cuanto acabe este curso contigo, me marcharé por donde he venido sin importarme lo que dejo atrás.

—No es culpa suya.

—¿Ah, no? —La boca de Aitana dibujó una gran «O»—. ¿Acaso es mía?

—No, claro que no. Lo que quiero decir es que no puede evitar pensar eso. Porque es el peor de sus miedos. Que la historia se repita.

El gesto de preocupación de Salvatore hizo que el estómago de Aitana se encogiera. ¿Acaso algún antiguo amor lo había abandonado, rompiéndole el corazón?

—Explícate —casi se lo ordenó.

—¿No te ha hablado de sus padres? ¿De cómo mi hermano y Candela se enamoraron locamente y lo que sucedió después?

—No. —Trató de hacer memoria sobre todo lo que sabía al respecto—. Solo me he hecho una historia a base de retazos que he ido escuchando. Supongo que se divorciaron. Por eso Fabrizio vivió con ella en España durante su infancia y lo traía de vez en cuando a ver a su padre. Luego fue él mismo quien quiso quedarse en Italia durante su época de instituto, creo que empezó a llevarse algo mal con su madre cuando él entró en la adolescencia y a ella empezaron a faltarle los papeles de actriz. Y aunque él es un artista, como lo fueron sus padres, como lo eres tú, cedió ante las presiones de Candela y estudió Derecho. Sé que ella enfermó y murió antes que Filippo. Y eso es todo.

—No se divorciaron. —La voz de Salvatore fue apenas un susurro— Mi hermano jamás habría firmado esos papeles. Candela tampoco llegó a enviárselos nunca.

—¿No?

—Contarte la historia de sus padres le correspondía a Fabrizio. Pero es mi sobrino y lo quiero con toda mi alma, al igual que quise a mi hermano. Él también adoraba a su hijo. Y a su mujer, por mucho que ella lo hiciera sufrir. Cuando un Conte ama, lo hace para siempre. —Centró en ella la mirada que había tenido perdida en algún punto del ventanal—. Por el amor que le tengo a Fabrizio, y para que puedas comprenderlo como tú mereces y él necesita, voy a contarte esta historia, Aitana.

Con los rayos de sol de una mañana que ya era muy calurosa filtrándose por el ventanal del taller, y con el aroma de los materiales de trabajo impregnándolo todo, Aitana se sumergió en la narración de Salvatore y la absorbió por cada poro de su piel como aquella madera se empapaba de barniz hasta que formaba parte de ella. De ese mismo modo, aquellas palabras calaron bien hondo en su ser. Al fin y al cabo, era la historia de amor y desamor de las personas que habían dado la vida al hombre del que ella se había enamorado. Un bonito comienzo con un amargo desenlace que había dejado cicatrices muy profundas en Fabrizio. Tanto como para dejar escapar a la mujer de su vida solo por no repetir lo que sus progenitores se hicieron el uno al otro y al niño fruto de ese gran amor que no supieron cuidar.

Filippo tenía veintinueve años y ostentaba la alcaldía de Caral in Chianti desde hacía dos cuando accedió a conceder durante unas semanas el uso de ciertos terrenos, calles y la plaza Mayor para el rodaje de una película de producción hispano-italiana. Quería dar visibilidad al pueblo para potenciarlo dentro del territorio tanto a nivel turístico como comercial.

Las dos primeras semanas todo marchó sin contratiempos, salvo por las quejas de algunos vecinos por el corte de calles durante los rodajes y el jaleo que montaban a la noche hasta altas horas.

Como era su responsabilidad, fue él quien buscó a los productores para exigir un poco más de respeto a los vecinos. Se llevó a Salvatore con él, pues siendo ocho años menor, pretendía enseñarle el arte de la negociación: cómo tratar con la gente para conseguir lo que uno pretendía sin necesidad de llegar a discutir.

Fue así como Salvatore presenció desde el primer momento la atracción que surgió entre Candela y su hermano en cuanto se vieron.

Filippo conversaba con dos hombres y les explicaba que muchos vecinos madrugaban para trabajar en el campo y que el ruido hasta altas horas perturbaba su descanso. Y como suponía que, como hombres de negocios, el idioma del dinero era el que mejor comprendían, les sugirió que si el equipo no descansaba, al igual que los labradores, por el día no rendiría de la misma manera, por lo que la filmación tendría más errores, traducándose en más escenas a repetir, y más semanas de rodaje; con el consiguiente aumento en el precio del alquiler de los espacios del pueblo.

Los ejecutivos asimilaban la idea cuando Candela apareció como de la nada. Con su larga melena negra al viento y ataviada con un vestido rojo que dibujaba su voluptuosa silueta, se plantó delante de Filippo y le echó una mirada de la cabeza a los pies, la cual —como Salvatore supo, porque también era un hombre y además su hermano y lo conocía bien— le calentó la sangre desde ese momento y para siempre.

—Si tanta prisa tienes en que nos marchemos, moreno, ya puedes ayudarnos a encontrar a un guitarrista que aguante sobrio más de media hora. O estaremos aquí hasta Navidad.

El reto le supo a Filippo como miel en los labios, bien pudo verlo Salvatore por cómo se relamió. La respuesta no se hizo esperar.

—Tienes delante de ti al mejor guitarrista de las colinas de Chianti. Pianista y chelista cuando se terciá. También toco el acordeón.

La carcajada de Candela se le clavó como un puñal en el corazón y desde ese momento fue suyo, hasta su último latido.

A sus labores de alcalde y criador de caballos, Filippo sumó un contrato como músico para las escenas en las que la gran estrella del momento, Candela Salerno, bailaba y cantaba tanto en español como en italiano. Incluso tuvo su minuto de gloria cinematográfica, pues Filippo Conte tocando la guitarra era un espectáculo digno de ver, y se decidió incluirlo en el comienzo de una de las escenas de la película, donde la protagonista seducía al bailarín y ambos se besaban al final de la canción.

Fue esa misma noche cuando Filippo no pudo más y se presentó en la habitación de la pensión donde se alojaba Candela.

—¿Qué buscas, moreno? —Quiso saber al verlo con un humor de perros plantado en su puerta.

Él entró y dio un portazo. Ella fingió no sobresaltarse.

—Tus dotes de actriz no son tan buenas como para mirarlo a él como me miras a mí — le dijo sin preámbulos—. ¿Así de insulsos son tus besos también detrás de las cámaras?

—Eso es lo que has venido a comprobar. ¿Qué hacemos hablando entonces? —lo retó de nuevo.

Desde el primer beso, el fuego los consumió a ambos. Era tal la pasión que los inundaba que tanto el rodaje como el negocio ecuestre de Filippo se vieron afectados. Hubo que ir a buscarlos a la habitación de Candela más de una mañana. Salvatore acabó optando por buscarlo él mismo a diario antes de acudir a atender a los caballos. Durante aquella época, sus estudios de escultura se paralizaron sin remedio. A falta de sus padres, uno de ellos debía mantener la cabeza fría y velar por el negocio y el pueblo.

Al acabar el verano, el rodaje llegó a su fin, Filippo pidió a Candela que se casara con él y ella, sin ningún nuevo contrato a la vista, dijo que sí, tomándose aquel primer año de relación como unas vacaciones en Caral in Chianti.

Ninguno pensaba más que en el presente. Ella se dedicó a su hogar, a componer canciones a las que Filippo ponía música en su tiempo libre, incluso mantuvo negociaciones con una discográfica. Pero el invierno siguiente, a Candela las paredes se le vinieron encima. El contrato de la productora musical nunca llegó y comenzó a sentirse atrapada en un pueblo que poco tenía para ofrecer a su ambición de fama y fortuna.

Filippo, viéndola infeliz, decidió dejar la alcaldía en manos de su hermano unos meses para acompañar a su esposa a España, en busca de una película que protagonizar. Su nombre aún era importante en el mundillo y obtuvo una oferta enseguida. Mas las condiciones no convencieron a Filippo. Se le exigía una escena de desnudo integral con sexo prácticamente explícito. Él no iba a pasar por eso.

—No puedes pedirme que renuncie por tus celos.  
—No son celos. Es decencia. Y estás casada.  
—Es todo mentira. Somos actores, sabemos diferenciar ficción y realidad.  
—Es innecesario. No eres una actriz de cine porno. Encontrarás algo mejor.  
—Si rechazo esta oportunidad no volverán a llamarme.  
—Si aceptas, me voy.  
—Muy bien. Vete.

Y se fue. Aunque convencido de que ella recapacitaría e iría tras él. No aceptó el papel, pero tardó tres meses en volver a su lado. Con un hijo en su vientre.

Estaba asustada, no se veía capaz de criarlo sola. Y tampoco quería negarle a él la posibilidad de disfrutar de su hijo.

Salvatore reconoció ante Aitana que, hasta que el niño nació, llegó a pensar que no era de su hermano. Su relación con Candela nunca había sido muy buena. La veía como una mujer voluble, una debilidad que no hacía otra cosa que martirizar a Filippo. Pero el niño era un Conte de la cabeza a los pies. Y lo amó en cuanto lo tuvo en sus brazos.

Ser padres llenó de felicidad a la pareja, y Candela dejó a un lado sus aspiraciones profesionales por un tiempo. Fabrizio resultó ser un niño con el arte en sus venas y una capacidad de aprendizaje muy superior a la media. Adquirió habilidad con todos los instrumentos que su padre sabía tocar, dominó el canto y el baile que su madre le enseñó en un pestañeo. Hasta mostró interés por la escultura. Se pegó a su tío un verano completo hasta que accedió a dejarlo coger las gubias a pesar de sus seis años de edad.

Fue entonces cuando una llamada de teléfono lo cambió todo. El director de una de las películas que Candela había protagonizado se había pasado al teatro y le proponía una gira por España con una obra que la lanzaría al estrellato. Ella le pidió un año a su esposo. Él se lo concedió, y la acompañó junto con su hijo.

Pero el año se convirtió en dos. Filippo no sabía vivir lejos de su pueblo —donde había dejado a su hermano con su cargo, muy a su pesar—, de su gente, de sus caballos. Y ella le advirtió que no iba a volver a abandonar su carrera cuando por fin había vuelto a despuntar. Tenía una obra fija en un teatro de Madrid y eso le daría estabilidad a su hijo. Como el niño ya había hecho amigos en la escuela y destacaba por encima de los demás, Filippo se tragó sus propios sentimientos y su dolor y accedió a dejar a Fabrizio durante el curso en España con la condición de que en las vacaciones de Navidad, primavera y verano fueran al pueblo. Y que ella tratara de conseguir una obra en Italia.

Al principio el arreglo pareció funcionar. Ella siguió comportándose como una esposa tanto en la distancia como cuando volvía a Caral in Chianti. Pero las llamadas comenzaron a ser más infrecuentes. Las palabras, más frías. Y las visitas, más cortas. El año que Fabrizio cumplió los doce, Candela no pasó el verano con ellos. Dejó a su hijo, alegó tener trabajo y se marchó.

A pesar de que Fabrizio negó que su madre estuviera con otro hombre, Filippo siempre pensó

que aquella debía de ser la única razón por la que ella decidía abandonarlo definitivamente.

Y como con doce años el muchacho ya se sentía capaz de tomar sus propias decisiones, le pidió a su padre que lo matriculara en el instituto de la región, pues quería cursar allí sus estudios, perfeccionar sus dotes como escultor junto a su tío y ayudar a su padre en el negocio ecuestre.

Candela puso el grito en el cielo cuando volvió a buscarlo. Acusó a su esposo de querer robarle a su hijo. Filippo le echó en cara haberlo apartado de él los últimos seis años. Las discusiones fueron terribles. Solo el hecho de que Fabrizio le plantara cara a su madre y se negara a acompañarla de vuelta a España disuadió a la mujer de emprender acciones legales.

Volvió a su vida en Madrid. Pero estar alejada de su hijo se le hizo insoportable. Lo llamó, rogándole que pasara sus vacaciones junto a ella, lo visitó siempre que pudo, y utilizó todo lo que se le ocurrió para convencerlo de que volviera a España.

Así pasaron sus cuatro años de enseñanza secundaria. Cuando comenzó el bachillerato, Candela abandonó definitivamente el teatro de Madrid y apareció con sus maletas en Caral in Chianti. Filippo le abrió las puertas de su casa como si nada hubiera ocurrido. Hasta que le confesó que había habido otros hombres en ese tiempo separados. Tres, para ser exactos. Aunque a ninguno lo había llegado a amar, por lo que ninguno había llegado a conocer a su hijo.

Un día Fabrizio descubrió la verdad, a pesar de que Filippo había querido seguir manteniéndolo en la ignorancia. Los encontró discutiendo y escuchó a su padre reprocharle que si de verdad había seguido amándolo todo aquel tiempo, no se habría acostado, no solo con uno, sino con tres hombres diferentes a los que negaba amar. En cambio él, iluso y patético, se había mantenido fiel a sus votos. Y lo haría hasta su muerte pues, para su desgracia, no podía dejar de amarla a pesar de sus múltiples puñaladas.

Fabrizio le retiró la palabra a su madre durante casi un mes. Al poco, ella cayó enferma. Nunca supieron si el cáncer que la consumía fue una sorpresa para Candela como lo fue para su familia, aunque Salvatore sospechaba que algo sabía de antemano, pues se lo tomó con envidiable calma. Su teoría personal, y que no había confesado nunca salvo a Fiorella, era que ya se lo habían diagnosticado cuando llegó por última vez al pueblo con sus maletas.

Tardó solo seis meses en abandonarlos para siempre. Y antes de exhalar su último aliento, le rogó a su hijo que estudiara algo de provecho, puesto que el negocio de cría de caballos iba en declive y como escultor no era probable que se labrara un futuro.

Fabrizio se matriculó en Derecho en Florencia por puro compromiso, aunque descubrió que ni le disgustaba ni se le daba mal. El negocio de su padre acabó por arruinarse en el tiempo que él permaneció alejado, salvo en vacaciones. Había necesitado mantener esa distancia con la infancia y la adolescencia marcadas por el constante tira y afloja entre sus padres. Y Filippo había dejado de ser él mismo desde que diera el último adiós a Candela.

Cuando llevaba dos años trabajando en el despacho de abogados, recibió la llamada de Salvatore. Había encontrado a Filippo muerto en la misma cama donde había fallecido Candela. La autopsia determinó que había sufrido un infarto mientras dormía. De no ser así, Fabrizio habría

creído que su padre había puesto voluntariamente fin a su vida. Solo una semana antes, en una de sus visitas, Filippo alegó encontrarse muy cansado y se retiró a su dormitorio. Cuando Fabrizio pasó a ver cómo estaba antes de acostarse, lo halló despierto, pero ido. Y le hizo prometer que cuando él faltara, se encargaría de la alcaldía tal como había sido durante siglos en la familia.

Tres años habían pasado ya desde entonces, y Fabrizio había cumplido su palabra. No había podido salvar el negocio de su padre, pero al menos no malvendió los ejemplares que quedaban y se quedó con Tintoretto, por ser descendiente del semental predilecto de su padre.

—Nunca ha tenido novia formal —afirmó Salvatore, con la voz aún tomada tras narrar la muerte de su hermano—. El verano en que se licenció, trajo aquí a un grupo de amigos de la universidad. Una de las chicas parecía especialmente interesada en él. Un día la pillé a solas y le pregunté si era su novia. Ella sonrió de forma que mostró más tristeza que alegría, y me dijo que había llegado a la conclusión de que Fabrizio era incapaz de entregar su corazón, pues temía demasiado perderlo para siempre. —Salvatore se encogió de hombros—. Ha estado con algunas mujeres mientras trabajaba en Florencia, lo sé porque él mismo me lo ha contado. Pero ninguna ha significado nunca nada para él. Eso lo supe precisamente porque no me habló más de dos palabras sobre ellas.

—No me das muchas esperanzas con eso —se lamentó Aitana.

—De ti habla a todas horas.

—¿Qué?

—Se cree que disimula muy bien. Pero yo lo tengo muy calado. Disfraza su interés por ti con interés por mis clases. Pero nunca me pregunta por tus compañeros. Y lo he visto mirarte. Hasta Fiorella se ha dado cuenta, dice que por cómo cambia el timbre de su voz cuando tú eres el tema de conversación.

—Bueno... eso no significa que vaya a decidir abrirse a mí. Si ya me ha juzgado de antemano solo porque soy mujer y cree que todas vamos a comportarnos como lo hizo su madre...

—No todas. Tú. La única que le importa de verdad. Y da la casualidad de que eres española y estás de paso. —Posó el dedo índice sobre su barbilla y la hizo mirarlo a los ojos—. ¿O no lo estás?

—Lo estaba. —Sus ojos centellearon—. Salvatore, yo...

Él sacudió las manos evitando que continuara.

—No te preocupes, tómate tu tiempo. Y no es a mí a quien tienes que explicarle nada. Solo te pido que seas valiente. Sincera. Y lo que decidas, que sea bien meditado.

—Desde luego.

Se puso en pie y, como él ya esperaba, dio por terminada la clase de ese día. La acompañó a la puerta.

—Gracias, Aitana.

—¿A mí? Gracias a ti. Ahora entiendo muchas cosas. Ojalá hubiera sido él quien me las contara, pero te lo agradezco de verdad.

—A él también le toca ser valiente. Nunca le ha faltado coraje ante nada. Pero insisto, este es el peor de sus miedos.

—Dicen que la única manera de vencerlos es enfrentarse a ellos.

Aitana le dio un beso en la mejilla y se montó en su bicicleta. El calor era tremendo y pensó que lo mejor para calmar el sofoco y sus ideas sería darse un baño antes de comer. Pasó por casa para ponerse un bikini y coger una toalla y se dirigió a la poza que había fichado en sus primeros días de exploración por el pueblo como lugar ideal para darse un buen chapuzón. Había pospuesto demasiado aquel pequeño placer. Iba siendo hora de concedérselo.

## Capítulo 20

Fabrizio había dudado si sacar a dar su paseo diario a Tintoretto. El día era demasiado caluroso hasta para las moscas. Pero su caballo necesitaba el ejercicio regular para mantener el vigor de sus músculos.

—Un paseo corto esta vez, amigo. Hasta el río. Así beberás unos tragos de agua fresca y yo me daré un buen chapuzón.

No recordaba la última vez que se había bañado en la poza donde solía nadar de niño. Tal vez el verano que se licenció. Los siguientes había estado demasiado ocupado para pasar unas vacaciones en el pueblo. Y tras la muerte de su padre, no se había sentido con ánimos para disfrutar de placeres sencillos como aquel. Ni para muchos placeres en general. Uno en concreto por encima de todos. El que su cuerpo pedía a gritos a causa de la presencia de cierta mujer que lo traía de cabeza. Tanto como para creer verla nadando en las aguas que se extendían ante sus ojos.

—Este calor me está cociendo la sesera, colega. Hasta tengo visiones.

Se frotó los ojos antes de descender del caballo. Este continuó al paso hacia el río. Lo vio detenerse bajo un árbol, cerca de la orilla, y olisquear algo en el suelo. Fabrizio reconoció el tejido de flores rojas y azules sobre fondo blanco. Un vestido que se posaba sobre cada curva del cuerpo de su dueña de forma sutil pero reveladora. Adoraba verla con él. Que en esos momentos no lo llevara puesto le encantaba y lo perturbaba a partes iguales. La piel se le erizó a pesar del calor al saber que su particular ninfa semidesnuda no era un espejismo.

La observó en silencio. Ella se zambullía una y otra vez como un delfín ávido por jugar. Tan concentrada en disfrutar que no captó su presencia hasta que Tintoretto se acercó a beber del río.

—¡Dios mío! —exclamó, y se cubrió los pechos con ambos brazos. Como si, a su criterio, el sencillo bikini azul no tapara lo suficiente. Demasiado en opinión de Fabrizio—. Me habéis asustado.

—Estás allanando una propiedad privada.

¿Por qué le decía aquello, si ni siquiera le importaba? No podía dar ninguna explicación. Sencillamente, eran las únicas palabras que se había sentido capaz de pronunciar.

—¿El río? —Aitana parpadeó, confundida por lo inesperado de su acusación y de su presencia—. Lo dudo.

—Los terrenos que rodean esas orillas, desde aquel recodo hasta la cascada, pertenecen a los Conte desde el siglo diecisiete. Has traspasado mi propiedad para llegar hasta el agua.

—¿Quién dice que no he bajado nadando desde antes del recodo? —Él alzó una ceja y señaló con la mirada las prendas bajo el árbol. Tintoretto olisqueaba esta vez su calzado. Aitana miró al caballo y se sintió traicionada por quien había creído un amigo. El animal respondió a la velada reprimenda cogiendo una sandalia entre sus dientes y lanzándola un metro más adelante—. Quizá cuente con el permiso de un Conte. ¿O acaso estas tierras no son también de Salvatore?

—Podría habértelo dado, si hubieras sabido que debías solicitarlo. Información con la que has reconocido no contar.

Estaba realmente serio. Podría decirse que en sus ojos había furia. Aitana se preguntó por qué narices se mosqueaba de semejante manera por una tontería como aquella.

—Bueno, pues ya está hecho. Hace calor y quería darme un baño. Esta me pareció la parte del río más segura.

—¿Te niegas a salir?

—Desde luego que me niego a salir. ¿Acaso piensas obligarme?

—Estoy en mi derecho.

—¡Venga ya!

Los ojos de Aitana se abrieron de par en par al ver cómo se sacaba la camiseta por la cabeza y después se desabrochaba el cinturón.

—Habiendo sido hallado en flagrante delito —comenzó cuando sus pantalones cayeron al suelo—, el acusado podrá ser castigado por la autoridad competente o en su ausencia por el sujeto agraviado. —Solo con los finos calzoncillos negros, comenzó a caminar hasta la orilla y se metió en el agua como si esta no estuviera helada. Después se sumergió de cabeza y buceó hasta reaparecer a un escaso paso de ella. Se sacudió, salpicándola, y se echó el pelo hacia atrás con ambas manos. Sonrió con aire malévolos antes de concluir su discurso—. Da la casualidad de que yo represento ambas figuras.

El calor que Aitana había logrado mitigar con un buen rato de zambullidas la invadió de nuevo al contemplar la espectacular figura de Fabrizio, primero, desnudándose; después, abriéndose paso entre las aguas hasta sumergirse; y por último, apareciendo ante ella como un dios pagano, poderoso y viril. Maldito fuera por parecer una de esas esculturas que la habían cautivado en las semanas previas a instalarse en el pueblo. Se moría por tocarlo de arriba abajo para memorizarlo al detalle y después convertirlo en una figura de piedra para poder contemplarlo a su antojo el resto de su vida. Pero no pensaba reconocerlo ante él, ni dar su brazo a torcer ante sus memeces.

—Tendrás que sacarme por la fuerza, loco neandertal.

—¿Neandertal? —Chasqueó la lengua—. A lo sumo, medieval. Este derecho no se remonta milenios. Solo unos siglos. Pero sí, me permite usar la fuerza contra los invasores de mis tierras.

Y es lo que pienso hacer.

Estiró un brazo hacia ella, y Aitana retrocedió un paso.

—No eres capaz.

—Claro que lo soy.

—Ni se te ocurra tocarme, te lo advierto —masculló con la mandíbula apretada, aunque no pudo evitar retroceder otra vez.

—¿Y si no qué? —la retó antes de agarrarla por ambas muñecas.

El forcejeo fue inútil. Él era mucho más fuerte. Sin embargo, no usaba su ventaja para otra cosa que impedir que se alejara.

—Suéltame.

—No te alejes.

—¡Que me sueltes!

—No te alejes —repitió, esta segunda vez con un tono más suplicante que imperativo.

Sus ojos ardían, y Aitana no supo comprender el porqué de su enfado.

—Eres... eres...

—¿Qué soy? ¡Vamos! Dilo. ¿Qué demonios soy?

—¡Idiota! Eres un auténtico idiota.

—Lo sé. —Una risa resignada transformó la expresión seria de su rostro en otra casi apenada—. Pero no puedo evitarlo. —Su gesto cambió a profundamente desesperado—. Ya no puedo evitarlo más.

Soltó solo una de sus muñecas para tomarla por la nuca y sostenerla con una fuerza innecesaria para pegar su boca a la de él. Aitana se resistió durante un pestañeo. Después, usó su mano libre para apoyarse en su hombro y se impulsó hasta lograr rodearlo con las piernas y pegarse a su cuerpo.

Las manos deambularon sin rumbo definido por el cuerpo del otro, tocaron todo lo que pudieron alcanzar, presionando cuando hallaban un lugar especialmente interesante y provocando gemidos más que reveladores de la necesidad que los apremiaba a ambos. Las bocas succionaban y mordían, las lenguas lamían con avidez. Y la locura parecía no poder detenerse hasta hallar la liberación que ambos precisaban.

Cuando, sin dificultad alguna, Fabrizio deslizó hacia un lateral como una cortinilla la tela del bikini y se metió en la boca uno de sus senos, Aitana gimió tan fuerte que un eco reverberó entre los árboles.

—¿Es así como pretendes castigarme? —La pregunta fue un jadeo cuando él mordisqueó el sensible pezón.

—Así es como dejo de castigarme a mí mismo... —Abandonó sus pechos para volver a atrapar su boca y saborearla con deleite—. Con no tenerte.

Sin apartar los ojos de los de ella, se bajó los calzoncillos con dificultad y encajó a Aitana contra sus caderas. Apartó la tela de sus braguitas hacia un lado con los dedos y se restregó por su

sexo con violentas pasadas, haciéndola chillar mientras se convulsionaba contra él.

Entre espasmos, Aitana logró conducir el glande hasta su entrada. Lo sentía por fin accediendo a su interior cuando unos relinchos nerviosos de Tintoretto los alarmaron. El olor a quemado no tardó en llegar a sus fosas nasales.

—¿Hueles eso? —Fabrizio la bajó de sus caderas a pesar de lo que su cuerpo reclamaba con desesperación.

—Sí. Algo se quema.

«Además de nosotros», pensó aún con la carne palpitando.

La columna de humo fue perceptible en pocos segundos.

—Viene de pueblo. Vamos, corre.

Salieron del agua a la carrera y se vistieron a trompicones. Fabrizio la sentó en el caballo antes de subirse él mismo. Y Tintoretto demostró que su musculatura estaba en plena forma cuando los condujo al galope hasta el origen del fuego.

Los viñedos más cercanos a las instalaciones de las bodegas ardían en llamas.

## Capítulo 21

El tumulto que revoloteaba en torno a los viñedos se avistaba desde la lejanía. Fabrizio ya había guiado a Tintoretto en dirección a las tierras de los Caruso, orientado por la cada vez más espesa nube de humo que provenía del lugar.

Descendió del caballo de un salto y casi se llevó a Aitana a rastras con él. Había permanecido pegada a su espalda y abrazada a su pecho con tal fuerza durante el galope que prácticamente eran uno solo en esos momentos.

Para que Tintoretto no se encabritara, lo mantuvo alejado pero libre, por precaución. Una mirada directa a sus ojos fue suficiente para que el caballo entendiera que no debía seguirlo pero tampoco marcharse. Su fidelidad lo haría obedecer hasta que su instinto lo azuzara a huir del peligro que suponía el fuego a escasos metros.

Fabrizio cogió a Aitana de la mano y echó a correr hacia los numerosos vecinos que trataban de apagar las llamas como buenamente podían. Mantas, paladas de arena, cubos y baldes iban pasando de mano en mano desde el río por un lado y, por el otro, desde un manantial que desembocaba en este, lo cual hacía de la tarea algo muy lento y poco efectivo.

—¡Valentino! —exclamó Fabrizio al divisar a uno de los hermanos Caruso en plena labor de extinción—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡No lo sabemos! —Mientras se explicaba, los dos recién llegados se sumaron a la hilera para colaborar—. Estaba en el laboratorio reunido con mis hermanos cuando percibimos el olor. Salimos y vimos las primeras llamas muy cerca del edificio. Quisimos usar una manguera conectándola al sistema de riego. ¡Habría sido rápido y sin mayores consecuencias! —gritó con desesperación y fatiga. Sudaba a mares—. Pero no hay suministro de agua.

—¿Cómo?

—En más de la mitad del pueblo, según todos estos vecinos. ¡Ni una maldita gota sale de sus grifos!

La mirada que Aitana y Fabrizio cruzaron les dijo que ambos pensaban que aquello era demasiada casualidad. Sin embargo, que no se tratara de solo mala suerte suponía algo horrible que se negaban tan siquiera a valorar.

—Ya hemos avisado a emergencias. —Salvatore llegó a la carrera hasta su sobrino. Lo había estado llamando al móvil una docena de veces. Este le tocó la cara y le limpió restos de barro. Había sido uno de los que sacaba los cubos directamente del río—. Nos han asegurado que un camión de bomberos llegará en unos veinte minutos.

—¡Veinte minutos! —Aitana veía las llamas y, sin tener conocimientos sobre cómo podría influir el viento que se acababa de levantar, pronosticaba que en ese tiempo los viñedos estarían arrasados.

Observó con impotencia a los hombres y mujeres que, a pesar de su avanzada edad, cargaban con los baldes de agua con voluntad férrea y la fuerza de unos veinteañeros. En primera línea, enfrentándose directamente al fuego, los otros dos hermanos Caruso, Alessandro y Geronimo, junto con su cuñado Piero y algunos empleados de la bodega, tenían el rostro y los brazos ennegrecidos.

—¡Hay que llamar al camping! —Impulsada por la idea que había aterrizado en su cabeza como un meteoro, rebuscó en los bolsillos del pantalón de Fabrizio—. ¿Tienes un número de teléfono para contactarlos? Si no, podemos mirarlo en la web. Me dieron un móvil temporal que incluí.

El propio Fabrizio sacó el teléfono y agarró a Aitana por ambas manos para que dejara de toquetearlo. La situación no estaba para tonterías, pero su cuerpo aún tenía demasiado presente lo que acababa de ocurrir en el río.

—¿Para qué?

—Tienen una bomba con la que sacan agua del río para las duchas —le recordó, pues él mismo había reconocido haber arreglado el motor la última vez que se estropeó—. Que la traigan lo antes posible.

—Joder, sí! —secundó Valentino al oírla—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido?

El resto de los presentes también aplaudieron la ocurrencia, incluso la felicitaron por ello. Todos salvo un hombre corpulento al que, por su gesto hosco, parecía no convencerle la idea, aunque no dijo nada.

La llamada fue rápida y efectiva. No se habían percatado de lo que ocurría porque estaban en plena siesta y el complejo se hallaba en el extremo opuesto del pueblo. Pero aseguraron salir volando hacia allí de inmediato.

Apenas Fabrizio les había dado la buena nueva cuando una desesperada Mariella llegó corriendo con una mano bajo el vientre y lágrimas recorriéndole ambas mejillas.

—¡No encuentro a Giana! —Piero había estado pendiente de la llegada de su mujer y corrió hacia ella en cuanto la avistó desde los viñedos en llamas. La abrazó, manchando de sucio hollín su precioso vestido rosa de premamá—. ¡No encuentro a nuestra niña!

—¿No estaba jugando con Angelo en la cueva de Luciano?

Allí los habían dejado mientras ellos se reunían, en un lugar que los niños llamaban *la cueva del tesoro* y todos habían acabado por nombrar así. Era una especie de almacén en la planta baja donde se habían ido depositando, a lo largo de los años, antiguos aperos y maquinaria. Aitana les

había propuesto hacer un museo del vino en las instalaciones, y parte de aquel material les iba a ser más que útil. Tanto Giana como Angelo se lo pasaban pipa allí con él.

—No están. Ninguno de los dos. Ni mi abuelo. Ni en la casa. He mirado por todas partes... ¡Oh, Dios!

Mariella se dobló sobre sí misma, apretándose el vientre con fuerza. Las rodillas la vencieron, y Piero apenas logró mantenerla en pie, agotado como se encontraba. Aitana y Fabrizio se apresuraron a ayudar sosteniéndola por ambos brazos y apoyándolos en sus hombros.

—¿Otra contracción?

—Una muy muy intensa. No como los pinchacitos que han empezado a la mañana. Esto va a ser más rápido que con Giana.

—Hay que alejarte del fuego —aseveró Piero.

Fabrizio miró alrededor y divisó en la entrada del camino la camioneta de su tío. Era de tipo ranchera y la parte trasera era amplia. Sabía que las llaves estarían puestas y así se lo confirmó Salvatore. De inmediato, le propuso a Aitana que fuera ella quien se encargara de Mariella, mientras Salvatore hacía de enlace entre el pueblo y el servicio de emergencias, y Piero y él buscaban a los niños y a Luciano.

Aunque al principio Aitana pareció reacia, igual que Piero y la propia Mariella, comprendieron que podría asistirle en la parte trasera del vehículo y, si la cosa se complicaba —tanto con el bebé como con el fuego— salir pitando de allí.

—No sé casi nada de partos.

—Pero yo sí —solventó Mariella—. ¿Te quedas conmigo?

—Estaré donde más útil resulte —afirmó Aitana—. Y no voy a dejarte sola. Ni a ti ni a tu bebé.

—Gracias. —La mujer le aferró la mano y, antes de dirigirse hacia el vehículo, besó a su marido en los labios—. Encuentra a los niños y a mi abuelo, por favor. Aunque el maldito fuego arrase con todo, encuéntralos y tráelos sanos y salvos.

—Te lo prometo.

Piero le señaló una puerta a Fabrizio y este lo siguió a la carrera tras una última y reveladora mirada a su tío y a Aitana. Una llena de confianza y fuerza. Se dirigieron a un lugar donde Piero imaginaba que podían estar, tal como le explicó entre jadeos.

Si los niños y Luciano no estaban donde se suponía, ni en la casa, y no habían avisado de que se fueran de las instalaciones —como solían hacer sin excepción cuando así lo decidían—, lo más probable era que hubieran ido a recorrer los sótanos donde reposaba el vino. El anciano los entretenía con batallitas antiguas y a la vez los iniciaba en el mundo vinícola como el mejor de los maestros. Estando allí, en un lugar profundo y hermético, no habrían oído el jaleo del exterior ni olfateado el humo.

Las llamas se aproximaban peligrosamente al edificio cuando se adentraron en los laberintos de barriles y cubas, gritando los tres nombres a pleno pulmón.

—Está cambiando el viento. Y baja la temperatura —apreció Aitana en un minuto de tensa calma, pues en breve esperaba otro gemido lastimero que dejaba constancia del dolor que padecía Mariella.

Se lavó por enésima vez las manos con el alcohol del modesto botiquín que había encontrado bajo el asiento del copiloto, tal como le había indicado Salvatore. Una manta, una toalla de mano y dos chalecos reflectantes eran toda la ropa limpia que podía ofrecerle a Mariella y a su bebé. Por lo menos también contaban con una botella de agua que calmara la sed de la mujer. Esperaba que la ambulancia que había solicitado Salvatore, al ver que el parto se adelantaba, llegara cuanto antes.

—Va a llover. Puedo olerlo a pesar del humo —dijo Mariella con voz ronca—. Lo que no sé es si lo hará a tiempo de salvar algo del legado de mi familia.

Aitana tenía una visión parcial del incendio. A sus ojos, al menos la misma distancia que mide un campo de fútbol profesional había sido pasto de las llamas, si bien el cambio en el viento las estaba empujando hacia las bodegas, hacia el edificio del que ni Fabrizio ni Piero ni nadie más había salido de momento. Tragó saliva y se obligó a apartar la mirada del hipnotizador fuego.

—¡Ya llegan los del camping! —indicó con júbilo en la voz.

Un todoterreno, con la bomba amarrada en un remolque, pasó como un rayo por delante de ellas. Los perdió de vista en cuanto Mariella se agarró las rodillas y comenzó a gritar de nuevo.

—Madre mía. —Aitana sintió que se le subía el corazón a la garganta—. ¡Le veo la cabeza!

—Sabía que estaba yendo rápido, pero no creí que tanto. —Jadeó, sin apenas voz—. Ha debido de ser porque no he parado de correr por todas partes hasta hace un momento.

—Lo has ayudado a bajar. Ahora ayúdalo a salir. ¿Lista para empujar?

—Desde hace ocho meses y medio.

—Pues es el momento.

Mientras un nuevo Caruso mostraba su rostro al ya encapotado cielo, las primeras gotas de lo que iba a acabar siendo una potente tormenta de verano comenzaron a caer en la tierra de sus ancestros, contribuyendo a los esfuerzos de las personas que luchaban contra la devastación.

Fue como si la luz de la nueva vida que llegaba se enfrentara a las sombras y la desolación que el fuego pretendía llevar consigo. Las fuerzas del bien contra las del mal.

Sin embargo, el mal es traicionero, y un feroz viento hizo que parte de las llamas alcanzara finalmente el edificio, bloqueando el paso a quien quisiera entrar por cualquiera de sus accesos. O salir.

—Luciano, espere detrás de nosotros —insistía Piero, con su hija en brazos—. No sabemos lo que nos vamos a encontrar cuando salgamos.

Angelo se había opuesto a que Fabrizio lo cargara. Él consideraba que podía ser más útil por su propio pie. Y Luciano se negaba a seguir órdenes de nadie en su propia casa.

—Conozco estas tierras mejor que vosotros. Y este edificio como la palma de mi mano. Os digo que si hay fuego en los viñedos, la salida más segura es por aquí.

Piero y Fabrizio se miraron y suspiraron antes de acceder a seguirlo por donde él exigía. Era un hombre cabal a pesar de su tozudez y avanzada edad.

—Esto no es como cuando Alessandro discutió por las lindes con el mayor de los Leone —intervino Fabrizio, refiriéndose a un turbio asunto de hacía años que implicaba a otra familia de tradición vinícola en el pueblo contiguo, Lagar in Chianti—. El fuego no está tan lejos. Está en la mismísima puerta.

—Por eso debemos salir por la parte más alejada de los viñedos.

—Pero no hay una salida por ese lado —apuntó Piero.

—Sí la hay. —Fue Giana la que respondió a su padre—. *Nonno* Luciano tenía un pasadizo secreto por el que se colaba para beber vino a escondidas cuando tenía nuestra edad. ¿Verdad? ¿Verdad que nos lo has contado un montón de veces? Pero nunca nos lo habías querido enseñar.

—No tengo la espalda como para salir por ese agujero. Hay que arrastrarse como un guerrillero. Pero vosotros sí podréis. Yo os esperaré aquí.

Hizo falta más que la lluvia para extinguir hasta el último rescoldo del fuego que llegó a devorar una octava parte de todo el terreno cultivado. Aunque esta facilitó que el equipo de bomberos centrara sus esfuerzos en el edificio, pues se estimaba que había al menos cinco personas allí.

—No mires —le solicitó Aitana a Mariella, quien con su hijo en brazos en el interior de la ambulancia, no dejaba de buscar con la mirada a su familia—. Trata de tranquilizarte. Hazlo por tu pequeño.

—Aún no tenemos nombre para él. Le dije a Piero que lo eligiera. Yo había elegido el de Giana, en honor a mi madre. Él me dijo que, hasta que no naciera, no me diría cuál le gustaba. Y ahora...

—Saldrán —la cortó Aitana—. Lo sé. Ten fe.

Quiso hacer lo mismo que solicitaba y centrar su atención en el pequeño ser que había ayudado a traer al mundo como un milagro. Solo habría podido tener ojos para aquella divina criatura si el hombre al que amaba no estuviera en el interior de un edificio en llamas. Al igual que dos niños y otros dos hombres cuyas vidas valían tanto como la suya.

Un movimiento en el lateral de la pared de piedra llamó su atención. En la parte más baja había una maltrecha tejavana de chapa que alguna vez habría servido para cubrir alguna instalación o depósito, pero que en esos momentos ocultaba solo un hueco vacío. Por debajo de esta, vio deslizarse un pequeño cuerpo como si de una serpiente se tratara.

—¡Es Angelo! —gritó.

Los vecinos que estaban siendo atendidos a su lado por los servicios médicos siguieron la dirección que indicaba su dedo. La madre del pequeño acababa de llegar de Florencia, adonde

había acudido a realizar unas compras para atender las nuevas reservas en la pensión que regentaba junto a su hermana. Como tantas otras veces, siendo madre soltera, había dejado a su hijo jugando con su amiguita y bajo el cuidado de los Caruso.

La habían tenido que agarrar entre varias personas para que no se adentrara en el edificio en cuanto descubrió lo que ocurría. Y de la misma forma, en cuanto lo vio, trató de salir a su encuentro. Sin embargo, volvieron a impedirselo. La estructura del tejado era de madera y aún ardía sobre aquella zona.

Con alivio, comprobaron que el niño tiraba de una mano hasta lograr que Piero saliera por alguna especie de agujero pegado al suelo que nadie sabía cómo demonios habrían hecho.

Inmediatamente después, fue Giana la que asomó y así se lo comunicó Aitana a Mariella, pues de lo contrario esta se habría levantado de la camilla a pesar de los esfuerzos de los enfermeros por mantenerla recostada.

Dos bomberos se acercaron con una especie de pantallas ignífugas de más de un metro de largo y alcanzaron a los recién aparecidos. Los cubrieron con las protecciones, pues el tejado se estaba empezando a caer a pedazos, y corrieron junto a ellos hasta un lugar seguro.

—¿Y mi abuelo? ¿Y Fabrizio?

Mariella lloraba desconsolada entre la euforia, la angustia y las hormonas a flor de piel. Aitana temblaba como si allí no hiciera aún un calor infernal.

—Aún no... no los veo.

—Ese pasadizo por el que creo que han salido es muy estrecho. Lo hizo mi abuelo de niño —le explicó la mujer, tratando de calmar a su bebé, quien había empezado a llorar—. Lo excavó él mismo. Yo lo recorrí también de niña, aunque ya no lo recordaba. Y no sé si... —se le quebró la voz—. Bueno, Piero es delgado. Fabrizio es un hombre corpulento. Y mi abuelo... no podría arrastrarse por sí mismo.

—Entonces entrarán a buscarlos en cuanto apaguen el fuego.

—Claro. Sí... ¡Oh, Dios mío!

El llanto se apoderó de ella a pesar de los esfuerzos por evitarlo.

—Mariella. Saldrán. Lo sé, lo sé.

Aitana comenzó a sentir que le faltaba el aire. Aún no le había dicho que lo amaba. Aún... tenían por delante toda una vida juntos. Lo sentía, lo había sentido desde hacía tiempo y lo seguía sintiendo a pesar del paralizante miedo que la consumía. Él estaba bien; y Luciano, también.

—Fabrizio, por favor —comenzó a repetirse entre dientes como un mantra—. Ven conmigo.

Vio a los mismos bomberos acercarse a la pequeña tejavana y agacharse bajo las protecciones. ¿Habían percibido algo que ella desde la lejanía no podía?

Supo que sí cuando los vio estirar los brazos y agarrar unas manos. Tiraron, tiraron con fuerza, y sacaron a Luciano hasta ponerlo en pie.

Los aplausos entre los vecinos, quienes no se habían querido marchar de allí a pesar del agotamiento y la intensa lluvia, retumbaron en sus oídos como una explosión.

—Fabrizio, por favor —repitió Aitana una vez más—. Ven conmigo.

Y esta vez, sus ojos obtuvieron la respuesta que habían rogado. Salió por su propio impulso, pero los dos bomberos estaban demasiado pendientes de un exhausto Luciano para percatarse ni de su presencia ni del pedazo de tejado en llamas que decidió vencer en ese preciso momento y caer sobre la tejavana, la cual impactó contra la cabeza del hombre que aún no había logrado incorporarse.

—¡Fabrizio!

El grito de Aitana resonó entre los aplausos, acallándolos.

Nadie pudo detenerla cuando salió corriendo hacia él. Sin embargo, uno de los bomberos fue lo suficientemente rápido para poner su pantalla protectora sobre su cabeza y acompañarla al lugar donde Fabrizio yacía boca abajo.

Desde ese momento, todo sucedió a cámara lenta para Aitana. Más bomberos a su alrededor. Fabrizio tendido en el suelo con sangre en su frente. Pero sus ojos, sus preciosos ojos del color del dulce caramelo, se abrieron y la miraron. Se clavaron en ella justo antes de cerrarse y que el corazón de Aitana se paralizara.

## Capítulo 22

Eran las ocho de la mañana del sábado cuando Aitana cerró la puerta de la casa con delicadeza. No quería que el más mínimo ruido despertara a Fabrizio, quien por fin descansaba sin sobresaltos.

Salvatore había querido que se quedara con él y Fiorella tras regresar del hospital, donde su sobrino se había negado a pasar la noche. Sin embargo, no había logrado convencerlo y lo había acompañado hasta su casa, donde Aitana lo esperaba hecha un mar de nervios.

Juntos lo habían acostado, no sin protestas por su parte, pues alegaba no estar inválido, solo un poco mareado por el golpe y los medicamentos que le habían suministrado.

Aunque estaba exhausto, había interrogado a Aitana sobre lo acontecido en el pueblo en su ausencia. Ella se había quedado al frente de todo de forma espontánea, ni ella misma podía entender aún cómo ni por qué. Simplemente, había sucedido.

Al no encontrarse presentes ni Fabrizio ni Salvatore —pues para disgusto de ella, solo un familiar podía acompañar al herido en la ambulancia—, Aitana se había encontrado con las preguntas de los bomberos, la policía, y más tarde, la llamada de un perito del seguro que Mariella le había solicitado que atendiera, pues sus hermanos también estaban en el hospital con quemaduras de diferente consideración y su marido estaba tratando de salvar todo lo que se podía de los restos de la parte quemada de la casa.

Por suerte, solo la vivienda y la zona de las instalaciones dedicadas al despalillado de la uva habían sufrido daños irreparables. Las bodegas y el resto de la maquinaria se habían salvado por completo. Las pérdidas materiales y emocionales eran importantes, pero no hundirían el negocio familiar. Y no había habido que lamentar heridos graves ni fallecidos, gracias al cielo y a muchas personas que habían aportado su granito de arena.

Mariella pretendía escribir una carta de agradecimiento a todos en cuanto se sintiera capaz y sacara algo de tiempo.

Para empezar, a Aitana, por ayudarla a traer a su hijo al mundo y por su mente rápida a la hora de aportar la idea del motor para bombear el agua del río. A los nuevos dueños del camping, por hacer esa idea posible de forma veloz y así neutralizar el avance del fuego, aunque la lluvia y los

bomberos habían sido quienes lo habían extinguido por completo. A todos los vecinos que habían colaborado en las tareas de extinción y, después, en recoger y adecentar lo que había quedado. No solo los del pueblo, sino también de los alrededores, quienes alertados por el humo, habían acudido a echar una mano.

Y, por supuesto, a Fabrizio. Primero, por ayudar a Piero a encontrar a los desaparecidos. Segundo, por lograr convencer a Luciano de que debía al menos intentar salir de los sótanos, ya que si el fuego acababa colándose, estaría atrapado. Y tercero, por usar su propia fuerza para empujar al anciano y hacerlo avanzar por el complicado túnel hasta salir al exterior, quedándose él mismo el último con las consecuencias que había tenido tal decisión: un golpe en la cabeza que podría haber resultado mortal de haber sido en la sien y no en mitad de la frente.

Aitana se había encontrado con un teléfono en la mano y un hombre al otro lado que hablaba muy rápido en italiano, usando términos que ella nunca antes había escuchado. Había respondido a las preguntas del perito lo mejor que había podido con la escasa información de la que disponía. Al igual que a las que le había hecho la policía, quien había asegurado investigar junto con el seguro el origen del fuego y, además, averiguar el motivo por el que medio pueblo había estado sin suministro de agua; el cual, como por arte de magia, ya se había restablecido.

Hasta que Aitana no detalló con pelos y señales todas sus conversaciones y los acontecimientos del resto del día en el pueblo, Fabrizio no accedió a tomarse el caldo que ella le había preparado.

—¿Nadie ha interrogado a Alessandro? —Quiso saber en cuanto se bebió el contenido de su tazón.

—¿Por qué iban a hacerlo? —Aitana estaba perpleja—. Que una vez dejara por descuido una colilla encendida no implica que sea el responsable —lo defendió de inmediato—. Lo vi muy convencido de no volver a cometer ese error dado el enfado de Mariella por el asunto. Y quizá tampoco haya sido él aquel día, pues aseguró haber pisado a conciencia las colillas, como siempre.

—No es por una colilla —intervino Salvatore, pero no añadió más—. Si la policía quiere hablar con él, irá al hospital. Los tres hermanos pasarán hoy la noche allí. Alessandro puede que varios días. Es el único que ha sufrido alguna quemadura de tercer grado en una mano.

—Eso no me lo ha dicho Mariella. —Aitana contuvo las ganas de llorar. Tenía los sentimientos a flor de piel desde hacía horas.

—No han querido decirle nada aún. No perderá la mano, pero es grave y tal vez un par de dedos no se salven. Hasta que sea seguro, no quieren preocuparla, dadas las circunstancias.

—Dios mío...

—Mañana llamaré a Vincenzo, mi amigo de la policía de Florencia. Quiero que se ocupe personalmente de esto —declaró Fabrizio y se recostó para, por fin, cerrar los ojos y dormir.

Salvatore se había quedado un par de horas más, a pesar de que Aitana había asegurado no moverse de allí en toda la noche. Y cuando Fabrizio comenzó a roncar de verdad tras miles de vueltas en la cama, se atrevió a preguntar.

—Salvatore, ¿qué es lo que creéis que puede hacer culpable a Alessandro de esto, si no es por un cigarrillo mal apagado?

El hombre suspiró un par de veces antes de decidirse a contarle. Consideraba que Aitana merecía saber la verdad, se lo había ganado a pulso.

—Nadie le echa la culpa. Solo creemos que quizá pueda saber algo —explicó y, tras una larga pausa, decidió proseguir—: Nadie del pueblo, salvo los Caruso y los Conte, dispone de esta información, así que te pido que la mantengas en secreto como se ha hecho hasta ahora.

—Claro. Podéis confiar en mí.

—Lo sé. Por eso te lo voy a contar.

La historia comenzaba con la muerte de los padres de los hermanos Caruso, hacía tres años, en un accidente de coche. A la hora de la lectura del testamento, a pesar de estar con vida Luciano y no existir la posibilidad del reparto de la herencia en lo que a las bodegas y los terrenos se refería, sí salió a la luz que las lindes de los terrenos no estaban definidas con exactitud. Algo que se remontaba siglos atrás, puesto que el vacío legal al respecto había venido dado por la escisión de Caral in Chianti como localidad en lugar de seguir formando parte de Lagar in Chianti.

Alessandro, por su carácter, había querido solucionar el problema de inmediato. Para ello, había pedido ayuda a Fabrizio, como reciente alcalde del pueblo y abogado. Este le había proporcionado la información que había en los archivos, que no era concluyente, pero con ella se había presentado en la casa de los Leone, la familia de tradición vinícola con cuyas tierras lindaban las de los Caruso.

La visita, lejos de solucionar nada, había traído terribles consecuencias. Dario Leone, el cabeza de familia, no solo lo había echado de su casa y prohibido que pusiera un solo pie de nuevo en Lagar in Chianti, si no que había amenazado con exigir la prórroga prometida verbalmente por Luciano para un contrato firmado desde hacía años. Este otorgaba a las bodegas Leone el permiso para cosechar la uva de un quinto de las hectáreas del terreno Caruso, aproximadamente, dado ese desconocimiento sobre el punto exacto en los límites.

Luciano prefería vender esa uva a la competencia a bajo precio antes de que se echara a perder. Tenía más de la que podía gestionar.

Sin embargo, cuando Mariella y sus hermanos se hicieron cargo del negocio, decidieron ir recuperando poco a poco ese terreno, pues cada año eran más capaces de asumir el total de la cosecha.

Había habido disputas al respecto, pero habían acabado llegando a un nuevo pacto: el contrato vigente se alargaría en el tiempo cinco años más, pero los Leone irían retrocediendo en el terreno progresivamente hasta dejar de cosechar uva Caruso.

Alessandro no estaba de acuerdo, aunque hasta la muerte de sus padres apenas se había implicado en las bodegas, pues tenía solo en mente sus estudios y sus primeros negocios propios. Sin embargo, perder a sus padres lo había vuelto un poco loco y más temerario de lo que ya era, y había acabado con aquella discusión con los Leone que, al no dejarlo contento, se había repetido

semanas después.

Alessandro había vuelto a Lagar in Chianti para investigar en el archivo de su ayuntamiento si existía allí algún documento que zanjara de forma definitiva el tema fronterizo. Lo encontró, pero antes de poder hacer copia alguna, Dario Leone acudió al registro con sus dos hijos, alertado por algún vecino o el propio alcalde, sospechaba el implicado.

El joven Caruso, viéndose acorralado por los tres hombres, no tuvo mejor idea que saltar por la ventana y huir con los documentos.

Hubo una persecución campo a través. Alessandro podría haber salido victorioso en la carrera si el orgullo no lo hubiera podido. Al pasar por la colina doble en forma de jorobas de camello que detallaba el documento como límite acordado entre pueblos y firmado por los alcaldes de la época, se detuvo y extendió las manos en alto.

—¡Aquí! ¡Aquí acaban vuestras tierras y vuestro pueblucho!

—¡Porque tú lo digas, payaso! —le había respondido Claudio, el mayor de los Leone.

—No lo digo yo, lo dicen estos documentos.

Sin pensárselo dos veces, Claudio, un hombre de la edad de Fabrizio y su misma estatura, lo tumbó de un puñetazo y, antes de que se recuperara, cogió los papeles de su mano, los quemó delante de sus narices y los tiró al suelo.

Mientras Claudio se carcajeaba y su hermano se quedaba quieto, Alessandro se lanzó contra él. Se liaron a golpes como dos locos.

Consciente de que la pelea estaba muy desnivelada, el pequeño de los Leone, Ottavio, al grito de «¡para, Claudio, no es más que un crío! ¡Lo vas a matar!», terció por el rival y acabó inconsciente por un codazo fortuito en la nariz.

Preocupados por Ottavio, la pelea se detuvo y entre ambos lo cargaron para llevarlo al pueblo, dejando atrás los papeles en llamas. Con tan mala fortuna que el fuego que aún los consumía acabó por alcanzar las vides y quemando varios metros cuadrados de cultivos hasta que en ambos pueblos se percataron del humo y acudieron a sofocarlo.

—Así que esa zona negra de terreno que se ve desde la colina de la ermita de San Giuseppe es la consecuencia de ese accidente. —Aitana recordó aquella visión de golpe. Era una fea brecha en el terreno que había quedado allí como una cicatriz.

—Sí, «accidente» es como se declaró de forma oficial. Pero habría sido un delito a ojos de la ley, pues un Caruso robó documentos municipales y un Leone los destruyó. Al estar ambas familias implicadas, se decidió no entrar en una batalla legal por parte de ninguna. Sin embargo, Alessandro siempre ha acusado a Fabrizio de no creerle y no hacer nada por demostrar que la información de la que aquellos documentos daban fe dejaría a los Leone sin gran parte de lo que a fecha de hoy consideran sus terrenos.

—¿Qué iba a hacer él? No había forma de recuperar esos papeles que eran la única prueba.

—Alessandro quiso ir a juicio, ya que el hecho de que Claudio los quemara implicaba que salía perdiendo con lo que decían. Sin embargo, Fabrizio sabía que no ganarían. Los Leone alegarían lo

contrario, que él los robó porque harían que los Caruso perdieran parte de sus tierras y que él mismo los quemó, provocando el fuego. Esa es la versión oficial que dan Dario y Claudio, pero no la que dio Ottavio en el hospital, al despertarse tras el golpe en la nariz. Este contó a su médico lo mismo que alegó Alessandro. Pero, sospechosamente, tras la visita de su padre, cambió su versión y ya no se ha vuelto a retractar.

Aitana se sintió furiosa por la injusticia.

—Lo obligaron a mentir.

—Está claro. —Suspiró y se frotó los ojos. Le picaban por el humo y el sueño—. Las cosas se calmaron, y el acuerdo de Mariella sigue vigente a día de hoy.

—¿Cuándo dejan los Leone de poder cosechar uva Caruso?

—Ese nuevo acuerdo fue hace... cinco años. Pues este, este año.

—Entiendo. —A pesar del agotamiento, Aitana comenzaba a atar cabos sueltos aquí y allá—. Y además, van a conseguir la distinción *Chianti Superiore*. ¿Los Leone la tienen para alguno de sus vinos?

—No. Nunca la han logrado.

Fabrizio se despertó en ese momento, sobresaltado, y la conversación terminó ahí. Tras un largo rato revolviéndose en la cama, volvió a roncar. Fue entonces cuando Aitana logró convencer a Salvatore de que se fuera a su casa. Y ella pasó una inquietante noche de pesadillas en una butaca, en las que el fuego y la imagen de Fabrizio inconsciente se entremezclaban con el rostro de un hombre que la había mirado de un modo extraño entre la multitud de vecinos. Uno que no le sonaba del pueblo, pero cuyo rostro se le hacía familiar.

A primera hora de la mañana, Salvatore junto con Fiorella insistieron en darle el relevo para que ella descansara, pues imaginaban que no habría podido hacerlo.

Ella accedió porque realmente lo necesitaba, dormir tumbada unas horas y darse un baño caliente, no solo la ducha rápida con la que se había conformado a la espera de la vuelta de Fabrizio y Salvatore del hospital.

Así pues, a las ocho de la mañana, con las llaves de la camioneta de Salvatore en la mano, condujo hasta su casa y, tras ese baño relajante, se permitió unas horas de sueño reparador.

\*\*\*

A mediodía, con fuerzas renovadas, Aitana picoteó algo de pasta con poco apetito y llamó a Mariella para saber cómo estaban ella y su familia. Esta le dio la buena noticia de que el bebé había cogido el pecho muy bien y dormía como un bendito. Además, sus hermanos volverían a casa esa misma tarde, Alessandro incluido, quien finalmente salvaría la mano completa.

Aitana le hizo prometer que, si necesitaba cualquier cosa, la llamaría de inmediato. Lo que fuera. Mariella se lo agradeció y casi se echó a llorar al hacerlo. Las hormonas seguían alborotadas y los acontecimientos demasiado recientes. A Aitana también se le escaparon un par

de lagrimillas al despedirse.

Sin embargo, se armó de fuerza para volver a la casa de Fabrizio. Necesitaba verlo, comprobar con sus propios ojos que estaba bien. Pocos mejor que ella sabían lo fatal que podía ser un golpe en la cabeza. A la noche parecía estar consciente de todo, solo algo agotado y de bastante mal humor. Aun así, temía confiarse.

Aparcó la camioneta junto a la casa y llamó a la puerta con un corto timbrazo, pues quizá se hubiera vuelto a dormir. Porque sabía que se había despertado y desayunado, Fiorella le había enviado un mensaje de audio para informarla. Bendita fuera.

Para su sorpresa, fue el propio Fabrizio quien abrió la puerta. Estaba vestido como si fuera a salir, pantalón vaquero y polo. Y la venda en la frente, la cual captó toda su atención.

—Ah, eres tú.

—¿Esperabas a otra persona?

Él se apoyó en la puerta con el antebrazo, como si el mero hecho de hablar lo fastidiara. O lo fatigara. ¿Estaría aún mareado?

—Pensaba que mi tío no se habría dado por enterado de que estoy bien y que no necesito niñera. Creí que volvía con cualquier excusa cinco minutos después de irse.

«Desagradecido», pensó ella para sí, pero se mordió la lengua.

—Pues ya ves que soy yo. —Lo miró con el ceño fruncido—. ¿Puedo pasar y comprobar por mí misma lo que afirmas tan convencido?

—Adelante. —Se hizo a un lado y la observó caminar con resolución. El contoneo de sus caderas bajo la fina tela de su faldita lo puso de mejor humor de inmediato—. Sé que has pasado la noche velando mi sueño. Gracias, aunque no era necesario.

—De nada. Y sí era necesario —espetó sin poder evitar apretar la mandíbula. Se sentía furiosa y no tenía aún claro por qué—. ¿Me permites quitarte esa venda y ver lo insignificantes que han sido los daños?

—Son solo cuatro puntos. Me la he quitado para ducharme, pero mi tío ha insistido en ponerme otra.

Él comenzó a buscar con las uñas el esparadrapo que sostenía el apósito y a Aitana se le agotó la paciencia. Salvó los escasos pasos que los separaban y descubrió la herida ella misma. Estaba limpia, pero inflamada y amoratada. Además del corte, tenía un buen chichón.

—Te quedará cicatriz. Es muy profunda. Pero será una marca leve si la ocultas del sol lo máximo posible —soltó casi de carrerilla, incapaz de mirarlo a los ojos que sabía que él clavaba en su rostro. Del mismo modo, lo sintió inhalar con fuerza, inspirando su aroma, supo al instante, pues ella también estaba aturdida por el suyo. Ese olor de su gel de baño que la volvía loca—. Usa una gorra o... péinate hacia abajo, déjate crecer un poco el pelo y pónelo... así.

Él hundió el rostro en la mano que caía desde su frente hacia su mejilla, buscando su contacto como un niño asustado busca consuelo. Ella exhaló con más fuerza de la que había pretendido, pero no se apartó.

—Aitana. Deberíamos hablar...

—Me mentiste —lo cortó y apartó la mano con brusquedad.

—¿Qué? —No podía haberlo pillado más desprevenido—. ¿Cuándo?

—Dijiste que me veías de verdad. Y no es cierto.

Buscó las manos de ella y, a pesar de que trató de alejarse de él, logró capturarlas entre las suyas.

—¿Por qué dices eso?

—Dijiste que me veías. —Un puchero le hizo temblar el labio y se sintió estúpida por ello. Así que sacó fuerzas de flaqueza y logró mantener la voz firme—. Cuando nos besamos la primera vez. Que me veías de verdad. Y es mentira.

—No. No lo es. Yo...

Ella tiró de sus manos hasta soltarlas y dio un paso atrás.

—Si me vieras de verdad, sabrías que no soy caprichosa. Lo fui, lo reconozco, pero fue antes de saber lo que de verdad quería. Te conté lo de mi accidente, de cómo me cambió en mi forma de ver la vida. Mi vida. —Se golpeó el pecho con un puño y solo en esas dos palabras se le quebró la voz—. He estado buscándome a mí misma, y me he encontrado de muchas maneras. Pero ninguna como lo he hecho aquí. Como lo he hecho contigo. —Tuvo que respirar un par de segundos para poder continuar—. Si me miras y no ves eso, no me ves de verdad. Si me besas y piensas que lo que despiertas en mí puede cambiar porque voy a sentirme atrapada aquí, no has llegado a conocerme ni un poco.

—Has hablado con mi tío —dedujo él tras asimilar sus palabras.

—Sí. Ya que tú no has tenido a bien explicarme esos miedos que te persiguen.

Fabrizio miró hacia el suelo, pero se obligó a volver a sostenerle la mirada. Era lo mínimo que le debía.

—Toda mi infancia ha estado marcada por la tragedia entre mis padres. Los cambios de humor de ella, el sufrimiento de mi padre por perderla una y otra vez, y a mí cada vez que ella decidía que no podía vivir alejada de mí. ¿Cómo no voy a temer repetir la misma historia?

—Porque tú no eres tu padre y yo no soy tu madre. Somos tú y yo. —Río como si tener que explicarle aquello fuera innecesario a su criterio—. Y podemos hacer lo que queramos con nuestras vidas.

La brillante mirada de él se ensombreció de pronto.

—Yo no puedo abandonar este pueblo.

—¿Quién lo dice?

—Siempre ha sido un Conte quien ha llevado la alcaldía. Mi tío ya lo hizo un tiempo y no quiere volver a saber nada del tema. Mi padre me rogó que no rompiera la tradición días antes de su muerte. Juré no hacerlo. —Suspiró y la miró con desesperanza—. Jamás faltaría a esa promesa.

—Muy bien. —Se cruzó de brazos y alzó la barbilla—. ¿Y qué pasará cuanto te toque jubilarte?

—Habré cumplido mi palabra. Y otro tomará el testigo.

—¿Quién? No hay ningún Conte más en este pueblo. Tu tío no tiene hijos. ¿Los tendrás tú?

—Quizá.

—¿Con quién?

—Aún... no lo sé. —Su rostro se contrajo, contrariado.

—Si es con una mujer del pueblo, ya puedes darte prisa. Porque creo que ninguna que no esté casada está ya en edad fértil.

—Aitana...

—¿Y si es alguna de los alrededores? —prosiguió ella, ignorando su escueta solicitud de control—. Corres el riesgo de que se sienta atrapada y te abandone. Incluso si es del pueblo de al lado. Tendrás que ir a diario a su casa en algún otro lugar de las colinas de Chianti para dormir a su lado y volver trabajar al rinconcito que llamas «ayuntamiento» cada mañana.

Para sorpresa de Aitana, Fabrizio golpeó la mesa con un puño, con notable fuerza.

—No te tomes esto a cachondeo.

—¿Por qué? —Se obligó a no amedrentarse. Ya había empezado. No podía parar—. ¿Por qué no ves lo ridículo de tu planteamiento desde mi punto de vista?

—Porque tú puedes irte muy lejos, Aitana —explicó, como si esta vez fuera ella quien no veía lo obvio del asunto—. A miles de kilómetros, y yo sería tan egoísta y patético que me humillaría sin dudarle para rogarte que no me abandonarás. Porque ya es tarde para mí, ya estoy perdido como lo estuvo él. —Se frotó la cara e hizo una mueca al rozarse la herida. Suspiró, impotente y cansado—. Siempre me dije que no caería en esa trampa, pero lo he hecho. Lo he hecho...

—Entonces tienes suerte de que me encante este pueblo. —Aitana dio un paso hacia él, entrelazó los dedos con los suyos y apretó su mano con fuerza—. Tanto como para quedarme y ayudarte a seguir haciéndolo todavía más maravilloso.

Fabrizio dejó de respirar por un instante. Observó sus manos unidas hasta que se armó de valor y la miró a los ojos. Su expresión había dejado de ser desafiante y mostraba aquella dulzura arrolladora que lo había cautivado por completo.

—Cambiarás de idea —resolvió con el corazón desolado.

—No lo haré. —Rio un instante y le guiñó un ojo—. ¿Vas a darme el puesto de *community manager*? ¿O relaciones públicas e impulsadora del turismo y la modernización de los negocios?

Fabrizio no pudo evitar sonreír, lleno de incredulidad. Sacudió la cabeza ante la inesperada pregunta.

—¿Esa es tu condición para quedarte? ¿Que te dé un puesto inventado?

—No. Eso es solo algo que me he ganado a pulso. Porque he demostrado que puedo hacerlo muy bien. Tengo don de gentes.

—Ese es solo uno de tus muchos dones —le susurró.

«Uno de los muchos con los que me has enamorado», estuvo tentado de añadir.

Ella sintió que la acariciaba con la mirada, mientras por su rostro se sucedían diferentes cambios de expresión que le hicieron preguntarse en qué dones estaría pensando. Un escalofrío la

recorrió de arriba abajo y casi le hizo perder el hilo de lo que estaban hablando.

—Ese trabajo lo haría como una labor voluntaria. Porque he decidido que sí voy a intentar establecerme como fotógrafa freelance —confesó con alegría por la reciente decisión—. Pero sí hay... dos condiciones. —Retomó la conversación antes de que las sensaciones que su mirada le provocaba le hicieran perder el dominio de la situación—. La primera es que me regales mi figura en mármol *rosso verona*.

—Siempre ha sido tuya. —Los ojos se le llenaron de lágrimas que se juró no derramar. Su musa, la que había temido que se escapara entre sus dedos en cualquier momento, dejándolo sumido en la apatía y el desamor, podría quedarse para siempre—. ¿Cuál es la segunda?

—Que nunca más me ocultes lo que sientes. Que seas sincero de una vez y me digas la verdad.

Fabrizio reaccionó como impulsado por fuerzas sobrenaturales. La atrajo hacia sí de un solo tirón. A pesar de que ella lo esperaba, se sintió como una muñeca cuando la atrapó con una mano en la cintura y otra en la nuca y poseyó su boca con una fiereza que la consumió como una fiebre y la despojó de todo el arrojito con el que le había plantado cara solo unos instantes antes.

—*Ti amo* —pronunció con los labios en su oreja justo antes de bajar por su cuello y deleitarse en su escote—. *Ti amo* —siguió murmurando según desabrochaba los botones de su vestido.

—Bien, sí... —Apenas podía respirar. Él no solía hablarle en italiano, y con solo esas dos palabras, había logrado que toda su piel se estremeciera—. Había una tercera condición que se me ha olvidado mencionar.

Sus manos, que estaban ocupadas en sus pechos, detuvieron su exploración cuando su rostro encaró el de ella con gesto muy serio.

—Que me hagas el amor ahora mismo —solicitó ella—. Y esta noche. Y todas las noches a partir de...

No pudo terminar la frase. Él ya había empezado a sonreír con la nueva exigencia y casi le arrancó el vestido cuando se siguió explayando en su supuesta condición. Como si él no pensara cumplirla a rajatabla sin rechistar.

—Pero tampoco hace falta que sea aquí abajo. Podemos subir al dormitorio y...

Las palabras murieron en su boca cuando él la recostó sobre el sofá y la penetró con dos dedos a la vez que se colmaba la boca con uno de sus senos.

Por todos los cielos, aquello era magia en explosión. Miles y miles de sensaciones recorriendo todo su cuerpo. El calor de él haciéndola arder y su voz divagando en italiano palabras que no alcanzaba a comprender mientras alternaba un pecho y otro de forma enloquecedora e impredecible.

El orgasmo le sobrevino como un torbellino, enroscándose en su interior y expandiéndose después por todo su ser. Cuando volvió en sí, laxa y ligeramente desorientada, él la miraba con una expresión tan devota que le hizo comprender hasta qué punto era sincero cuando le había dicho que la amaba.

—Arriba —solicitó Aitana con voz suave.

—Dentro —replicó él y le mordió los labios con ansiedad—. Dentro de ti. Maldita sea, ya no puedo más —añadió y la cogió en brazos para subir las escaleras y cumplir la exigencia de ella y la suya propia. No dejaron de besarse ni un solo momento.

Ya en el dormitorio, la depositó sobre la cama y sacó una caja de preservativos de un cajón.

—En el río no podía pensar más allá de poseerte. Pero aún es pronto para ceder la alcaldía a un nuevo Conte —bromeó, haciéndola reír por lo inesperado de su buen humor. Aunque su idea era mantenerlo en ese estado mucho mucho tiempo.

Fabrizio se desnudó bajo la atenta mirada de Aitana y gateó por la cama hasta colocarse sobre ella.

—La otra noche, en tu jardín, pedí un deseo a esas estrellas —confesó antes de dejar caer su peso sobre el cuerpo desnudo de ella. Aún sin el preservativo, tanteó su entrada con su vigorosa masculinidad—. Tenerte así cada noche durante el resto de mi vida.

—Yo las reté a que me impidieran conseguirlo.

Sus bocas chocaron al ir a buscarse y sus pelvis se contonearon anhelando mayor contacto. Ella estaba ya tan húmeda que el miembro de él se deslizaba sin apenas dificultad hacia su interior, y tuvo que hacer acopio de la poca cordura que le quedaba para retirarse y buscar el preservativo.

Se lo puso a toda velocidad y volvió a caer sobre ella. Se hundió en su sexo con contundencia y desesperación.

—*Ti amo* —exhaló Aitana en cuanto lo sintió dentro de sí.

Entonces se desató la locura que el incendio había interrumpido sin piedad, aunque solo había pospuesto lo inevitable.

Rodaron por la cama, tratando de imponer cada uno su ritmo y su voluntad, dejando patente que ambos eran de naturaleza dominante entre las sábanas. Como Fabrizio se sentía a punto de llegar al límite, cedió ante el último arranque de ella y dejó que lo cabalgara con total libertad. Se dejó ir cuando la visión de sus senos balanceándose frente a su boca pudo más que su capacidad de contención. Ella lo acompañó con un grito triunfal en los últimos espasmos del orgasmo de él y le regaló la embriagadora escena de su cabeza cayendo hacia atrás en un gesto de abandono, dejando al descubierto su tentadora garganta en tensión por encima de aquellos pechos que eran dignos de ser immortalizados en piedra como patrimonio de la humanidad.

Cuando los últimos vestigios del placer abandonaron su cuerpo, Aitana se acurrucó contra el pecho de Fabrizio y hundió el rostro en la fragancia de su piel.

Fueron otras dos las ocasiones en las que hubo una muda disputa por quién dominaba al otro para poseerlo a lo largo de la noche, pero supieron doblegarse por turnos en un ardiente ejemplo de cómo iban a solucionar sus desavenencias en un futuro. Y dejaron constancia de que saber ceder en las ocasiones adecuadas tenía sus ventajas.

## Capítulo 23

Aitana despertó al amanecer con una sensación de plenitud en el cuerpo y en el alma que tardó un par de segundos en identificar. El tiempo exacto que tardó en abrir los ojos y encontrarse los de Fabrizio contemplándola, con un codo apoyado en la almohada y la cabeza sobre una mano. Una de las comisuras de sus labios comenzó a estirarse en cuanto a ella se le sonrojaron las mejillas. Sabía que estaba recordando todo lo ocurrido entre ellos desde el día anterior. Él tampoco había podido dejar de pensar en ello ni dormido.

—*Buongiorno*. —Una sola palabra en ese italiano que tan sexy le sonaba en sus labios, y ya la tenía ronroneante de nuevo, pensó Aitana ahogando un suspiro cuando él agachó la cabeza muy despacio y la besó con suavidad en los labios. Lo que no esperaba era que se quedara a un milímetro de su boca y continuara hablando. —*Il mio cuore e la mia anima ti appartengono*.

Aitana lo aferró por la nuca y lo besó con mayor fuerza, cautivada por aquella declaración en la que le decía que su corazón y su alma le pertenecían. Ella le había solicitado justo eso como una condición a permanecer a su lado: que fuera sincero con sus sentimientos.

Creyó justo responder del mismo modo, con la absoluta verdad. Nunca había amado a nadie como lo amaba Fabrizio y quería pasar el resto de su vida con él. Decidió usar el italiano también. Como en un acuerdo tácito entre ellos por el cual se establecía que ese fuera el idioma que usarían siempre para hablar de sus sentimientos.

—*Non ama mai qualcune mentre li amo a voi. Voglio passare il resto della mia vita con te*.

Esta vez fue Fabrizio quien reaccionó a sus palabras con un beso largo y húmedo que Aitana solo pudo catalogar como perfecto y adictivo. Demasiado tentador como para volver a dejarse llevar y olvidarse del mundo entero y quedarse en esa cama para siempre. Luchó contra esa tentación y lo apartó con gentileza pero de forma firme.

—¡Eh! —protestó él y la cogió por la cintura cuando trató de incorporarse—. ¿A dónde crees que vas?

—A preparar el desayuno. Y luego a mi casa. Tengo gallinas y un huerto de los que ocuparme.

Fabrizio tiró de Aitana y la hizo caer en la cama. Se posicionó sobre su cuerpo, atrapándola e impidiéndole la huida.

—¿Qué hay de mi deseo y tu reto a las estrellas? —le recriminó.

—Volveré más tarde. O vendrás tú. Podemos pasar la noche tanto en tu casa como en la mía — razonó con sonrisa calmada ante su ceño fruncido—. Da igual la cama, mientras estemos ambos en ella.

El beso que se ganó por aquellas palabras la dejó lánguida una vez más. Aunque su cerebro no paró de trabajar mientras él bajaba por su cuello en un recorrido de pequeños besos muy prometedores.

—Tendré que hablar con la señora Galvani del contrato de alquiler. Tal vez me acepte como inquilina permanente a la vez que alquila la casa por habitaciones. Porque para que puedan votarme como concejala en los próximos comicios, primero tendré que empadronarme en el pueblo, ¿cierto?

—Cierto.

—Tendré que hacer una campaña muy persuasiva. Al no ser una Conte, los vecinos no me votarán con fe ciega.

—Ya eres una Conte a ojos del pueblo. Y no solo porque a partir de hoy vayan a verte entrar y salir de esta casa y a mi lado a diario —explicó con sonrisa de satisfacción—. Con lo que hiciste ayer, cómo tomaste las riendas de la situación durante el incendio y después, asegurándote de que se hacía lo que debía hacerse, tienes la fe de los vecinos asegurada.

—Solo hice... lo que pude.

—Y lo hiciste muy bien. Me siento agradecido y afortunado de tenerte aquí, Aitana. —La besó una vez más de esa manera tan profunda que la dejaba completamente a su merced—. *Mia cara* — comenzó a susurrarle más palabras dulces en su idioma natal mientras la colmaba de delicados besos por el rostro y el cuello—. Prométeme que es cierto, que no te alejarás de mí.

—Ya te he dicho que sí. —Le cogió la cara con ambas manos y lo miró a los ojos—. ¿Tan difícil se te hace creerlo? ¿Tan poco poder de seducción consideras que tiene este pueblo? ¿Y su alcalde?

—Al pueblo lo has puesto en movimiento para transformarlo en un par de meses.

—Le he dado un empujoncito para sacar lo mejor de sí mismo. Y a ti también. —Lo acarició en el rostro con dulzura—. No pretendo cambiarte, Fabrizio. Te quiero como eres. Solo estabas algo escondido tras mucha piedra sin pulir. Pero ya he aprendido la técnica correcta para trabajar tu bello mármol y he llegado hasta tu verdadero yo. —Le cogió el rostro con ambas manos—. Te veo, Fabrizio Conte. Te veo de verdad. Y amo lo que veo, por fuera y por dentro.

Él cerró los ojos y besó las manos que lo acariciaban. Pegó su nariz a la de ella y habló en un susurro.

—No necesitas hablar con Giorgina de ningún contrato. Esta es tu casa, si quieres vivir en ella.

—Es una casa preciosa. Pero no sé si será demasiado precipitado que vivamos juntos.

—¿Precipitado?

—Ni siquiera le he hablado de ti a mi familia.

—Pues hazlo. ¿Tienen que darme su visto bueno? Que vengan. O iré yo a Santander.

Los ojos de Aitana se iluminaron. Fabrizio pensó que no existía una azul más puro que el de su mirada.

—¿Lo harías?

—Sin dudarlo.

—Bueno, no hay ningún consentimiento que dar. Pero sí quiero hablarles de ti, de lo que siento por ti.

—Y yo por ti —exigió con una mirada fiera que provocó un escalofrío en Aitana.

—Por supuesto. Y en octubre está previsto que dé a luz mi hermana Daniela. Quiero conocer a mi sobrino, cogerlo en brazos y comérmelo a besos.

—Lo entiendo.

—Y tendré que traer mis cosas. Solo he venido con equipaje para el verano. Tendrás que prestarme... algunos armarios.

Los ojos de Fabrizio chispearon.

—Te construiré todos los armarios que necesites.

—No tengo tantas cosas. —Soltó una carcajada—. Pero sí bastantes zapatos. Tal vez sí necesite un armario solo para zapatos.

—Lo tendrás —aseveró.

—Genial. Porque tengo los pies muy delicados y mis zapatos son insustituibles. Para la ropa tendré menos problemas de espacio —explicó sin ser consciente de la sonrisilla que se dibujaba en el rostro de Fabrizio ante su extenso discurso sobre cosas en apariencia banales pero reveladoras de sus intenciones reales de convivencia—. Me apaño muy bien reciclando prendas. Las retoco yo misma, ¿sabes? Pero suelo usar la máquina de coser de mi madre. Tendré que conseguir una por aquí, no voy a pedirle la suya ni traérmela desde España. De segunda mano sería más que suficiente.

Fabrizio había empezado a acariciarla desde el hombro hasta la mano, muy despacio, y siguió hacia abajo mientras hablaba.

—Rosa, la mujer que vive junto al obrador de Marcello, solía remendar ropas a los vecinos con su máquina. Era modista, pero ya apenas ve y hace tiempo que quien no sabe coser va con «sietes» en los pantalones.

—¿Rosa? ¿Modista? Oh, así viste siempre tan ideal. Debería haberlo imaginado. —Dio un respingo al sentir una perturbadora caricia en la ingle. Le detuvo la mano antes de que continuara—. ¿Crees que me vendería su máquina? Podría pedirle que me enseñe algunos de sus diseños. Podríamos compartir patrones. Sería muy divertido.

—Le encantará recordar viejos tiempos con una bella modelo. Y te regalará su máquina.

—Oh, no podría aceptarla. La pagaré.

—Ella no aceptará tu dinero.

—¿Por qué?

—Porque las cosas aquí son así. —Apartó la mano que impedía seguir la trayectoria deseada y continuó hacia el interior del muslo—. Tú estás haciendo mucho por el pueblo. Ella tiene algo que ya no puede usar. Aunque si la aceptas, heredarás también su labor de remendar sietes a la ropa de los vecinos.

—Me parece un trato justo. Puedo coger el bajo a unos pantalones así. —Chasqueó los dedos y lo hizo reír.

Se miraron a los ojos en silencio durante un momento.

—¿Te das cuenta de todos los planes que estás haciendo ya?

—Estamos. Vas a hacerme armarios y vas a venir a Santander a conocer a mi familia. Y a ayudarme con el equipaje con el que voy a llenar esos armarios.

—Vas a mudarte a mi casa. Y quiero que la consideres tuya. —Sin previo aviso, sus dedos se colaron en su interior. La miró a los ojos y sonrió de forma ladeada y traviesa, de esa manera que la hacía arder por dentro—. Podemos cambiar lo que necesites —continuó diciendo como si no estuviera masajeando su zona más íntima.

—Adaptar, no cambiar. —Aitana se contoneó buscando más intensidad y, ahogando un gemido, decidió seguirle el juego—. Y me mudaré cuando termine mi contrato de alquiler con Giorgina. Tengo un compromiso con ella y sus gallinas.

—De acuerdo. —El pulgar rozó su clítoris y la hizo alzar las caderas—. Pero compartiremos cama cada noche.

—Aquí o allí. Hecho —aceptó en un jadeo.

—¿Hemos acabado ya de hablar?

—Sí. Porque tengo hambre.

—Yo también.

Se abalanzó sobre ella y le demostró lo hambriento que estaba de su cuerpo y de todo su ser una vez más. Hasta que no hubo saciado su apetito, que dejó patente que era voraz, no la dejó bajar a la que desde ese momento sería también su cocina. Allí aplacaron otro tipo de hambre con más calma y menos frenesí.

Él disfrutó viéndola comer e imaginó miles de mañanas compartiendo ese mismo momento con ella en aquel mismo lugar. Se obligó a no imaginar a su madre sintiéndose atrapada entre las paredes de esa cocina y queriendo huir de allí desesperadamente hasta decidir hacerlo. La sonrisa de Aitana por encima de su taza barrió de un plumazo aquel pensamiento.

Cuando la vio empezar a recoger los platos, se apresuró a impedirselo.

—Tú has preparado el desayuno. Yo recojo.

—Me parece justo. Y muy buena manera de empezar una convivencia. —Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en los labios—. Si formamos tan buen equipo para todo, esto va a salir muy bien.

—Lo hará.

—Nosotros haremos que sea perfecto.

—Con esfuerzo y trabajo. Y buenos deseos.

—Eso es. Y cuando digo perfecto no digo que vaya a ser fácil. Tendremos nuestros pequeños y grandes desencuentros. Yo te gritaré cada vez que me encuentre tus calzoncillos sucios en el suelo junto a la ducha.

—Yo no dejo...

—Da igual —lo cortó, cerrándole la boca con un beso—. Es un ejemplo. Y tú me reñirás por ir dejando mis zapatos por todas partes. Lo primero que hago al llegar a casa es quitármelos. Mis delicados pies me lo exigen —justificó—. Y aunque intentaremos con auténtico empeño no olvidar esos detalles, algún que otro día se nos pasarán. Así que yo me resignaré a, de vez en cuando, tener que recoger tus gayumbos con el boli más cercano para llevarlos al cesto de la ropa sucia y tú acabarás acostumbrándote a tropezarte con mis zapatos en los rincones más insospechados.

—También me resignaré a dejarte hablar y hablar cuando lo que quiero es besarte y besarte.

—Solo tienes que escuchar mis desvaríos un rato. Luego puedes besarme todo lo que quieras.

Y así lo hizo, después de soltar una sonora carcajada.

Sí, aquello iba a salir bien. Muy bien.

\*\*\*

Aitana realizó el recorrido hasta la casa de la señora Galvani como si no lo hubiera repetido innumerables veces en los últimos dos meses. Veía todo como con más color, más vida. Todo era más bello que el día anterior. Las flores de los laterales del camino, las mariposas revoloteando, el trinar de los pájaros... Estaba flotando en una nube y, lejos de sentirse ridícula por suspirar recordando los besos, las caricias y las palabras de amor que Fabrizio le había prodigado, estaba eufórica.

Quizá por eso, toparse con el terrible cuadro en el que habían convertido su jardín le resultó aún más impactante. Tras quedarse petrificada un largo minuto al otro lado de la verja, mirando el destrozo sin poder creérselo, por fin fue capaz de avanzar y adentrarse en el revoltijo de tierra y plantas arrancadas y machacadas.

Como una advertencia de su propio cuerpo, el corazón le golpeó con fuerza en el pecho cuando comenzó a girarse hacia el punto que ya había divisado por el rabillo del ojo. Había detectado algo extraño sobre la mesita bajo el limonero donde solía desayunar. Una mesa que ella siempre dejaba despejada al terminar.

El maravilloso desayuno que había compartido con Fabrizio amenazó con salir de su estómago como un torrente cuando distinguió la forma ensangrentada que, cruzada sobre la mesa, mostraba vísceras cubiertas de moscas.

El grito se le quedó atascado en la garganta un segundo antes de que su instinto la azuzara a salir corriendo de aquel lugar destruido y profanado por algún ser vil sin escrúpulos ni corazón.

Fabrizio oyó la puerta de la entrada abrirse de golpe. Apenas había salido del salón cuando Aitana se abalanzó sobre él y se refugió en sus brazos, llorando a pleno pulmón.

—¿Qué pasa? —Todo el cuerpo se le puso rígido y trató de separarla de sí para verle el rostro y que le hablara. No logró despegarla—. Aitana, me estás asustando. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Han matado a Gabino!

—¿Qué?

Tuvo que usar buena parte de su fuerza para poder apartarla y encararla.

—Está muerto. Así. —Se señaló el estómago y trazó una línea de arriba abajo varias veces.

Fabrizio enjugó sus lágrimas con sus labios y le frotó los brazos para tranquilizarla.

—¿Dónde lo has visto?

—¡En la mesa de mi jardín! —Sacudió la cabeza, queriendo borrar esa terrible imagen de su mente.

—Si está... destripado, es probable que algún animal lo haya atacado. El otro día me llegó una circular sobre avistamientos de jabalíes salvajes por las colinas. Puede que...

—¡No! —Aitana negó enérgicamente con la cabeza y volvió a señalarse la tripa—. Eso... eso no lo ha hecho un animal. Estaba allí... colocado, expuesto. No lo habían dejado tirado sin más. Y el jardín... ¡El jardín está completamente arrasado!

Fabrizio se tomó el asunto en serio desde el primer momento. Por eso solicitó a su tío y a Guido que los acompañaran hasta la casa en su coche. Ambos tenían escopetas de caza.

No es que no creyera la versión de Aitana, pero se negaba a pensar que una o varias personas hubieran hecho algo así allí, en su tranquilo y pacífico pueblo.

Quizá Aitana le había echado un poquito de imaginación a la grotesca visión y pensara que el gato estaba en una posición predispuesta por alguien en lugar de tal como lo hubiera dejado el animal salvaje que lo hubiera atacado.

La teoría de los jabalíes se le hacía la más plausible. También solían arrasarse cultivos.

Sin embargo, cuando llegaron al lugar, nadie creyó que aquello fuera obra de animal alguno. El gato había sido abierto en canal con algo afilado y de forma certera. Sus cuatro patas estaban extendidas en cruz, su cuerpo perfectamente centrado en la mesa.

Aquello era obra de un demente o de un ser malvado. Y peligroso.

\*\*\*

Las pesquisas por todo el pueblo ocuparon toda la mañana de aquel domingo. Fabrizio, Salvatore y Guido recorrieron las casas de los vecinos para averiguar si habían visto algo extraño la noche anterior, como alguien desconocido merodeando.

No sacaron nada en claro salvo el ajeteo provocado por el incendio. Vecinos de pueblos

cercanos, bomberos y policía, peritos y responsables de la aseguradora... Por allí había pasado mucha gente desconocida. Pero nadie que pareciera tener intenciones sanguinarias.

Aun así, les solicitaron cautela hasta que todo se esclareciera. Que cerraran con llave las puertas de sus casas, que no salieran de noche solos o que no dejaran a los niños sin supervisión.

Fabrizio no tuvo que insistir mucho para que Aitana recogiera sus cosas y las trasladara a su casa. Tampoco se negó a que la acompañara hasta la escuela de Salvatore, donde pretendía hacerle una lápida a Gabino con su nombre y ponerla sobre su tumba en los límites entre el jardín y el bosque, donde no quedaba muy a la vista y así no importaría a la señora Galvani cuando volviera. Bastante mal lo había pasado al tener que llamarla y explicarle lo ocurrido a su precioso jardín.

Se había comprometido a restaurarlo lo mejor posible antes de que volviera.

Fabrizio fue el encargado de meter en una bolsa al pobre animal y enterrarlo en el punto elegido por Aitana. Como el montículo de tierra removida le había parecido muy triste, se le había ocurrido la idea de la pequeña lápida. Tardó toda la tarde del domingo en hacerla. Y no dejó de llorar mientras lo hacía.

Así se la encontró Fabrizio cuando volvió a buscarla. No la había dejado sola, Salvatore se había quedado por allí con la excusa de preparar las clases de esa semana. Aun así, hasta que no había comprobado con sus propios ojos que estaba bien —al menos físicamente, porque sus ojos delataban su sufrimiento interior— no se quedó más o menos tranquilo.

—Haz lo que sea para animarla. Lo necesita de verdad —le solicitó Salvatore en cuanto Fabrizio llegó a la escuela.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Ya te has declarado?

—Tío...

—Digo yo que eso la animará —se excusó el hombre.

—No te metas en mis asuntos personales. —Puso los ojos en blanco cuando Salvatore sonrió con picardía—. Vale, sí. Trataré de animarla colmándola de atenciones y palabras dulces. ¿Contento?

—Mucho. Muchísimo, de hecho. —Le palmeó el hombro y después se lo apretó con fuerza y cariño—. A pesar de las circunstancias, claro.

—Lo resolveré. Ya he hablado con mi amigo Vincenzo Martinelli, el inspector de policía de Florencia. Vendrá mañana sobre las diez y se ocupará de investigar todo esto.

—Es una buena noticia. Siempre has hablado muy bien de él y de su instinto.

—Si alguien puede resolver este misterio es él. —Suspiró y saludó a Aitana con la mano cuando ella levantó la vista hacia ellos—. Ahora debo ocuparme de otro asunto más delicado. Un corazón un poco roto.

—Sabrás sanar esa herida. Al igual que sabes qué forma saldrá de un pedazo de piedra cuando cae en tus manos, o cómo seguir una melodía con solo escuchar los primeros acordes. Porque eres

un artista. Y amar es un arte.

## Capítulo 24

Era la tercera vez que Aitana iba a lomos de Tintoretto.

La primera, Fabrizio había querido llevarla a casa tras su cumpleaños, de madrugada. Acompañarla había sido un gesto galante y el beso en la mejilla como despedida le había llenado el estómago de mariposas. A pesar del temor que le causaba montar, se había sentido como una dama de otro siglo a lomos del corcel de un caballero que la cortejaba. La sensación la había hecho sentir ingenua y eufórica a partes iguales.

La segunda había sido más por fuerza mayor que por otra cosa. Sin embargo, la adrenalina del momento a causa del fuego y el galope, sumada a su carnal encuentro en el río, la habían transportado a un campo de batalla, en el cual ambos eran soldados con una misión tan crucial como salvar sus vidas y las de los vecinos ante el enemigo.

En cambio, esa mañana de lunes, el sol brillaba radiante sobre sus cabezas, ella era libre de abrazar a Fabrizio como se le antojara, y el suave paso de Tintoretto ya no le provocaba temor alguno. Ese día no era una dama ni una guerrera, era una feliz mujer de su tiempo, abrazando al hombre que amaba en lo que era el comienzo de un futuro juntos.

El paseo hasta la escuela, con el rostro apoyado entre los omóplatos de su amado, aspirando su aroma y absorbiendo su calor, fue un auténtico deleite que le hizo olvidar la tristeza que le habían provocado los últimos acontecimientos. Al igual que Fabrizio había logrado hacerle olvidar esa noche todo, absolutamente todo, salvo cuánto lo amaba. Entre sus brazos, bajo su cuerpo, escuchándolo decirle palabras maravillosas en italiano que la hacían derretirse por completo.

Llegaron a la escuela más pronto de lo que le habría gustado. Fabrizio la ayudó a bajar y, cuando ella hizo amago de marcharse tras un único y suave beso en los labios, tiró de su brazo hasta pegarla a su pecho y la besó con mayor intensidad durante largo rato.

—Llegaré tarde, y tu tío me regañará —protestó sin auténtica queja.

—Dile que ha sido culpa mía. Aunque sea toda tuya.

—¿Disculpa? —Lo empujó con suavidad por los hombros para apartarlo.

—Eres culpable por tener esa boca que me vuelve loco —declaró y volvió a apoderarse de ella —. Ese sabor que me nubla los sentidos. Ese aroma que no puedo dejar de buscar cada vez que

respiro. —Aitana tuvo que contener un gemido cuando la nariz de él acarició la sensible zona bajo su oreja—. *Sono dependiente dei baci tuoi*.

Oh, cielos, otra vez estaba intercalando ambos idiomas cuando le susurraba lo que sentía. Y sí, ella también era adicta a sus besos, pensó en su propio idioma con un suspiro. Sus piernas apenas la sostenían.

—Fabrizio, alguien puede vernos —le previno al sentir sus caderas fundirse con las de ella.

—De tu tacto, tu calor... —continuó él, ajeno a su advertencia—, ya no podría vivir sin ellos.

—Podrías, echándolos mucho de menos, claro está —bromeó Aitana, tratando de mantener la cordura—. Pero no será necesario. Ya lo sabes. —Lo besó de nuevo y zanjó el contacto de forma que pretendía dejar claro que ahí acababa por el momento. Dio un paso atrás—. Aunque ahora tengo que ir a clase. Y tú, a trabajar. A las diez tienes una importante visita, ¿recuerdas?

—Por supuesto. —Recordarlo lo hizo ponerse serio y mantener las manos quietas... a duras penas—. Ven después a comer conmigo. Y te cuento lo que haya hablado con Vincenzo.

—¿Solo a comer?

Los ojos de Fabrizio relampaguearon ante el brillo de los de ella y aquella sonrisa que lo hipnotizaba.

—Bueno, después de comer tengo un par de horas antes del siguiente compromiso en mi agenda.

—Uy, qué alcalde tan ocupado.

—Más bien se trata de un asunto personal. —Acarició su mejilla en el que se prometió que sería el último contacto hasta el mediodía, o no podría separarse de ella ni esas pocas horas—. Tengo unos armarios que comenzar a construir.

Algo inesperado cruzó por el rostro de Aitana, haciendo que el corazón de Fabrizio se saltara un latido. Sus honorables propósitos se vieron truncados cuando ella lo cogió por la camiseta y tiró de él con fuerza hasta pegarlo a su boca. Aquel beso lo encendió en cuestión de segundos.

—Ni rosas, ni bombones —pronunció ella contra sus labios—. Tú sí que sabes cómo conquistar a una mujer.

—También puedo construir una mecedora. Y una cuna —susurró, de nuevo en ese punto de su cuello tras el lóbulo—. Algún día.

—Oh, Dios, para, por favor —solicitó, estremecida y seducida.

—Muchas cunas —continuó él, y mordió su oreja con pequeños tironcitos a la vez que presionaba sus nalgas con las manos para pegarla a su erección.

—¿Muchas?

—Las que tú quieras. —La besó en los labios una definitiva vez y la miró a los ojos, manteniendo sus caderas unidas. Trazó un suave círculo con la pelvis, haciéndola imitarlo—. Hasta que llegue ese momento, entrenaremos.

—La práctica nunca está de más. —No pudo contener una carcajada—. Pero no aquí. Ni ahora. —Abrió mucho los ojos y se retiró hacia atrás cuando oyó pasos a su espalda.

Vio de reojo que Salvatore salía al porche de la escuela.

—¿Entreteniendo a mi alumna, tunante?

—Todo lo que me deja —admitió él con sonrisa pícaro—. Aunque me resignaré a unas horas sin su compañía.

Tío y sobrino cruzaron una mirada cómplice antes de que este último subiera a su caballo y lanzara un beso al aire en dirección a Aitana.

Ella se mordió el labio inferior como si sintiera su beso y lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista. Solo entonces se dispuso a entrar. Salvatore lo hizo detrás de ella.

Cerró la puerta y la observó en silencio con el corazón encogido.

—¿Todo bien? —preguntó antes de comenzar la clase de ese día.

—Muy bien. —Ella lo miró con los ojos brillantes—. Más que bien.

Y sin esperárselo, la vio echarse a llorar entre risas nerviosas y correr a sus brazos en busca de algo que se parecía mucho a lo que un padre podía proporcionar.

Salvatore la envolvió en un abrazo lleno de afecto.

—Gracias, por todo. Tus consejos, tu paciencia... Y, sobre todo, por cuidar de él.

Notó que el hombre tragaba con dificultad antes de hablar.

—Es un hijo para mí.

—Lo sé. Como sé que él siente lo mismo por ti. Amaba a su padre, lo ama, pero de ti ha aprendido cosas que él no supo enseñarle. En ti ve el ejemplo del que todo hijo querría ser reflejo. Y te admira. Tu esposa y tú sois su familia, y para él eso es lo más importante. Yo sé muy bien lo que es. Mi madre, mis hermanas, mis primas... Tengo muchos amigos, pero ellas son insustituibles. —Se apartó de él y lo miró a los ojos—. Su firme compromiso con este pueblo no sería tan sagrado para él sin vosotros aquí. Lo comprendo, lo respeto... y deseo compartirlo. Estoy enamorada del artista, del amigo y del amante. Pero también del alcalde y del sobrino. De todo el hombre que es.

—Ay, niña. —Salvatore no pudo evitar volver a abrazarla—. Estáis hechos el uno para el otro.

—Eso creo. Eso siento.

—Eres un ángel caído del cielo. —La liberó, consciente de la fuerza con la que la había estrechado sin poder evitarlo. Tomó una de sus manos y le dio dos golpecitos en el dorso antes de romper todo contacto—. Doy gracias a Dios por haberte traído hasta nosotros.

—Han tenido que ocurrir muchas cosas, buenas y malas, para que yo llegara hasta aquí. La que casi me costó la vida también puso el amor en el camino de una de mis hermanas. Y si yo no hubiera estado al borde de la muerte, no habría sabido que necesitaba buscar mi lugar en el mundo. Ahora sé que ese lugar está aquí. Con él. Con todos vosotros. —Se secó dos lágrimas que se le escaparon y, tras una risa resignada, lo besó en la mejilla con fuerza—. Bueno, ¿qué voy a aprender hoy?

—Qué más, querrás decir —aseveró él, pues la lección de vida que acababa de reconocer haber aprendido valía más que cualquier clase magistral que él pudiera impartir.

Aitana le guiñó un ojo, guantes ya en mano.

—El saber no ocupa lugar.

\*\*\*

Fabrizio recibió al inspector Vincenzo Martinelli en su despacho del consistorio. Quería tratar aquel asunto como algo oficial a pesar de su amistad de años, la cual había comenzado en la facultad de Derecho. Aunque habían tomado caminos profesionales diferentes, los dos hombres habían mantenido el contacto y se habían seguido viendo en Florencia junto con otros compañeros de estudios.

No confiaba en nadie más para llevar a cabo una investigación en su propio pueblo, aunque no pensara interponer denuncia alguna de momento, pues aún dudaba de que todo lo ocurrido no hubiera sido fortuito. Quería su consejo y su olfato de sabueso antes de dar el paso.

Vincenzo era un hombre algo sombrío, cuyo rostro de gesto severo y mirada azul fría como el hielo parecían ir a conjunto con su carácter. Sin embargo, esa fachada de tipo duro se venía abajo cuando estaba en confianza y a gusto con personas a las que conocía bien.

No obstante, como lo que Fabrizio le contaba le parecía muy serio, no se permitió relajarse y mantuvo en todo momento la formalidad que su puesto le confería.

—Veamos si no me dejo nada. —Punteó con su bolígrafo el bloc de notas que siempre lo acompañaba—. Tenemos un posible incendio provocado, un corte misterioso del suministro de agua de forma simultánea al incendio que volvió a la normalidad tras este, y un allanamiento con destrozos en la propiedad más... un gato destripado.

—Estaba hecho con saña, Vincenzo, con una hoja afilada. Eso no lo hizo otro animal. Lo dejaron... a la vista, estirado, como un... aviso.

—¿Una amenaza?

—Quiero pensar que no. Pero a dos días del incendio, que ocurra eso... Hay alguien por el pueblo buscando problemas. No sabría decirte quién ni por qué. Aitana no estaba en la casa esa noche. Estaba conmigo —detalló, y no hicieron falta más explicaciones—. De haber estado, no sé qué podría haber ocurrido.

—¿Qué relación tiene ella con los Caruso?

—La misma que con cualquier otra familia del pueblo. Salvo la mía.

—¿Por qué atacar a los Caruso y después a Aitana entonces?

—La casa es de alquiler. Ella solo estaba de paso este verano. Pero tampoco creo que haya nada en contra de la dueña. No sé qué pensar.

—Ajá—. Vincenzo se rascó una sien—. Aitana Ruiz Rosas, me habías dicho.

—Eso es. Española. Alumna de mi tío hasta septiembre.

—Pero cuando acabe el verano no se marchará.

—No. Se queda conmigo.

—Entiendo. —Carraspeó—. Un ataque al negocio más importante del pueblo, y otro a la

vivienda y la mascota de la novia del alcalde.

Fabrizio frunció el ceño por las connotaciones que tenía ese resumen.

—Aún no era mi novia en el momento del incendio.

—Entonces es reciente. Enhorabuena.

—Gracias. Pero sí lo era en el momento del ataque a su casa.

El rostro de Vincenzo se ensombreció.

—¿De verdad no se te ocurre nadie que pueda tener motivos para hacer algo así?

—No. Bueno... —De pronto cayó en los tipos trajeados a los que habría dado un par de puñetazos de haber sido de la clase de hombre que soluciona los problemas a golpes—. Están esos inversores que dan la lata cada poco tiempo con el tema de la compra de terrenos. Incluso me ofrecieron sacar tajada del asunto si intercedía. Ya les dejé claro que aquí no tenían nada que hacer y que no volvieran. Dudo bastante que nada de lo ocurrido les pudiera beneficiar.

—Entiendo, aunque me lo apunto. Y pásame por correo electrónico todo lo que tengas sobre ellos, incluida esa propuesta de soborno.

—De acuerdo.

—Por lo demás... ¿No hay alguien en el pueblo que resulte, digamos... conflictivo?

—En absoluto. Aquí nadie se mete en problemas. Salvo... Alessandro Caruso —admitió—. Lo recordarás de cuando te conté... aquello.

—Estaba esperando a que lo mencionaras. ¿No se te ha ocurrido que pueda estar relacionado? Otro incendio con ese apellido implicado.

—Pero esta vez ha sido en su propia casa, y él estaba con sus hermanos. Ha sido quien más daños ha sufrido. Y yo vi con mis propios ojos al mayor de los Leone trabajando mano a mano con Valentino Caruso para apagar el fuego.

—¿Vino desde el otro pueblo?

—Sí. Al igual que muchos otros, vino a ayudar.

—Así que ha enterrado el hacha de guerra con la familia —interpretó el inspector.

—Es un hombre... difícil. Quizá no lo hiciera por su buen corazón, solo porque el fuego no se extendiera tanto como para alcanzar sus tierras.

—Sería un buen motivo —meditó—. Al igual que lo sería dejar que ardieran los terrenos vecinos para reducir la competencia.

Los ojos de Fabrizio se abrieron como platos. Aquella idea le parecía espantosa.

—Pero no lo hizo. Ayudó.

—Sí, lo hizo. —Vincenzo se encogió de hombros—. Por lo que seguimos sin sospechoso.

—Alessandro niega haber vuelto a fumar en los viñedos. Así que habrá que esperar a ver lo que dice el perito del seguro y la policía científica sobre el origen del fuego.

—Trataré de acelerar el proceso de análisis de las muestras tomadas.

—Gracias. Si se demuestra que fue provocado, pondré una denuncia en nombre del pueblo, como apoyo a la que interpongan los Caruso. Aseguran que el fuego se inició en las primeras

líneas del viñedo. Eso está demasiado cerca de la casa. De haber soplado el viento en otra dirección desde el principio, podría haber ocurrido una desgracia.

—No pensemos en lo que no ha pasado. Y vayamos paso a paso, prueba a prueba. Quiero ver el lugar del incendio y el jardín de la casa de tu chica. Al gato no me hace falta verlo.

—Aitana quiso enterrarlo, pero yo hice algunas fotos. Por si acaso.

—Vaya por Dios, al final tendré que verlo.

El humor de Vincenzo era peculiar y hacía alarde de él en contadas ocasiones, por eso Fabrizio no pudo evitar reírse mientras le mostraba las fotos y lo veía poner cara de asco.

—Ni que fuera tu primer cadáver.

—Me gustan los gatos. ¿Cómo se llamaba?

—Aitana lo llamó Gabino. Era silvestre, salvaje según ella. —Rio de nuevo por el recuerdo—. Y un poco de mal genio sí que tenía. Me hizo mantener las distancias una noche que pensé dar un paso más con ella.

—¿Un gato con ínfulas de perro guardián? —Fabrizio asintió, sintiéndose de pronto nostálgico por aquel momento—. Interesante. Muy interesante.

—¿Por qué? —Quiso saber Fabrizio mientras el otro recogía ya su libreta para marcharse.

—Porque quizá fue por proteger su territorio por lo que acabó muerto. —Se detuvo delante de la puerta y le ofreció la mano para estrechársela como despedida—. Tu chica habrá marcado el lugar donde lo ha enterrado con una cruz, una raspa de pescado o alguna otra cosa, supongo.

—Le ha tallado una lápida en miniatura en el taller de mi tío, con su nombre.

—Muy tierno. —Carraspeó—. No le digas nada si no quieres, pero puede que haya que exhumarlo.

—¿En serio?

—Si se demuestra que el incendio fue provocado, la cercanía de ambos acontecimientos los relaciona irremediamente. Y Gabino puede tener alguna prueba en su poder. —Levantó una mano y simuló darle un zarpazo a Fabrizio en la cara—. Territorial, ya sabes.

Fabrizio se quedó pensativo y se dio de tortas por no haber caído antes en ello.

—Estamos en contacto.

—Gracias.

—Y enhorabuena de nuevo. —Al ver la cara de incompreensión de su amigo, Vincenzo le mostró una de sus poco frecuentes sonrisas—. Por haberte enamorado. Y ser correspondido.

Cuando se despidió de su amigo en la puerta del ayuntamiento, dejándolo ir por su cuenta a los lugares que quería investigar, pues él prefería que así fuera, le sorprendió ver a un hombre que llegaba a caballo justo en ese momento. No porque fuera poco frecuente ver jinetes, sino por el hombre en cuestión.

—Ottavio. ¿Cómo tú por aquí?

El pequeño de los hermanos Leone se bajó de su montura, se quitó el sombrero de vaquero con el que se protegía del sol de justicia en esa hora tardía de la mañana y se acercó a él con gesto indescifrable.

—Hola, Fabrizio. ¿Podemos hablar en algún sitio?

—Claro. —Una extraña sensación empezó a apoderarse de él, pero se obligó a mantenerse sereno—. ¿Quieres que subamos al despacho?

—No, no hace falta. Solo será un momento. —Lo vio mirar alrededor, como si temiera que lo vieran—. Así que aquí mismo vale.

—Como quieras. —Le sorprendió su actitud contradictoria, pero siempre le había parecido un tipo impredecible y algo extraño—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Mi padre no sabe que estoy aquí. Ni mi hermano. —Solo por su gesto, ya se veía que la posibilidad de que se enteraran le preocupaba—. Pero yo quería saber si todos estáis bien tras lo ocurrido el otro día. Tienes una herida muy fea.

—Ya casi no me duele. —Se tocó los puntos que aún no podía quitarse—. Y podría haber sido mucho peor.

—Seguro.

—Los demás heridos también están bien. Alessandro no perderá los dos dedos más afectados de su mano izquierda, pero no los moverá igual ni su piel volverá a ser la misma.

—Imagino—. Lo vio tragar saliva con gesto agobiado—. A mí me habría gustado venir a ayudar, pero estaba en Roma ese día. Me enteré al llegar a casa esa noche.

—Tranquilo, poco más podrías haber hecho, aunque cada vecino que colaboró supuso la diferencia entre una vida salvada, más o menos.

—Me alegra que nadie resultara herido de gravedad. Y espero que en unos años el terreno dañado pueda recuperarse.

—Yo también lo espero. Gracias por venir a interesarte, Ottavio, se lo diré a los Caruso de tu parte. A no ser que quieras ir tú mismo a verlos.

—¡No! —El grito le salió demasiado agudo—. No. Ya sabes que su familia y la mía no se llevan demasiado bien. Mejor me voy ya.

—Como quieras—. El pobre estaba sudando a chorros y parecía ir a desmayarse en cualquier momento—. ¿Quieres un poco de agua? Te noto sofocado.

—No, gracias. Me ducharé al llegar a casa. Hoy hace mucho calor.

—Sí que lo hace. Sobre todo para llevar esa camisa de manga larga—. Rio por lo inapropiado de su atuendo—. ¿Por qué no te remangas un poco?

Fabrizio, sin apenas pensarlo, tiró del puño de su camisa para soltar el botón. Ottavio no se lo esperaba y no fue lo suficientemente rápido en apartar el brazo. El tirón hizo que la manga se abriera a la altura de la muñeca, dejando a la vista una herida alargada y ascendente.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—Nada, un rasguño. La... embotelladora se atascó, metí la mano y al sacarla me raspé. Por eso

llevo manga larga. Para que el sol no me deje cicatriz. Tú deberías protegerte esa herida del sol también.

—Sí, eso me han dicho—. Rio al recordar las veces que Aitana se lo había repetido en las últimas horas. Y como si la hubiera invocado, la vio acercarse hacia ellos a paso ligero—. Y justo ahora me lo van a repetir, me temo. Ven, te presentaré a mi novia.

Aún se le hacía rara esa palabra en la boca. Quizá porque era mucho más que eso. Era el amor de su vida.

—En otra ocasión, de verdad. Tengo algo de prisa —se excusó mientras se subía raudo a su caballo—. Gracias, Fabrizio. Hasta otra.

Bastante desconcertado por su actitud, lo vio ponerse el sombrero y salir al trote rumbo a su casa. Para ser un hombre con sobrepeso, había que reconocer que se manejaba muy bien a lomos de un caballo.

—¿Quién era? —le preguntó Aitana al llegar a su altura, sin apartar la vista del lugar por donde había desaparecido el jinete.

—Ottavio Leone. —Fabrizio la cogió por la cintura y le dio un ardiente beso lleno de inminentes intenciones, aunque se obligó a contenerse. Estaba en plena plaza Mayor y por allí pasaban vecinos constantemente—. El menor de los hijos de Dario Leone. Viven en Lagar in Chianti. Se dedican al vino desde hace tantos años como los Caruso. Ha venido a interesarse por lo ocurrido el otro día y para saber si estábamos todos bien.

—He oído hablar de ellos. A tu tío. —Fabrizio alzó una ceja y ella confesó la verdad—. Me contó lo del incidente entre Alessandro y la familia Leone.

—¿Cuándo?

—La noche que volviste del hospital.

Fabrizio se sintió un poco irritado por el hecho de que ella se hubiera enterado de aquel secreto entre familias de boca de alguien que no fuera él mismo.

—Muchas cosas te cuenta a ti mi tío.

—Si no me las cuentas tú... —Hizo un gesto con la mano, dejando ese asunto para otro momento. Había algo que le preocupaba y quería resolverlo cuanto antes—. ¿Se parece a su hermano? ¿Es igual que Claudio, pero en una versión menos corpulenta y más regordeta? ¿Con cara más... compungida en lugar de gesto de pocos amigos?

—Es una forma de describirlos. —Y no pudo evitar sonreírse por ello—. Lo viste el otro día. Estaba ayudando a apagar el incendio. ¿Qué pasa? —Le alzó la barbilla cuando la notó ponerse pálida. ¿Aitana?

—Fabrizio... ¿Cuánto tardamos tú yo en llegar a los viñedos desde la poza del río?

—No sé... ¿diez, quince minutos entre salir, vestirnos y cabalgar hasta allí?

Algo así calculaba ella también.

—Claudio Leone estaba junto a Valentino cuando llegamos. ¿Cómo llegó tan rápido?

—Estaría en sus tierras, trabajando. Desde allí vería el fuego. ¿Qué estás pensando?

—Yo... no sé. —Sacudió la cabeza, tenía mil imágenes y recuerdos cruzándose—. Me dio mala espina cuando lo vi mirarme con cara extraña al aportar la idea de la bomba de agua del camping. Y eso que ni sabía quién era, solo por su gesto y su mirada. El resto de los vecinos aplaudió la idea. A él pareció molestarle.

—¿En serio? No me dijiste nada.

—No le di importancia, pero no lo olvidé. Podría no significar nada. Aunque su cara se me quedó grabada, porque me recordaba a alguien. Y ahora sé a quién. A su hermano.

Fabrizio trató de asimilar lo que quería decirle, retrocedió en sus palabras y en los sucesos que él recordaba.

—¿Habías visto a Ottavio antes?

—Sí. Y al verlo ahora, por fin he recordado cuándo. Fue el día que esa familia de turistas españoles se perdió de camino a Radda in Chianti. Yo busqué para ellos alojamiento por un día, porque el padre estaba con ciática. Los llevé de visita a varios lugares del pueblo. Incluidas las bodegas. —Tragó saliva, cada vez más segura de lo que su mente le sugería—. Fue precisamente de camino a las tierras de los Caruso cuando lo vi. Cogimos un atajo y al llegar a una bifurcación dudamos de por dónde continuar. Él venía entre los árboles como si se ocultara, y con las manos sucias, como con grasa de motor. Le pregunté el camino y no quiso decirnos nada, casi huyó de nosotros. Y escasos días después, en la cena de bienvenida a la que tus tíos me invitaron y tú también fuiste, llevaste una botella de vino que Mariella te había regalado por arreglarle la etiquetadora nueva. Dijiste que le faltaba una pieza. ¿Verdad? —Él asintió, estaba poniéndose pálido como ella—. Y Alessandro aseguró que era imposible porque el fabricante prueba cada máquina antes de embalarla. —Le aferró ambas manos y tiró de él para que se centrara en sus ojos, pues de pronto su mirada se había perdido en la nada—. Tu tío también me contó lo del contrato entre los Leone y los Caruso, que expira este año. Justo el año que un vino Caruso Bello va a obtener un galardón que ningún vino Leone ha logrado nunca. ¿Crees que todo eso puede ser coincidencia?

Las pupilas de Fabrizio estaban dilatadas y su mandíbula contraída cuando apretó sus manos con fuerza un segundo antes de soltarla.

—No, coincidencia no. Sabotaje.

Aitana lo vio correr hacia los establos y lo siguió. Sabía lo que iba a hacer, pero no cómo impedirselo.

—¡No vayas solo! Ya has visto de lo que son capaces.

—Llama a Vincenzo. Al teléfono que te di ayer por si veías algo extraño —le indicó mientras ensillaba a Tintoretto—. Está investigando por su cuenta, aún estará en las bodegas o en el jardín de tu casa. Dile lo que me has contado y que mande una patrulla a casa de los Leone.

—¡Pero espéralo! —gritó desesperada cuando lo vio subir al caballo. Tiró de las riendas para

detenerlo.

—Tengo que alcanzar a Ottavio antes de que llegue a su casa. A solas lo haré hablar. Con su padre o su hermano delante, será imposible.

—Por Dios, ten cuidado.

—Confía en mí. —Se estiró hacia abajo y la besó de forma fugaz—. Haz esa llamada. Y que se dé prisa.

## Capítulo 25

Pocos minutos después de salir hacia Lagar in Chianti por el camino viejo —un sendero de tierra entre una espesa arboleda que después se abría a los campos de cultivo—, Fabrizio divisó en la lontananza la nube de polvo que levantaban los cascos del caballo de Ottavio. Era un buen ejemplar, lo sabía porque los tres caballos de los Leone habían sido comprados a su padre. Del mismo modo, sabía que ese animal en concreto tenía cinco años más que Tintoretto. Era más lento y, además, su jinete no era un peso pluma precisamente.

—¡A por ellos, colega! ¡Ya son nuestros! —le gritó a su propio animal.

Tintoretto debía de estar muy concienciado con la causa, pues Fabrizio habría jurado que nunca antes había galopado tan rápido.

Vio a Ottavio mirar hacia atrás cuando ya se le acercaba. No le sorprendió que su primer impulso fuera espolear a su bestia para que aumentara el ritmo. Sin embargo, tras unas cuantas miradas de reojo, debió de comprender que iba a alcanzarlo antes de llegar a su destino. Redujo el ritmo poco a poco y acabó por detenerse justo cuando Fabrizio llegaba a su altura.

—¿Qué quieres, Fabrizio?

Ocultaba su mirada bajo el ala de su sombrero, pero el rictus de su boca delataba ese temblor tan característico de quienes tienen mucho que contar y temen hablar de más. «Un testigo clave», se dijo el abogado que era. Y como tal, se propuso hacer confesar a Ottavio toda la verdad.

—¿Yo? —Puso su mejor cara de póker—. Solo montar un rato. Tintoretto necesita descargar un poco adrenalina. Y a mí tampoco me viene mal. Con todo lo que ha pasado estos días...

—Es una buena idea. —Acarició el cuello del caballo, con el cariño de quien aprecia su montura—. A mí también me calma cabalgar.

—¿Y cuál es tu motivo para estar alterado?

—Ninguno —resolvió de inmediato—. Bueno, te dejo para que des tu paseo.

—Espera. —Cortó su amago de ponerse en marcha de nuevo—. Quiero hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cómo te has hecho la herida del brazo?

A Ottavio se le escapó una risita nerviosa. Se recolocó el sombrero a la vez que se secaba con

la manga el sudor de la frente. Aún tenía el puño desabrochado, y Fabrizio pudo distinguir, ya no solo una, sino tres líneas rojas paralelas en su antebrazo.

Apretó la mandíbula y se obligó a ser paciente.

—Ya te lo he dicho antes.

—Con la embotelladora, ya, eso me has dicho. Lo que pasa es que te estoy dando una segunda oportunidad para que me digas la verdad. —Lo vio enrojecer en segundos. El rostro que había lucido rubicundo a causa del calor y la fatiga ahora estaba aún más carmesí por la vergüenza—. Dímelas.

—Yo... no... No hay nada que decir, Fabrizio.

—¿Tienes un gato?

—¿Qué? —Esta vez palideció de golpe, como si de pronto se hubiera quitado una máscara que lo cubría.

—La verdad es que no veo a tu padre dejándote tener una mascota en su casa. Si tiene los caballos será porque los considera útiles. Pero ¿sabes qué?, los gatos también pueden serlo. Sobre todo si das con uno con instinto territorial que además es protector con su dueña. Gabino era de ese excepcional tipo de gatos —recalcó—. No merecía lo que le hiciste.

—¡Yo no fui! Lo juro.

—Así que sabes de lo que te estoy hablando.

Los ojos de Ottavio, redondos y castaños, se abrieron de par en par al comprender que había caído como un necio en su trampa.

—Yo... solo lo lancé al suelo cuando se me echó encima y me clavó sus garras. Salió de la nada, estaba oscuro y me asusté. Pero volvió a la carga, y mi hermano...

—Entonces fue tu hermano el que lo destripó —se adelantó Fabrizio.

Lo vio tragar saliva, decidiendo hasta dónde iba a confesar.

—Le pedí que no lo hiciera, te lo juro. Al principio... solo iba a darle un susto a la chica. Me aseguré que no la tocaría, aun así lo acompañé porque... no me fiaba —admitió, entre dientes—. Luego vimos que no estaba en la casa y apareció el gato. Claudio dijo que hacerle... eso al bicho y dejarlo a la vista, además de destrozar el jardín, sería una forma eficaz de que ella quisiera irse de aquí.

Fabrizio tuvo que controlar a Tintoretto cuando comenzó rodear al caballo de su interlocutor con nerviosismo. Para ello, tuvo que controlarse primero a sí mismo. Había sido oírle hacer alusión a Aitana y todos sus instintos se habían puesto en pie de guerra. Sin duda, Tintoretto lo había percibido y se contagiaba de su ira.

—¿Y por qué debería mi novia irse de mi pueblo? —remarcó los dos «mi» de forma intensa, hablándole muy cerca de la cara, pues había detenido el paso del caballo justo en el lateral del otro—. ¡Habla! —Lo zarandeo por la camisa al ver que no pretendía añadir nada.

—¡Claudio se enteró por algunos de los comerciantes de que fue suya la idea de esa página web nueva que tanto éxito está teniendo! —soltó del tirón cuando las costuras de la prenda comenzaron

a crujir—. También la de usar ese motor para bombear agua del río. Cree...

—¿Qué? ¿Qué cree?

—Que si no hubiera sido por esas mangueras, el incendio se habría descontrolado antes de que llegaran los bomberos.

—¡Joder, Ottavio! —lo empujó para soltarlo, porque si no acabaría por atizarle un buen puñetazo.

El impacto lo pilló por sorpresa y, sin tiempo de agarrarse a las riendas, acabó cayendo de espaldas al suelo. Se golpeó en la cabeza justo después, pero con poca fuerza.

—Te juro que yo no sabía nada de sus planes —siguió disculpándose desde el suelo—. ¡Ni siquiera estaba aquí, llegué de Roma esa noche! No pensaban contarme nada, pero yo los oí hablar y traté de evitar que mi hermano viniera de nuevo. No pude impedirselo, aunque logré que me dejara acompañarlo.

Fabrizio saltó del caballo. Se puso de pie delante de Ottavio y le tendió la mano. Tras un segundo de duda, él la aceptó y se vio incorporado de un tirón. Pero el otro no lo soltó, sino que lo acercó a su rostro hasta casi rozar su nariz.

—¿Fuiste tú quien quitó la pieza de la máquina etiquetadora de los Caruso hace casi dos meses?

No habría hecho falta que respondiera, pues su expresión lo delataba. Sin embargo, él asintió con la barbilla.

—Me pidieron que boicoteara su maquinaria para tratar de evitar que consiguieran el galardón este año. Solo me dio tiempo a quitar una pieza a una máquina. La niña de Mariella andaba jugando por ahí y temí que me descubriera.

—Así que solo los pudiste putear un poco.

—Te juro que no he hecho nada más, te doy mi palabra.

—¡Deja de jurar y dime qué pretendía hacerle tu hermano a Aitana!

—¡Solo asustarla!

—¿Igual que solo quería asustar a los Caruso con un incendio? ¿Cortando el suministro de agua para que además no pudieran sofocarlo?

—Eso... eso estuvo muy mal —reconoció, apesadumbrado y con los ojos vidriosos—. Mi padre sabía que yo no participaría en algo tan extremo y por eso esperaron a que estuviera fuera del pueblo para llevarlo a cabo, estoy seguro.

—¿Sabes que eso no te exculpa de nada, verdad? Eres cómplice por callar sabiendo la verdad. Igual que por no ponerme sobre aviso cuando tu hermano pretendía hacerle daño a mi mujer.

—No habría dejado que le hiciera nada.

—¿Ibas a enfrentarte a Claudio? —Soltó una risotada en su cara—. Solo recuerdo una vez que lo hayas hecho. Acabaste con la nariz rota. Y no tardaste más de unas horas en ponerte de nuevo de su parte, mintiendo sobre los papeles que había tratado de conseguir Alessandro Caruso, que ponían en entredicho la propiedad de tu familia. Os apoderasteis de forma ilegal e intencionada de

unos terrenos que sabíais que no eran vuestros. Tú igual que los demás. No tienes huevos para plantarles cara ni a tu padre ni a tu hermano. —Masticó las últimas palabras mirándolo con desprecio.

—¡Cállate! —Ottavio lo empujó por el pecho para alejarlo de él—. ¡Tú no sabes cómo son!

—Empiezo a hacerme una idea muy clara—. Lo empujó por un hombro de forma suave, en respuesta a lo ridículo que le había parecido su golpe—. Me repugna ese tipo de gente. Y no son diferentes de ti. Solo muestran otro tipo de cobardía, nada más.

—Yo no soy un cobarde —contradijo, con los ojos llenos de un dolor que se notaba que no era nuevo.

—Claro que lo eres.

—¡No lo soy!

La rabia y la impotencia empujaron a Ottavio a arremeter contra Fabrizio. Sin embargo, apenas logró desestabilizarlo. Y fue el otro quien, lleno de una rabia que con dificultad podía contener, lo empujó de vuelta y logró tirarlo de nuevo al suelo.

—¡Basta!

La voz de Dario Leone se oyó a varios metros de distancia. Cuando Fabrizio levantó la vista, lo vio aparecer junto con Claudio a lomos de sendos caballos. Ambos llevaban dos escopetas de caza y lo apuntaban con estas.

—¿Habéis salido a cazar gatos? —preguntó con ironía, no queriendo parecer en absoluto asustado. Aunque, en el fondo, se esperaba cualquier cosa de aquellos dos—. Porque he oído que por esta zona son muy peligrosos. Atacan en la oscuridad con unas garras muy afiladas, ¿verdad, Ottavio? Aunque no tanto como tu cuchillo, Claudio.

—Era una navaja —admitió el otro sin inmutarse.

—No digas nada, idiota —lo reprendió su padre.

—¿Qué más da? ¿No íbamos a cargarnos a este arrogante y a su zorra? Déjame que lo haga yo. Aunque a la rubita la disfrutaré primero.

El estómago de Fabrizio se revolvió, pero hizo uso de toda su templanza para no dejarse llevar por la furia que esas palabras le habían provocado.

—¿Pensáis dispararme aquí, en campo abierto, a pleno día?

—Estás en nuestras tierras —advirtió Claudio, avanzando hacia él sin desmontar de su caballo—. Y hay alerta por jabalíes salvajes. Alegaré que creí que eras uno.

—Os hemos visto discutir, con los prismáticos—. Dario señaló los binoculares que colgaban de su cuello—. Buscábamos jabalíes y hemos encontrado a un lobo atacando a un cordero. Levántate del suelo, Ottavio, ten un poco de orgullo. ¡Eres un Leone!

Su hijo obedeció al instante. No pronunció ni una sola palabra.

—¿Cómo va a tener orgullo si lo tratas como si fuera un inútil? —le espetó Fabrizio.

—Es que lo es. —Su hermano se carcajeó—. No es capaz de hacer nada a derechas.

—¡Tú cállate! —Ottavio por fin pareció reaccionar—. ¡No quiero oírte! ¡Bastante has hecho

ya!

—Solo lo que vuestro padre le ha ordenado. ¿No es así, Dario? —aprovechó para comentar Fabrizio, sin quitar ojo a las armas—. Todo ha sido cosa tuya, ¿verdad? Pero no te has manchado las manos. Ni de hollín ni de sangre. Conmigo tampoco lo harás. Dejarás que tu hijo te haga el trabajo sucio.

—Lo hago con gusto —aseveró Claudio.

—¿Y todo por qué? —prosiguió Fabrizio, visto que la cosa iba en serio. En los ojos de Claudio veía sus ganas de dispararle. Debía ganar tiempo hasta que Vincenzo diera con él. Porque lo haría. O eso esperaba—. ¿Por unas hectáreas de viñedos? ¿Por un galardón que vosotros no vais a conseguir nunca?

—Por orgullo, Conte. —La voz de Dario era solemne y rotunda—. El orgullo de un apellido que lleva siglos dominando en la región. Ningún Caruso va a robarnos lo que es nuestro, ni a alzarse con un prestigio que no le corresponde.

—Los terrenos, desde las colinas dobles, son de los Caruso —contradijo Fabrizio—. Tú eres el que les está robando desde hace años. Y el prestigio se consigue con esfuerzo y trabajo. Y sobre todo, con honradez. Tú mismo estás manchando de barro tu apellido con tus actos viles y delictivos.

—Qué vas a saber tú. —Se rio como si hubiera contado un chiste—. Los Conte os habéis limitado a gobernar, como si fuerais reyes de la antigüedad, sin saber lo que es trabajar de verdad.

—Pero si le disparo ahora —intervino Claudio, amartillando su arma—, su estirpe morirá con él. Adiós para siempre a los Conte. Déjame hacerlo, papá. Voy a disfrutarlo.

Dario lo sopesó con un balanceo de cabeza mientras miraba a Fabrizio desde arriba, desde la altura que le confería su caballo. Un caballo que le había vendido su propio padre, pensó Fabrizio con un terrible ardor quemándole las entrañas.

—En el fondo, no es nada personal, Conte. Simplemente, me estorbas y sabes demasiado. —Le dirigió una última mirada compasiva y se volvió hacia su hijo mayor—. Adelante.

—¡No! —De un inesperado salto, Ottavio se plantó delante de Fabrizio—. ¡Basta! ¡Ya basta!

—No seas idiota —lo increpó su hermano—. ¡Aparta!

—No es el momento para bravuconerías, hijo. —Dario meneó una mano para que se apartara, como si espantara una mosca—. Déjanos manejar esto y mantente al margen.

—No voy a quedarme al margen nunca más, papá. No soy como vosotros. Nunca lo he sido. Creí que quería serlo, pero ya no. —Las lágrimas le cayeron sin poder contenerlas—. Me aborrecía a mí mismo por no ser capaz de actuar como esperabais de mí, cuando es al contrario; debería sentirme orgulloso de no parecerme en nada a ninguno de los dos.

—Si no te apartas, Ottavio, os atravesaré a los dos —amenazó su hermano.

—Hazlo. Me da igual.

—¡Eres un maldito estúpido! —Dario se bajó de su montura y se dirigió a Ottavio con las manos en alto, tensas como garras, dispuestas a arrancarle los ojos si fuera necesario—. ¡No

mereces llamarte hijo mío!

Para sorpresa de todos los presentes, el propio Ottavio incluido, antes de que su padre llegara a tocarle un solo pelo, cogió impulso y le propinó un puñetazo en la cara que lo tiró al suelo cuán grande era.

—¡Pero qué haces, desgraciado!

Claudio desmontó y fue entonces cuando Fabrizio aprovechó para hacerse con la escopeta que había perdido Dario en su caída y apuntar al único hombre que quedaba armado.

—Yo no voy a andarme con tantos rodeos, ni necesito el permiso de mi papi. Tira el arma o te disparo a las pelotas. Soy abogado, sabré pelearlo en un juicio como defensa propia.

Antes de que Claudio pudiera decidir si aquello era o no un farol, varios vehículos se aproximaron a ellos desde las dos direcciones del camino, rodeándolos.

—Maldita sea, Vincenzo —protestó Fabrizio en cuanto vio apearse de uno de los vehículos a su amigo—. ¡Cuánto has tardado!

\*\*\*

Las pruebas forenses respaldaron la versión de Fabrizio de lo sucedido en el pueblo aquellos días, aunque lo determinante fue el testimonio de Ottavio, un hombre que decidió ser valiente de ese día en adelante. Su colaboración con la policía lo libró de cargos más allá de una multa y una compensación económica a los Caruso y a la señora Galvani por los daños causados en sus respectivas propiedades.

Tanto unos como la otra, y también Aitana y el resto del pueblo, valoraron con agradecimiento la disculpa pública que Ottavio Leone, en nombre de su familia y de sí mismo, pronunció en la plaza Mayor de Caral in Chianti. En su gran mayoría, lo perdonaron. Bastante tenía el muchacho con la familia que le había tocado, desde entonces, presos por muchos años.

## Epílogo

Aitana conectó el ordenador y programó la videoconferencia. En unos segundos, los rostros de sus hermanas aparecieron en la pantalla.

—¡Chicas! ¡Qué guapas os habéis puesto!

Daniela y Laura se miraron la una a la otra y se dieron el visto bueno con un guiño. Iban a cenar en casa de Daniela y su marido, Sergio, por su cumpleaños. Javi, el marido de Laura, asomó la cabeza entre las de las chicas y saludó a su cuñada.

—*Buona sera, signorina.*

—Oye, qué buena pronunciación —alabó Aitana entre risas—. ¿Y mi médico particular? ¿Dónde está para que pueda felicitarlo por sus... cuarenta y seis años? —dijo la cifra en un susurro.

—Te he oído —adujo Sergio y se asomó por el mismo hueco que acababa de hacerlo Javi—. Buena memoria. Tu cerebro funciona muy bien. Te doy el alta —bromeó.

—Ya tengo el alta desde hace un año. —Le sacó la lengua en un arranque infantil—. Bueno, felicidades, cuñadito.

—Gracias, cuñadita. ¿Cuándo vuelves?

El rostro de Aitana se sonrojó, poniendo en alerta a sus hermanas.

—¿Qué pasa? —inquirió Daniela, temiendo algún contratiempo.

Llevaba un año entero sin ver en persona a su hermana. Y necesitaba abrazarla.

—Ahora os cuento. Primero quiero enseñaros algo.

Deslizó sobre la mesa un busto en mármol *rosso verona* y se los mostró.

—¡Dios mío! Es Manuel. —Laura se llevó ambas manos a la boca—. Aitana, has tallado en piedra a tu padre.

—¿Lo has hecho tú? —Daniela, incrédula, acercó la cara a la pantalla—. Es... igualito a él.

—Es un regalo para mamá. Y haré uno de cada una de vosotras, y de las primas. De Matías y su lado de la familia, quizá más adelante —explicó, en referencia al reciente marido de su madre—. Primero, si os parece, a partir de algunas fotos, intentaré hacer un busto de vuestro padre.

Daniela se llevó la mano al pecho y contuvo un puchero al oír que Aitana pretendía tallar

incluso a un hombre que ni siquiera había conocido.

—¡Toda la familia inmortalizada en piedra! —Laura se carcajeó, menos sensible en esos momentos que ella, embarazada de ocho meses—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Porque vi esta otra y supe que mi familia debía ser plasmada también así.

Les mostró otra escultura, la de su propio rostro.

—¿Cómo que la viste? ¿No la has hecho tú? Porque eres tú —aseguró Daniela.

—Y estás muy guapa —apuntó Laura.

—No la hice yo. La hizo él.

Las bocas de sus hermanas se abrieron como dos buzones al ver aparecer en la pantalla a un hombre de lo más atractivo y... rodear los hombros de Aitana con un brazo.

—Hola. Soy Fabrizio Conte.

—Encantada, Fabrizio —dijeron las dos al unísono.

Los cuatro rieron y, tras unos instantes de miradas cruzadas sin añadir nada, Aitana por fin se decidió a hablar.

—Fabrizio es el sobrino de mi maestro escultor. También es el alcalde de Caral in Chianti. —Lo miró un instante, y con eso ellas ya supieron lo que ocurría. Aún así Aitana lo confesó—. Y el amor de mi vida.

Daniela se echó a llorar. Laura aplaudió. Sergio y Javi, que andaban por allí poniendo la mesa para la cena, se acercaron al ordenador.

—¿Qué pasa?

—¡Aitana se ha enamorado!

—Hola. —Fabrizio saludó a los dos hombres—. Soy Fabrizio. Encantado.

Ambos los saludaron y todos comprendieron, por cómo sonreía Aitana, que era absolutamente feliz.

—Aún no le he dicho nada a mamá, pero... Voy a quedarme aquí.

—¿Para siempre? —Daniela se sonó la nariz con un pañuelo que Sergio le tendió.

—Esa es la idea. Aunque iremos a veros varias veces al año, ¿verdad?

—Verdad —corroboró Fabrizio.

—La primera, muy pronto. Cuando nazca mi sobrino —la calmó—. Y espero que vosotros os animéis a venir por aquí al menos una vez al año. Es un pueblo precioso. Y la casa tiene mucho espacio.

—Claro que iremos —aseguró Laura—. Como si pudieras librarte de nosotros tan fácilmente.

—Como tarde, os esperamos para la boda —apuntó Fabrizio.

—¿Qué boda? —Aitana lo miró con el ceño fruncido un segundo antes de que los ojos se le salieran de las órbitas al verlo levantarse de su asiento y arrodillarse ante ella—. ¡Ay, madre mía!

—Soy un hombre tradicional en muchos aspectos. He creído conveniente aprovechar este momento en el que una buena parte de tu familia es testigo de lo que voy a pedirte. No podría hacerlo sin su consentimiento.

—Tienes nuestro total consentimiento —volvieron a pronunciar las hermanas de forma simultánea, robando varias risas a todos.

—Entonces... Aitana. —Sacó del bolsillo una sortija tallada en madera, decorada con intrincados dibujos y con una inscripción en su interior. Se la mostró antes de introducírsela en el dedo—. Llegaste aquí brillando como la luz del sol e iluminaste el mundo ordinario en el que me había acomodado a vivir. Ahora sé que a tu lado, ese mundo será extraordinario y mágico. ¿Me concedes el inmenso honor de ser mi compañera de vida?

Aitana tenía tal nudo en la garganta que solo pudo asentir con la cabeza y lanzarse a sus brazos para besarlo.

—¡Ha dicho que sí! —exclamó Laura, y todos aplaudieron al otro lado de la pantalla.

Como había champán por el cumpleaños, lo descorcharon en ese momento para brindar por la feliz pareja.

—¡Contadnos cómo os enamorasteis! —solicitó Daniela tras el brindis.

—¿Ahora?

—Claro, ahora mismo.

—Bueno... Ha sido hace solo tres de meses... Aun así, es una larga historia.

## Nota de autora

La Toscana es una región mágica de Italia, inspiradora y romántica. Tuve la suerte de poder visitar esta preciosa comarca durante mi viaje de novios, hace ya diez años, y aún recuerdo cada rincón como si fuera ayer.

Las colinas de Chianti están salpicadas de asombrosos pueblos de vestigios medievales, como Radda in Chianti, el cual menciono. Sin embargo, tanto Caral in Chianti como Lagar in Chianti han sido inventados para esta novela.

Del mismo modo, los vinos chianti son una delicia y todo lo que cuento sobre los *Gallo Nero* y el galardón *Chianti Superiore* es verídico. No obstante, tanto las bodegas Caruso como las Leone también son de mi invención.

Espero que esta novela te haya enamorado. Aitana se merecía su propia historia de amor tras el mal rato que le toca pasar en la primera novela de la serie *Contigo a cualquier hora: Sospecha en el aire*, en la cual suceden los acontecimientos que ella misma narra muy resumidos en la cena de bienvenida que le ofrecen Fiorella y Salvatore en *El arte de quererte*.

Si aún no has leído *Sospecha en el aire*, te invito a que te adentres en la serie *Contigo a cualquier hora*, en la que varias autoras de Selecta nos hemos coordinado para ofrecer os unas historias de amor llenas de ternura, misterios, risas y pasión.

Gracias, de corazón.

[www.megustaleer.com/libros/sospecha-en-el-aire-contigo-a-cualquier-hora-1/MES-116603](http://www.megustaleer.com/libros/sospecha-en-el-aire-contigo-a-cualquier-hora-1/MES-116603)

[www.minavera.es](http://www.minavera.es)

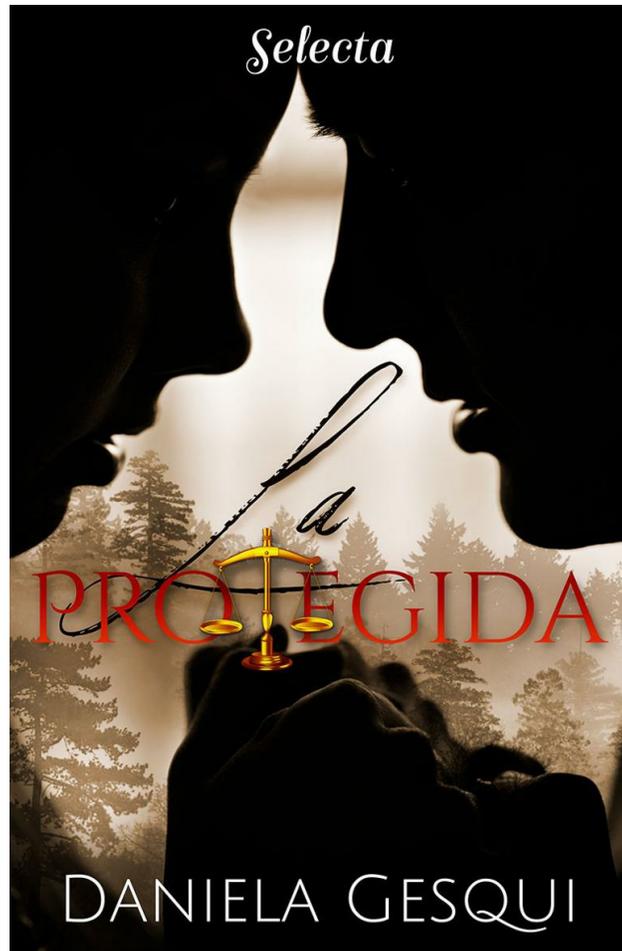
Si te ha gustado

*El arte de quererte*

te recomendamos comenzar a leer

*La protegida*

de *Daniela Gesqui*



Capítulo 1

## La fuga

Con temor y, al ser la última en salir, cubrió el hoyo arrastrando el retrete por las correas precisamente anudadas. Estudiado al dedillo, su plan las dejaría fuera de la prisión en menos de treinta minutos.

Eran cuatro las que habían soñado con huir dejando años y años de desesperanza en el olvido.

Con un barbijo que tapaba sus bocas y narices, se arrastraron con los brazos por el túnel cavado por incansables cinco meses hasta llegar a un sector destinado al estacionamiento vehicular de los empleados. La cámara de seguridad que registraba los movimientos estaba, casualmente, averiada desde hacía dos días.

El acceso a los planos de la prisión provisto por el prometido de Jessica, quien era personal de seguridad externo, la rotación de las guardiacárceles que en ese preciso horario se marchaban hacia los vestuarios para cambiarse y las habilidades de las mujeres para no levantar sospechas mientras hacían el gran canal de escape, fueron herramientas suficientes para soñar con la posibilidad de marcharse definitivamente.

Transpiradas, con algo de falta de oxígeno, sucias por la tierra adherida en todo su cuerpo y agotadas mental y físicamente por posponer el escape al menos en tres oportunidades, salieron una tras otra tal como lo tenían previsto. Una camioneta blanca, con placa ficticia y cristales ahumados, había aparcado al lado de la tapa de hierro de uno de los ductos del desagüe.

Jessica Palmer, June Sorensen, Brooke McEntire y Linda Phillips se abrazaron con la adrenalina aún recorriéndoles el cuerpo, pero sin perder tiempo.

Trevor Dumney besó a su novia y rápidamente les alcanzó un bolso a cada una de ellas para que cambiaran sus ropas; al entrar al vehículo se taparon con unas gruesas mantas y se mantuvieron inmóviles. Aún faltaba traspasar el portón de egreso de la cárcel de Virginia.

Las cuatro rogaron que los compañeros de Dumney lo despidieran como siempre y no pensarán en requisar la camioneta. De no ser por él, nada hubiera sido posible; su plan era escapar a alguna isla del Pacífico con Jessica.

Según los cálculos faltaban quince minutos para la nueva ronda en la que notarían la ausencia de las convictas. Quince minutos para que su libertad comenzara a correr riesgos.

Sin levantar sospechas, volvieron a respirar cuando escucharon que los muchachos de la entrada bromearon con Dumney, dieron unas palmadas a las puertas traseras del vehículo y se despidieron hasta el día siguiente, como solían hacer.

A los pocos metros del penal, se destaparon para comenzar a gritar de la alegría, aunque eran plenamente conscientes que cantar victoria quedaba lejano ya que faltaba la segunda parte del plan: separarse lo antes posible y marcharse lejos del modo que sea.

Linda fue la primera en salir de la camioneta para tomar el tren en la estación de Alderson, el cual estaba entrando en la plataforma.

—Suerte, chicas, espero no verlas nunca más —saludó y todas comprendieron los alcances de sus palabras. Corriendo velozmente, ella logró subir al tren diluyéndose entre un grupo de gente.

Luego fue el turno de Brooke, quien bajó minutos más tarde en Wolf Creed donde la esperaba un hombre en motocicleta al cual saludó con efusividad y con el que se perdió en la cerrada noche.

Kilómetros después, con Dumney siempre al volante, cambiaron de vehículo. El oficial empuñó una linterna para dar con un oscuro automóvil escondido bajo un árbol de gran porte y copa cubierto con ramas y hojas, en el que June y Jessica subieron con sus bolsos.

Lejos de la urbe continuaron por la carretera camino a Roanoke, donde June bajaría sin alguien que aguardara por ella. Con nuevos documentos en mano gracias a los contactos del oficial, la libertad se sentía cada vez más cercana.

Los besos entre Jessica y su pareja eran intensos y duraderos, lo que preocupaba a la ocupante trasera, quien temblaba como una hoja sin poder relajarse del todo. Hasta ese mismo día por la mañana, las dudas en torno a su escape no le darían tregua.

Hostigada por sus compañeras de los últimos cinco años, fue la última en aceptar ser parte del grupo y salir de la cárcel, sosteniendo que la sentencia que caía sobre sus hombros era justa y merecida.

Tras zigzaguear sobre el asfalto, Trevor Dumney volvió a tomar el mando del carro para ponerlo en el carril correspondiente. Melosos, descuidados, él y su pareja confiaban en que la carretera era solo suya. Persignándose en silencio, June se aferró a su bolso con ropa de convicta y algunas prendas que el novio de Jessica había reunido para ellas.

A estas alturas la policía ya estaría buscándolas e incluso, sometiendo a las compañeras del pabellón a declarar mediante maniobras poco amables.

Mordisqueando su uña, June pensó en tomar un bus e ir hacia lo de su hermana April apenas arribase a Roanoke, aunque sería ponerla en riesgo a ella y su familia, teniendo en cuenta las horas de viaje y los controles ruteros que podrían interceptarla.

¿Cómo estaría la pequeña Skylar? Pensar en la chiquilla la desoló.

Meneando la cabeza, pensó en lo mucho que deseaba poder ser feliz en esta etapa de su vida la cual parecía ver el sol después de tanta lluvia.

\*\*\*

Dormitando de a ratos, se despertó con la boca pastosa y algo de acidez en el estómago; era obvio, puesto que no había podido tocar bocado en el transcurso del día a causa de los interminables nervios.

Refregó sus ojos e intentó enfocar su vista hacia el próximo cartel, iluminado por la proyección de las luces del vehículo de Dumney. Estaban a pocos kilómetros de la región de Gap Mills, en

West Virginia. El silencio y la oscuridad dominaban el espacio; la respiración pesada de su amiga era sinónimo de paz.

—Jessica me ha dicho que tienes una hermana en Baltimore. ¿Irás a su casa? —Por sobre la quietud, Dumney elevó su voz sobresaltando a June. El tipo tenía el aspecto de un verdadero policía: bigote oscuro y espeso, cabello corto y postura erguida. Su tono era algo autoritario, pero a ella poco le importaba: gracias a él estaba fuera del infierno carcelario y era quien se había jugado el pellejo para ayudar a las amigas de su novia.

—No lo tengo en claro. Para ella, morí hace muchos años.

Reduciendo la conversación a puntos suspensivos, fue su compañera de celda quien preguntó: “¿Dónde estamos?”, casi en un susurro. Desprezándose, dio un ruidoso bostezo y de buenas a primeras comenzó a acariciar la entrepierna de su novio sin importarle que no estaban a solas.

Al percibir la situación, June miró de lado encontrando un cielo nuboso y denso a través del cristal, incluso algunos refugios se propagaron en el horizonte.

Las risitas escandalosas no se hicieron esperar. Un brusco movimiento los devolvió nuevamente a su carril y un “Cariño, pon atención” por parte de Jessica fue una señal de alerta. Al minuto, continuó haciéndoles impropias cosquillas al chofer quien se mostraba muy a gusto con la situación que, a June, la incomodaba y atemorizaba en partes iguales.

Rogando llegar lo antes posible al destino señalado, de primar esas condiciones climáticas, aún tenían por delante casi dos horas de viaje. De un bolsillo interno del bolso nuevo tomó sus relucientes documentos y los miró con una sonrisa desdibujada: Mandy Cullen era su nombre de fantasía, aquel que le daría el pase a su libertad absoluta.

¿Qué sueños concretaría en esta nueva vida?

Sintiéndose culpable, no se lo permitía ni pensar, castigándose mentalmente sin importar las causas que la habían llevado a cometer semejante delito.

Pasó saliva con la ironía como fiel reflejo de su actualidad...

Guardó su flamante identificación en el mismo sitio donde la encontró, colocó el bolso al lado del de su amiga y se cruzó de brazos dispuesta a dormir, aunque las risitas tontas de los enamorados le dificultasen la tarea. Con fortuna, de caer en las redes del sueño, se evitaría escuchar las palabras subidas de tono que se proporcionaban a escasos centímetros de su posición.

Tomando dos mantas, con una se cubrió la falda y con la otra hizo un bollo que puso contra la ventanilla a modo de almohada; acomodó su cabeza sobre la mullida pero áspera superficie, cerró los ojos dispuesta a dormir sin imaginar que al cabo de unos pocos metros el chirrido violento de las llantas sobre el pavimento mojado e impredecible y el volante sin poder ser controlado por el chofer, los tuvo dando un trompo sobre el césped e impactando contra el tronco de un árbol que detuvo los tumbos del vehículo.

Para entonces, la suerte pareció echada y los gritos ensordecedores de su amiga, surcaron la

noche oscura.

\*\*\*

Recuperando el aire, descomprimió su pecho. La tos seca, vital, expulsaba un gusto horrible a sangre acumulada en su boca. Le dolía terriblemente la cabeza y sin poder levantar los párpados con facilidad tanteó la puerta hasta encontrar la palanquilla de apertura.

Boqueando, para cuando le fue posible articular movimientos y descomprimir su pierna atrapada bajo el asiento delantero, desabrochó su cinturón de seguridad e impulsó sus piernas contra la chapa retorcida de su lado.

Apartando la manta de su cuerpo, repleta de pequeños trozos de cristal, intentó no cortarse más de lo previsto. Como le fue posible salió del automóvil, cayendo desplomada al piso; avanzó a gatas por el césped mojado, con el olor nauseabundo a combustible inundándole la nariz y un malestar horrible en las costillas.

Para cuando la noche se lo permitió, solo pudo reconocer el cuerpo del conductor entre los fierros de la parte delantera del vehículo. Se echó a llorar llevando las manos a la boca: él estaba muerto y ella acababa de salvar su vida de milagro.

Presa de un ataque de nervios, comenzó a gritar a pesar de que nadie la escucharía. En un acto reflejo quiso tocar la cabeza de Dumney por entre medio del cristal hecho trizas. Los ojos abiertos del sujeto, parecían continuar mirándola fijo. Un hilo de sangre le corría por la comisura hacia la zona de la frente, puesto que las ruedas aun giraban en lo alto.

Instintivamente continuó arrastrándose por la superficie mullida, donde comenzaron a formarse algunos charcos y pasó por delante del coche, esquivando chatarra y los faroles colgando. Quería ver a Jess, a su compañera y amiga.

Al notar que continuaba viva quiso ayudarla a como diera lugar. Para entonces, la morena, sentada adelante, escupió sangre con poca fuerza; apenas movía el cuello, también atrapada en la masa de fierros.

June forcejeó con la manija de la puerta del acompañante, sin éxito. Rehundida hacia el interior, aplastaba el cuerpo de Jessica, sin dejarla escapar. Lloriqueando, adolorida en cuerpo y espíritu, perdía fuerzas, vigor, conforme pasaban los segundos. En el piso, intentó patearla, infructuosamente.

El olor a combustible era sofocante, causándole una tos persistente que le quitaba energías. La parte delantera del automóvil estaba irreconocible: era lógico, el tronco estaba partido en dos.

—Jess, Jess, resiste... iré por ayuda... —Sin darse por vencida, June jaló de la puerta, sin conseguir nada positivo. Poco le importaron las astillas clavándosele en las palmas, solo quería sacar a su amiga de allí dentro.

—Co... corre... co... corre... —Jessica le susurró, agotando sus últimas palabras.

—¡No te dejaré aquí!

—Es... estoy... muriendo... sálvate... —dijo en un último suspiro.

June se negó a obedecer y comenzó a gritar de furia e impotencia. Repentinamente, un ruido extraño la puso en alerta; un chisporroteo comenzó a desatar una llamarada en la parte trasera del carro. De no alejarse, su destino sería el mismo que los otros dos ocupantes del vehículo.

Alejándose de la escena y a expensas del dolor de dejar a su compañera, solo pensó en tomar alguno de los bolsos del asiento trasero y escapar lo más rápido que pudiera. Cojeando un poco, avanzó entre los árboles hasta que un estruendo junto a un estallido penetrante para los oídos, la propulsó ligeramente hacia adelante sin lastimarla de consideración.

Tropezando con sus propios miedos e ignorando el dolor en todo su cuerpo, comenzó a correr sin rumbo, esquivando la vegetación circundante y evitando ser vista desde la carretera. Era una fugitiva, sin rumbo y con una condena que debía purgar de por vida.

Vaya situación desventajosa.

Sus sueños de felicidad se esfumaron de golpe, las lágrimas caían sostenidamente sobre sus mejillas y a menudo, se detenía a tomar aire de a bocanadas; la puntada sobre su bazo le impedía continuar la marcha por períodos prolongados de tiempo. Agotada y presa de la conmoción, las piernas le pesaban cien toneladas.

Las llamas a esas alturas eran unas pinceladas anaranjadas sobre el cielo negro y la lluvia, más copiosa, haciendo más difícil su escape.

A trompicones se detuvo bajo un árbol sabiendo que cualquier minuto perdido era tiempo a favor de la policía y, más aún, con un accidente de semejantes dimensiones a la vera de la carretera. Si contaba con la buena fortuna de su lado, el fuego habría dejado todo lo suficientemente irreconocible como para contar con un margen de tiempo que le permitiese pasar la noche en algún sitio y continuar con su fuga al día siguiente.

Los peritos tendrían mucho trabajo por delante hasta dar con los ocupantes del coche y deducir que faltaba una pasajera; la noticia no tardaría en ser portada de los periódicos más importantes de la región y los noticiosos de la primera hora.

Su corazón desbocado repiqueteaba bajo su pecho con angustia, con intensidad preguntándose por qué se habría dejado convencer por sus compañeras.

En el fondo de su ser June sabía que el plan era una locura y que esa clase de decisiones siempre conllevaba alguna tragedia. Ahora, lo estaba viviendo en carne propia y se maldecía con cada segundo transcurrido.

Recuperando oxígeno, divisó unas luces dispersas en el horizonte. No eran automóviles por lo que decidió tomar un nuevo envión y dirigirse hacia allí sin razonarlo demasiado.

Escondiéndose tras unos matorrales pudo identificar un bar; la música brotaba por las paredes; estridente, el sonido se dispersaba en el aire y el viento traía las estrofas de *Highwell to Hell*, canción que bien podía ser la banda sonora de su vida en ese preciso instante.

Dirimió consigo misma si era conveniente entrar a un lugar con tanta gente o continuar caminando sin rumbo y sin una estrategia inteligente. Se miró las ropas ensangrentadas y rotas. Su

pantalón dejaba traslucir una herida superficial en la rodilla, con una redondeada mancha roja y húmeda en ella. Debía cambiarse y si ese lugar no era un antro antihigiénico, contaría con un baño para poder llevar a cabo su jugada.

Construido en madera, erigido sobre una plataforma de gruesos troncos, ese bar era su primera escala en este viaje repleto de desgracias. Cubriéndose el rostro con su cabellera, presionando el bolso contra su pecho y caminando algo encorvada, pasó por detrás de un grupo de hombres que hablaban muy fuerte, sostenían unas botellas en sus manos y señalaban sus motocicletas, sin registrar a esa mujer misteriosa y lastimada que acababa de pasar por delante de sus narices.

Al ingresar al bar la nube de humo era insoportable. Los ojos le ardieron, se los refregó, tosió y avanzó por entre la gente sin que a nadie le llamara la atención su aspecto. Las luces encandilaban a cualquiera.

En dirección a los sanitarios de mujeres, debió hacerse paso a la fuerza, puesto que de a grupos de tres o cuatro se concentraban delante de la puerta. Ganándose algún que otro insulto, entró al primer cubículo libre que consiguió. Colocó el bolso sobre el váter y abrió la cremallera verificando que ese no era el suyo sino el de su amiga. Maldiciendo en silencio, se frotó la frente con lamentación.

Contrarreloj, se quitó su ropa sucia, frotó su rostro y pierna magullada con la tela y se vistió con las prendas de Jess; sus documentos cayeron al piso. June los levantó y leyó la que sería la nueva identidad de su amiga de no haber muerto calcinada.

Con esfuerzo quebró la identificación y la echó al excusado, presionó el botón de descarga y salió del cubículo con un nuevo aspecto. Lavó su rostro con mucha agua y frente al espejo, notó un ligero raspón sobre su ceja derecha y un corte en el nacimiento de su cabello, el cual ardía bastante. Batiendo su larga melena acomodó unos mechones para tapar la herida.

Se pintó los labios con una laca que era de su amiga, juntó sus pechos bajo el horrible top de lycra negro e intentó salir con el mentón en alto, luciendo compuesta y estable, como el resto de los mortales que andaban libres por la vida.

Con sed, se acercó a la barra y pidió por una bebida cola; cubriéndose el rostro con la mano, la ordenó sin exponerse demasiado. Apoyada sobre la alta tabla de madera, repiqueteaba sus dedos, inquieta. Solo deseaba beber un trago de líquido dulce y frío y marcharse lo más lejos posible para arrojarse bajo un árbol y dormir sobre su ropa sucia lejos de todo el desastre.

Con suerte, haría dedo en la carretera aprovechándose de alguna alma caritativa que no tuviera reparos en llevarla a cualquier lado.

Sin embargo, la mala fortuna la persiguió; un muchacho con algunos años más que ella, vestido con una sudadera de AC/DC y chaqueta de cuero, con ojos cansados y una botella de cerveza en mano, intercedió en su pedido ante el cantinero.

—Ponlo en mi cuenta, Rick —dijo, guiñándole el ojo a ella.

—No lo permitiré. —Fue brusca, sin intenciones de socializar con nadie.

—Es solo una soda. —El sujeto elevó los hombros.

—Por esa misma razón, digo que no. —Sin mirarlo directamente al rostro, ladraba como perro rabioso.

El sujeto dejó su botella sobre la barra y se le acercó con lentitud. No quería asustarla ni incomodarla, pero como buen abogado que era y con olfato para identificar las mentiras, se puso a su lado, para susurrarle al oído.

—¿De quién estás escapando o qué es lo que has robado? —Su tono risueño despertó un gesto desagradable por parte de la muchacha, quien tensó cada músculo de su cuerpo.

—¿P... perdón? —June evadió una respuesta concreta.

—Andas con un bolso adherido al cuerpo y cubriéndote el rostro con el cabello. No hay que ser muy inteligente para pensar en que hay algo o alguien de lo que escapas. —Ella elevó su mirada, apuntando hacia la persona que acababa de hacerle una perfecta radiografía.

¿Y si era un agente federal que estaba tras ella? ¿Y si ya habían puesto precio a su cabeza y él era un cazafortunas?

Cualquier opción era amarga, aunque tampoco podía arriesgarse a que él creyera que era una prófuga.

—¡Vamos! Acepta mi soda. No he tenido un buen día y con decirme que lo harás, pues me sentiré cumplido. —Él aceptó con desgano su realidad de hombre soltero y ella, no pudo más asentir con la cabeza.

## Un apasionado romance en la Toscana que será mucho más que un pasajero amor de verano.



Un año después del accidente que la dejó en coma, Aitana se embarca en un viaje por el mundo para hacer realidad sus sueños pendientes. Su última parada será Caral in Chianti, un pueblito de la Toscana, donde pasará el verano aprendiendo escultura.

Desde el momento en que empieza a descubrir los parajes de ensueño, a conocer a los lugareños y sus habilidades artesanales, se convencerá de que el destino la ha llevado allí para algo más: hacer reflotar el pueblo y llenarlo de nuevo de vida, residentes y turistas.

Esta iniciativa pilla tan por sorpresa a Fabrizio —alcalde del pueblo y sobrino del maestro escultor— como los sentimientos que aquella desconcertante mujer hace florecer en él desde su primer encuentro. Sin embargo, no puede decir no a sus brillantes ideas.

Con gran ilusión, acometerán un proyecto que impulse Carla in Chianti y, a medida que compartan su tiempo, irán descubriendo que están hechos el uno para el otro.

A pesar de que ella no había incluido en sus planes nada parecido, y de que Aitana representa precisamente lo que Fabrizio ha estado evitando toda su vida, poco podrán hacer por evitar lo que el destino aguarda para ambos: un apasionado romance que será mucho más que un amor de verano.

**Mina Vera** es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2021

© 2021, Mina Vera

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-90-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somoselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



   Penguinlibros

# Índice

El arte de quererte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mina Vera

Créditos